

James Herriot

Un veterinario en apuros



Lectulandia

El veterinario británico James Herriot graduado en 1937 describe en sus novelas *Todas las criaturas grandes y pequeñas* y *Un veterinario en apuros*, la vida y experiencias de un veterinario rural, sus pacientes y la relación con los propietarios y empleados de las granjas y los dueños de las mascotas. Ambas obras de lectura recomendada para futuros estudiantes de veterinaria.

El personaje James Herriot, veterinario recién titulado, relata las diversas situaciones en que se ve inmerso a causa del ejercicio de su profesión. Junto con ello, describe con gran maestría y, a la vez, mucha sencillez, a los pacientes que debe atender y las condiciones que los rodean; así mismo, se detiene en la observación de las personalidades tan dispares, en algunos casos, de sus dueños.

Su permanente admiración por el paisaje rural, lo lleva a transmitir sus emociones al lector.

El lenguaje es sencillo y hasta coloquial, lo que hace de esta novela una lectura apta para cualquier lector. El tono, siempre optimista, revela el amor a los animales, grandes y pequeños.

Abundan los diálogos ingeniosos, en especial con los granjeros del lugar, por donde asoma la idiosincrasia de estos personajes.

Lectulandia

James Herriot

Un veterinario en apuros

ePub r1.0

Castroponce 26.11.2018

Título original: *Vet in a Spin*
James Herriot, 1977
Traducción: Amparo García Burgos
Ilustraciones: Larry
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Autor

Notas

Con cariño a
Rosie, Jim y Gill



1

Aquel era un uniforme muy distinto. Las botas de goma y los pantalones de montar de mis días de veterinario rural parecían muy lejanos cuando me puse el traje de vuelo, muy amplio, lleno de bolsillos, y me calcé las botas forradas de piel y los guantes: primero los de seda, y encima otro par grueso que entorpecía mis manos. Todo era nuevo, pero a mí me dominaba una sensación de orgullo.

Después me ajusté el casco de piel y las gafas de vuelo, y a continuación me coloqué el paracaídas, pasándome las correas sobre los hombros y entre las piernas, y cerrando las hebillas sobre el pecho antes de salir pesadamente del barracón de mi escuadrilla a la amplia extensión de hierba iluminada por el sol.

Allí me esperaba el oficial de vuelo Woodham. Iba a ser mi instructor, y me miró con cierta aprensión, como si no le apeteciera gran cosa la perspectiva. Con su rostro juvenil y moreno de hermosos rasgos, se parecía a las fotografías que yo recordaba de los pilotos de la Batalla de Inglaterra, y en realidad, como todos nuestros instructores, había vivido aquel episodio de nuestra historia. Nos habían enviado aquellos hombres para darles una especie de vacaciones tras su dura experiencia, pero se decía que, comparadas con nuestra instrucción, sus operaciones contra el enemigo eran una merienda en el campo. Se habían enfrentado al poderío de la Luftwaffe sin parpadear, pero nosotros les inspirábamos terror.

Mientras avanzábamos por la hierba, vi que uno de mis amigos se disponía a aterrizar. El pequeño biplano se alzaba y caía locamente en el cielo. Se libró por muy poco de chocar con un grupo de árboles; luego, a unos quince metros del suelo, se dejó caer como una piedra, rebotó bruscamente sobre las ruedas, volvió a dar un par de saltos y se detuvo al fin tras un zigzag impresionante. La cabeza cubierta con

casco que sobresalía del asiento posterior de la cabina dio una sacudida y luego asintió, como si estuviera haciendo ciertas observaciones bastante punzantes a la otra cabeza situada ante él. El rostro del oficial de vuelo Woodham era inexpresivo, pero yo sabía muy bien lo que estaba pensando: que ahora le tocaba a él.

El Tigre Polilla parecía muy pequeño y solitario en aquella extensión de verdor. Subí a él y me até bien a la cabina mientras el instructor subía tras de mí. Primero repasó de nuevo todo el ejercicio que muy pronto me sabría yo de memoria como si se tratara de un poema. Un mecánico dio unas cuantas vueltas a la hélice como preparación. Luego se oyó: «¡Contacto!», el mecánico la hizo girar vivamente, rugió el motor, se quitaron las cuñas de delante de las ruedas y salimos rebotando sobre la hierba; después, repentina y milagrosamente, nos alzamos con estruendo muy arriba sobre el conjunto de barracones, hacia el cielo de verano, desenrollándose a nuestros pies aquel hermoso tapiz de diversos tonos que era la campiña del sur de Inglaterra.

Experimenté un alivio repentino, y no porque me gustara la sensación, sino porque llevaba mucho tiempo esperando aquel momento. Los meses de ejercicios, marchas y estudio de navegación, habían supuesto la preparación del momento en que me lanzaría al aire. Y ahora ya había llegado.

La voz del oficial de vuelo Woodham me llegó por el sistema de intercomunicación.

—Ahora ya tiene el aparato. Tome la palanca de mando y mantenga firme el avión. ¿Ve esa nube, ahí delante? Póngase a su altura y mantenga la nariz pegada a ella.

Agarré la palanca de mando con mi mano enguantada. Eso era delicioso. Y también fácil. Me habían dicho que volar iba a ser muy sencillo, y tenían razón. Era un juego de niños. Mientras seguía volando miré hacia tierra, a la tribuna del hipódromo de Ascot, allá abajo.

Estaba empezando a sonreír de felicidad cuando una voz estalló en mi oído:

—¡Relájese, por el amor de Dios! ¿A qué demonios está jugando?

No conseguía entenderlo. Yo estaba perfectamente relajado, y creía que lo hacía bien, pero por el retrovisor vi los ojos de mi instructor que me miraban furiosos a través de las gafas.

—¡No, no, no! ¡Eso está condenadamente mal! ¡Relájese! ¿Es que no me oye? ¡Relájese!

—Sí, señor —dije temblando, e inmediatamente empecé a sentirme muy tenso.

No podía imaginar qué preocupaba tanto a aquel hombre, pero, así como yo miraba con desesperación creciente ya al horizonte artificial, ya al morro del avión contra la nube allá delante, los ruidos por el interfono fueron haciéndose más y más apopléticos.

Yo no creía tener el menor problema; sin embargo, no oía más que maldiciones y gemidos y, en una ocasión, su voz se alzó en un chillido:

—¡Quite ese maldito dedo, por favor!

Dejé de divertirme, y una vaga tristeza se apoderó de mí. Y, como siempre que eso me sucedía, me puse a pensar en Helen y en la vida más feliz que había dejado atrás. En la cabina abierta, el viento tronaba en mis oídos y contribuía a hacer más vívido el cuadro que se iba formando en mi mente.

Porque en ese cuadro también tronaba el viento, pero contra la ventana de nuestra salita-dormitorio. Era a primeros de noviembre, y el dorado otoño se había transformado repentina y brutalmente en un invierno ártico. Durante dos semanas, la lluvia helada había barrido las ciudades y pueblos grises que se apiñaban en los pliegues de los valles de Yorkshire, encharcando los campos y convirtiendo los patios de las granjas en horribles barrizales.

Todo el mundo estaba resfriado. Algunos decían que era la gripe, pero, fuera lo que fuese, estaba diezmando la población. La mitad de Darrowby estaba en la cama, y los demás andaban lanzándose mutuamente estornudos y toses.

Yo mismo estaba a punto de caer enfermo, encogido junto al fuego, chupando una pastilla de antiséptico y haciendo una mueca de dolor cada vez que había de tragar. Tenía la garganta irritadísima, y notaba un picor muy sospechoso allá en el fondo de la nariz. Temblaba mientras la lluvia caía en una cascada ruidosa contra el cristal. Estaba completamente solo para atender las llamadas profesionales. Siegfried se había ido a pasar fuera unos días, y la verdad es que no me atrevía a agarrar un resfriado.

Todo dependía de aquella noche. Sólo con que pudiera quedarme en casa y disfrutar de un buen sueño, me libraría del peligro, pero cuando miraba el teléfono sobre la mesilla de noche, me parecía una bestia salvaje, agazapada y dispuesta a saltar.

Helen se hallaba sentada al otro lado del fuego haciendo punto. No estaba resfriada...; ella jamás se resfriaba. Y, aun en aquellos primeros días de nuestro matrimonio, no podía por menos de pensar que era un poco injusto. Incluso ahora, treinta y cinco años después, las cosas siguen más o menos lo mismo, y cuando he de ir por ahí estornudando, todavía me enoja su negativa obstinada a unirse a mí.

Acerqué más el sillón a las llamas. Nuestra profesión da lugar a muchas llamadas nocturnas, pero tal vez hoy tuviera suerte. Eran las ocho en punto y nadie había dicho ni pío. Quizá el destino había decretado que yo no me viese lanzado a la oscuridad y la lluvia en tal estado de debilidad.

Helen llegó al final de una vuelta, y levantó la labor. Era un jersey para mí, y ya andaba por la mitad.

—¿Qué te parece, Jim? —preguntó.

Sonreí. Había algo en su gesto que me pareció el epítome de nuestra vida juntos. Abría ya la boca para decirle que era sencillamente un encanto, cuando el teléfono estalló de manera tan repentina que, sin querer, me mordí la lengua.

Alcé con mano temblorosa el auricular, imaginando una visión horrible: el parto de una vaca. Una hora de trabajo sin camisa bastaría para hacerme caer enfermo.

—Aquí el Pasto Largo de Sowden —gruñó una voz.

—Dígame, señor Sowden.

Apreté el teléfono nerviosamente. Dentro de un instante sabría mi destino.

—Tengo aquí un ternero muy grande. Parece algo apagado y se queja mucho. ¿Quiere venir?

Se me escapó un gran suspiro de alivio. Probablemente un ternero con dolor de estómago. Podía haber sido mucho peor.

—De acuerdo, estaré ahí dentro de veinte minutos.

Al volverme y captar de nuevo la abrigada comodidad de nuestra salita me abrumó la injusticia de la vida.

—Tengo que salir, Helen.

—¡Oh, no!

—Sí, y encima con esta amenaza de resfriado —me lamenté, gimiendo—. ¡Y escucha la lluvia!

—Tienes que irte bien abrigado, Jim.

La miré con el ceño fruncido.

—Ese lugar está a quince kilómetros, y es el peor sitio que te puedes imaginar. En ninguna parte puede uno resguardarse del frío. —Me llevé una mano a la garganta, tan irritada—. Un viaje hasta allí es precisamente lo que necesito... Estoy seguro de que tengo fiebre.

No sé si todos los veterinarios echan la culpa a su esposa cuando reciben una llamada molesta, pero yo, Dios me valga, lo he hecho toda mi vida. En vez de darme una buena torta, que es lo que merecía, Helen me sonrió.

—Lo siento de verdad, Jim, pero tal vez no te lleve mucho tiempo. Y tendrás preparado un tazón de caldo bien caliente para cuando vuelvas.

Asentí melancólico. Sí, eso podía esperarlo con ilusión. Helen había hecho caldo de carne aquel día, rico y sabroso, con apio, puerros y zanahorias, y con un aroma tal que resucitaría a un muerto. La besé y salí a la fría noche.

La Granja del Pasto Largo estaba en la pequeña aldea de Dowsett, y ya había recorrido aquel camino estrecho muchas veces. Subía serpenteando hasta los riscos más escarpados, y en los días de verano las colinas, desnudas y solitarias, tenían una belleza serena, desprovistas de árboles, austeras, con sus laderas cubiertas de hierba barridas por un viento puro y limpio.

Sin embargo, esta noche, al mirar angustiado por el parabrisas de vapor las moles oscuras y apenas entrevistas que me rodeaban, agobiándome por todas partes, imaginé las vallas de piedra chorreando agua y subiendo hacia las cumbres donde la lluvia corría por los páramos aplastando brezos y helechos, convirtiendo los espejos oscuros de las ciénagas en barro líquido.

Cuando vi al señor Sowden me di cuenta de que, realmente, yo estaba muy bien. Porque era indudable que él llevaba ya algún tiempo sufriendo aquella enfermedad tan común por entonces; sin embargo, como la mayoría de los granjeros, no podía

interrumpir su duro trabajo. Me miró con unos ojos acuosos, soltó un par de toses profundas que casi le partieron en dos, y me precedió hacia el interior de las dependencias de la granja. Sostenía en alto una vieja lámpara de aceite cuando entramos en el granero de techo elevado, y a la débil luz discerní varios aperos herrumbrosos, un montón de patatas y otro de nabos y, en un rincón, un corralito provisional en el que estaba aislado mi paciente.

No era el ternero de dos semanas que yo había esperado, sino un animal de seis meses, aunque no muy desarrollado. Presentaba todos los síntomas de lo que los granjeros llaman «ir mal»: estaba delgado, tenía el vientre hinchado, y la ligera capa de piel roana le colgaba en un flequillo espeso y demasiado crecido bajo su abdomen.

—Siempre ha ido mal —resolló con dificultad el señor Sowden entre toses—, y nunca parece ganar peso. La lluvia paró un poco esta tarde, así que le dejé salir para que respirara aire fresco, y ahora, mírele.

Entré en la partición y, al meter el termómetro en el recto, estudié a la pequeña criatura. No ofreció la menor resistencia cuando la empujé ligeramente a un lado, y permaneció con la cabeza colgando y mirando apáticamente al suelo con unos ojos muy hundidos. Lo peor de todo eran los sonidos que se escapaban de su boca: algo más que un gruñido...; un gemido largo y penoso que repetía cada pocos segundos.

—Desde luego, parece que es el estómago. ¿Por qué campo anduvo esta tarde?

—Sólo le dejé dar un paseo por la huerta, durante un par de horas.

—Ya —miré el termómetro. La temperatura estaba por debajo de lo normal—. Supongo que habría fruta por allí.

El señor Sowden sufrió otro paroxismo de tos, y se apoyó en las tablas del corral para recuperar el aliento.

—Sí, había peras y manzanas por la hierba. Hemos tenido una cosecha estupenda este año.

Le puse el estetoscopio sobre el rumen, y en vez del burbujeo normal de un estómago sano escuché un silencio mortal. Palpé el flanco y observé la típica dureza tensa de la impacción.

—Bien, señor Sowden, creo que se ha llenado el vientre de fruta, lo que ha paralizado por completo la digestión. Está bastante mal.

El granjero se encogió de hombros.

—Bueno, si está algo empachado, una buena dosis de aceite de linaza le pondrá bien.

—Me temo que no es tan sencillo. Este es un caso muy grave.

—Bien; entonces, ¿qué hacemos con él?

Se secó la nariz y me miró con ojos tristes. Vacilé. Hacía un frío mortal en aquel viejo edificio, todo mi cuerpo temblaba, y el dolor de garganta era más intenso. La evocación de Helen, de la salita con su chimenea encendida, me resultaba insoportablemente atractiva. Pero había visto antes impacciones semejantes a aquélla, y no había servido de nada tratar de aliviarlas con purgas. La temperatura del animal

era casi la de un moribundo, y tenía los ojos tan hundidos... Si yo no tomaba una decisión drástica, estaría muerto por la mañana.

—Sólo podemos hacer una cosa para salvarle. Una rumenotomía.

—Una ¿qué?

—Una operación. Abrirle el primer estómago y vaciarlo de toda la porquería que le está perjudicando.

—¿Está seguro? ¿No cree que un buen litro de aceite le pondría bien? Sería mucho más fácil...

¡Ya lo creo que sí! Por un instante, la chimenea y Helen brillaron ante mí como un tesoro en una cueva. Luego miré al ternero. Débil, con aquel pelo tan largo, no parecía tener la menor importancia; un ser infinitamente vulnerable y dependiente. Lo más fácil del mundo sería dejarle gimiendo en la oscuridad hasta por la mañana.

—Estoy completamente seguro, señor Sowden. Se halla tan débil que creo bastará la anestesia local; pero necesitaremos ayuda.

El granjero asintió lentamente.

—De acuerdo. Iré al pueblo y traeré a George Hindley —tosió de nuevo penosamente—. Pero ¡por Dios que me gustaría resolver el caso esta misma noche! Estoy seguro de que tengo bronquitis.

La bronquitis era una enfermedad muy común entre los granjeros en aquellos días, y no había duda de que el pobre hombre la padecía, pero la compasión que empezaba a sentir por él se desvaneció cuando se fue, porque se llevó la lámpara y me dejó envuelto en la oscuridad más total.

Hay toda clase de graneros. Algunos son pequeños, cómodos, perfumados por la fragancia del heno; pero aquél era un lugar terrible. Yo había estado en su interior en tardes soleadas, e incluso entonces la húmeda melancolía de los muros ruinosos y las vigas podridas tendía sobre el conjunto un velo de tristeza, y el calor y el tiempo suave se olvidaban y desaparecían entre las vigas cubiertas de telarañas, allá en lo alto. Pensaba yo entonces que a quienes tienen una idea tan romántica de lo que es el trabajo de una granja, les convendría echar una mirada a aquel granero. Porque representaba muy bien la otra cara de la moneda: la dureza y dificultad de la vida rural.

Y ahora estaba yo disfrutando de ello mientras seguía allí de pie, escuchando el viento agitar la puerta sobre sus goznes, con una gran variedad de corrientes silbando en torno, y el implacable *drip-drip* de las gotas de agua helada que, debido a las tejas rotas, venían a caerme sobre la cabeza y el cuello. Con el paso de los minutos empecé a saltar de un pie a otro en un débil esfuerzo por mantenerme caliente.

Los granjeros de los Valles jamás tienen prisa, de modo que no esperaba un rápido regreso, pero al cabo de quince minutos, sumido en la impenetrable negrura, unos pensamientos amargos empezaron a asaltarme. ¿Dónde diablos estaba aquel hombre? Tal vez él y George Hindley se estuvieran tomando una buena taza de té; incluso era posible que se hubieran puesto a jugar al dominó. Me temblaban las

piernas cuando la lámpara de aceite reapareció en la entrada y el señor Sowden hizo pasar a su vecino.

—Buenas noches, George —saludé—. ¿Cómo está?

—Sólo regular, señor Herriot —contestó estornudando el recién llegado—. Este maldito resfriado está... ¡at... chis...!, acabando conmigo.

Se sonó ruidosamente con un pañuelo colorado y me miró con ojos legañosos. Yo paseé la vista en torno.

—Bien; empecemos. Necesitamos una mesa de operaciones. ¿Quieren amontonar unas balas de paja?

Los dos hombres salieron y regresaron, cada uno cargado con un par de balas. Una vez amontonadas, tenían casi la altura adecuada, pero se bamboleaban ligeramente.

—Nos vendría bien poner una tabla encima —me soplé los dedos helados sin dejar de patear para entrar en calor—. ¿Alguna idea?

El señor Sowden se frotó la barbilla.

—Sí, utilizaremos una puerta.

Salió al patio con la lámpara y le vi luchar para soltar de sus goznes una de las puertas del establo de las vacas. George fue a echarle una mano y, mientras los dos tiraban y cargaban con la puerta, pensé cansadamente que las operaciones de veterinaria en sí no me preocupaban, pero que su preparación era infernal.

Finalmente, los hombres regresaron vacilantes al granero, colocaron la puerta sobre las balas y el quirófano estuvo dispuesto.

—Subámoslo ahí.

Alzamos a la criaturita, que no se resistía, hasta la mesa improvisada, y le tendimos sobre el costado derecho. El señor Sowden le sostenía la cabeza y George se ocupaba del rabo y el trasero.

Dispuse rápidamente los instrumentos, me quité la chaqueta y el chaleco y me subí las mangas de la camisa.

—¡Maldición! No tenemos agua caliente. ¿Quiere traérmela, señor Sowden?

Sin dejar de sostener la cabeza del animal hube de esperar un tiempo interminable mientras el granjero se iba a la casa. Esta vez aún fue peor, ya que me había quitado las ropas de abrigo y el frío me atravesaba mientras imaginaba la cocina de la granja y el lento llenar el cubo con el agua de la marmita en que hervía, y luego el regreso sin prisas, de vuelta al granero.

Cuando al fin reapareció el señor Sowden, añadí antiséptico al agua y me froté los brazos febrilmente. Corté todo el pelo del flanco y llené la jeringuilla con anestesia local. Pero a medida que infiltraba el área, mis esperanzas se derrumbaban.

—Apenas veo —miré impotente la vieja lámpara de aceite que se balanceaba sobre un cercano montón de rábanos—. La luz está en muy mal sitio.

Sin decir palabra, el señor Sowden dejó su puesto y empezó a atar una cuerda de arado a una viga. Luego la lanzó sobre otra y la aseguró, después de colgar la lámpara

sobre el ternero. Supuso una gran mejora, pero le llevó mucho tiempo y, para cuando terminó, yo ya había abandonado toda esperanza de verme libre del frío. Estaba helado hasta los huesos y, en cambio, el pecho me ardía. Pronto me vería en el mismo estado que mis ayudantes. La bronquitis estaba a la vuelta de la esquina.

De todas maneras, al menos ya podía empezar la intervención, de modo que practiqué una incisión en la piel, músculos, peritoneo y pared del rumen, a una velocidad récord. Metí el brazo hasta lo más profundo del órgano abierto, entre la masa en fermentación del contenido del estómago, y en un segundo todos mis problemas se resolvieron. El rumen estaba saturado de manzanas y peras. Los bovinos suelen tragarse la mayor parte de la comida a grandes bocados para rumiarla más tarde a placer. Pero ningún animal hubiera podido rumiar todo aquello.

Alcé la vista con gesto alegre.

—Justamente lo que imaginaba. Estaba lleno de fruta.

—¡E... jem! —contestó el señor Sowden. Las toses pueden sonar de muchas maneras, pero esa era brutal y rotunda, y surgía desde las suelas de sus botas claveteadas para explotarme directamente ante el rostro. No me había dado cuenta de lo vulnerable de mi posición, con el granjero echado sobre el cuello del ternero y su cabeza a pocos centímetros de la mía—. ¡E... jem! —repitió, y una nueva lluvia cargada de virus cayó sobre mí.

Al parecer, el señor Sowden no conocía ni le importaba el peligro del contagio, pero, con las manos dentro del paciente, nada podía hacer yo al respecto. Instintivamente, volví un poco el rostro en la otra dirección.

—¡At... chis! —explotó George.

Fue un estornudo más que una tos, pero me envió un chorrillo tan mortal como el anterior contra la otra mejilla. Comprendí que no había escapatoria; estaba atrapado sin remedio entre los dos.

Pero, como dije, mi moral había recibido un impulso. Fui sacando ansiosamente puñados enormes de la fruta maligna y, al cabo de unos minutos, el suelo del granero estaba cubierto de trozos de manzanas Bramley y peras Conference.

—Lo suficiente para poner una tienda —dije riendo.

—¡E... jem! —respondió el señor Sowden.

—¡At... chis! —añadió George para no dejarse vencer.

Cuando hube enviado los últimos restos rodando hacia la oscuridad, me lavé de nuevo y empecé a coser. Esta es la parte más larga y agotadora de una rumenotomía. La excitación del diagnóstico y el descubrimiento ya ha terminado, y es buen momento para un ratito de charla informal, de chistes, de cualquier cosa para matar el tiempo.

Pero allí, bajo el círculo de luz amarillenta, el viento girando en torno de mis pies desde la negrura que me envolvía, y un reguerito de lluvia corriéndome de vez en cuando por la espalda, no estaba yo muy dispuesto al chismorreó; y mis compañeros, vencidos por sus respectivas dolencias, tampoco tenían gana de comentarios.

Estaba ya a mitad de la sutura de la piel, cuando el picor que me iba subiendo por la nariz me obligó a incorporarme.

—¡A... at... chis!

Me froté la nariz con el brazo. George, con melancólica satisfacción, murmuró:

—Ya está empezando.

—Sí, ya va listo —asintió el señor Sowden, animándose visiblemente.

Yo no estaba demasiado preocupado; hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que la mía era una causa perdida. Habría bastado la larga espera en mangas de camisa, aun sin necesidad del bombardeo incesante de gérmenes por ambos lados. Estaba resignado a mi destino y, además, cuando inserté el último punto y ayudé al ternero a bajar de la mesa, experimenté una satisfacción inmensa y profunda. Aquel horrible gemido había dejado de escucharse, y el animalito miraba en torno como si se hubiera sentido ausente por algún tiempo. Todavía no estaba contento, pero me constaba que ya no experimentaba dolor, y que viviría.

—Acuéstele bien cómodo, señor Sowden —dije, empezando a lavar los instrumentos en el cubo—, y póngale además un par de sacos encima para mantenerle abrigado. Vendré dentro de quince días para quitarle los puntos.

Esa quincena se me hizo muy larga. Como yo había esperado, mi resfriado se desarrolló en un rugiente holocausto que acabó en la inevitable bronquitis, con unos capaz de rivalizar con la del señor Sowden.

Éste jamás había sido un tipo alegre, pero yo esperaba que se mostrara un poco más contento cuando fui a quitar los puntos. Como el ternero estaba totalmente repuesto y lleno de vida, tuve que perseguirle por su casilla para agarrarlo.

A pesar del fuego que me bullía en el pecho, sentí la dichosa impresión del éxito.

—Bien —dije con voz animada—. Ahora sí que va bien. Cualquier día se convertirá en un buey enorme.

El granjero se encogió de hombros con melancolía.

—Sí, supongo que sí. Pero no había necesidad de todo aquello.

—¿Que no había...?

—No. He estado hablando con algunos acerca de lo que usted hizo, y todos me han dicho que fue una estupidez abrirle de ese modo. Que sólo tenía que haberle dado medio litro de aceite, como yo dije.

—Señor Sowden, le aseguro...

—Y ahora tendré que pagar una factura enorme.

Hundía las manos en lo más profundo de sus bolsillos.

—Créame, valió la pena.

—No, no, en absoluto —empezó a alejarse, y luego me miró por encima del hombro—. Habría sido mejor que no hubiese venido esa noche.

Había hecho ya tres circuitos con el oficial de vuelo Woodham, y en el tercero se había mantenido bastante callado. Indudablemente lo estaba haciendo muy bien, y podía empezar a disfrutar de nuevo. Volar era algo magnífico.

Otra vez me llegó la voz por el interfono.

—Voy a dejarle que aterrice solo esta vez. Ya le he dicho cómo debe hacerlo. Adelante, el aparato es suyo.

—Ya lo tengo —contesté.

En realidad, sí me había dicho cómo hacerlo —una y otra vez—, y estaba seguro de que no tendría problemas.

A medida que fuimos perdiendo altura, aparecieron las cimas de los árboles, y luego vino a nuestro encuentro la hierba del campo de aterrizaje. Era el momento de la verdad. Con cuidado, fui retirando la palanca de mando; luego, cuando juzgué que era el momento oportuno, me la clavé con decisión en el estómago. Acaso un poco prematuramente, porque rebotamos un par de veces, y además me olvidé de equilibrar la barra del timón, de modo que fuimos corriendo alocadamente de un lado a otro sobre la hierba, antes de detenernos en seco.

Una vez apagado el motor, inspiré profundamente. Había sido mi primer aterrizaje, y no estaba tan mal. En realidad, había ido mejorando desde que iniciáramos el vuelo, y cada vez estaba más convencido de que mi instructor debía sentirse impresionado con mi primera demostración. Bajamos y, después de dar unos pasos en silencio, el oficial de vuelo Woodham se detuvo, se volvió a mí y me preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

¡Ah, sí! Aquélla era la prueba. Sabía que lo había hecho bien. Se interesaba por mí.

—¡Herriot, señor! —contesté marcialmente.

Durante unos minutos sostuvo mi mirada.

—Bien, Herriot —murmuró—, pues le ha salido una chapuza.

Se volvió y me dejó. Me miré los pies, metidos en aquellas botas enormes forradas de piel. Sí, el uniforme era distinto, pero las cosas no habían cambiado mucho.



2

—Los hay de todas clases, ¿eh, amigo?

El cadete me sonrió desde el otro lado de la mesa, en el barracón de la escuadrilla. Habíamos estado escuchando el monólogo de un tercero que acababa de irse, después de contarnos lo que iba a hacer en cuanto consiguiera sus alas. La impresión que nos dio era que se proponía ganar la guerra casi él solito.

Desde luego los había de todo tipo en la RAF, y este género de conversaciones era común en aquel lugar en el que vivían mezclados tantos hombres de caracteres distintos.

Y hay también todo tipo de animales. Muchas personas piensan que mis pacientes de las granjas son todos iguales, pero vacas, cerdos, ovejas y caballos pueden ser caprichosos, plácidos, maliciosos, dóciles, despiadados y cariñosos.

Hubo una cerda en particular, llamada *Gertrudis*... Pero, antes de llegar a ella, debo empezar por el señor Barge.

Hoy en día los jóvenes de las compañías farmacéuticas que visitan a los veterinarios son conocidos como «repres», pero nadie habría soñado en aplicar tal término al señor Barge. Él era, sin duda alguna, un «representante» de Cargill e Hijos, fabricantes de excelentes productos químicos desde 1850, y tan viejo que bien hubiera podido estar en la empresa desde su misma fundación.

Era una helada mañana de finales de invierno cuando abrí la puerta principal de Skeldale House y vi al señor Barge de pie en los escalones de la entrada. Alzó unos centímetros el sombrero, un hongo negro, sobre sus cabellos plateados, y sus rasgos sonrosados se relajaron en una sonrisa de notable benevolencia. Siempre me había

tratado como a un hijo muy querido, y yo lo aceptaba como un cumplido, porque era un hombre de gran prestigio.

—Señor Herriot... —murmuró, y se inclinó ligeramente.

Esa inclinación estaba cargada de dignidad, y encajaba perfectamente con la chaqueta negra, los pantalones rayados y la cartera de piel brillante.

—Pase, por favor, señor Barge —dije, haciéndole entrar en la casa.

Siempre venía a mediodía y se quedaba a almorzar. Mi jefe, el joven Siegfried Farnon, hombre no demasiado impresionable, le trataba con invariable deferencia, y en realidad su visita suponía casi una verdadera ceremonia.

El «repre» moderno entra a toda prisa, habla brevemente sobre los niveles en la sangre de los antibióticos y esteroides, dice una o dos palabritas sobre los descuentos en bruto, deja unos cuantos prospectos sobre la mesa y se larga a toda velocidad. En cierto modo, compadezco bastante a estos jóvenes porque, con pocas excepciones, todos están vendiendo los mismos productos.

Por su parte, el señor Barge, como todos sus coetáneos, llevaba un grueso catálogo de remedios exóticos, cada uno peculiar en su propia firma.

Siegfried acercó una silla a la cabecera de la mesa del comedor.

—Pase y siéntese aquí, señor Barge.

—Es usted muy amable.

El anciano caballero inclinó ligeramente la cabeza y ocupó su sitio. Como de costumbre, no se hizo referencia alguna al negocio durante la comida; sólo después que se sirviera el café el señor Barge dejó el folleto sobre la mesa como al descuido, como si esta parte de la visita careciera de importancia y fuera algo casual y que se le había ocurrido en ese momento.

Siegfried y yo repasamos las páginas saboreando el aroma excitante a brujería, que los vientos de la ciencia han barrido ya de nuestra profesión. A intervalos, mi jefe hacía un pedido.

—Creo que convendría disponer de un par de docenas de electuarios, señor Barge.

—Muchas gracias.

El viejo abría un cuadernito de tapas de piel y tomaba nota con un lapicero de plata.

—Y nos estamos quedando sin tónicos para la fiebre, ¿verdad, James? —Siegfried me miraba ahora—. Bien, pues necesitaremos una gruesa, si me hace el favor.

—Con muchísimo gusto —murmuraba el señor Barge, y seguía anotando.

Mi jefe iba haciendo los pedidos mientras ojeaba el catálogo. Un Winchester de espíritu de nitrógeno, otro de formalina, pinzas de castración, bromuro triple, alquitrán de Estocolmo —todas esas cosas que ya no se utilizan ahora—, y el señor Barge respondía gravemente a cada pedido con un «Por supuesto, gracias»; o «Muchísimas gracias», y un floreo de su lapicero de plata.

Finalmente, Siegfried se echó atrás en la silla.

—Bien, señor Barge, creo que eso es todo... a menos que tenga algo nuevo.

—Pues da la casualidad, mi querido señor Farnon, de que sí lo tenemos. —Los ojos parpadeaban en aquel rostro sonrosado—. Puedo ofrecerle el último producto «Suavizador», un sedante admirable.

En un instante, Siegfried y yo fuimos todo atención. A cualquier veterinario le interesan profundamente los sedantes. Todo aquello que haga más dóciles y manejables a nuestros pacientes, es una bendición. El señor Barge se extendió acerca de las propiedades únicas de «Suavizador», y nosotros aún le pedimos más información.

—¿Qué hay de las cerdas poco maternales? —pregunté—. Ya sabe, el tipo de animal que destroza a sus pequeños. Supongo que no servirá para eso.

—Mi querido joven —el señor Barge me lanzó esa sonrisa cargada de dolor que un obispo podría lanzar a un cura algo rebelde—, el «Suavizador» es específico para esa situación. Una sola inyección a una cerda recién parida y no tendrá problemas.

—Esto es magnífico —dije—. Y ¿resulta efectivo también para curar el mareo de los perros?

Los nobles rasgos del anciano se iluminaron con sereno triunfo.

—Otra indicación clásica, señor Herriot. «Suavizador» se ofrece también en tabletas con ese propósito.

—Espléndido. —Siegfried vació la taza y se puso de pie—. Será mejor que nos mande una buena provisión, entonces. Y ahora, si nos disculpa, hemos de empezar la ronda de la tarde, señor Barge. Muchísimas gracias por su visita.

Nos estrechamos la mano, el señor Barge alzó el hongo de nuevo en los escalones ante la entrada, y otro encuentro ceremonioso llegó a su fin.

Al cabo de una semana recibimos las nuevas provisiones de Cargill e Hijos. Las medicinas siempre se enviaban en grandes cajones de embalaje en aquella época y, cuando quité los clavos y alcé la tapa de madera, miré con interés las ampollas y tabletas de «Suavizador» en una envoltura preciosa. Y, por extraño que parezca, hube de utilizar el nuevo producto inmediatamente.

Ese mismo día vino a verme uno de los administradores del banco de la ciudad, el señor Ronald Beresford.

—Señor Herriot, como sabe llevo trabajando aquí varios años, pero me han ofrecido la dirección de una sucursal más importante en el Sur, y salgo mañana para Portsmouth.

Desde su enorme altura me miraba con el rostro muy serio, algo característico en él.

—¡Portsmouth! ¡Caray, eso está muy lejos!

—Pues sí, a unos cuatrocientos cincuenta kilómetros. Y tengo un problema.

—Ah, ¿sí?

—Me temo que sí. Hace poco compré un cocker spaniel de seis meses, y es un animalito excelente, pero se comporta de modo muy extraño en el coche.

—¿A qué se refiere?

Vaciló.

—Bueno, lo tengo ahí fuera. Si dispone de un minuto, podría demostrárselo.

Salimos al coche. Su esposa ocupaba el asiento junto al volante, y era tan gruesa como delgado su marido, pero con los mismos modales severos e impecables. Se limitó a inclinar fríamente la cabeza, pero el atractivo animalito que llevaba en su regazo me lanzó una bienvenida entusiasta.

Le acaricié las orejas sedosas.

—Muy simpático el amiguito.

El señor Beresford me miró de reojo.

—Sí, se llama *Coco*, y es realmente encantador. Pero en cuanto pongo el motor en marcha empieza el problema.

Subí al asiento posterior, él puso el coche en marcha y partimos. E inmediatamente comprendí lo que quería decir. El spaniel se puso rígido, alzó la cabeza hasta apuntar al techo con el morro, plegó los labios en un cono y emitió una serie de aullidos agudísimos.

—¡Uuuuh, uuuuh, uuuuh, uuuuh! —gemía *Coco*. Realmente me sobresaltó, porque jamás había oído algo parecido. No sé si fue la repetición perfectamente espaciada de los aullidos, su sonido vibrante, penetrante, o el hecho de que no se detuviera un segundo, lo que me clavó aquel sonido en el cerebro, pero la cabeza me daba vueltas al cabo de solo un recorrido de dos minutos por la ciudad. Me sentí profundamente aliviado cuando nos detuvimos de nuevo ante la clínica.

El señor Beresford cerró el contacto, y fue como si también hubiera cortado en seco el sonido, porque el animalito se relajó instantáneamente y empezó a lamerme la mano.

—Sí —dije—. Sin duda tiene usted un problema con el perro.

El señor Beresford se arreglaba nerviosamente la corbata.

—Y va haciéndose más y más agudo a medida que se prosigue el viaje. Permítame que le lleve un poco más lejos y...

—No, no, no —dije a toda prisa—; no es necesario. Comprendo perfectamente cómo se siente usted. Pero ha dicho que no hace mucho tiempo que tiene a *Coco*. No es más que un cachorro. Estoy seguro de que poco a poco se acostumbrará al coche.

—Es posible que sí —la voz del señor Beresford estaba tensa y cargada de aprensión—. Pero el problema es mañana. He de hacer ese largo viaje hasta Portsmouth con mi esposa y el perro, y he probado todo tipo de tabletas contra el mareo sin el menor resultado.

Un día entero con aquel aullido espantoso resultaba inconcebible, pero en aquel momento la imagen del señor Barge se alzó en mi mente. Parecía tener alas y flotaba ante mis ojos como un viejo ángel de la guarda. ¡Qué suerte tan increíble!

—Da la casualidad —dije con una sonrisa tranquilizadora— que hay algo nuevo para este tipo de problema y, parece una coincidencia, pero hoy mismo hemos recibido el pedido. Entre y lo arreglaremos.

—Bien, gracias sean dadas al cielo —el señor Beresford examinaba la caja de tabletas—. ¿Le doy una, media antes de empezar el viaje, y todo irá bien?

—Exactamente —le contesté con viveza—. Llévase unas cuantas para futuros viajes.

—Se lo agradezco muchísimo; me ha quitado un gran peso de encima.

Salimos, y le observé mientras ponía en marcha el motor. Como en respuesta a una señal, la cabecita marrón se alzó en el asiento posterior con el morro muy alargado.

—¡Uuuu, uuuuh, uuuuh, uuuuh! —aulló *Coco*, y su amo me lanzó una mirada de desesperación al alejarse.

Me quedé por algún tiempo en los escalones escuchando, incrédulo. Había mucha gente en Darrowby que no apreciaba demasiado al señor Beresford, probablemente por sus modales fríos, pero yo no le creía mala persona y, desde luego, contaba con mis simpatías. Mucho después que el coche hubiera desaparecido por la esquina de Trengate, aún podía oír a *Coco*.

A las siete de aquella misma tarde recibí una llamada telefónica de Will Hollin.

—¡*Gertrudis* ya está de parto —gritó con urgencia— y está tratando de acabar con los lechoncillos!

Era una mala noticia. De vez en cuando, las cerdas atacaban a sus crías tras el nacimiento, y en realidad podían llegar a matarlas si no se las quitaban. Lo cual implicaba, por supuesto, que a los animalitos les era imposible mamar.

Problema muy peliagudo en cualquier caso, pero en aquel sobre todo, ya que *Gertrudis* era una cerda con excelente pedigrí; un animal muy caro que Will Hollin había comprado para mejorar su cría de cerdos.

—¿Cuántos ha tenido ya? —pregunté.

—Cuatro... y los está atacando a todos —la voz era tensa.

Entonces me acordé de «Suavizador», y de nuevo bendije la llegada del señor Barge. Sonreí al teléfono.

—Hay un producto nuevo que puedo utilizar, señor Hollin. Llegó precisamente hoy. Estaré ahí ahora mismo.

Fui corriendo al dispensario, abrí la caja de las inyecciones y leí rápidamente el folleto adjunto. ¡Ah, sí, allí estaba! «Diez centímetros por vía intramuscular y la cerda aceptará los lechoncillos antes de veinte minutos».

El trayecto hasta la granja de Hollin no era muy largo, pero, mientras avanzaba en la oscuridad, creía ver la mano del destino en los sucesos de la jornada. El «Suavizador» había llegado por la mañana e inmediatamente me lo habían pedido en

dos casos y con urgencia. No cabía la menor duda de que el señor Barge había sido enviado con un propósito..., una prueba viviente quizá de que todo en nuestra vida está ordenado de antemano. Incluso sentía escalofríos al pensar en ello.

Apenas podía esperar a ponerle la inyección a la cerda y entré ansiosamente en la zahúrda. *Gertrudis* no apreció demasiado que le clavara una aguja en el muslo, y se volvió contra mí con un gruñido amenazador. Pero conseguí meterle los diez centímetros cúbicos antes de salir volando.

—¿Así que sólo hemos de esperar veinte minutos?

Will Hollin se apoyaba en la barandilla y observaba intensamente a su cerda. Era un pequeño propietario, muy trabajador, de unos cincuenta años, y yo sabía cuánto significaba aquello para él.

Estaba a punto de darle una respuesta afirmativa y tranquilizadora cuando *Gertrudis* parió otro lechoncillo rosado y chillón. El granjero se inclinó y empujó suavemente a la criaturita hacia la ubre, mientras la cerda yacía de lado, pero, en cuanto el morrito estableció contacto con la teta, la enorme cerda se puso de pie como el rayo, todo gruñidos y dientes amarillos al aire.

Hollin retiró rápidamente el cerdito y lo depositó con los otros en una caja de cartón.

—Bien, ya ve lo que ocurre, señor Herriot.

—Desde luego. ¿Cuántos tiene ahí ahora?

—Seis. Y unos cerdos estupendos, además.

Miré la caja y los animalitos. Todos tenían la forma clásica, alargada.

—Sí, lo son. Y parece que aún le quedan muchos dentro.

El granjero asintió, y ambos esperamos.

Aguardar los veinte minutos nos pareció una eternidad, pero al fin agarré un par de lechoncillos y me metí en la zahúrda. Estaba a punto de ponérselos a la cerda cuando uno de ellos chilló. *Gertrudis* nos atacó con un rugido feroz y la boca abierta, y yo busqué la seguridad tan ágilmente que a mí mismo me sorprendió.

—No parece adormilada, en absoluto —dijo el señor Hollin.

—No... no... ¿verdad? Tal vez será mejor que esperemos un poco más.

Le concedimos otros diez minutos y probamos de nuevo, con el mismo resultado. Inyecté diez centímetros cúbicos más de «Suavizador»; luego, una hora más tarde, volví a darle una tercera inyección. Hacia las nueve, *Gertrudis* había parido quince hermosos lechoncillos y nos había sacado de la zahúrda —a mí y a sus crías— en seis ocasiones. Aun estaba más animada y más fiera que cuando empezamos.

—Bien, ya no hay más —dijo el señor Hollin tristemente—. Parece que ha terminado —miró la caja de cartón con melancolía—. Ahora tengo quince cerditos que criar sin la leche de su madre. Podría perderlos a todos.

—No, no —la voz llegaba de la puerta abierta—; no los perderás.

Giré en redondo. Era el abuelo Hollin, con su rostro alegre brindándonos la sonrisa de costumbre. Se dirigió a la zahúrda y tocó el lomo de *Gertrudis* con el

bastón.

La cerda respondió con un gruñido y una mirada maligna, y la sonrisa del viejo aún se hizo más amplia.

—¡Ah, pronto pondré de buen humor a esta condenada! —dijo.

—¿De buen humor? —Yo me frotaba un pie con el otro, vencido por la incomodidad—. ¿Qué quiere usted decir?

—Vaya, sólo necesita tranquilizarse, ya sabe.

Inspiré profundamente.

—Sí, señor Hollin, y eso es exactamente lo que he intentado conseguir.

—¡Ah, pero no de la manera más adecuada, jovencito!

Le miré con suspicacia. El sabelotodo, con su buena provisión de consejos en cualquier situación difícil, es una figura familiar que la mayoría de los cirujanos veterinarios se ven obligados a tolerar, pero en el caso del abuelo Hollin no sentí la irritación habitual. Me gustaba aquel hombre agradable, el patriarca de una familia estupenda. Will era el mayor de sus cuatro hijos, y ya tenía varios nietos granjeros en el distrito.

De todos modos yo había fracasado miserablemente. No estaba en situación de mostrar arrogancia.

—Bueno, yo le he dado la inyección más moderna de que disponemos —murmuré.

El viejo sacudió la cabeza.

—No quiere inyecciones. Quiere cerveza.

—¿Cómo?

—Cerveza, joven. Una gota de cerveza bien fuerte —se volvió a su hijo—. ¿Tienes un cubo limpio, Will, muchacho?

—Sí, hay uno recién escaldado en la lechería.

—De acuerdo, me llegaré a la taberna. No tardaré.

El abuelo giró sobre sus talones y salió alegremente a la noche. Debía de tener unos ochenta años, pero de espaldas parecía un joven de veinticinco: tieso, con los hombros cuadrados, muy garboso.

Will Hollin y yo no teníamos mucho que decirnos. Él estaba hundido en su desesperación, y yo cubierto de vergüenza. Fue un alivio ver regresar al viejo cargado con el cubo de metal rebosante de un líquido oscuro.

—¡Por Dios! —exclamó riendo—. Deberíais haber visto la cara que pusieron en «La Carreta y los Caballos». Supongo que jamás habían visto a alguien llevarse cinco litros de golpe.

Le miré boquiabierto.

—¿Tiene ahí cinco litros de cerveza?

—Exacto, muchacho, y la necesitará toda. No ha bebido hace rato, ¿verdad? —añadió dirigiéndose de nuevo a su hijo.

—No. Iba a darle agua cuando terminara de parir, pero aún no lo he hecho. El abuelo levantó el cubo.

—Entonces estará sedienta y muy bien dispuesta —dijo, e inclinándose sobre la barandilla, envió una oscura cascada espumeante a la gamella vacía.

Gertrudis se dirigió allí con aire melancólico y olisqueó el líquido extraño. Tras alguna vacilación, metió el morro y probó un sorbito y, en cuestión de segundos, el edificio entero se llenaba con los ecos de sus ansiosos lametones.

—¡Señor, cómo le gusta! —exclamó Will.

—No faltaba más —murmuró el abuelo con ternura—; es la mejor cerveza amarga de John Smith.

La enorme cerda necesitó un tiempo sorprendentemente breve para consumir los cinco litros y, cuando hubo terminado, lamió hasta el último rincón de la gamella antes de apartarse. No demostró el menor deseo de volver a su lecho de paja, sino que empezó a saltar por la zahúrda. De vez en cuando, se detenía ante la gamella a fin de comprobar que no quedaba más cerveza, y en ocasiones alzaba la vista hacia los tres rostros que la contemplaban apoyados en la valla de madera.

En una de esas ocasiones capté su mirada y comprobé, con sensación de incredulidad, que aquellos ojos, antes tan malignos, mostraban ahora una suave benevolencia. En realidad, con un poco de esfuerzo, hubiera llegado a imaginar que sonreía.

Según fueron pasando los minutos, sus paseos se hicieron más y más erráticos. Hubo momento en que vaciló y casi estuvo a punto de caerse, y al fin, con un hipido sonoro, se tumbó de lado sobre la paja.

El abuelo la miró con el rostro inexpresivo unos instantes, silbando una tonadilla desafinada; luego se inclinó y volvió a golpearla en el grueso muslo con el bastón, pero la única respuesta que recibió del animal inmóvil fue un suave gruñido de placer.

Gertrudis estaba como un tronco.

El viejo hizo una seña hacia la caja de cartón.

—Échale los pequeños ahora.

Will entró en la zahúrda llevando en brazos un lechoncillo que no dejaba de revolverse, y luego otro y otro. Como sucede con todos los recién nacidos, no hubo que decirles lo que tenían que hacer. Quince boquitas hambrientas se pegaron a las tetas y, con una mezcla de impresiones, contemplé la visión que yo había esperado producir con mi moderno arte de la veterinaria: una fila rosada y alargada llenándose el estómago con el fluido vital.

Bien; yo había fallado en la tarea, y un granjero octogenario me había lanzado al rostro sus cinco litros de cerveza amarga. No me sentía precisamente un héroe.

Cerré tímidamente la caja de ampollas de «Suavizador», y ya iniciaba con disimulo la retirada hacia el coche cuando Will Hollin me llamó:

—Entre a tomar una taza de café antes de irse, señor Herriot.

Su voz era amistosa, y nada en ella sugería que mis servicios no habían sido eficaces en toda la noche.

Me dirigí a la cocina y, al inclinarme sobre la mesa, Will me dio un codazo.

—¡Eh, mire esto! —levantaba el cubo, en cuyo fondo aún quedaba cierta cantidad de buena cerveza—. Es bastante mejor que el café... y hay suficiente para un par de buenos tragos. Traeré dos vasos.

Estaba buscando en el aparador cuando entró el abuelo. Colgó el sombrero y el bastón en un gancho de la pared y se frotó las manos.

—Puedes traer otro vaso, Willi —dijo—. Recuerda que fui yo el que la serví, y que dejé bastante para los tres.

Tal vez me hubiera sentido tentado de meditar en exceso a la mañana siguiente sobre mi fracaso, pero ya antes del desayuno me llamaron para que atendiera a una vaca con prolapso de útero, y no hay nada como una hora de febril actividad para evitar que uno se entregue a la depresión.

Eran las ocho de la mañana cuando volví en coche a Darrowby y me detuve ante la gasolinera de la plaza del mercado, que se abría en ese mismo momento. Con la mente en blanco, afortunadamente para mí, observaba a Bob Cooper que me llenaba el depósito de gasolina, cuando escuché el sonido en la distancia:

—¡Uuuuh, uuh, uuh!

Temblando, examiné la plaza. No había otro vehículo a la vista, pero aquel ulular terrible se acercaba inexorablemente, hasta que el coche del señor Beresford dio la vuelta a la esquina y se dirigió hacia mí.

Me escondí tras el poste de gasolina, pero no me sirvió de nada. Me habían visto, y el coche avanzó a saltos sobre las piedras de la plaza antes de detenerse en seco ante el poste.

—¡Uuuuh, uuh, uuh!

De cerca el ruido era insoportable. Salí de mi escondite y tropecé con los ojos saltones del director del banco, que ya bajaba la ventanilla. Paró el motor y *Coco* dejó de aullar y empezó a agitar el rabo amistosamente en mi dirección, a través del cristal.

Sin embargo, su dueño no se mostraba amistoso en absoluto.

—Buenos días, señor Herriot —dijo con el rostro hosco.

—Buenos días —contesté roncamente, y luego, iniciando una sonrisa, me incliné hacia la ventanilla—. Buenos días, señora Beresford.

La señora me fulminó con una mirada. Estaba yo a punto de hablar, cuando su marido me interrumpió.

—Esta mañana, y siguiendo sus consejos, le di una de esas malditas tabletas —le temblaba ligeramente la barbilla.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí. Y no le produjo efecto, así que le di otra —hizo una pausa—. Como la segunda dio un resultado similar, probé con una tercera y una cuarta...

Tragué saliva.

—¿De verdad?

—De verdad —me miró fríamente—. Por lo que debemos llegar a la conclusión de que las tabletas son inútiles.

—Bueno... Desde luego... eso... parece...

Alzó la mano.

—No deseo escuchar sus explicaciones. Ya he perdido bastante tiempo y me aguarda un viaje de cuatrocientos cincuenta kilómetros.

—Lo lamento muchísimo... —empecé, pero él ya subía la ventanilla.

Puso el motor en marcha, y *Coco* se colocó inmediatamente en su posición de lobo en miniatura: el morro en alto, los labios fruncidos en círculo. Seguí mirando el coche que cruzaba la plaza y se alejaba de mi vista por el camino hacia el Sur. Durante mucho rato después de haberse ido, aún me llegaba el aullido de *Coco*:

—¡Uuuuh, uuuh, uuuh, uuuh!

Sintiéndome repentinamente débil, me apoyé en el poste. De corazón compadecía al señor Beresford. Como ya he dicho, estaba seguro de que él era una buena persona.

En realidad, le apreciaba mucho; sin embargo, me sentía profundamente aliviado porque lo más probable era que no volviera a verle.

Nuestras audiencias con el señor Barge solían tener lugar cada tres meses, y estábamos a mediados de julio cuando volví a verle a la cabecera de la mesa a la hora del almuerzo. Sus cabellos plateados brillaban bajo el sol de verano mientras se tomaba el café y hablaba de temas intrascendentes. Al término de la comida, se secó los labios con la servilleta y, sin la menor prisa, dejó su folleto sobre el mantel.

Siegfried lo tomó e hizo la pregunta inevitable:

—¿Algo nuevo, señor Barge?

—Mi querido señor —la sonrisa del anciano caballero parecía dar a entender que las locuras de los jóvenes, aunque incomprensibles, aún le resultaban graciosas—, Cargill e Hijos jamás me envía a ustedes sin cierto número de nuevos productos, muchos de ellos específicos, todos eficaces. Puedo ofrecerles muchos remedios soberanos.

Sin duda, lancé alguna especie de sonido estrangulado, porque se volvió a mirarme.

—¡Ah, señor Herriot! ¿Decía algo, joven?

Tragué saliva y abrí la boca un par de veces mientras sentía en oleadas que su benevolencia fluía hacia mí, si bien no alcanzaba a contrarrestar la dignidad y la prestancia de aquel hombre.

—No... no... En realidad nada, señor Barge —contesté.

Comprendí que nunca sería capaz de contarle lo del «Suavizador».



3

Ahora que estábamos enfrentados a la dura realidad de la vida en la escuela de vuelo, se reforzaban los lazos que me unían a mis compañeros en la aviación. Teníamos un propósito común, una preocupación común.

Esta impresión de camaradería era muy parecida a mi relación con Siegfried y con su hermano Tristán, el estudiante, allá en Darrowby. Aunque la tensión no surgía en Darrowby por tener que aprender a volar, sino por el desafío diario de la práctica de la veterinaria. Nuestra existencia estaba regida por alarmas repentinas e inesperadas.

Sin embargo, Tristán no permitía que tales eventualidades le deprimieran. Él y yo estábamos sentados una noche en la gran sala de Skeldale House cuando el teléfono estalló con ruido estridente.

Extendió la mano y tomó el auricular.

—¿Diga? Pog favog, ¿quién es? —preguntó.

Escuchó atentamente unos momentos, y luego agitó la cabeza.

—No, no, lo siento, pegó el señog Fagnón no está en casá. Sí, sí, se lo digué cuando vengá. Muy bien, muy bien, adiós.

Le miré inquisitivamente desde el otro lado de la chimenea cuando colgó de nuevo el aparato. Aquel acento extraño era sólo una faceta más de su constante propósito de obtener la mayor diversión posible en cada situación. No siempre actuaba así; sólo cuando estaba de humor, pero no era extraño que luego comentaran los granjeros que «algún tipo extranjero» había contestado al teléfono.

Tristán se instaló de nuevo cómodamente tras el *Daily Mirror* y trataba de encender un Woodbine cuando el teléfono volvió a sonar repetidamente. Y también él lo descolgó.

—Sí, sí, buenás noches, ¿qué tal? ¿Qué quiegué, eh?

Sólo alcanzaba yo a oír un murmullo en el otro extremo de la línea, pero de pronto Tristán se incorporó muy tieso en el sillón. El *Daily Mirror* y los cigarrillos fueron a caer al suelo.

—Sí, señor Mount —dijo con toda claridad—. No, señor Mount. Sí, claro, señor Mount. Le daré el recado inmediatamente. Muchísimas gracias, adiós.

Se hundió de nuevo en el sillón y emitió un largo suspiro.

—Era el señor Mount.

—Eso supuse. Y, desde luego, te borró la sonrisa del rostro, Tris.

—Sí... sí... algo inesperado.

Recuperó los Woodbines y encendió uno pensativamente.

—Por supuesto. De todas maneras, ¿para qué llamaba?

—Oh, tiene un caballo de tiro que hemos de ver mañana por la mañana. Algo anda mal en una de las patas traseras.

Tomé nota en el cuaderno y me volví al joven.

—No sé cómo encuentras tiempo en tu caótica vida amorosa, pero ahora sales también con la hija de ese tipo, ¿no?

Tristán se quitó el cigarrillo de la boca y estudió la puntita brillante.

—Sí, en realidad he invitado a Débora Mount a salir conmigo algunas veces. ¿Por qué me lo preguntas?

—Oh, por nada en particular. Su padre impresiona un poco; eso es todo.

Recordaba muy bien al señor Mount desde la última vez que le viera. Su nombre era muy adecuado^[1], pues aquel hombre era una auténtica mole que pasaba varios centímetros de los dos metros. Desde sus hombros, muy semejantes a los riscos de la montaña que se alzaba detrás de su granja, surgía el formidable acantilado de su cabeza, con algunos salientes rugosos: la mandíbula, las mejillas y la frente. Tenía las manos más grandes que he visto en mi vida...: como tres veces el tamaño de las mías.

—Bueno, no sé —dijo Tristán—, no es mala persona.

—De acuerdo. No tengo nada contra él. —El señor Mount era muy religioso, y tenía fama de ser duro pero justo—. Sólo que no me gustaría que viniera a preguntarme si andaba tonteando con el afecto de su hija.

Tristán tragó saliva, y la ansiedad brilló por un instante en sus ojos.

—¡Oh, eso es ridículo! Débora y yo sólo tenemos una relación amistosa; eso es todo.

—Me alegro de saberlo. Me han dicho que su padre sabe protegerla muy bien, y no me gustaría sentir esas manazas alrededor del cuello.

Tristán me miró fríamente.

—Eres un sádico en ocasiones, Jim. Sólo porque de vez en cuando disfruto de la compañía femenina...

—¡Oh, vamos! Olvídalo, Tris. Estaba bromeando. No tienes por qué preocuparte. Cuando vea mañana al viejo Mount te prometo no decirle que Débora forma parte de

tu harén.

Logré esquivar el almohadón que me arrojó, y me largué al dispensario a preparar el material para la ronda del día siguiente.

Pero comprendí cuan mordaz había sido mi bromita cuando, por la mañana, el señor Mount salió de su granja y se me acercó. Por un instante, su mole llenó la puerta, luego avanzó con paso medurado sobre las losas del patio hasta quedar ante mí, bloqueando el sol y proyectando una gran sombra a mi alrededor.

—Ese joven, Tristán —dijo sin preámbulos—, parecía querer hacerse el gracioso por teléfono anoche. ¿Qué clase de hombre es?

Alcé la vista hacia la enorme cabeza sobre la mía, a los ojos grises y firmes que escrutaban los míos bajo un bosque de cejas.

—¿Tristán? —contesté tembloroso—. Oh, es un tipo espléndido. Un tipo realmente magnífico.

—Mmm... —el hombretón seguía mirándome y pasándose por la barbilla un dedo tan grueso como un plátano—. Pero ¿bebe?

El señor Mount era famoso por su rígida oposición al alcohol, y pensé que no sería prudente contestarle que Tristán era una figura muy popular y estimada en la mayoría de las tabernas de la localidad.

—Oh... eh... —dije— pues... casi nada..., con la mayor moderación.

En ese momento Débora salió de la casa y comenzó a cruzar el patio.

Llevaba un traje de algodón floreado. De unos diecinueve años, con el pelo rubio y brillante cayéndole sobre los hombros, irradiaba esa belleza sana y fuerte de las chicas del campo. Al pasar junto a nosotros, me lanzó una sonrisa y pude echar una rápida ojeada a sus dientes blanquísimos y a sus ojos castaños y cálidos. Ocurría esto en mis primeros días en la región, antes de haber conocido a Helen, y yo estaba tan interesado como cualquiera en una chica bonita. Así que me hallé estudiando apreciativamente sus piernas después que hubo pasado.

Entonces fue cuando tuve una conciencia casi palpable de la mirada que su padre me dirigía. Me volví y vi en él una nueva expresión..., una desaprobación tan dura que me dejó helado y vino a grabar una convicción en mi mente. Débora era una chica preciosa, desde luego, y parecía agradable también, pero no... no... jamás. Tristán tenía más valor que yo.

El señor Mount se volvió bruscamente.

—El caballo está en la cuadra —gruñó.

En aquellos últimos años treinta, el tractor había eliminado de las labores del campo a la mayor parte de los caballos de tiro, pero casi todos los granjeros conservaban algunos; tal vez porque siempre habían trabajado con caballos y eso formaba parte de su estilo de vida, tal vez por la pura belleza orgullosa de unos animales como el que ahora tenía ante mí.

Era un magnífico caballo castrado de Shire, de unos buenos dieciocho palmos. La viva imagen de una gran fuerza muscular, pero cuando habló su dueño, el rostro, con

su mancha blanca, que se volvió hacia mí era totalmente dócil.

El granjero le dio un golpe en el lomo.

—Muy bueno es este *Bobby*, y me preocupa mucho. Lo primero que noté fue un olor extraño en sus patas traseras, y entonces le eché una mirada. Nunca había visto algo parecido.

Me incliné y agarré un puñado del pelo largo tras la cerruma del caballo. *Bobby* no se resistió, y yo levanté la enorme pata espatulada y la apoyé en mi rodilla. Aquello ocupaba la mayor parte de mi regazo, pero no era el tamaño lo que me desconcertaba. El señor Mount nunca había visto algo parecido, ni yo tampoco. La planta era una masa rasgada y húmeda, con una exudación maloliente que surgía de la callosidad, pero lo que de veras me desconcertaba era la serie de excrecencias que nacían de cada grieta.

Eran como hongos de pesadilla, largas papilas de capas callosas que se desarrollaban en la superficie enferma. Yo había leído acerca de ellas, que los libros llamaban cornezuelos, pero jamás las había imaginado en tal profusión. Mis pensamientos se desbocaban mientras pasaba por detrás del caballo y le alzaba la otra pata. Estaba exactamente igual. Igual de mal.

Yo había obtenido el título hacía sólo unos meses antes, y aún estaba tratando de ganarme la confianza de los granjeros de Darrowby. Aquel era, precisamente, el tipo de enfermedad que no me gustaba.

—¿Qué es? —preguntó el señor Mount, y de nuevo sentí que me atravesaba aquella mirada firme.

Me enderecé y me froté las manos.

—Son llagas gangrenosas. Se trata de un caso muy grave.

Yo sabía todo lo referente a la teoría del caso; en realidad, rebosaba de teorías, pero llevarlas a la práctica, y con aquel animal, era algo distinto.

—¿Cómo va a curarlo?

El señor Mount tenía la costumbre, algo molesta, de ir directamente al grano.

—Bien, verá... Todas esas callosidades sueltas y todas esas excrecencias han de cortarse, y luego cubrir la superficie con cáustico —contesté, y parecía fácil mientras lo decía.

—Entonces, ¿no puede curarse solo?

—No. Si usted lo deja, la planta se deshará y el hueso del pie la atravesará. Además, ese derrame afectará a la pared del casco, y en consecuencia provocará la separación.

Asintió el granjero.

—Y ya no podría caminar más y eso sería el fin de *Bobby*, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Bien, entonces —el señor Mount alzó la cabeza con gesto decidido—, ¿cuándo se propone hacerlo?

Era una pregunta algo desagradable porque en ese momento no me preocupaba tanto cuándo, sino cómo lo haría.

—Bueno, veamos —dije roncamente—, podría ser...

El granjero me interrumpió:

—Estaremos muy ocupados con la recogida del heno toda la semana, y usted necesitará que le ayuden algunos hombres. ¿Qué le parece el lunes de la semana que viene?

Una oleada de alivio me inundó. Gracias a Dios no había dicho «mañana». Disponía de un poco de tiempo para pensar.

—Muy bien, señor Mount. Me va muy bien. No le dé de comer el domingo porque habrá que aplicarle anestesia.

Al regresar en coche desde la granja, me agobiaba la premonición de un desastre. ¿No destrozaría yo a aquel hermoso animal en mi ignorancia? La gangrena en el pie era desagradable en cualquier momento, y nada extraordinario en los días del caballo de tiro, pero eso era algo que se salía de lo corriente. Sin duda muchos de mis coetáneos han visto casos como el de *Bobby*, pero, para el veterinario moderno, debe de ser como una página de un antiguo manual de albeitería.

Como es mi costumbre cuando tengo un caso que me preocupa, empecé a rumiarlo inmediatamente. Mientras conducía, iba ya ensayando varios procedimientos. ¿Caería al suelo aquel enorme caballo sólo con el cloroformo? ¿O tendría que echar mano de todos los hombres del señor Mount y atarle, para hacerle caer? Pero eso sería como intentar derribar la catedral de San Pablo. Y entonces, ¿cuánto tiempo llevaría quitarle todas aquellas callosidades..., todas aquellas horribles vegetaciones?

A los diez minutos ya me sudaban las manos y me sentía tentado de dejarlo todo en manos de Siegfried. Pero me detenía la convicción de que no sólo había de ganarme una reputación ante los granjeros, sino ante mi nuevo jefe. Y éste no tendría muy buena opinión de un ayudante incapaz de resolver solito algo así.

Hice lo que solía siempre que estaba preocupado: estacioné el coche en un camino sin vallas, me apeé y caminé por un sendero hacia los páramos. El sendero corría hacia un saliente de la montaña, a espaldas de la granja de Mount. Cuando hube recorrido suficiente camino, me tumbé sobre la hierba y miré hacia abajo, al valle bañado por el sol, a más de trescientos metros.

En casi todas partes se podía oír algo —la llamada de un pájaro, un coche en la distancia—, pero allí reinaba un silencio absoluto, excepto cuando el viento suspiraba sobre la cumbre de la colina agitando los brezos a mi alrededor.

La granja estaba situada en uno de los lugares privilegiados de aquella región salvaje, con campos lisos y lustrosos en los que el ganado pastaba cómodamente y el heno ya cortado se disponía en montones alargados e iguales.

Era una escena plácida, pero allá arriba, en las cumbres barridas por el aire, uno hallaba la verdadera serenidad. La paz moraba allí, en los páramos altos,

extendiéndose la vista sobre kilómetros vacíos, respirando el silencio, la hierba olorosa, y la tierra negra y turbosa.

La fragancia densa del heno se alzaba en el cálido aire de verano y, como siempre, sentí que se borraban mis problemas. Incluso ahora, después de todos estos años, aún me considero afortunado por poder hallar tan a menudo la tranquilidad mental que brindan esas alturas.

Cuando me levanté para marchar, me dominaba una serena resolución. Como fuera, haría el trabajo. Con seguridad, podría arreglarlo todo sin molestar a Siegfried.

En cualquier caso, él tenía otras cosas en la cabeza cuando me lo encontré a la mesa a la hora del almuerzo.

—Visité la clínica de Granville Bennet en Hartington esta mañana —dijo, sirviéndose algunas patatas recogidas aquella misma mañana en nuestra huerta— y debo decir que me impresionó muchísimo su sala de espera. Todas esas revistas... Sé que no tenemos tanta gente a la que atender..., pero a menudo vienen muchos granjeros por aquí. —Se echó salsa en el plato—. Tristán, voy a encargarte esa tarea. Vete a la tienda de Garlow y encarga varias revistas adecuadas para que nos las envíen cada semana, ¿quieres?

—De acuerdo —contestó su hermano, el estudiante—; iré esta misma tarde.

—Espléndido. —Siegfried comía tan feliz—. Hemos de progresar en todos los estilos. Toma más patatas, James, que son realmente estupendas. No hay nada como los productos caseros...

Tristán se puso en acción inmediatamente y, a los dos días, la mesa y los estantes de nuestra sala de espera ofrecían una buena colección de revistas. El *Illustrated London News*, el *Farmer's Weekly* (Semanario del granjero), *The Farmer and Stockbreeder* (El granjero y el ganadero), *Punch*. Pero, como de costumbre, él tenía que complicar la situación.

—Mira esto, Jim —susurró una tarde haciéndome cruzar la puerta—. Me lo estoy pasando en grande con un jueguito inocente.

—¿Qué quieres decir?

Yo miraba en torno sin comprender. Tristán nada dijo, pero señaló uno de los estantes. Allí, entre las revistas más dignas, había una alemana de nudistas, en cuya tapa se veía un desnudo total de frente. Incluso en nuestros días, tan relajados, la foto le obligaría a uno a alzar las cejas, pero en el Yorkshire rural de los años treinta, equivalía a un cataclismo.

—¿De dónde diablos la sacaste? —pregunté boquiabierto, hojeando la revista a toda prisa. El interior era del mismo estilo que la portada—. Y, en definitiva, ¿qué te propones?

Tristán ahogó una risita.

—Un compañero de clase me la dió. Resulta muy gracioso entrar aquí subrepticamente y encontrarte a un ciudadano respetable echándole una ojeadita cuando cree que nadie le ve. He hecho varias incursiones con mucho éxito. Mis

mejores clientes, de momento, han sido un concejal de la ciudad, un juez de paz y un predicador laico.

Agité la cabeza.

—Creo que te estás jugando el cuello. ¿Y si Siegfried tropieza con la revista?

—¡Ni soñarlo! Pocas veces entra aquí, y siempre va de prisa. De todas maneras, no está precisamente a mano.

Me encogí de hombros. Tristán había sido dotado de una inteligencia ágil que yo envidiaba, pero malgastaba la mayor parte de ella. Sin embargo, yo no tenía tiempo para sus trucos. Mi mente estaba febrilmente ocupada.

Mentalmente, ya había echado a tierra a aquel caballo según diversos métodos y operado sus pies mil veces, de día y de noche. De día, conduciendo el coche en mi ronda, no era tan malo; pero las operaciones que llevaba a cabo en la cama eran realmente curiosas. Y siempre tenía la impresión de que algo iba mal, de que había un fallo fatal en la imagen de mí mismo cortando aquellas horribles excrecencias en una sola sesión. Finalmente, me tragué el orgullo.

—Siegfried —le dije una tarde en que el trabajo era escaso—. Tengo un caso bastante grave de un caballo.

Los ojos de mi jefe brillaron, y la boca, bajo el bigotito color arena, se frunció en una sonrisa. La palabra «caballo» solía tener este efecto.

—¿De verdad, James? Cuéntame.

Se lo conté.

—Sí... sí... —murmuró—. Tal vez será mejor que le echemos una mirada los dos.

La granja de Mount estaba desierta cuando llegamos. Todo el mundo se hallaba en los campos de heno, trabajando frenéticamente mientras aún había sol.

—¿Dónde está? —preguntó Siegfried.

—Aquí —y le precedí hacia la cuadra.

Mi jefe le alzó una pata trasera y silbó suavemente. Luego pasó tras el caballo y le examinó la otra. Durante un largo minuto contempló aquellos hongos obscenos que sobresalían del callo maloliente y destrozado. Cuando se incorporó, me miró con el rostro inexpresivo.

Pasaron unos segundos antes de que hablara.

—¿Y tú te proponías acercarte por aquí el lunes, derribar a este enorme animal sobre la hierba y hacer el trabajo?

—Sí. Esa era mi idea.

Una sonrisa extraña fue extendiéndose por el rostro de mi jefe. Había en ella asombro, comprensión, diversión y cierta dosis de admiración. Al fin, se echó a reír y agitó la cabeza.

—¡Ah, la inocencia de la juventud! —murmuró.

—¿Qué pretendes decir?

Después de todo, yo sólo tenía seis años menos que él.

Se me acercó y me dio unos golpecitos en el hombro.

—No es que me burle de ti, James. Éste es el peor caso de gangrena que he visto en la vida, y he visto unos cuantos.

—¿Quieres decir que no podría hacerlo de una vez?

—Exactamente a eso me refería. Aquí hay trabajo para seis semanas, James.

—¿Seis semanas...?

—Sí, y harán falta tres hombres. Habremos de llevar este caballo a las cuadras de Skeldale House, y entonces los dos, más un herrero, nos pondremos a trabajar. Después habrá que cambiarle el vendaje de las patas cada día.

—Comprendo.

—Sí, sí —Siegfried iba mostrándose cada vez más explícito—. Utilizaremos el cáustico más fuerte, ácido nítrico, y se le pondrán cascos especiales, con una placa metálica para que haga presión sobre la planta —se detuvo, probablemente porque yo le miraba desconcertado. Luego continuó en tono más amable—: Créeme, James, todo esto es necesario. La alternativa es matar de un tiro a este magnífico caballo, ya que así no puede seguir por mucho más tiempo.

Miré a *Bobby*, aquel rostro con su mancha blanca, vuelto de nuevo hacia nosotros. La idea de que una bala atravesara tan noble cabeza me resultaba insoportable.

—De acuerdo, lo que tú digas, Siegfried —murmuré, y precisamente entonces la mole del señor Mount oscureció la entrada.

—Ah, buenas tardes, señor Mount —dijo mi jefe—. Espero que haya recogido una buena cosecha de heno.

—Sí, gracias, señor Farnon. Nos va muy bien. Hemos tenido suerte con el tiempo.

El hombretón pasó la vista con curiosidad de uno a otro, y Siegfried continuó a toda prisa:

—El señor Herriot me pidió que viniera a ver su caballo. He estado meditando en el caso, y ha decidido que lo mejor sería hospitalizarle en nuestra clínica durante unas semanas. Debo decir que estoy de acuerdo con él. Es un caso muy grave, y así aumentarían las oportunidades de una cura definitiva.

«Que Dios te bendiga, Siegfried», pensé. Yo había esperado quedar como un tonto en esta reunión y, de pronto, todo iba bien. Me felicité, y no por primera vez, por tener un jefe que nunca me dejaba mal.

El señor Mount se quitó el sombrero y se pasó el brezo por la frente sudorosa.

—Muy bien, si eso es lo que opinan los dos vale más que lo hagamos. Quiero lo mejor para *Bobby*. Es mi favorito.

—Sí, es un caballo estupendo, señor Mount.

Siegfried giró en torno del gran animal, dándole golpecitos y acariciándole. Luego, cuando volvimos al coche, siguió conversando sin el menor esfuerzo con el granjero. Yo siempre había hallado difícil hablar con aquel hombre tan formidable, pero en presencia de mi colega resultaba bastante charlatán. En realidad, hubo una o dos ocasiones en que casi sonrió.

Bobby entró en el patio posterior de Skeldale House al día siguiente, y cuando comprobé todo el trabajo puramente manual que implicaba la operación, comprendí la imposibilidad de que un solo hombre lo hiciera de una intentona.

Intervino también Pat Jenner, el herrero, con todo su instrumental, y entre los tres, y por turnos, fuimos quitando todas las vegetaciones y tejido enfermo, dejando sólo la callosidad sana. Siegfried aplicó el ácido para cauterizar el área, y luego envolvió la pata con trozos de estopa sujetos en su sitio con la placa de metal que hiciera Pat, y que encajaba bajo el casco. Esta presión de la estopa era esencial para efectuar una cura.

Al cabo de una semana, yo me encargaba personalmente de la cura diaria. Entonces fue cuando empecé a apreciar el valor de los cepos, con la enorme base hundida profundamente en las piedras del patio. Todo resultaba mucho más fácil cuando llevaba hasta allí a *Bobby*, le fijaba una pata y se la arreglaba a toda prisa en cualquier posición que deseara.

Algunos días, Pat Jenner acudía también a comprobar las herraduras, y él y yo estábamos en una ocasión ocupados en el patio cuando oí en la parte trasera el ruido familiar de mi pequeño Austin. Las grandes puertas dobles que daban a la calle de atrás estaban abiertas, y vi que aparecía el coche y avanzaba hasta nosotros. Pat alzó la vista también, y los ojos casi se le saltaron de las órbitas.

—¡Demonios del infierno! —exclamó, y no puedo culparle, porque el coche iba sin conductor.

Por lo menos eso parecía, ya que no había nadie en el asiento al entrar desde la calle.

Un coche sin conductor y en movimiento es toda una visión, y Pat se quedó con la boca abierta unos segundos. Entonces, cuando yo iba a explicárselo, Tristán se alzó en el interior del vehículo con un grito penetrante.

—¡Hola! —aulló.

Pat dejó caer el martillo y se echó atrás.

—¡Que Dios nos ayude! —susurró.

A mí no me afectó la actuación porque era una broma muy antigua. En cuanto yo estaba en el patio y se recibía una llamada, Tristán conducía hasta allí mi coche desde la parte delantera, y como había de hacerlo tantas veces, se aburría y trataba de hallar un método menos ortodoxo.

Con un poco de práctica llegó a dominar la técnica del conductor fantasma. Se encogía en el asiento, con un pie en el acelerador y una mano en el volante, y casi me mató del susto la primera vez que lo hizo. Pero yo ya estaba acostumbrado e incluso hastiado.

A los pocos días pude observar otra de las bromitas de Tristán. Cuando di la vuelta al corredor de Skeldale House le encontré encogido junto a la puerta de la sala de espera, ligeramente entreabierta.

—Creo que tengo ahí otra víctima —susurró—. Veamos qué ocurre.

Abrió suavemente la puerta y entró de puntillas. Al mirar por la ranura observé que sí que se había marcado todo un éxito. Un hombre estaba allí de espaldas a Tristán, hojeando muy atento la publicación nudista. Mientras pasaba las hojas lentamente, demostraba su intensa concentración por el modo en que se acercaba frecuentemente al ventanal que daba al jardín, inclinando la cabeza a un lado y a otro para captar bien los ángulos de las fotografías. Por su aspecto se diría que el hombre se habría sentido feliz de pasarse así todo el día, pero, en cuanto oyó la tosecita de Tristán, en el momento más oportuno, dejó caer la revista como si fuera un hierro al rojo, agarró a toda prisa el *Farmer's Weekly* y giró en redondo.

Y entonces se fue al traste la victoria de Tristán. Porque era el señor Mount.

El hombretón se irguió ante él unos segundos, y de entre unos dientes apretados surgió su voz profunda:

—¿Conque es usted, eh?

Pasó rápidamente de los ojos del joven a la revista, y de nuevo a Tristán, y en aquel rostro pétreo los ojos se estrecharon peligrosamente.

—Sí... sí... sí..., señor Mount —contestó Tristán vacilante—, y ¿cómo está usted, señor Mount?

—Muy bien.

—Bueno... bueno, magnífico —Tristán se retiró unos pasos—, ¿y cómo está Débora?

Los ojos, bajo el bosque de cejas, se estrecharon aún más.

—Está muy bien.

Hubo un silencio que amenazaba con prolongarse indefinidamente, y me compadecí de mi joven amigo. No era un encuentro agradable.

Al fin, Tristán consiguió ofrecerle una sonrisa enfermiza.

—Bien... pues... eh... ¿qué puedo hacer por usted, señor Mount?

—He venido a ver a mi caballo.

—Sí, claro, por supuesto, desde luego. Creo que el señor Herriot está precisamente ahí fuera.

Acompañé al hombre por el jardín alargado hasta el patio. Indudablemente, aquel tropiezo con Tristán no había mejorado su opinión del joven, y ardía de rabia mientras yo le abría la puerta de la cuadra.

Pero su expresión se suavizó al ver que *Bobby* estaba comiendo muy satisfecho. Entró y le acarició el cuello arqueado.

—¿Qué tal va ahora?

—¡Oh, muy bien! —alcé la pata trasera y le mostré la placa de metal—. Puedo quitarle esto, si quiere, para que lo vea.

—No, no, no quiero estorbar su trabajo. Lo único que me interesa es que todo vaya bien.

Las curas continuaron unas cuantas semanas más, hasta que al fin Siegfried quedó satisfecho de cómo habían desaparecido las últimas secuelas de la enfermedad.

Entonces telefoneó al señor Mount para que acudiera a recoger su caballo a la mañana siguiente.

Siempre es agradable participar de un pequeño triunfo, así que miré sobre el hombro de mi jefe mientras Siegfried alzaba las patas de *Bobby* para mostrar la labor terminada a su dueño. Todo el tejido necrosado de las plantas había sido reemplazado por una superficie limpia y suave, sin la menor señal de humedad.

El señor Mount no era entusiasta por naturaleza, pero se sintió indudablemente satisfecho.

Siegfried bajó la pata al suelo y se enderezó con una sonrisa de placer. Se advertía un aire general de bienestar en el patio. Y entonces oí el coche en la callejuela posterior.

Sentí un temor repentino. ¡Oh, no, Tristán! Esta vez no, por favor. No sabes... Crucé los dedos mientras esperaba, pero comprendí que todo estaba perdido cuando el coche apareció entre las puertas dobles y abiertas. Nadie lo conducía.

Con una impresión terrible de catástrofe inminente le observé detenerse a pocos pasos de Siegfried y el señor Mount, que lo miraban incrédulos.

Nada sucedió durante unos segundos; luego, sin previo aviso, Tristán asomó como impulsado por un resorte a través de la ventanilla abierta.

—¡Yupiii! —gritó, pero su sonrisa de felicidad se heló al contemplar los rostros de su hermano y del señor Mount.

La expresión exasperada de Siegfried ya me era familiar, pero la del granjero resultaba infinitamente más amenazadora. En aquel rostro pétreo los ojos eran unas simples ranuras, la barbilla se adelantaba rabiosa, y la masa de las cejas se contraía fieramente. No había duda de que al fin había tomado una decisión con respecto a Tristán.

Comprendí que el joven ya había sufrido bastante, y me abstuve de mencionar el tema durante las dos semanas siguientes, pero un día estábamos sentados en la gran sala de Skeldale House cuando Tristán dijo como de pasada que ya no iba a salir más con Débora.

—Por lo visto su padre se lo ha prohibido —explicó.

Me encogí de hombros comprensivamente, pero nada dije. Después de todo, aquel romance estaba condenado al fracaso desde el principio.



4

«Circuitos y baches», lo llamaban todos. Despegar, dar vueltas sobre el campo y aterrizar una y otra vez. Al cabo de una hora de ese ejercicio, y sin que el oficial de vuelo Woodham dejara de hablarme a grito pelado, yo ya tenía bastante, así que me sentí profundamente aliviado cuando al fin salimos de la cabina.

Cuando mi instructor se alejaba, uno de sus compañeros oficiales echó a caminar a su lado.

—¿Qué tal te va con ese tipo, Woody? —le preguntó sonriendo.

El oficial de vuelo Woodham no se detuvo en su paso ni volvió la cabeza.

—¡Oh, Señor! —dijo con un gemido profundo, y eso fue todo.

Sabía que él no se proponía que yo oyera sus palabras, pero me hirieron profundamente. Y no me abandonó mi ánimo deprimido hasta que entré en nuestro barracón y me saludaron las voces alegres de mis compañeros cadetes.

«¡Hola, Jim!» «¿Cómo te va, Jim?»: sus palabras eran como un bálsamo.

Miré a mi alrededor a los jóvenes tendidos en sus lechos, leyendo o fumando, y comprendí que los necesitaba, a ellos y a su amistad.

Lo mismo ocurre con los animales. Necesitan amigos. ¿Han observado ustedes en alguna ocasión a dos animales en un campo? Tal vez sean de especies distintas —un pony y una oveja—, pero se mantienen juntos. Esta camaradería entre los animales siempre me ha fascinado, y con frecuencia pienso en los dos perros de Jack Saunders como el ejemplo perfecto de la devoción mutua.

Uno de ellos se llamaba *Jingo*, y cuando le inyecté anestesia local en torno de una herida producida por alambre espinoso, el poderoso bull-terrier blanco sólo gimió una vez. Luego decidió resignarse a su destino y miró con valor al frente mientras yo profundizaba con la aguja.

Mientras tanto, *Skipper*, el perrito corgi, su amigo inseparable, mordisqueaba suavemente la pata trasera de *Jingo*. Era extraño tener dos perros sobre la mesa al mismo tiempo, pero yo conocía la relación existente entre ellos y no hice el menor comentario cuando su dueño los subió a ambos.

Después de haber infiltrado toda el área en torno de la herida empecé a coser, y *Jingo* se relajó visiblemente al descubrir de pronto que ya no sentía absolutamente nada.

—Tal vez esto te enseñe a evitar el alambre espinoso en el futuro, *Jingo* —le dije. Jack Saunders se echó a reír.

—Lo dudo mucho, señor Herriot. Pensé que no había moros en la costa cuando le llevé al campo esta mañana, pero vio un perro al otro lado de la valla y la cruzó como un rayo. Afortunadamente, era un galgo y no pudo agarrarlo.

—Eres el terror de la ciudad, *Jing* —le di unos golpecitos a mi paciente, y su cara, con una enorme nariz curva, se volvió a mirarme sonriendo de oreja a oreja mientras, en el otro extremo, el rabo azotaba encantado la mesa.

—Sí, es asombroso, ¿verdad? —dijo su dueño—. Siempre está buscando pelea, y sin embargo las personas y los niños hacen lo que quieren con él. Es el perro más bondadoso del mundo.

Acabé de coser, y dejé caer la aguja de sutura en una bandejita en forma de riñón, sobre el carrito.

—Bueno, recuerde que el bull-terrier es el perro de pelea inglés autóctono, y que *Jingo* no hace más que obedecer a un instinto de siglos.

—¡Oh, eso lo comprendo! Sólo que tengo que ir registrando el horizonte cada vez que le suelto la correa. No hay un perro que esté a salvo con él.

—Excepto este, Jack.

Me eché a reír y señalé el pequeño corgi, que se había cansado de la pata de su compañero y ahora le mordía la oreja.

—Sí, ¿no es estupendo? Creo que podría incluso comérsele la oreja y el otro no protestaría.

En realidad sí era estupendo. El corgi tenía ya once años y su edad empezaba a revelarse en la rigidez de movimientos y en cierta falta de visión, mientras que el bull-terrier sólo tenía tres y estaba en el mejor momento de sus fuerzas y energías. Aquella masa de huesos y músculos, con el pecho como un barril, era un animal formidable. Pero cuando el mordisqueo en la oreja se hizo demasiado violento, se limitó a volverse y cubrir suavemente la cabeza de *Skipper* con una garra enorme, hasta que el animalito desistió. Aquellas garras podían ser tan implacables como una trampa de acero, pero le retenían la cabecita como en un abrazo cariñoso.

Diez días más tarde su dueño volvió a traer los dos perros a la clínica para que le quitara los puntos a *Jingo*. Parecía preocupado cuando lo subió a la mesa.

—*Jingo* no está nada bien, señor Herriot —dijo—. Lleva ya un par de días sin comer, y parece muy triste. Me pregunto si podría ser que se le hubiera infectado la

herida.

—Sí, claro, por supuesto —examiné ansiosamente el área del flanco donde le había cosido, y mis dedos exploraron la larga cicatriz—. Pero no hay la menor señal de infección aquí. Ni hinchazón, ni dolor. Se ha curado perfectamente.

Di un paso atrás y contemplé al bull-terrier. Estaba extrañamente deprimido, la cola muy quieta, los ojos mirando al frente sin el menor interés. Ni siquiera el cosquilleo de su amiguito en una de sus patas le aliviaba de la apatía.

Indudablemente, a *Skipper* no le gustaba que lo ignoraran de ese modo. Así que pasó su ataque al frente y lamió la oreja del perrazo. Como tampoco sus esfuerzos tuvieron el menor efecto, empezó a morder con más y más fuerza, arrastrando incluso la cabeza de *Jingo* hacia un lado, pero, por lo que a éste se refería, era como si *Skipper* no hubiera estado allí.

—¡Eh, ya basta, *Skipper*! —dije—. *Jingo* no está hoy de humor para peleas.

Le bajé suavemente al suelo y el perrito echó a correr indignado en torno de las patas de la mesa. Examiné a fondo al bull-terrier y lo único significativo que hallé fue una temperatura muy elevada.

—Tiene casi cuarenta, Jack. Está muy enfermo, no hay la menor duda.

—Pero ¿qué le ocurre?

—Con una fiebre así, debe tener alguna infección aguda. Pero, de momento, es difícil descubrirla.

Alargué la mano y acaricié el gran cráneo, pasando los dedos por el rostro blanco mientras volaban mis pensamientos.

Por un instante, el rabo se alzó entre los muslos y unos ojos amistosos nos miraron, primero a mí y luego a su dueño. Ese movimiento de los ojos fue el que captó toda mi atención. Alcé rápidamente el párpado superior. La conjuntiva tenía un tono rosado y normal, pero en la esclerótica suave y blanca discerní un tinte amarillento muy débil.

—Tiene ictericia —dije—. ¿Le ha notado algo raro en la orina?

Jack Saunders asintió.

—Pues, ahora que lo dice, sí. Esta mañana le vi cuando levantaba la pata en el jardín y lo que echó parecía un poco oscuro.

—Son los pigmentos de la bilis —apreté suavemente el abdomen y el perro se agitó ligeramente—. Sí, indudablemente le duele ahí.

—Ictericia —repitió su amo mirándome desde el otro lado de la mesa—, ¿y dónde lo habrá contraído?

Me froté la barbilla.

—Bien; cuando veo a un perro así, inmediatamente pienso en dos cosas: envenenamiento por fósforo y leptospirosis. En vista de la temperatura tan alta, me inclino por la leptospirosis.

—¿Se la contagiaría otro perro?

—Es posible, pero resulta más probable que fueran las ratas. ¿Tiene contacto con ratas?

—Sí, de vez en cuando. Hay muchas en el viejo gallinero, al pie del jardín, y *Jingo* se mete allí a veces, persiguiéndolas.

—Bien, pues eso ha sido —me encogí de hombros—. No creo que hayamos de buscar otras causas.

Asintió lentamente.

—De todos modos ya es algo saber lo que le pasa. Ahora podrá curármelo.

Le miré por un momento en silencio. No era tan fácil, ni mucho menos. No deseaba preocuparle, pero se trataba de un hombre inteligente y sensato, de unos cuarenta años, maestro en la escuela de la localidad. Comprendí que había de decirle toda la verdad.

—Jack, se trata de una enfermedad muy difícil de curar. Si hay algo que odio ver, es un perro con ictericia.

—¿Pretende decirme que es muy grave?

—Eso me temo. En realidad, el índice de mortalidad es muy alto.

Lo sentí por él cuando vi la preocupación y el dolor repentinos que se pintaban en su rostro, pero más valía que estuviera prevenido, y así no sufriría un *shock*, pues yo sabía que *Jingo* podía estar muerto a los pocos días. Incluso ahora, treinta años más tarde, me echo a temblar cuando veo esa decoloración amarillenta en los ojos de un perro. La penicilina y demás antibióticos tienen cierto efecto contra el organismo que origina la leptospirosis, pero la enfermedad propiamente dicha sigue siendo casi mortal de necesidad.

—Comprendo..., comprendo... —Saunders trataba de serenarse—. Pero seguramente... ¿podrá hacer algo?

—Sí, sí, claro —dije con animación—; voy a darle una buena inyección de suero antileptospiral y otras medicinas para que se las administre por vía oral. No es un caso totalmente sin esperanzas.

Injecté el suero con la convicción de que no haría demasiado efecto en aquella etapa, pero no tenía otra cosa que ofrecer. También le dio una inyección a *Skipper*, lo que me animó un poco, pues así le protegía de la infección.

—Una cosa más, Jack —añadí—. Esta enfermedad también afecta a los humanos, así que, por favor, siga toda clase de precauciones higiénicas cuando toque a *Jingo*, ¿de acuerdo?

Asintió y bajó al bull-terrier de la mesa. El perrazo, como la mayoría de mis pacientes, intentó salir corriendo de aquel ambiente de clínica, antiséptico y chaqueta blanca que tanto le asustaba. Cuando salía trotando por el pasillo, Jack Saunders se volvió a mí ansiosamente:

—Mírelo. No parece estar demasiado mal, ¿verdad?

No dije nada. Esperaba de corazón que estuviera bien, pero luchaba por apartar la convicción de que aquel animal tan precioso estaba condenado. De todas maneras,

pronto lo sabríamos.

Y en realidad lo supe al día siguiente. Jack Saunders estaba al teléfono antes de las nueve de la mañana.

—*Jingo* no está nada bien —dijo, y el temblor de su voz traicionaba su esfuerzo por restar importancia al asunto.

—¡Oh! —de nuevo sentí el brusco desánimo, ya tan familiar—. ¿Qué hace?

—Nada, por desgracia. No quiere comer..., está tumbado..., como sin vida. Y, de vez en cuando, vomita.

Era lo que yo había esperado; aun así, sentí deseos de darle un puntapié a la mesa que tenía a mi lado.

—Está bien. Iré inmediatamente.

Jingo ni siquiera agitó el rabo al verme. Se hallaba encogido junto al fuego, mirando las brasas, ausente de todo. El amarillo se había acentuado en sus ojos; ahora era un tono naranja fuerte, y su temperatura seguía subiendo. Repetí la inyección de suero, pero el perro no acusó siquiera la entrada de la aguja. Antes de salir pasé la mano sobre el cuerpo suave y blanco, mientras *Skipper*, como siempre, se lanzaba a incordiar a su amigo, pero *Jingo*, hundido en la melancolía, era incapaz de prestarle atención.

Le visité a diario y al cuarto día le hallé tumbado de costado, casi en estado comatoso. La conjuntiva, la esclerótica y las membranas mucosas de la boca eran de un color chocolate sucio.

—¿Sufre? —preguntó Jack Saunders.

Vacilé por un instante.

—Sinceramente, no creo que tenga dolores. Mareo y náuseas, sí; pero yo diría que eso es todo.

—Bien, me gustaría seguir probando. No quiero acabar con él aunque usted crea que no hay esperanza. Porque eso es lo que cree..., ¿no?

Hice un gesto que a nada me comprometía. Observaba a *Skipper*, que parecía perplejo. Había abandonado sus tácticas de ataque, y ahora olfateaba en torno de su amigo con aire desconcertado. Sólo una vez le tiró suavemente de una oreja sin el menor resultado.

Llevé a cabo todas mis atenciones médicas con impresión de impotencia y me fui con la desagradable intuición de que no volvería a ver vivo a *Jingo*.

Pero, aunque estuviera esperándola, la llamada de Jack Saunders a la mañana siguiente fue un mal comienzo del día.

—*Jingo* murió durante la noche, señor Herriot. Pensé que sería mejor que lo supiera. Porque dijo que iba a volver esta mañana, ¿no?

Trataba de hablar con naturalidad.

—Lo siento, Jack. Yo confiaba...

—Sí, lo sé. Y gracias por lo que hizo.

Todavía resultaba peor cuando los clientes se mostraban agradables en esas ocasiones. Los Saunders era un matrimonio sin hijos, y muy devotos de sus animales. Sabía cómo se sentirían ahora.

Yo seguía allí, con el receptor en la mano.

—De todos modos, Jack, aún tiene a *Skipper*.

Aquello sonaba un poco cursi, pero sí sería un consuelo contar con aquel perrito, aunque fuera viejo.

—Es cierto —contestó—, y estamos muy agradecidos por la presencia de *Skipper*.

Seguí con mi trabajo. A veces se morían los pacientes y, una vez había terminado todo, casi era un alivio, especialmente cuando yo sabía, como en el caso de *Jingo*, que el final era inevitable.

Pero aquello no había terminado aún. Menos de una semana después Jack Saunders estaba al teléfono otra vez.

—Es *Skipper*. Parece que tiene lo mismo que *Jingo*.

Fue como si una mano helada me oprimiera el estómago.

—Pero... pero... ¡no puede ser! Le di una inyección para prevenirlo.

—Bien, no lo sé, pero anda por ahí con aire tristán y casi no come nada. Parece que se nos va a toda prisa.

Salí corriendo y me metí de un salto en el coche. Y mientras me dirigía a las afueras de la ciudad, donde vivía Saunders, el corazón me latía locamente y el pánico se apoderaba de mí. ¿Cómo podría haber contraído la infección? Tenía poca fe en el suero como cura, pero, como prevención, sí lo juzgaba seguro. Incluso le había dado un segundo pinchazo para asegurarme. La idea de que aquellas personas perdieran a sus dos perros ya era bastante mala, pero me resultaba insoportable el hecho de que la segunda muerte fuera culpa mía.

El pequeño corgi avanzó tristemente por la alfombra cuando me vio, y le subí a toda prisa a la mesa de la cocina. Casi le abrí violentamente los párpados en mi ansiedad, pero no había señales de ictericia en la esclerótica ni en las membranas mucosas de la boca. La temperatura era completamente normal, y sentí un gran alivio.

—Por lo menos no tiene leptospirosis —dije. La señora Sanders unió las manos.

—¡Oh, gracias sean dadas a Dios! Estábamos seguros de que era lo mismo. Parece estar tan malito...

Examiné al animal meticulosamente y, cuando terminé, me guardé el estetoscopio en el bolsillo.

—Bueno, no consigo ver nada malo. Claro que tiene un ligero soplo en el corazón, pero eso ya lo sabíamos desde hace tiempo. Después de todo, es viejo.

—¿Cree que echa de menos a *Jingo*? —preguntó Jack Saunders.

—Sí, claro. Eran muy buenos amigos. Debe de sentirse perdido sin él.

—Pero podrá recuperarse de eso, ¿no?

—¡Oh, por supuesto que sí! Voy a dejarle unas tabletas de sedante para *Skipper* y estoy seguro de que le ayudarán.

Me encontré con Jack pocos días más tarde, en la plaza del mercado.

—¿Qué tal va *Skipper*? —le pregunté.

Dejó escapar lentamente el aire antes de contestar:

—Poco más o menos lo mismo. Quizás un poco peor. El problema es que no come prácticamente nada... y está adelgazando.

Ya no sabía qué más podía hacer, pero al día siguiente entré en casa de los Saunders cuando pasé por allí.

Me quedé atónito ante el aspecto del pequeño corgi. A pesar de su edad había sido siempre muy vivaz y lleno de energía, e incluso en vida de *Jingo* había sido indiscutiblemente el jefe. Pero ahora estaba decaído por completo. Me miró con unos ojos sin brillo cuando entré, y luego volvió rígidamente a su cesto, donde se enroscó como si quisiera aislarse del mundo.

Le examiné de nuevo. El soplo del corazón parecía algo más pronunciado, pero no había otra cosa; sólo que estaba muy viejo y acabado.

—¿Saben? Empiezo a preguntarme si sólo será que echa de menos a *Jingo* —dije—. Podría ser sencillamente que le vence la edad. Después de todo, cumplirá doce años esta primavera, ¿no?

La señora Saunders asintió.

—Es cierto. Entonces, ¿cree... que esto podría ser el fin?

—Es posible.

Sabía lo que pensaba. Apenas dos semanas antes tenían un par de perros sanos jugando y peleándose por la casa, y ahora, de pronto, no habría ninguno.

—Pero ¿no puede hacer usted nada más?

—Bueno, podemos darle un tratamiento de digitalina para el corazón. Y quiero que me lleven una muestra de orina. Vamos a ver cómo le funcionan los riñones.

Hice las pruebas de orina. Había un poco de albúmina, pero no más de la que podría esperarse en un perro de su edad. Taché la nefritis como causa.

Así como fueron pasando los días probé diversos remedios: vitaminas, tónicos de hierro, fosfatos orgánicos..., pero el animalito seguía declinando sin remedio. Había pasado un mes desde la muerte de *Jingo*, cuando me llamaron de nuevo a la casa.

Skipper estaba en su cesto, y cuando le llamé alzó lentamente la cabeza. El rostro estaba muy alargado, muy delgado, y los ojos, cubiertos de una fina película, me miraron sin reconocerme.

—Vamos, muchacho —dije, animándole—, ¡a ver cómo sales de ahí!

Jack Saunders agitó la cabeza.

—Es inútil, señor Herriot. Jamás sale ahora del cesto, y cuando le sacamos nosotros casi está demasiado débil para caminar. Y otra cosa...: vomita en el suelo de la cocina durante la noche. Eso es algo que nunca había hecho.

Era como si oyera una campanita que anunciara desgracia. Todo lo que decían se ajustaba a la descripción de un perro en la última etapa de la senilidad. Traté de elegir las palabras más adecuadas:

—Lo lamento, Jack, pero parece que el pobre ha llegado al final del camino. No creo que sólo la muerte de *Jingo* causara todo esto.

No hablé por un momento. Miró a su esposa y luego a la pobre criatura.

—Sí, claro, ya lo habíamos pensado. Pero seguíamos esperando que por lo menos empezara a comer... ¿Qué... qué sugiere?

No podía decidirme a pronunciar las palabras condenatorias.

—Me parece que no podemos quedarnos indiferentes y dejarle sufrir. No es más que un esqueleto, y ahora no creo que obtenga el menor placer de la vida.

—Comprendo, y estoy de acuerdo. Ahí tumbado todo el día..., sin interés por nada —hizo una pausa y miró de nuevo a su esposa—. Voy a decirle una cosa, señor Herriot: déjenos pensarlo hasta mañana. Pero ¿no cree que haya esperanza?

—La verdad es que no lo creo, Jack. Los perros viejos suelen ponerse así al final. *Skipper* se ha desmoronado... Me temo que está acabado.

Inspiró profundamente.

—De acuerdo. Si no recibe noticias mías a las ocho, mañana por la mañana venga, por favor, y... hágale dormir.

Tenía pocas esperanzas de recibir esa llamada, y en efecto, no llegó. En aquellos primeros días de nuestro matrimonio, Helen trabajaba de secretaria en una de las fábricas de la localidad. Con frecuencia iniciábamos el día juntos, bajando los largos tramos de escaleras desde nuestra salita-dormitorio, y yo me despedía de ella en la puerta principal antes de empezar mi ronda.

Aquella mañana me dio el beso de costumbre antes de salir a la calle, pero luego me miró escudriñadoramente.

—Has estado muy callado durante el desayuno, Jim. ¿Qué ocurre?

—Realmente no es nada. Cosas del trabajo.

Pero como siguiera mirándome fijamente, le hablé a toda prisa de los Saunders. Me dio un golpecito en el brazo.

—¡Qué pena, Jim! Pero no puedes permitir que esos casos te depriman de tal modo. No lograrías sobrevivir.

—Ah, claro, eso lo sé. Por lo visto soy un blandengue, en eso consiste mi problema. A veces creo que no debería ser veterinario.

—En eso te equivocas. No puedo imaginarte en otra profesión. Harás lo que debas hacer, y lo harás del mejor modo posible.

Y, besándome de nuevo, salió y bajó corriendo los escalones.

Era ya media mañana cuando me detuve ante la casa de los Saunders. Abrí el maletero del coche y saqué la jeringuilla y la botella de anestesia concentrada que daría al perrito un fin pacífico y sin dolor.

Lo primero que vi al entrar en la cocina fue un cachorrillo, gordito y blanco, que apenas sabía caminar.

Le miré atónito.

—¿Qué es esto?

La señora Sanders me lanzó una sonrisa tensa.

—Jack y yo tuvimos ayer una conversación. No podíamos soportar la idea de quedarnos sin perro, así que acudimos a la señora Palmer, que fue la que nos vendió a *Jingo*, y descubrimos que tenía una camada en venta. Parecía cosa del destino. Y también le hemos puesto el nombre de *Jingo*.

—¡Qué idea tan magnífica! —alcé en brazos al cachorro, que se revolvía entre mis manos, gruñendo como saciado y tratando de lamerme el rostro. «Esto —pensé— hará más fácil mi desagradable tarea»—. Creo que han sido muy sensatos.

Saqué disimuladamente la botella de anestesia del bolsillo y me incliné sobre el cesto, en el rincón. *Skipper* seguía enroscado como una bola, aislado de todo, como el día anterior, así que tuve un pensamiento consolador: lo único que iba a hacer era darle un empujoncito hacia el camino que él ya había iniciado.

Atravesé el tapón de goma de la botella con la aguja, y estaba a punto de retirar el barbitúrico, cuando vi que *Skipper* alzaba la cabeza. Con la barbilla apoyada en el borde del cesto, observaba al cachorro. Sus ojos seguían cansadamente a la criaturita, que ahora se dirigía hacia un plato de leche y empezaba a beberla a toda prisa. Y en su expresión intensa vi algo que había desaparecido en él hacía tiempo.

Permanecí inmóvil mientras el corgi hacía un par de intentos por ponerse de pie. Casi se cayó fuera del cesto, pero siguió avanzando con sus patitas temblorosas sobre el suelo. Cuando llegó junto al cachorro se quedó vacilante por algún tiempo, una grotesca caricatura de sí mismo, pero mientras yo le observaba incrédulo, adelantó la cabeza y mordió la orejita blanca del pequeño.

El estoicismo no es una característica de los cachorros, y *Jingo II* soltó un fuerte aullido cuando los dientes le aprisionaron la oreja. *Skipper*, sin embargo, siguió mordiéndole con feliz concentración.

Volví a meterme la botella y la jeringuilla en el bolsillo.

—Tráiganle algo de comer —dije en voz baja.

La señora Saunders fue corriendo a la despensa y regresó con unos trocitos de carne en un plato. *Skipper* siguió mordisqueando la oreja unos momentos; luego olfateó sin prisa al cachorro de la cabeza al rabo, antes de dirigirse al plato. Apenas tenía fuerzas para masticar, pero tomó un pedazo de carne y sus mandíbulas se movieron lentamente.

—¡Santo cielo! —estalló Jack Saunders—. ¡Es lo primero que ha comido en muchos días!

Su esposa me tomó del brazo.

—¿Qué ha ocurrido, señor Herriot? Si trajimos al cachorrillo fue porque no imaginábamos la casa sin un perro.

—Bien, pues me parece que ya tienen otra vez dos. —Me dirigí a la puerta y me volví con una sonrisa hacia el matrimonio, que observaba con fascinación cómo se tomaba la carne el corgi y se lanzaba luego muy decidido sobre otro trozo—. Buenos días. Yo ya me voy.

Unos ocho meses más tarde, Jack Saunders entró en la clínica y puso a *Jingo II* sobre la mesa. Se iba convirtiendo en un animal espléndido, con el pecho enorme y las patas poderosas de su raza. El rostro alegre y aquel rabo que no dejaba de agitarse, me recordaban mucho a su predecesor.

—Tiene un poco de eczema en las patas —dijo Jack; luego se inclinó y subió también a *Skipper*.

En ese momento yo no tenía ojos para mi paciente. Toda mi atención estaba fija en el corgi, regordete, con los ojos brillantes, que mordía los miembros traseros del otro perro con su antiguo vigor y viveza.

—¡Mire esto! —murmuré—. Es como si hubiéramos dado marcha atrás al reloj.

Jack Saunders se echó a reír.

—Sí, ¿verdad? Son grandes amigos..., exactamente como antes.

—Ven aquí, *Skipper* —agarré al perrito y le examiné. Cuando hube terminado le sostuve un instante, aunque él luchaba por librarse y volver junto a su amigo—. ¿Sabe? Creo sinceramente que aún le quedan muchos años.

—¿Es cierto? —Jack Saunders me miró con una luz maliciosa en los ojos—. Pues me parece recordar que hace algún tiempo dijo que sus días habían terminado..., que había llegado a su fin.

Alcé la mano.

—Lo sé, lo sé. Pero, en ocasiones, ¡qué magnífico es equivocarse!



5

—Ese joven Herriot es torpón.

No eran las palabras más adecuadas para levantarle a uno la moral y, por un momento, la estupenda cerveza que estaba tomando se convirtió en veneno en mi boca. Bebía tranquilamente y a solas en el «rinconcito» de la Corona y el Ancla, en camino hacia casa después de resolver un caso de cólico, y las palabras me llegaron con toda claridad por encima de la mampara que nos separaba del bar.

Supongo que el llegar a la conclusión de que mi instructor, el oficial de vuelo Woodham, me consideraba una persona de muy poca inteligencia, me hizo recordar ese incidente.

Cambié ligeramente de posición para ver la sala del bar, brillantemente iluminada. El que hablaba era Seth Pilling, un hombre que trabajaba cuando le venía en gana, y bastante famoso en Darrowby. Se le llamaba trabajador, pero la verdad es que trabajaba con irregularidad, y aquel cuerpo grueso de rostro grasiento solía verse con mucha frecuencia en los alrededores de la Bolsa de Trabajo, adonde acudía a cobrar el cheque del subsidio de paro.

—Sí, no tiene la menor idea. No sabe nada de perros —y el hombretón se metió entre pecho y espalda casi un cuarto de litro de cerveza de un solo trago.

—Pues no se le dan mal las vacas —dijo otra voz.

—Puede ser, pero yo no hablo de unas estúpidas vacas —replicó Seth con ira—. Yo hablo de perros. Se necesita mucha habilidad para curar a un perro.

Ahora intervino un tercero:

—Bien; pero él es el veterinario, ¿no?

—Sí, ya sé que lo es, pero hay todo tipo de veterinarios, y éste es un caso. Podría contaros varias historias de él...

Dicen que quien escucha su mal oye, y yo sabía que lo más sensato era salir de allí inmediatamente antes de oír cómo me vilipendiaba aquel hombre en un bar abarrotado. Pero, por supuesto, no me fui. Me quedé, morbosamente fascinado, escuchando con todos los nervios y fibras de mi cuerpo.

—¿Qué clase de historias, Seth?

La compañía estaba tan interesada como yo.

—Bien; muchas gentes me han traído perros que él había echado a perder.

—Y tú sabes todo lo que hay que saber de perros, ¿verdad, Seth?

Tal vez fuera mi deseo lo que me hizo imaginar un poco de sarcasmo en esta última pregunta, pero, si ese era el caso, al señor Pilling no le hizo el menor efecto. Su rostro grandote y estúpido se frunció en una sonrisa de autosatisfacción.

—Te diré que no hay mucho que yo no sepa de perros. He estado entre ellos toda mi vida y además he estudiado la cuestión —trasegó otro sorbo de cerveza—. Tengo un montón de libros en casa y los he leído todos. Y sé cuanto hay que saber de sus enfermedades y los remedios.

Ahora habló otro de los del bar:

—Nunca te ha vencido un perro, ¿verdad, Seth?

Hubo una pausa.

—Bueno, no voy a decir que no —contestó juiciosamente—; es muy raro que me venzan, pero en un caso así jamás acudo a Herriot —agitó la cabeza—. No, no; me voy hasta Brawton y consulto a Dennaby Broome. Es un buen amigo mío.

En el silencio que siguió, agarré mi vaso. Dennaby Broome era uno de los muchos «curanderos» que florecían en aquellos tiempos. Había empezado en el negocio de construcción —como enlucidor, para ser más exactos— y luego se había pasado al campo de la ciencia veterinaria ignoro por qué y sin cursar estudios de ninguna clase. Ahora se ganaba la vida cómodamente.

Yo no tenía nada contra él por esa razón... Todos tenemos que vivir. En cualquier caso, apenas me molestaba, porque Brawton estaba prácticamente fuera de la órbita profesional, pero mis colegas de los alrededores solían referirse a él con palabras muy poco amables. Yo tenía la íntima convicción de que gran parte de su éxito se debía a aquel nombre tan resonante. En mi opinión sólo esas palabras: «Dennaby Broome», ya resultaban imponentes.

—Sí, eso es lo que hago —continuó Seth—. Dennaby y yo somos viejos amigos y a veces nos consultamos sobre perros. En realidad, una vez le llevé al mío... y está bien, ¿no?

Me puse de puntillas y miré el bar. Apenas alcanzaba a ver el sabueso de Seth, sentado a sus pies: una criatura preciosa, de pelo lustroso y abundante. El hombre se inclinó y dio unos golpecitos en aquella cabeza de lobo.

—Es un valioso animal éste. No se lo confiaría a un tipo como Herriot.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que pasa con Herriot? —preguntó alguien.

—Pues mira, te diré una cosa —y Seth se dio unos golpecitos en la cabeza—, que no tiene nada aquí dentro.

No quise oír más. Dejé el vaso y salí subrepticamente a la oscuridad.

Después de esta experiencia, empecé a fijarme más en Seth Pilling. Con frecuencia se le veía paseando en torno de la ciudad porque, a pesar de sus amplios conocimientos sobre tantos temas, casi siempre estaba sin trabajo. No sólo era experto en perros...; también podía dar conferencias en la Corona y el Ancla sobre política, jardinería, cuidado de los pájaros, agricultura, el estado de la economía, el críquet, la pesca y muchas cosas más. Casi nada escapaba a su gran inteligencia, pero sorprendía que los empresarios desearan invariablemente librarse de sus servicios tras un período muy breve.

Por lo general el perro le acompañaba en sus paseos, y aquel animal atractivo empezó a representar para mí el símbolo de mi fracaso. Por instinto me mantenía fuera de su camino, pero un día tropecé directamente con él.

Fue en el pequeño refugio cubierto en la plaza del mercado, donde un grupo de gente esperaba el autobús de Brawton. Entre ella estaba Seth Pilling con su sabueso, y al pasar a pocos metros de ellos, de camino hacia Correos, me detuve involuntariamente a mirar. El perro estaba cambiadísimo, hasta resultar irreconocible.

Aquel pelo espeso, limpio y de color gris que conocía tan bien, se había vuelto escaso y sin lustre. El grueso collar de pelo en torno del cuello, característico de la raza, se había quedado en nada.

—¿Está mirando a mi perro?

El señor Pilling tiró de la correa y atrajo el animal con aire protector, como si temiera que yo fuese a ponerle encima una mano que podría contaminarle.

—Sí... Lo siento, pero no puedo por menos de advertir... ¿Tiene alguna enfermedad de la piel?

El hombretón me miró por encima de su nariz.

—Sí, casi nada. Ahora le llevo a Brawton, para que le vea Dennaby Broome.

—Comprendo.

—Sí, pensé que sería mejor llevárselo a alguien que supiera algo de perros —sonrió y miró en derredor, a cuantos estaban en la parada y escuchaban con gran interés—. Es un perro muy valioso éste.

—Estoy seguro —dije.

Aún alzó más la voz:

—Claro que ya he estado tratándole por mi cuenta —no tenía que decírmelo. Se notaba un fuerte olor a alquitrán, y el pelo del perro estaba manchado con una sustancia oleosa—. Pero quizá sea mejor asegurarse. Tenemos suerte de poder acudir a un hombre como Dennaby Broome.

—Claro.

Él miró apreciativamente a su público.

—Especialmente con un perro tan valioso como éste. No podemos permitir que cualquier ser insignificante empiece a estropear las cosas.

—Bien; espero que él consiga curarlo.

—¡Oh, claro que sí! —el hombretón estaba disfrutando con el diálogo, y ahora se echó a reír—. Usted no se preocupe por eso.

Esta sesioncita no vino a alegrarme el día, pero sí me dio nuevas razones para observar al señor Pilling. Durante las dos semanas siguientes vigilé sus movimientos con el interés más profundo, porque el perro perdía el pelo a una velocidad alarmante. Y no sólo eso, sino que la conducta del animal había cambiado por completo y, en vez de marchar a saltos con su antigua animación, ahora arrastraba una pata tras otra como si estuviera a punto de morir.

Hacia el final de ese período, me horrorizó ver a aquel vago con un animal semejante a una oveja esquilada al extremo de la correa. Todo lo que quedaba de aquel hermoso perro. Pero, en cuanto me dirigí hacia él, su dueño me vio y salió corriendo en dirección opuesta, arrastrando al desgraciado animal.

Sin embargo, pude echarle una buena mirada al perro pocos días más tarde. Estaba en la sala de espera de Skeldale House y esta vez lo acompañaba su dueña y no su dueño.

La señora Pilling estaba sentada muy tiesa, y cuando le pedí que pasara a la sala de consulta, se puso en pie de un salto, pasó delante de mí y avanzó a toda prisa por el pasillo.

Era muy pequeña, pero gruesa y de caderas anchas, y siempre caminaba con rapidez, adelantando agresivamente la cabeza a cada paso, la mandíbula saliente. Jamás sonreía.

Se rumoreaba que Seth Pilling era un bocazas fuera de casa, pero que, bajo su propio techo, vivía sojuzgado por su mujercita. Y cuando aquel rostro de labios tensos y ojos fieros se volvió hacia mí, lo creí sin dificultad.

Se inclinó, metió sus brazos poderosos bajo el sabueso y lo alzó sobre la mesa.

—¡Vamos, eche una mirada a mi buen perro, señor Herriot! —dijo bruscamente.

Le examiné mudo de horror.

—¡Santo cielo!

El animalito estaba casi completamente pelado. Tenía la piel seca, escamosa y arrugada, y la cabeza le colgaba, como si viviera a base de sedantes.

—Le sorprende, ¿verdad? —ladró ella—. No me extraña. Está en una situación horrible, ¿no?

—Pues me temo que sí. Jamás le habría reconocido.

—Ni usted ni nadie. Es lo que más quiero en el mundo y ahora ¡mírelo! —se detuvo, gruñendo unas cuantas veces—. Y yo sé quién es el responsable. ¿Y usted?

—Bueno, yo...

—Sí, lo sabe. Ese marido mío —hizo una pausa y me miró furiosa, respirando agitadamente—. ¿Qué opina usted de mi marido, señor Herriot?

—La verdad, no le conozco muy bien y...

—Pues yo sí le conozco bien y es un gandul. Un gandul y un idiota. Lo sabe todo y no sabe nada, y ha estado haciendo el imbécil con mi buen perro hasta que casi lo ha matado.

Yo no decía nada. Seguía estudiando al sabueso. Era la primera vez que podía observarle de cerca, y tenía la seguridad de conocer la causa del problema.

La señora Pilling sacó más aún la mandíbula y continuó:

—Primero dijo mi marido que era eczema. ¿Lo es, en realidad?

—No.

—Luego dijo que era sarna. ¿Lo es?

—No.

—¿Usted sabe lo que es?

—Sí.

—Bien, ¿quiere decírmelo, por favor?

—Es myxoedema.

—¿Myx...?

—Un momento. Quiero asegurarme con absoluta certeza —tomé el estetoscopio y lo coloqué sobre el pecho del perro. Y allí estaba la bradicardia, como yo esperaba; el latir lentísimo del hipotiroidismo—. Sí, lo es. No me queda la menor duda.

—¿Cómo le llamó?

—Myxoedema. Es una deficiencia del tiroides..., una glándula situada en el cuello que no funciona adecuadamente.

—¿Y eso hace que se le caiga el pelo?

—Claro. Y también da lugar a las escamas y arrugas típicas de la piel.

—¡Ah, pero es que además está medio dormido todo el tiempo! ¿Qué me dice de eso?

—Otro síntoma clásico. El perro que sufre esta enfermedad vive en estado letárgico..., pierde toda su energía.

Extendió la mano y tocó la piel del perro, desnuda y correosa, en tiempos cubierta por un pelaje espléndido y brillante.

—¿Y puede curarlo?

—Sí.

—Bien, señor Herriot, no me interprete mal, pero ¿no podría equivocarse? ¿Está completamente seguro de que esto es myxo... como se diga?

—Por supuesto que lo estoy. Es un caso de los más claros.

—De los más claros para usted, quizá —enrojeció, y sus dientes rechinaron—. Pero no tan claro para el listo de mi marido. ¡El gran imbécil! Cuando pienso lo que me ha hecho pasar con el perro..., sería capaz de matarle.

—Bueno; supongo que él creía que estaba haciendo lo mejor, señora Pilling.

—No me importa lo que él creyera, pero ya ha hecho sufrir bastante a mi pobre perro. ¡Espere a que le coja!

Le di una provisión de tabletas.

—Son de extracto de tiroides, y quiero que le dé una por la noche y otra por la mañana.

También le entregué una botella de yoduro potásico que era muy útil en tales casos. Me miró con cierta duda.

—¿Seguro que no quiere que le frote la piel con algo?

—No. Las aplicaciones en la piel no sirven de nada.

—¿Quiere decir entonces...? —Su rostro se tornó color púrpura y empezó a gruñir de nuevo—. ¿Quiere decir que todas las botellas de ese líquido tan asqueroso que mi marido le puso eran totalmente inútiles?

—Me temo que sí.

—¡Oh! ¡Le mataré! —estalló—. Una cosa como barro oleoso... Y ese tipo tan curioso de Brawton me envió una loción horrible..., amarillenta, que me impregnó de mal olor toda la casa. Me ha arruinado las alfombras, las fundas de las sillas, todo.

«Sulfuro, aceite de ballena y creosota —pensé—. Magníficos ingredientes anticuados, completamente inútiles en este caso, y desde luego antisociales».

La señora Pilling bajó el perro al suelo y salió por el pasillo adelantando la cabeza, irguiendo los hombros poderosos. Aún la oí murmurar entre dientes mientras se alejaba:

—¡Por Dios, espera a que llegue a casa! Conque tú ibas a curarle, ¿eh?

Naturalmente, yo estaba muy interesado en el progreso de mi paciente y, como no le viera durante unos quince días, deduje que Seth Pilling se mantenía alejado de mi camino. En realidad, hubo una ocasión en que creí verle desaparecer por un callejón con el perro, pero no podía estar seguro.

Cuando me tropecé con los dos fue por accidente. Daba con el coche la vuelta a la esquina para entrar en la plaza del mercado cuando vi a un hombre y un perro que se alejaban de uno de los tenderetes.

Al mirar por la ventanilla, me quedé sin aliento. Incluso en aquel espacio de tiempo la piel del animal se había cubierto ya con una sana capa de pelo nuevo, y marchaba con ciertas huellas de su antigua vitalidad.

Su dueño giró en redondo cuando yo mengué la marcha. Me lanzó una mirada de perseguido, luego tiró de la correa y se escurrió a toda prisa.

Bien podía yo imaginar su confusión mental, el conflicto de emociones. Sin duda él había deseado que su perro se curara, pero no de aquel modo, y según resultó era como si la suerte se ensañase con el pobre hombre, porque la recuperación había sido increíblemente rápida. He visto algunas curas espectaculares del myxoedema, pero ninguna como la de aquel sabueso.

Los sufrimientos del señor Pilling fueron llegando poco a poco a mis oídos. Por ejemplo, supe que había cambiado de taberna y que ahora, al anochecer, iba al Oso Rojo. En un lugar tan pequeño como Darrowby las noticias corren como el viento, y

estaba convencido de que los asiduos de la Corona y el Ancla se habrían corrido una buena juerga a expensas del experto.

Pero su martirio principal estaba en casa. Unas seis semanas después de terminar el tratamiento del perro, la señora Pillling lo trajo de nuevo a la clínica.

Como la primera vez, lo alzó con toda facilidad sobre la mesa y me miró, el rostro severo como siempre.

—Señor Herriot, sólo he venido a darle las gracias. Además, supuse que le interesaría ver ahora a mi perro.

—Me interesa muchísimo, señora Pilling. Y le agradezco que haya venido —contemplé maravillado el pelo espeso, peinado, brillante y nuevo, los ojos alegres y luminosos, la expresión alerta—. Creo que puede decirse que ha vuelto a la normalidad. Asintió.

—Eso es lo que yo pensaba, y le agradezco todo cuanto ha hecho.

La acompañé hasta la puerta principal y, cuando ya sacaba el perro a la calle, volvió su rostro de nuevo hacia mí. Aquellos ojos graves que se cruzaron con los míos parecían muy amenazadores.

—Quiero decirle también —añadió— que nunca perdonaré al idiota de mi marido lo que le hizo a mi perro. ¡Por Dios que ya le he dado su merecido al muy gandul! Pero aún no he acabado con él.

Mientras se iba calle abajo, con el animalito trotando con animación a su lado, me invadió una emoción muy agradable. Siempre es grato ver que un caso se resuelve tan favorablemente, pero aquél brindaba una compensación extra.

Durante algún tiempo, la pequeña señora Pilling convertiría la vida de su marido en un infierno.



6

—Hoy —dijo el oficial de vuelo Woodham— vamos a probar algunas cositas nuevas. Caída en picado, deslizamiento de lado, y la salida de una caída en velocidad mínima.

Su voz era amable y, antes de colocarse el casco, volvió hacia mí su rostro moreno y de rasgos agradables y sonrió. Mientras cruzábamos la hierba del campo, pensé que era un tipo muy amable. Me habría gustado tenerlo como amigo.

Pero siempre era así en tierra. Y, en el aire, completamente distinto.

Sin embargo, yo no podía comprenderlo. Volar no me suponía el menor problema. Cuando estábamos girando, bajando y subiendo en aquel cielo de verano, sus instrucciones me parecían sencillas y fáciles de llevar a la práctica. Pero el lío, como siempre, empezó muy pronto.

—¿No le dije que opusiera el timón y la palanca de mando en el deslizamiento hacia el interior? —me ladró por el interfono.

—Sí, señor —fue todo lo que contesté, en vez del «¡Pues eso es lo que estoy haciendo, estúpido cabrón!», que le hubiera lanzado en la vida civil como algo mucho más apropiado.

Los ojos tras las gafas se clavaron en mí por el retrovisor.

—¿Y por qué demonios no lo hace? —su voz era ahora un chillido salvaje.

—Lo siento, señor.

—Bien, pues enderécelo. Lo haremos de nuevo. Y ¡por el amor de Dios, utilice los sesos!

Siempre ocurría lo mismo en los deslizamientos y en las salidas de la velocidad mínima. Yo no tenía la menor dificultad para salir, pero en ocasiones se diría que mi instructor iba a perder la cabeza.

Unos gritos desaforados atronaron mis oídos.

—¡El timón al contrario, y centre la palanca! ¡Céntrela! ¿Es que no me oye? ¡Oh, Señor, Señor!

Y, por supuesto, el pánico empezó a invadirme gradualmente y me lancé a cometer locuras. Un instante alcancé a ver delante de mí una estación de ferrocarril que describía círculos; de pronto no había nada más que el cielo vacío y luego, en cuestión de segundos, el terreno y los árboles se abalanzaban hacia mí. Todo se trastocaba de un modo absurdo, a excepción de los ojos rabiosos que me miraban por el retrovisor y los chillidos exasperados.

—¡Centre, maldito idiota! ¡Siga mirando esa nube! ¡Observe el horizonte artificial! ¿Es que no sabe para qué sirve el altímetro? ¡Le dije que lo mantuviera a trescientos metros, pero es como si hablara con una condenada pared!

Al cabo de un rato me dominó el atontamiento más completo, y las palabras seguían resonando sin significado alguno en mi mente, como si cada frase contradijera la anterior. Yo intentaba aclarar algo de aquella andanada de consejos, pero todo se confundía en mi mente.

Ya me había sentido antes así. Había algo familiar en la confusión que invadía mi cerebro. Y entonces lo recordé. Era como estar otra vez con los Birtwhistle.

El problema de los Birtwhistle era que todos hablaban a la vez. El señor Birtwhistle hablaba invariablemente de su ganado; su esposa se dedicaba a los asuntos familiares; y Len, su hijo, un muchacho de dieciocho años, sólo hablaba de fútbol.

Yo estaba examinando a *Nellie*, la gran vaca blanca siempre colocada frente a la puerta, en el gran establo de piedra gris. Llevaba coja más de una semana, y no les gustaba su aspecto.

—Levántale la pata, por favor, Len —dije.

Era maravilloso tener aquel gigante musculoso para que le sostuviera el miembro trasero, en vez de pasar por todo el tedioso proceso de alzarlo mediante una cuerda pasada a través de una viga.

Una vez me enseñó la pezuña hendida entre sus grandes manos, comprendí que mis temores tenían fundamento. El espacio entre las dos partes estaba limpio, pero había una hinchazón característica en torno de la articulación interfalángiana.

Alcé la vista desde mi posición en cuclillas.

—¿Ve eso, señor Birtwhistle? La infección se va extendiendo hacia arriba.

—Sí... sí... —el granjero apoyó el dedo contra el área tumefacta y *Nellie* se quejó—. Le sube por la pata, ahí, por el lado derecho, seguro. Y yo creí que sólo era un poco de porquería y le he estado poniendo...

—¡Oiga —empezó Len—, mire lo bien que ganaron esos chicos contra Hellerby el sábado! Johnnie Nudd consiguió otro par de goles y...

—... poniendo esa loción cáustica en la hendidura —el señor Birtwhistle no parecía haber oído a su hijo, pero siempre era igual—. Llevo aplicándosela varios

días por la noche y por la mañana. Y voy a decirle el mejor modo de hacerlo. Tome una pluma de gallina y...

—... y no me sorprendería nada que marcara algunos más este sábado —continuó Len sin inmutarse—. Sabe camuflarse como nadie cuando él...

—... y la mete en la loción, sólo la puntita, y luego se la pasa por la pezuña. Eso lo mejora como...

—... y le da a la pelota con el pie derecho. Los engaña a todos y pasa...

Alcé la mano.

—Esperen un minuto. Tienen que comprender que no es una ligera infección. Esta vaca tiene artritis supurativa en la articulación, junto a la corona de la pezuña. No voy a utilizar palabras técnicas, pero tiene pus ahí, dentro de la cavidad de la articulación, y eso es algo muy malo.

El señor Birtwhistle asintió lentamente. Parecía estar reflexionando.

—¿Cómo un absceso, quiere decir? Bueno, entonces lo mejor será que lo abra. Una vez le saque toda esa porquería...

—... como un rayo —continuaba Len—, y le aseguro que Johnnie podría pasar una prueba para los de Darrington uno de estos días, y entonces...

Siempre me parece lo más cortés mirar a una persona cuando ésta te habla, pero resulta muy difícil si te hablan dos a la vez, especialmente si uno de ellos está inclinado y el otro de pie detrás de ti.

—Gracias, Len —dije—; ahora ya puedes bajar esa pata —me enderecé y fijé la mirada en algún punto entre ellos—. El problema consiste en que no podemos meter ahí un bisturí y vaciarlo. Con frecuencia las superficies blandas de la articulación están corroídas, y es muy doloroso.

Nellie habría estado de acuerdo conmigo. Era la parte exterior de la pezuña la afectada, y la pobre se mantenía en pie con la pata muy echada a un lado, en un intento por apoyar el peso en el dígito interno y sano.

El granjero formuló la pregunta inevitable:

—Bien, ¿qué vamos a hacer?

Tuve la incómoda impresión de que lo que hiciéramos no supondría diferencia alguna, pero había que intentarlo.

—La trataremos con polvos de sulfanilamida, y además le pondrá una cataplasma en ese pie tres veces al día.

—¿Una cataplasma? —el rostro del granjero se animó—. Eso ya lo he hecho. Le he puesto...

—Si Johnnie Nudd firmara con los de Darlington, supongo que...

—Espera, Len —le interrumpí—. ¿Qué cataplasma le ha puesto, señor Birtwhistle?

—Mierda de vaca —contestó el granjero con toda confianza—. Ya puede apostar a que una buena cataplasma de boñiga de vaca saca lo que sea. La he usado en los casos más graves de...

—... que tendría que ir a Darlington de vez en cuando, y dejar ver los partidos de los Kestrels —siguió Len—, y tendría que ver cómo le iba a Johnnie con esos profesionales porque...

Conseguí sonreír ligeramente. También a mí me gusta el fútbol, y juzgaba conmovedor que Len ignorara el gran panorama del fútbol de liga para concentrarse en un equipo pueblerino que jugaba ante unos veinte espectadores.

—Sí, sí, Len, comprendo cómo te sientes. Yo pensaba —añadí volviéndome a su padre— en una cataplasma completamente distinta, señor Birtwhistle.

El rostro del granjero se alargó, y las comisuras de su boca se torcieron en un gesto de tristeza.

—Bueno, pues yo nunca he encontrado nada mejor que mierda de vaca... y llevo entre animales toda la vida.

Apreté los dientes. Ese medicamento natural era muy estimado por los granjeros de los Valles en los años treinta, y lo peor de todo era que con frecuencia lograba su objetivo. No hay duda de que una bolsa llena de heces bovinas aplicada a un área inflamada, genera un calor tremendo y es un gran revulsivo. En aquellos tiempos había de aguantarme, cerrar la boca, y aceptar algunas de esas curas tradicionales; pero jamás había prescrito mierda de vaca y no iba precisamente a empezar ahora.

—Es posible —dije con firmeza—; pero yo me refería al caolín. Puede venir a recogerlo a la clínica. Tiene que calentar la lata en un puchero de agua caliente, y aplicar la cataplasma sobre el pie. Conserva el calor varias horas.

El señor Birtwhistle no demostró gran entusiasmo, así que lo intenté de nuevo.

—O puede utilizar salvado. Veo que tiene un saco por ahí.

Se animó un poco.

—¡Ah...! Eso está mejor.

—De acuerdo, póngale salvado bien caliente tres veces al día, dele los polvos y ya volveré a verla dentro de unos días.

Sabía que el granjero haría lo que le había indicado porque era un hombre consciente, pero yo había visto otros casos semejantes y no me sentía muy animado. Nada acaba más aprisa con una vaca que el dolor de una pata. Animales grandes y gruesos se reducen a esqueletos en cuestión de semanas debido al dolor de la artritis infecciosa. Solo podía esperar.

—Muy bien, señor Herriot —convino el señor Birtwhistle—, y ahora entre en la casa. Mi mujer le ha preparado una taza de té.

Casi nunca rehúso esas invitaciones, pero cuando entré en la cocina comprendí que se iba a complicar la cosa.

—Bien, bien, señor Herriot —dijo la esposa del granjero sonriendo, al entregarme una taza humeante—. Ayer estuve hablando con su señora en la plaza del mercado y me dijo...

—¿Y usted cree que esos polvos suyos la arreglarán del todo? —Su marido me miraba con gravedad—. Así lo espero, porque *Nellie* es una buena lechera. Recuerdo

la última lactancia...

—Los Kestrels juegan contra Dibhan en la Copa de Hulton —intercaló Len—. Así que será un partido. La última vez...

La señora Birtwhistle continuó sin pararse a respirar:

—... que estaban muy bien instalados en la parte alta de Skeldale House. Debe de ser muy agradable vivir allí con la vista tan hermosa...

—... quince litros cuando parió por primera vez, y luego siguió con...

—... casi nos tiraron del campo, pero lo que es ahora...

—... y se podrá ver todo Darrowby. Pero no serviría para una mujer tan gorda como yo. Le dije a su señora que había que ser joven y muy delgado para vivir allá arriba. Todas esas escaleras y...

Tomé un largo sorbo de la taza. Eso me dio la oportunidad de enfocar la vista y la atención en un solo punto mientras la conversación seguía su curso incesante a mi alrededor. Me resultaba invariablemente agotador tratar de oír lo que decían los tres Birtwhistle, y a grito pelado, y por supuesto era imposible mirarlos a todos simultáneamente y ajustar mi expresión a sus diferentes observaciones.

Lo que más me sorprendía era que ninguno de ellos se enfadaba nunca porque los demás le interrumpiesen. Nadie decía jamás: «¡Que soy yo el que habla! ¿Te importa?», «No me interrumpas», ni «¡Por el amor de Dios, cállate!». Vivían juntos en armonía perfecta, todos hablando a la vez y sin que ninguno prestara la menor atención a lo que decían los otros.

Cuando vi la vaca a la semana siguiente, estaba peor. El señor Birtwhistle había seguido fielmente mis instrucciones, pero *Nellie* apenas podía caminar cuando la trajeron del campo.

Len estaba allí para alzarle la pata, y yo examiné deprimido la hinchazón creciente. Rodeaba toda la corona de la pezuña desde el talón hasta la hendidura interdigital delantera, y el roce más leve de mi dedo hacía que el corpulento animal retirara la pata vencida por el dolor.

Yo no hablaba porque sabía lo que aguardaba a *Nellie*, y sabía también que al señor Birtwhistle no iba a gustarle cuando se lo dijera.

Al volver a visitarla, hacia finales de semana, sólo tuve que mirar la cara del granjero para comprender que todo había resultado como me temía. Por una vez estaba callado, y me dirigió silenciosamente hacia el establo.

Nellie se apoyaba ahora sobre tres patas sin atreverse siquiera a poner el pie infectado en contacto momentáneo con el suelo empedrado. Peor aún, ya estaba en un avanzado estado de desnutrición; el animal grueso y sano de hacía dos semanas se hallaba reducido a poco más que la piel y los huesos.

—Dudo que salga de ésta —murmuró el señor Birtwhistle.

Las patas traseras de la vaca son difíciles de alzar, pero no necesité ayuda alguna porque a *Nellie* había dejado de importarle todo. Examiné el dígito hinchado. Era enorme ahora...: una masa de tejido dañado del que corría un reguero de pus.

—Como ve, ha estallado por ahí —el granjero apuntaba con el dedo la abertura—. Pero no le causa el menor alivio.

—Bueno, tampoco lo esperaba. Recuerde que, según le expliqué, el problema estaba en el interior de la articulación.

—Son cosas que pasan. Igual daría que telefoneáramos ya a Mallock. Apenas da una gota de leche, pobrecilla; ya no es más que un esqueleto.

Siempre me veía obligado a esperar la amenaza de aquel «desguazador» de animales antes de decir lo que me proponía decir ahora. Desde el principio, aquel había sido un caso para la cirugía, pero sugerir esto al principio hubiera equivalido a una pérdida de tiempo. La amputación del dígito de un bovino siempre llena de horror a los granjeros, e incluso en ese momento sabía que tendría problemas para convencer al señor Birtwhistle.

—No hay necesidad de matarla. Existe otro modo de curar esto.

—¿Otro modo? Yo creo que ya hemos probado bastante.

Me incliné y le alcé la pata de nuevo.

—Mire esto —tomé el dígito interno y lo moví en todas direcciones—. Este lado está perfectamente sano. No hay nada malo en él. Podría soportar todo el peso de *Nellie*.

—Sí, pero... ¿y el otro, que está tan mal?

—Podría quitarlo.

—¿Quiere decir... cortarlo?

—Sí.

Agitó la cabeza vigorosamente.

—No, no, eso no lo aguanto. Ya ha sufrido bastante. Será mejor que venga Jeff Mallock y acabe con ella de una vez.

Ya lo teníamos de nuevo. Nadie podrá decir que los granjeros sean cobardes y tímidos como violetas, pero hay algo en esta operación que los aterroriza.

—Pero, señor Birtwhistle, ¿no comprende...? El dolor se alivia instantáneamente. Se le quita la presión, y todo el peso se apoya en la parte sana.

—Dije que no, señor Herriot. Y es que no. Usted ya ha hecho todo lo posible, y yo se lo agradezco, pero no van a cortarle ese pie y eso es todo.

Se volvió y empezó a alejarse. Le miré impotente. Si hay algo que odio es tener que convencer a un granjero para que me deje operar a una de sus bestias, por la sencilla razón de que, si algo sale mal, toda la culpa recae sobre mí. Pero también estaba seguro de que una hora de trabajo devolvería esta buena vaca a su antiguo estado, y no podía dejarlo pasar así como así.

Salí corriendo por el establo. El granjero ya estaba cruzando el patio, camino del teléfono.

Conseguí alcanzarle cuando llegaba a la puerta de la granja.

—Señor Birtwhistle, escúcheme un minuto. Nunca dije nada de cortarle el pie. Sólo uno de los dígitos.

—Bueno, eso es medio pie, ¿no? —se miró las botas—. Para mí es lo mismo.

—Pero ella no se enteraría —insistí—. Estaría bajo anestesia general, y tengo casi la certeza de que sería un éxito.

—Señor Herriot, no quiero. No me gusta la idea. Aunque saliera bien sería como tener una vaca coja de aquí para allí.

—No es cierto. Se le desarrollaría ahí una especie de callo, y apuesto a que usted ni siquiera lo notaría.

Me lanzó una larga mirada de reojo y vi que empezaba a debilitarse su resistencia.

—Señor Birtwhistle —dije, insistiendo en el ataque—, dentro de un mes *Nellie* podrá ser de nuevo una vaca gorda que dará quince litros de leche al día.

Eso era una tontería; palabras que jamás recomendaré repetir a ningún cirujano veterinario, pero me dominaba una especie de locura. No soportaba la idea de que convirtieran a esa vaca en comida de perros cuando estaba convencido de que podía ponerla bien. Y había algo más: ya estaba saboreando el placer, quizá infantil, de aliviar instantáneamente el dolor de un animal, de producir una cura espectacular. No hay muchas operaciones en el campo de la cirugía bovina en que pueda hacerse eso, pero la amputación del dígito sí es una de ellas.

Algo de mi fervor debió comunicarse al granjero, porque me miró con firmeza unos momentos y luego se encogió de hombros.

—¿Cuándo quiere hacerlo?

—Mañana.

—De acuerdo. ¿Necesitará muchos hombres para que le ayuden?

—No. Sólo usted y Len. Vendré a las diez en punto.

Al día siguiente, el sol me caldeaba la espalda mientras colocaba mi equipo sobre un pequeño campo junto a la casa. Ese era el marco típico de muchas operaciones de animales grandes que he hecho a lo largo de los años: la suave extensión de verdor, los grandes edificios de piedra gris, y el sereno círculo de montañas que se alzan inmutables hacia el cielo y las nubes.

Les costó mucho tiempo llevar hasta allí a *Nellie*, aunque el trecho que debían recorrer no era muy largo, y cuando el animal flacucho vino tambaleándose hacia mí, arrastrando el miembro inútil, las palabras valientes de la víspera me parecían estúpidas.

—Muy bien —dije—, deténgase aquí. Es el mejor lugar.

Sobre la hierba, muy cerca, estaba mi bandeja con la sierra, el cloroformo, las vendas, el algodón y el yodo. Tenía también la cuerda larga que utilizábamos para derribar las reses, pero me daba la impresión de que *Nellie* no la necesitaría.

Y tenía razón. Le puse la mascarilla, eché un poco de cloroformo en la esponja, y la gran vaca blanca se dejó caer casi agradecida sobre la fresca hierba verde.

—Los Kestrels hicieron un partido fabuloso el miércoles por la noche —empezó Len, tan contento—. Johnnie Nudd no marcó, pero Len Bottonmley...

—Espero que estemos haciendo lo mejor —murmuró el señor Birtwhistle—. Tal y como vino caminando hasta aquí, yo diría que es una pérdida de tiempo el...

—... marcó un par precioso —el rostro de Len se iluminó ante el recuerdo—. Los Kestrels tienen suerte de contar con dos tipos como...

—¡Agarra ese pie malo, Len! —le ladré, siguiendo su propia técnica—. ¡Y mantenlo firme sobre ese taco de madera! Y usted, señor Birtwhistle, sosténgale la cabeza. No creo que se mueva, pero, si lo hace, habrá que echar más cloroformo.

Las vacas aguantan muy bien la anestesia con cloroformo, pero no me gusta tenerlas tumbadas demasiado tiempo por si empiezan a regurgitar la comida. Así pues, tenía mucha prisa.

Até rápidamente una venda sobre la pezuña, apretándola para que sirviera de torniquete; luego tomé la sierra de la bandeja. Los libros están llenos de métodos complicados para efectuar la amputación de los dígitos, y tratan extensamente de incisiones curvas, retirada de la piel para exponer la región de la articulación y todo eso. Pero yo he cortado cientos de dígitos con unos cuantos golpes rápidos de la sierra por debajo de la banda de la coronaria, con éxito completo.

Inspiré profundamente.

—Aguanta firme, Len.

Y me puse a trabajar. Durante unos momentos hubo silencio, a excepción de la rítmica mordedura del metal sobre el hueso, e inmediatamente quedó el dígito enfermo sobre la hierba, dejando un muñón liso por el que corría la sangre que brotaba de unos cuantos capilares. Utilizando las tijeras curvas, desarticulé rápidamente los restos del hueso de la segunda falange del pie y lo levanté en alto.

—¡Miren esto! —grité—. Está casi corroído. —Señalaba el tejido necrótico en torno de la articulación—. ¿Ven toda esta porquería? No me extraña que le doliera tanto.

Cautericé rápidamente, cubrí la superficie con yodo, apliqué una buena almohadilla de algodón y me dispuse a vendar.

Mientras rompía el papel blanco del rollo, sentí cierto remordimiento. En mi concentración total, me había mostrado bastante grosero. Ni siquiera llegué a comentar la observación de Len a propósito de su equipo predilecto. Tal vez debía charlar un poco más cordialmente ahora.

—Oye, Len —dije—, cuando hablabas de los Kestrels nunca mencionaste aquella ocasión en que Willerton los venció por cinco a cero. ¿Qué me dices de eso?

En respuesta, el joven se lanzó contra mí, golpeándome salvajemente en la frente. El choque de aquella cabeza enorme y de pelos tiesos contra mi piel fue como si un toro me hubiera golpeado con su testuz poderosa, y el impacto me derribó de espaldas sobre la hierba. En el primer momento sentí que estallaba en mi cráneo todo un

castillo de fuegos artificiales, pero, así como fui perdiendo la consciencia, la impresión dominante fue de asombro e incredulidad.

También a mí me encantaba el fútbol, pero jamás habría pensado que la afición de Len por los Kestrels le llevara a la violencia física. Siempre le había juzgado un joven amable y pacífico.

Supongo que sólo estuve inconsciente unos segundos, pero creo que habría podido quedarme mucho más tiempo tendido sobre la fresca hierba, de no ser porque algo seguía repitiendo en mi interior que estaba en plena operación quirúrgica. Parpadeé y me incorporé.

Nellie seguía durmiendo pacíficamente contra el fondo verde de las colinas. El señor Birtwhistle, las manos en el cuello de la vaca, me contemplaba con ansiedad, y Len yacía inconsciente de bruces sobre el cuerpo del animal.

—¿Le ha hecho daño, señor Herriot?

—No..., no..., de verdad que no. ¿Qué ha ocurrido?

—Tenía que habérselo dicho. No puede soportar la vista de la sangre. ¡Maldito cabrón! —El granjero lanzó una mirada de exasperación a su hijo inconsciente—. Pero jamás le he visto caer con la velocidad de hoy. Y además le dio a usted un cabezazo.

Eché a un lado la forma inerte del muchacho y reanudé mi tarea. Vendé el pie lenta y cuidadosamente, temiendo el peligro de la hemorragia postoperatoria. Terminé con varias capas de esparadrapo con óxido de cinc, y luego me volví al granjero.

—Ya puede quitarle la mascarilla, señor Birtwhistle. El trabajo ha terminado.

Empezaba a lavar los instrumentos en el cubo, cuando Len se incorporó casi con tanta rapidez como cayera. Estaba mortalmente pálido, pero me miró con su sonrisa habitual y amistosa.

—¿Qué me decía de los Kestrels, señor Herriot?

—Nada, Len —contesté a toda prisa—, nada en absoluto.

A los tres días volví y quité el primer vendaje, que estaba duro como una piedra, con sangre y pus. Limpié otra vez el muñón con polvos y le puse vendas nuevas y otra almohadilla de algodón.

—Ahora se sentirá mucho más cómoda.

En realidad, *Nellie* ya parecía feliz. Incluso trataba de apoyarse en el pie afectado..., aunque con temor, como si no pudiera creer que la habían librado de aquello tan terrible.

Cuando se llevaban a la vaca crucé los dedos. Lo único que puede estropear este tipo de operación es que la infección se extienda al otro lado. Entonces el resultado inevitable es el sacrificio inmediato del animal y la desilusión consiguiente.

Pero eso nunca le ocurrió a *Nellie*. Cuando le quité el segundo vendaje estaba casi curada, y no volví a verla hasta unas cinco semanas después de la operación.

Acababa de inyectar a uno de los cerdos del señor Birtwhistle cuando pregunté como por casualidad:

—Y ¿cómo está *Nellie*?

—Venga a echarle una ojeada —contestó el granjero—. Está precisamente en ese campo, junto al camino.

Cruzamos por la hierba hasta el punto en que la vaca blanca se hallaba de pie entre sus compañeras, con la cabeza baja y comiendo afanosamente. Debía haber comido mucho desde la última vez que la viera, porque estaba gorda de nuevo.

—Adelante, muchacha.

El granjero le dio amablemente en el lomo con el pulgar, y ella caminó unos pasos antes de ponerse a comer en otro espacio de hierba. No había la menor señal de cojera.

—Bien, esto es magnífico —dijo—. Y también dará leche, ¿no?

—Sí, ha vuelto a los quince litros —Sacó del bolsillo una lata de tabaco muy sobada, soltó la tapa y extrajo de allí un reloj antiguo—. Son las diez, joven. Len habrá entrado en la casa a tomar el té y lo demás. ¿Quiere acompañarnos a tomar una taza?

Cuadré los hombros y le seguí al interior, donde el lío empezó inmediatamente.

—El sábado ocurrió algo muy divertido —dijo Len con una carcajada—: Walter Gimmet era el árbitro y señaló dos penaltis contra los Kestrels. Así que los chicos...

—Diga, ¿no fue triste lo del viejo señor Brent? —la señora Birtwhistle echó la cabeza a un lado y me miró con aire de pena—. Le enterramos el sábado y...

—¿Sabe, señor Herriot? —dijo a la vez su marido—. Creí que me estaba tomando el pelo cuando dijo que *Nellie* volvería a dar tantos litros otra vez. Yo jamás...

—... metieron a ese cabrón en el bebedero de los caballos. No volverán a señalar otro penalti contra los Kestrels. ¡Tenía que haber visto...!

—... hoy habría cumplido noventa años, pobre viejo. Era muy apreciado en el pueblo y fue una gran manifestación... El párroco dijo...

—... esperaba nada así. Pensé que tal vez engordaría un poco, y la podríamos vender para el matadero. De verdad que le agradezco mucho...

En ese momento, los dedos engarfiados en torno de mi taza, vi por casualidad mi imagen en un espejo roto sobre la pila de la cocina. Fue una experiencia aterradora, porque yo miraba sin ver nada a un punto vago del espacio, los rasgos crispados casi irreconocibles, y con una sonrisa de idiota para corresponder al comentario del árbitro en el bebedero de los caballos, mezclado con un gesto de pena por la muerte del señor Brent y, lo juro, incluso cierto matiz de satisfacción ante el buen resultado de la operación de *Nellie*. Y, puesto que intentaba mirar en tres direcciones a la vez, he de darme sobresaliente por el esfuerzo.

Pero, como digo, aquello resultaba un poco agotador, así que me despedí pronto. Los hombres seguían disfrutando con la tarta de manzanas y los bollos de la señora Birtwhistle, y la conversación continuaba sin parar cuando me marché. La puerta que se cerró a mis espaldas dio paso a una paz repentina. La impresión de tranquilidad perduraba mientras me metía en el coche y me alejaba del patio, saliendo por el camino estrecho al campo. Y no me había abandonado aún cuando detuve el coche a unos cien metros y bajé el cristal de la ventanilla para echar una mirada a mi paciente.

Nellie estaba ahora echada. Ya se había comido su ración, y descansaba cómodamente sobre el pecho mientras la rumiaba. Para un doctor de animales de granja no hay nada más tranquilizador que ese lento rumiar lateral. Significa contento y salud. Me miró por encima del muro de piedra, y los ojos plácidos en el rostro blanco se añadieron a la paz de la escena, acentuando el silencio tras la babel de voces en la granja.

Nellie no podía hablar, pero aquellas mandíbulas que seguían moviéndose serenamente me decían todo cuanto yo quería saber.



7

Creo que para mí no hay nada más terrible que ver a un perro mendigando. Aquél estaba atado a una farola, ante una tienda de Windsor. Sus ojos se clavaban fijamente en la puerta de la tienda, anhelando que saliera su dueño, y de vez en cuando se incorporaba en muda súplica.

Se habían suspendido los vuelos esa tarde. Lo cual nos daba la oportunidad de relajarnos y, sin duda, aliviaba también los nervios agotados de todos los instructores, pero, al mirar a ese perro, me olvidé de todas las tensiones de mi vida en la RAF y me sentí de regreso en Darrowby.

En una de aquellas ocasiones en que Siegfried y yo hacíamos una de nuestras salidas en día de mercado, observamos al perrito entre los puestos.

Cuando teníamos una mañana tranquila en la clínica, solíamos pasear juntos por la plaza empedrada y cruzar algunas palabras con los granjeros reunidos ante la puerta de las Armas de Drovers. A veces cobrábamos unas facturas pendientes, o bien recibíamos algunos encargos para la semana siguiente... y, aun de no suceder nada de esto, por lo menos disfrutábamos de un paseo al aire libre.

Lo que hizo fijarnos en el perro fue que estaba sentado sobre sus cuartos traseros y mendigando ante el tenderete de las galletas.

—Fíjate en ese animalito —dijo Siegfried—. Me pregunto de dónde habrá salido.

Mientras él hablaba, el dueño del puesto le lanzó una galleta que el perro devoró ansiosamente, pero, cuando el hombre trató de acercarse a él con la mano extendida, salió huyendo.

Sin embargo, se detuvo ante otro tenderete en el que se vendían productos de granja: huevos, queso, mantequilla, pastas y bollos caseros. Sin vacilación alguna,

volvió a colocarse en posición de mendigar, adelantando el cuerpo, las patas estiradas, la cabeza echada a un lado, expectante.

Le di a Siegfried con el codo.

—Ya está otra vez.

Mi colega asintió.

—Sí, y es muy bonito, ¿verdad? ¿De qué raza te parece que es?

—Yo diría que es cruzado. Parece un perrito pastor color castaño, pero hay cierta mezcla en él... tal vez de terrier.

No pasó mucho tiempo sin que estuviera mordisqueando un bolso, y esta vez nos acercamos a él. Yo empecé a hablarle amablemente.

—Oye, amiguito —dije, inclinándome como a un metro—. Vamos, déjame que te eche una mirada.

Alzó el rostro y, por un instante, se clavaron en los míos dos ojos castaños y amistosos en un rostro singularmente atractivo. El rabo, con el pelo muy largo, se agitó en respuesta a mis palabras, pero, en cuanto me acerqué un poco más, dio la vuelta y se mezcló sin prisa entre la multitud típica de un día de mercado, hasta perderse de vista. Yo no quería insistir demasiado porque nunca conseguía adivinar la actitud de Siegfried para con los animales pequeños. Él siempre estaba muy enfrascado en su trabajo con los caballos, y con frecuencia se mostraba algo burlón ante mi manía de andar buscando perros y gatos.

En realidad, y por aquella época, Siegfried se oponía firmemente a la idea de tener animales domésticos. Y peroraba bastante al respecto —decía que era una pura idiotez—, a pesar de que cinco perros de diversas razas le acompañaban a todas partes en el coche. Ahora, treinta y cinco años más tarde, habla con idéntica firmeza a favor de los animales domésticos, si bien sólo lleva un perro en el coche. Así que, como digo, era difícil prever su reacción a ese respecto, por lo que dejé de seguir al animalito.

Aún continuaba allí de pie cuando se me acercó un policía muy joven.

—He estado viendo mendigar a ese perro entre los puestos toda la mañana —dijo—, pero tampoco yo he podido acercarme a él.

—Sí, es extraño. Indudablemente es amistoso, pero tiene miedo. Me pregunto de quién será.

—Supongo que es un perro perdido, señor Herriot. También a mí me gustan los perros, y creo que conozco a todos los de por aquí. Pero ese me resulta desconocido.

Asentí.

—Apuesto a que tienes razón. Quién sabe lo que le habrá ocurrido. A lo mejor le han maltratado y ha salido huyendo, o pueden haberle tirado desde un coche.

—Sí, hay todo tipo de gentes por ahí. Me enoja mucho que sean capaces de abandonar a un animal indefenso para que cuide de sí mismo. También yo he tratado de atraparlo en varias ocasiones, pero ha sido inútil.

Su imagen se me quedó grabada durante el resto del día, e incluso ya acostado en la cama, esa noche, no conseguía apartar el recuerdo molesto de aquel animalito de pelaje oscuro vagando por un mundo extraño, sentado sobre las patas traseras y pidiendo ayuda del único modo que sabía hacerlo.

Aún era yo soltero entonces, y el viernes por la noche de esa misma semana Siegfried y yo nos estábamos poniendo el traje de etiqueta para asistir al Baile de los Cazadores en East Hirdsley, a unos quince kilómetros.

La tarea era realmente difícil, porque aquellos eran los tiempos de la pechera almidonada y el cuello duro y rígido, y de vez en cuando me llegaban explosiones de un lenguaje muy pintoresco desde la habitación de Siegfried, donde éste luchaba con los botones.

Yo aún estaba en peores condiciones porque el traje me venía pequeño, y aunque ya había conseguido cerrar aquel cuello que me estrangulaba, tenía ahora que luchar por meterme la chaqueta que me apretaba cruelmente en los sobacos. Acababa de conseguir abrocharme todo el traje, y probaba a respirar con grandes precauciones, cuando sonó el teléfono.

Era el mismo policía con quien estuviera hablando a principios de esa semana.

—Tenemos aquí al perro, señor Herriot, ¿sabe...?, el que andaba mendigando en la plaza del mercado.

—Ah, ¿sí? ¿De modo que alguien consiguió agarrarle?

Hubo una pausa.

—Pues no, la verdad es que no. Uno de nuestros hombres le encontró tirado junto a la carretera, como a dos kilómetros de la ciudad, y lo trajo a la comisaría. Sufrió un accidente.

Se lo dije a Siegfried, que miró el reloj.

—Siempre ocurre lo mismo, ¿verdad, James? Justamente cuando estamos preparados para salir. Son las nueve y ya deberíamos estar en camino —pensó por un instante—. De cualquier modo acércate allá, echa una mirada y yo te esperaré. Me parece más apropiado que lleguemos juntos al baile.

Mientras me dirigía en coche a la comisaría, confiaba fervientemente en que no hubiera mucho que hacer. El Baile de los Cazadores significaba mucho para mi jefe, porque era una reunión de toda la fraternidad amante de los caballos del distrito, y Siegfried se lo pasaría en grande charlando y bebiendo con tantas almas gemelas, aunque apenas bailara. Por otra parte, afirmaba Siegfried, siempre es bueno para el negocio reunirse con los clientes en una fiesta social.

Las perreras estaban en el fondo de un patio exterior, tras la comisaría, y el agente me llevó hasta allí y abrió una de las puertas. El perrito yacía muy quieto bajo la única bombilla eléctrica y, cuando me incliné y le acaricié el pelo castaño, su cola se agitó brevemente sobre el lecho de paja.

—De todas maneras, aún puede mover la cola —dije.

El policía asintió.

—Sí, no hay duda de que tiene muy buen carácter.

Intenté examinarle lo mejor posible sin tocarle. No quería herirle, y no había modo de saber hasta dónde llegaban sus lesiones. Pero sólo de una ojeada se advertían ya algunos hechos obvios: tenía múltiples laceraciones. Una pata trasera estaba doblada en la postura inconfundible de una fractura, y había sangre en sus labios.

Tal vez la causa de esto fueran unos dientes rotos, de modo que le levanté suavemente la cabeza con idea de examinarle el interior de la boca. El animal estaba tumbado sobre el costado derecho y, cuando volvió la cabeza, fue como si alguien me lanzara un puñetazo al rostro.

El ojo derecho había saltado violentamente de la órbita y colgaba como una excrescencia horrible sobre el pómulo; una bola brillante, ya que los párpados recogidos atrás dejaban al aire toda la esclerótica.

Creo que me quedé largo tiempo inmóvil, atónito por aquella visión obscena. Pero, así como fueron pasando los segundos, miré al perro y él me devolvió la mirada... una mirada de confianza en el ojo de un suave tono castaño y un brillo inexpresivo en aquella bola grotesca al otro lado.

La voz del policía interrumpió mis pensamientos.

—Es algo horrible, ¿verdad?

—Sí... sí... Debe de haber sido arrollado por algún vehículo...; tal vez arrastrado incluso, por el aspecto de esas heridas.

—¿Qué le parece, señor Herriot?

Sabía lo que quería decir. Lo más sensato era dar paz a esta criatura perdida que nadie amaba en el mundo. Estaba terriblemente herido, y por lo visto no pertenecía a nadie. Una rápida sobredosis de anestesia... Sus problemas habrían terminado, y yo me pondría en camino hacia el baile.

Pero el policía no decía una palabra. Tal vez estaba mirando como yo la suave profundidad de aquel único ojo.

Me puse de pie rápidamente.

—¿Puedo usar el teléfono?

Al otro extremo de la línea, la voz de Siegfried estallaba de impaciencia.

—¡Diablos, James, son más de las nueve y media! Si hemos de ir allá, hay que salir ahora mismo, o no valdrá la pena que vayamos. Un perro perdido y muy mal herido. No creo que sea un problema tan grande.

—Lo sé, Siegfried. Lamento retrasarte, pero no puedo decidirme. Me gustaría que vinieras y me dieras tu opinión.

Hubo una pausa, luego un largo suspiro.

—De acuerdo, James. Hasta dentro de cinco minutos.

Originó un gran revuelo cuando entró en la comisaría. Incluso con sus ropas habituales de trabajo, Siegfried se las arreglaba siempre para tener un aspecto distinguido, pero al presentarse allí recién bañado y afeitado, con un abrigo de pelo de camello sobre el traje de etiqueta, la camisa de un blanco brillante y corbata negra de lazo, había algo ducal en él.

Recibió miradas respetuosas de los hombres sentados en torno; luego se adelantó apresuradamente el joven policía.

—Por aquí, señor —dijo, y volvimos a las perreras.

Siegfried guardó silencio hasta encogerse junto al perro, y le examinó como hiciera yo, sin tocarle. Luego le alzó cuidadosamente la cabeza y vio el brillo del ojo monstruoso.

—¡Dios mío! —dijo suavemente y, al sonido de su voz, el rabo largo y peludo se agitó sobre la paja.

Por unos segundos se quedó muy quieto, contemplando con fijeza el rostro del animal mientras, en el silencio, el rabo seguía tamborileando sobre la paja.

Luego se enderezó.

—Llevémosle a casa —murmuró.

Ya en la clínica, anestesiámos al animalito y, cuando quedó inconsciente sobre la mesa, pudimos examinarle a fondo. Minutos después Siegfried guardaba el estetoscopio en el bolsillo de la chaqueta blanca y apoyaba las dos manos en la mesa.

—Luxación del ojo, fractura de fémur, incontables laceraciones profundas, incluso las garras rotas. Aquí hay bastante trabajo como para tenernos hasta medianoche, James.

Yo no dije nada.

Mi jefe se deshizo el lazo de la corbata negra y se desabrochó el cuello. Luego se lo quitó y lo colgó en la barra de la lámpara de la clínica.

—¡Por Dios, que así me encuentre mejor! —murmuró, y se dispuso a preparar los materiales de sutura.

Le miré desde el otro lado de la mesa.

—¿Y el Baile de los Cazadores?

—A la mierda el baile —dijo Siegfried—. Vamos a trabajar.

Estuvimos ocupados, desde luego, durante mucho tiempo. También yo colgué el cuello duro junto al de mi colega, y empezamos con el ojo. Sé que ambos deseábamos lo mismo...: librarnos ante todo de aquel horror.

Yo lubriqué el globo ocular y separé los párpados mientras Siegfried lo devolvía suavemente a la cavidad orbital. Suspiré cuando quedó fuera de la vista, dejando sólo visible la córnea.

Siegfried soltó una risita de satisfacción.

—Ya parece un ojo otra vez, ¿verdad? —tomó el oftalmoscopio y examinó el fondo del ojo—. Y no hay mayor daño... Ya está como nuevo otra vez. Pero le coseremos los párpados para protegérselo unos cuantos días.

Los extremos rotos de la tibia fracturada estaban muy desplazados, y hubimos de luchar para tenerlos yuxtapuestos antes de aplicar la venda enyesada. Pero al fin acabamos e iniciamos la larga tarea de coser los muchos cortes y laceraciones.

En esto trabajamos por separado, y durante mucho tiempo todo fue silencio en la sala de operaciones, aparte el ruidito de las tijeras cuando cortábamos el pelo oscuro en torno de las heridas. Yo sabía, y Siegfried también, que con seguridad trabajábamos gratis, pero lo que más nos turbaba era la idea de que, después de todos nuestros esfuerzos, tal vez tuviéramos que matarle. El animal seguía estando en manos de la policía y, si nadie le reclamaba durante diez días, eso significaría la eutanasia. Y si los propietarios estaban realmente interesados en su destino, ¿por qué no habían intentado ponerse antes en contacto con la policía...?

Para cuando hubimos completado nuestro trabajo, y lavado los instrumentos, ya era más de medianoche. Siegfried dejó caer la última aguja de sutura en la bandeja y contempló al animal dormido.

—Creo que ya empieza a volver en sí —dijo—. Llevémosle junto al fuego y podemos tomar una copa mientras despierta.

Transportamos al perro hasta la sala en una manta, y le colocamos sobre la alfombra y ante los leños encendidos. Mi colega alargó el brazo hasta el armarito de puertas de cristal sobre la repisa, y sacó la botella de whisky y dos copas. Con la copa en la mano, sin cuello, todavía en mangas de camisa, con la pechera almidonada y los pantalones de etiqueta para recordarnos el baile perdido, nos arrellanamos en los sillones a cada lado de la chimenea, mientras el paciente seguía tumbado pacíficamente entre los dos.

Ahora su visión era muy distinta. Los puntos protectores le cerraban un ojo, y su pata trasera se proyectaba rígidamente con la escayola blanca, pero estaba limpio, aseado, cuidado. Parecía pertenecer a alguien..., aunque sobre eso había muchas dudas.

Era la una de la madrugada, y casi nos habíamos terminado la botella, cuando la cabeza oscura empezó a agitarse.

Siegfried se echó hacia adelante y tocó una de las orejas, e inmediatamente el rabo azotó la alfombra y una lengua rosada le lamió perezosamente los dedos.

—¡Que perro tan magnífico! —murmuró, pero su voz sonaba algo distraída. Comprendí que también él estaba preocupado.

Le quité los puntos de los párpados a los dos días, y me encantó descubrir bajo ellos un ojo completamente normal.

El joven policía se sentía tan satisfecho como yo.

—¡Mírelo! —exclamó—. Nadie diría que le ha ocurrido algo.

—Sí, se ha curado maravillosamente. Toda la hinchazón e inflamación han desaparecido. —Vacilé por un momento—. ¿Ha preguntado alguien por él?

Agitó la cabeza.

—Nadie todavía. Pero aún quedan ocho días, y aquí le cuidamos muy bien.

Visité varias veces la comisaría y el animalito me saludaba con indudable gozo, desaparecido ya su temor, apoyando contra mis piernas su miembro escayolado y agitando el rabo locamente.

Pero cada día aumentaba mi premonición de desastre, y al décimo me dirigí casi con temor a las perreras policiales. No había oído nada sobre el perro y el curso de la acción parecía inevitable. Acabar con animales viejos o enfermos sin remedio era, con frecuencia, un acto de piedad, pero cuando se trata de un perro sano y joven resulta terrible. Lo odiaba, pero es una de esas cosas que los cirujanos veterinarios se ven obligados a hacer.

El joven policía estaba en la puerta.

—¿Aún no hay noticias? —le pregunté, y él agitó la cabeza.

Fui con él hasta la perrera y el animalito se levantó y se frotó contra mis piernas como siempre, riéndome a la cara, la boca abierta, los ojos brillantes.

Me volví rápidamente. Tenía que hacerlo en aquel momento o no lo haría nunca.

—Señor Herriot —el policía me había agarrado del brazo—. Creo que voy a quedármelo.

—¿Usted?

Le miré fijamente.

—Sí, eso es. Aquí recibimos muchos perros perdidos y, aunque lo siento por ellos, no se puede dar un hogar a todos, ¿verdad?

—No —le contesté—. Yo tengo el mismo problema.

Asintió lentamente.

—Pero, no sé por qué, éste es distinto, y me parece que ha llegado en el momento adecuado. Tengo dos niñas que llevan mucho tiempo pidiéndome que les compre un perro. Y este amiguito me parece el más adecuado.

Un cálido alivio empezó a invadirme todo el cuerpo.

—No podría estar más de acuerdo. Es la viva imagen del perro cariñoso. Estoy seguro de que será estupendo con los niños.

—De acuerdo. Entonces, todo arreglado. Pensé que sería mejor pedirle consejo primero —y sonrió feliz.

Le miré como si no le hubiera visto nunca.

—¿Cómo se llama usted?

—Phelps —contestó—. P. C. Phelps.

Era un joven muy guapo, de cutis claro, ojos azules y alegres y un aspecto notable de responsabilidad. Tuve que luchar con el impulso de estrecharle la mano y darle unos golpecitos en la espalda. Pero logré conservar un exterior profesional.

—Bueno, magnífico —me incliné a acariciar al perrito—. No se olvide de traerlo a la clínica dentro de diez días para que le quitemos los puntos; y también habremos de quitarle el yeso dentro de un mes, poco más o menos.

Siegfried fue el que le quitó los puntos, y no volví a ver a nuestro paciente hasta cuatro semanas más tarde.

P. C. Phelps traía con él a sus niñas, de cuatro y seis años, además del perro.

—Creo que me indicó que por ahora había que quitarle el yeso —dijo, y yo asentí.

Él miró a las niñas.

—Vamos, las dos, colocadle sobre la mesa.

Ansiosamente, las nenas pasaron los brazos en torno de su animalito y, mientras le alzaban, él agitaba el rabo furiosamente, abriendo los labios en una amplia sonrisa.

—Parece que ha sido todo un éxito —dije.

Sonrió.

—Eso es decir poco. Es perfecto con estas dos. No podría decirle todo el placer que nos ha proporcionado. Ya es uno de la familia.

Saqué una sierra y empecé a cortar el yeso.

—Pero eso tiene efecto en ambos sentidos. Porque a un perro le encanta un hogar seguro.

—Bueno, pues más seguro ya no puede estar —le pasó la mano por el pelaje oscuro y se rió hablando con el perrito—. Esto es lo que se consigue si uno va mendigando entre los puestos en día de mercado, amigo. Ahora estás en manos de la ley.



8

Cuando entré en la RAF, yo tenía un temor secreto. Toda mi vida he sufrido de vértigo, e incluso ahora sólo tengo que mirar desde una pequeña altura para verme vencido por el pánico y por un mareo terrible. ¿Qué sentiría entonces cuando empezara a volar?

Según resultó, no sentí nada. Podía mirar hacia abajo desde la cabina abierta, a cientos de metros en el espacio, sin un estremecimiento, de modo que mi temor carecía de fundamento.

También tuve mis temores en la práctica de la veterinaria y, en los primeros tiempos, lo que mayor pánico me producía era el Ministerio de Agricultura.

Una declaración extraordinaria quizá, pero cierta. Era la parte burocrática lo que me asustaba...; todos aquellos formularios. En cuanto al trabajo en sí del Ministerio, yo creía poder decir, con toda modestia, que era bastante bueno. Mentalmente solía repasar con frecuencia todas las pruebas de tuberculina que hacía..., limpiar una pequeña área en el lugar adecuado en el cuello de la vaca, insertar una aguja a través de la piel gruesa e inyectar una décima de centímetro cúbico de tuberculina.

Era en la granja del señor Hill, y yo estaba observando el satisfactorio guisantito intradermal que se alzaba bajo la aguja. Así era como debía ser y, cuando todo iba bien, uno sabía que estaba haciendo realmente un buen trabajo y comprobando si el animal tenía tuberculosis.

—Ésta es la número 65 —dijo el granjero, y su rostro adoptó una expresión dolida cuando yo comprobé el número en la oreja.

—Está perdiendo el tiempo, señor Herriot. Tengo la lista, y en perfecto orden. La escribí especialmente para usted, para que pudiera llevársela.

Yo tenía mis dudas. Todos los granjeros están convencidos de que sus informes del ganado son impecables, pero ya me había visto en dificultades anteriormente. Parecía tener el don de cometer todos los errores burocráticos posibles, y no necesitaba ayuda alguna por parte de los granjeros.

Sin embargo... era tentador. Miré la larga lista de cifras que colgaba de aquellos dedos callosos. Si la aceptaba, me ahorraría mucho tiempo. Aún quedaban más de cincuenta animales a los que hacer el test y tenía la obligación de repasar otros dos rebaños antes del almuerzo.

Miré el reloj. ¡Maldición! Iba muy retrasado en el programa, y empezaba a sentir la frustración de costumbre.

—De acuerdo, señor Hill, se la acepto y muchas gracias.

Me metí la hoja de papel en el bolsillo y seguí avanzando por el establo, recortando el pelo e inyectando a toda velocidad.

Una semana más tarde, las palabras que tanto temía saltaron hacia mí desde el libro Diario abierto: «Llame Min». Esta frase críptica, con letra de la señorita Harbottle, tenía la facultad de helarme la sangre con más rapidez que cualquier otra. Significaba, sencillamente, que debía telefonear a las oficinas del Ministerio de Agricultura, y cuando nuestra secretaria escribía esas palabras en el libro, quería decir que yo me había metido otra vez en un lío. Extendí una mano temblorosa hacia el teléfono.

Como siempre, contestó a mi llamada Kitty Pattison, y detecté un tono de piedad en su voz. Era una muchacha muy atractiva a cargo del personal de la oficina, y estaba al tanto de todas mis pifias. En realidad, y si era un asunto muy trivial, solía llamarme la atención al respecto personalmente, pero cuando era una auténtica metedura de pata, tenía que tratarlo con el jefe, Charles Harcourt, el inspector de División.

—¡Ah, señor Herriot! —dijo Kitty con ligereza. Comprendí que simpatizaba conmigo, pero que no podía remediar aquello—. El señor Harcourt quiere decirle unas palabras.

Ya estaba. La frase terrible que siempre me desbocaba el corazón.

—Gracias —dije ahogadamente, y aguardé una eternidad hasta que me conectaron con él.

—¡Herriot! —aquel vozarrón como un trueno me hizo dar un salto.

Tragué saliva.

—Buenos días, señor Harcourt. ¿Cómo está usted?

—Voy a decirle cómo estoy. ¡Hasta la coronilla! —Me imaginaba con toda claridad su rostro de hermosos rasgos y buen color (ahora colérico y muy enrojecido) y el brillo de los ojos verdosos—. ¡Estoy medio loco, en realidad!

—¡Oh, no!

—Es inútil decir «oh, no». Eso es lo que me dijo la última vez, ¡cuando le hizo una prueba a una vaca de Frankland que llevaba muerta dos años! Algo muy

curioso... No sé cómo se las arregló. Ahora he estado repasando su prueba en la granja de Hill, de High View, y usted les ha hecho el test a dos vacas, la número 74 y la 103. Ahora bien; nuestros informes demuestran que él vendió las dos en la subasta de Brawton hace seis meses, de modo que usted ya ha vuelto a hacer un milagro.

—Lo siento...

—Por favor, no lo sienta. ¡Si es maravilloso lo que hace usted! Tengo todas las cifras aquí..., incluidas las medidas de la piel; todo. Incluso descubrió que ambas eran animales de piel fina a pesar de que las dos estaban a veinticinco kilómetros de distancia. ¡Qué listo!

—Bueno, yo...

—Muy bien, Herriot; ahórreme la comedia. Voy a repetírselo por última vez, y espero que me esté escuchando. —Se detuvo y casi pude ver cómo erguía los hombros mientras ladraba al teléfono—: *¡Examine las malditas orejas en el futuro!*

Empecé a hablar con volubilidad.

—Sí, lo haré, señor Harcourt. Le aseguro que, a partir de ahora...

—Muy bien, muy bien, pero algo más, hay mucho más.

—¿Algo más?

—Sí, no he terminado todavía. —La voz adoptó un tono de agotamiento—. ¿Puedo suplicarle que trate de recordar aquella vaca que retiró a Wilson, en Low Parks, según la Regulación de T. B.?

Me clavé las uñas en la palma. Ahora estábamos metidos en un buen lío.

—Sí, lo recuerdo.

—Bueno, Herriot, muchacho, ¿recuerda la charlita que sostuvimos acerca de los formularios? —Charles intentaba mostrarse paciente, porque era un hombre decente, pero le costaba muchísimo—. ¿Es que no entendió nada de lo que le dije?

—Pues sí, claro.

—Entonces, ¿por qué no me envió un recibo cuando la sacrificaron?

—¿Un recibo cuando...? ¿Es que yo no...?

—No, no lo hizo y, sinceramente, no puedo comprenderlo. Lo repasé todo con usted, y punto por punto, la última vez que se le olvidó enviar una copia del acuerdo de valoración.

—¡Oh, señor! Lo siento, realmente.

Un profundo suspiro me llegó del otro extremo.

—Para lo que me sirve eso... —Hubo una pausa—. Verá lo que vamos a hacer. Repasemos el procedimiento una vez más, ¿quiere?

—Sí, sí, no faltaba más.

—Muy bien. En primer lugar, cuando encuentre un animal infectado, envía el B. 205 D. T., Formulario A, que es el aviso de que se exige la retención y aislamiento de la res. Luego —y podía oír sus palmadas sobre la mesa mientras seguía enumerando los puntos—, luego el B. 207 D. T., Formulario C, notificación de que se aconseja el sacrificio. Luego el B. 208 D. T., formulario D., certificado de la

autopsia. Luego el B. 196 D. T., informe del inspector veterinario. Luego el B. 209 D. T., acuerdo de la valoración, y, en los casos en que el propietario se oponga, hay un B. 213 D. T., nombramiento del evaluador. Luego tenemos, el B. 212 D. T., aviso al propietario de la hora y lugar de la matanza, seguido del B. 227 D. T., recibo del animal sacrificado, y finalmente, el B. 230 D. T., solicitud de limpieza y desinfección. ¡Maldita sea, hasta un niño podría entenderlo! Es muy sencillo, ¿no?

—Sí, sí, por supuesto, por supuesto.

A mí no me lo parecía, pero no iba a decírselo. Poco a poco, se había ido calmando y no quería exasperarle de nuevo.

—Bien, gracias, señor Harcourt —continué—. No se preocupe, que no volverá a ocurrir.

Colgué el teléfono con la impresión de que aún hubiera podido ser peor; sin embargo, mis nervios no dejaron de tintinear durante algún tiempo. El problema consistía en que el trabajo del Ministerio era muy importante para los veterinarios dedicados a la práctica general. En realidad, y en aquellos días tan precarios, constituía nuestra ganancia primordial.

Según la Regulación de la Tuberculosis, si un veterinario tropezaba con una vaca indudablemente tuberculosa, su deber consistía en encargarse de que el animal fuera sacrificado de inmediato porque la leche podía ser un peligro para el público. Eso suena fácil, pero desgraciadamente la ley insistía en que la defunción de esa desgraciada criatura fuera conmemorada con una lluvia de confetti de malditos formularios.

Y no era sólo el hecho de que hubiera tantos, sino que, además, había que enviarlos a una diversidad sorprendente de personas. Llegué a pensar en ocasiones que muy pocas personas en Inglaterra quedaban sin recibir uno. Aparte Charles Harcourt, otros destinatarios eran el granjero involucrado, la policía, la sede central del Ministerio, el matarife, las autoridades locales... Casi siempre conseguía olvidarme de algunos de ellos. Solía tener una pesadilla recurrente en la que me veía en medio de la plaza del mercado, lanzando formularios a los transeúntes a mi alrededor con una risa histérica.

Al recordarlo, me parece imposible que por todo aquel trabajo que llegaba a agotar el sistema nervioso sólo cobráramos una guinea, más diez chelines y seis peniques por la autopsia.

Apenas habían pasado dos días de mi conversación con el inspector de división, cuando tuve que retirar otra vaca según la Regulación de la Tuberculosis. Al disponerme a llenar los formularios, me senté ante la mesa de la clínica temblando de aprensión, repasándolos una y otra vez, poniéndolos uno junto al otro, y metiéndolos uno por uno en los diversos sobres. Esta vez no podía haber error.

Yo mismo los llevé a correo, y recé una plegaria silenciosa al dejarlos caer en el buzón. Charles los recibiría a la mañana siguiente, y pronto me enteraría si había

vuelto a equivocarme. Como pasaran dos días sin incidentes, creí que podía estar tranquilo, pero a mediados de la tercera mañana entré en la clínica y leí el aviso que parecía escrito en letras de fuego: «¡Llame Min!».

Kitty Pattison estaba muy nerviosa. Ni siquiera trató de disimular la tensión en su voz.

—¡Ah, sí, señor Herriot! —dijo a toda prisa—. El señor Harcourt me pidió que le llamara. Le pongo con él.

Casi se me detuvo el corazón esperando el aullido familiar, pero cuando escuché una voz muy serena todavía me dio más miedo.

—Buenos días, Herriot. —Charles se mostraba seco e impersonal—. Me gustaría que habláramos de la última vaca que retiró según la Regulación.

—¡Oh sí! —tartamudeé.

—Pero no por teléfono. Quiero verle aquí, en mi despacho.

—¿En su... su despacho?

—Sí. E inmediatamente, si puede.

Dejé el teléfono y me dirigí al coche con las rodillas temblando. Charles Hercourt estaba realmente alterado esta vez. Había cierta furia reprimida en sus palabras, y eso de ir a su despacho... se reservaba para las transgresiones graves.

Veinte minutos más tarde, mis pasos despertaban ecos en el corredor del edificio del Ministerio. Caminando rígidamente, como un condenado, pasé ante los cristales a través de los cuales se veía a las mecanógrafas trabajando; luego leí «Inspector de División» en la última puerta.

Inspiré profundamente, con un íntimo temblor, y llamé.

—Adelante.

La voz seguía siendo baja y controlada. Charles alzó la vista de su mesa sin sonreír cuando yo entré. Me indicó una silla y me dirigió una mirada helada.

—Herriot —dijo sin la menor emoción—, esta vez sí que se la ha ganado.

Había sido comandante del ejército, en los Fusileros del Punjab, y en aquel momento era el típico oficial del ejército de la India. Un hombre guapo, el rostro muy curtido, los pómulos marcados sobre una mandíbula poderosa. Mirando aquellos ojos amenazadores, se me ocurrió que sólo un estúpido andaría tonteando con alguien así... y tuve la desagradable impresión de que ese estúpido era yo.

Aguardé con la boca seca.

—¿Sabe, Herriot? —continuó él—. Después de nuestra última conversación telefónica sobre los formularios de T.B. creí que usted me dejaría vivir en paz.

—¿En paz...?

—Sí, sí, una tontería, ya lo sé, pero cuando me tomé tanto tiempo para repasar el procedimiento con usted llegué a pensar que me escucharía.

—¡Y le escuché! ¡Le escuché, de verdad!

—Ah, ¿sí? Muy bien —me dedicó una sonrisa melancólica—. Entonces, supongo que aún fui más tonto al esperar que actuara según mis instrucciones. En mi inocencia

supuse que le importaba lo que yo estaba diciéndole.

—Señor Harcourt, créame, sí me importa, y mucho. Yo...

—Entonces, *¿por qué...* —ladró sin aviso, dejando caer su manaza sobre la mesa con tal ímpetu que salieron volando plumas y tinteros—, *por qué diablos lo manda siempre todo a hacer puñetas?*

Resistí el impulso de salir corriendo.

—¿Que yo...? No le comprendo.

—No, ¿eh? —Seguía dando puñetazos sobre la mesa—. Pues se lo explicaré. Uno de mis oficiales veterinarios estuvo en esa granja y descubrió que no había entregado la orden de limpieza y desinfección.

—¿De verdad?

—¡Maldición! ¡Claro que de verdad! No se la dio al granjero, pero sí me la envió a mí. Tal vez quería que fuera yo a desinfectar ese sitio, ¿no? Le habría gustado que me fuera hasta allí, agarrara una manguera y empezara a trabajar... ¡Pues iré, si eso ha de hacerle más feliz!

—¡Oh, no... no... no!

Por lo visto aún no estaba satisfecho con el escándalo que organizaba, porque ahora empezó a descargar las dos manos a la vez sobre la mesa con una fuerza terrible, sin dejar de mirarme con ojos de loco.

—¡Herriot! —gritó—. Sólo me interesa que me conteste con sinceridad a una pregunta...: ¿quiere este condenado trabajo, sí o no? No tiene más que decir una palabra y se lo encargaré a otro veterinario, ¡y puede que así vivamos mejor los dos!

—Por favor, señor Harcourt, le doy mi palabra. Yo... Nosotros... nosotros deseamos mucho ese trabajo —y la verdad es que yo hablaba en serio.

El hombretón se echó atrás en la silla y me miró unos instantes en silencio. Luego echó un vistazo a su reloj.

—Las doce y diez —murmuró—. El mejor momento para tomarnos una cerveza en el León Rojo antes del almuerzo.

Ya en la cervecería se tomó un buen trago, dejó el vaso con todo cuidado sobre la mesa ante él y se volvió a mí con aire de cansancio.

—¿Sabe, Herriot? Me gustaría que dejara de hacer todas estas tonterías. Está acabando conmigo.

Le creí. Su rostro había perdido color, y las manos le temblaban ligeramente al tomar de nuevo el vaso.

—De verdad que lo siento muchísimo, señor Harcourt. No sé qué pudo ocurrir. Le aseguro que esta vez traté de hacerlo bien, y que haré todo lo posible para evitarle problemas en el futuro.

Asintió unas cuantas veces; luego me dio un golpecito en el hombro.

—Está bien, está bien... Tomemos otra copa.

Se acercó a la barra y trajo las bebidas, y entonces sacó del bolsillo un paquetito envuelto en papel marrón.

—Un pequeño regalo de boda, Herriot. Sé que va a casarse pronto... Se lo regalamos mi mujer y yo con nuestros mejores deseos.

No supe qué decir. Desgarré a toda prisa el papel y vi un pequeño barómetro cuadrado.

Me abrumó la vergüenza y murmuré unas palabras de gratitud. Aquel hombre era el delegado de zona del Ministerio, y yo el más novato e inferior de sus subalternos. No sólo eso, sino que tenía la seguridad de que ya le había causado más problemas que todos los demás juntos... Debía ser un cilicio para él. No tenía obligación ninguna, pues, de regalarme un barómetro.

Esta última experiencia agudizó mi pánico ante la presentación de formularios, hasta el punto de rogar cada día porque pasara mucho tiempo sin tropezarme con otro animal tuberculoso; pero el destino decretó que hubiera de encargarme varios días de las inspecciones clínicas, y así fue como examiné la vaca de raza ayrshire del señor Moverley como una premonición de desastre.

Una tosecilla suave me hizo detenerme y examinarla más de cerca y, a medida que estudiaba, se me caía el alma a los pies. Ya tenía otra. La piel ligeramente tensa sobre los huesos, la respiración un poco acelerada, la tos breve pero profunda. Afortunadamente, ahora no se ven vacas así, pero en aquellos días eran demasiado comunes.

Pasé junto al animal y examiné la pared fronteriza. Los esputos condenatorios eran muy visibles sobre las piedras. Tomé rápidamente una muestra en un cristalito cubierto.

De nuevo en la clínica teñí la muestra según el método de Ziehl-Nielson y la coloqué bajo el microscopio. Los bacilos rojos de la tuberculosis figuraban en abundancia entre las células; diminutos, iridiscentes y mortales. En realidad, no hubiera hecho falta una prueba tan clara, pero allí la tenía.

Al señor Moverley no le hizo ninguna gracia cuando le dije, a la mañana siguiente, que había que sacrificar a aquel animal.

—No es más que un ligero resfriado —gruñó. Los granjeros jamás acogían con gusto la idea de que una de sus mejores productoras de leche fresca fuera retirada por un burócrata insignificante como yo—, pero supongo que será inútil discutir con usted.

—Le aseguro, señor Moverley, que no hay duda al respecto. Examiné la muestra anoche y...

—¡Oh, déjelo estar! —el granjero agitó una mano con impaciencia—. Si el maldito gobierno dice que hay que matar a esa vaca, se la sacrifica y en paz. Pero recibiré una compensación, ¿no?

—Sí.

—¿Cuánto?

Pensé a toda prisa. Las regulaciones declaraban que había de valorarse al animal como si fuera a venderse en el mercado público en su estado actual. El mínimo eran cinco libras. Y sin duda una vaca tan flaca entraría en esa categoría.

—Según la ley, su valor son cinco libras —dije.

—¡Mierda! —contestó el señor Moverley.

—Podemos nombrar un evaluador, si usted no está de acuerdo.

—¡Oh! Acabemos de una vez con esto.

Indudablemente estaba disgustado, y juzgué más prudente callarme que sólo recibiría una proporción de las cinco libras, según la autopsia.

—Muy bien —dije—. Llamaré a Jeff Mallock para que se la lleve lo antes posible.

El que el señor Moverley se enojara conmigo no me preocupaba tanto como la perspectiva de habérmelas con los temidos formularios. La misma idea de enviarle una nueva hornada a Charles Harcourt me hacía romper a sudar.

Y entonces tuve una inspiración repentina. No es cosa que me ocurra a menudo, pero aquella me pareció brillante. No enviaría los formularios hasta consultar con Kitty Pattison y recibir su aprobación.

Apenas podía esperar a poner el plan en acción. Casi juguetonamente dispuse ante mí todos los papeles extendidos en fila; los firmé y los dejé junto a los sobres, listos para sus diversos destinos. Entonces telefoneé a la delegación del Ministerio.

Kitty se mostró paciente y amable. Estoy seguro de que esa chica opinaba de mí que era un trabajador consciente pero estúpido sin remedio para el papeleo, y simpatizaba conmigo.

Cuando hubimos repasado toda la lista, me felicitó.

—Muy bien, señor Herriot, esta vez sí que los tiene todos bien. Ahora ya no necesita más que la firma del matarife y el informe de su autopsia, y puede estar bien tranquilo.

—Bendita sea, Kitty. Me ha devuelto la vida.

Y así era. La impresión de alivio que sentía resulta indescriptible. La seguridad de que esta vez no habría protestas ni devoluciones de Charles era como cuando al fin sale el sol entre nubes oscuras. Incluso sentía deseos de cantar cuando me fui a casa de Mallock y quedé con él que recogería la vaca.

—Téngamela dispuesta mañana para la inspección, Jeff —dije, y seguí mi ronda con el corazón alegre.

Al día siguiente me extrañó que el señor Moverley me llamara con grandes muestras de agitación desde la puerta de su granja. Al acercarme, lo encontré terriblemente nervioso.

—¡Eh! —gritó—. Acabo de volver del mercado y mi mujer me dice que ha venido Mallock.

Sonreí.

—Claro, señor Moverley. Recuerde que le dije que hoy se lo enviaría para que recogiera a su vaca.

—¡Todo eso ya lo sé! —Hizo una pausa y me miró furioso—. ¡Pero es que se ha llevado la que no es!

—¿La que no es...? La que no es ¿qué?

—¡La vaca que no es, caray! Se ha largado con la mejor vaca de mi rebaño. Un ayrshire de pedigrí... La compré en Dumfries la semana pasada, y me la habían entregado esta misma mañana.

El horror me invadió en oleadas. Le había dicho al «desguazador» que recogiera la ayrshire que estaría aislada en el establo independiente del patio. Y también el nuevo animal ocuparía una casilla después de su llegada. En mi imaginación veía a Jeff y a su ayudante haciéndola subir por la rampa a su camioneta.

—¡Y eso es responsabilidad suya, para que lo sepa! —El granjero alzaba un índice amenazador—. ¡Si me mata esa vaca, usted tendrá que responder por ello!

No tenía que decírmelo. Habría de responder por ello ante muchas personas, incluido Charles Harcourt.

—¡Llame inmediatamente a Mallock por teléfono! —logré decir jadeante.

El granjero abrió los brazos.

—Ya lo he intentado, pero no contesta nadie. ¡Seguro que la mata antes que podamos impedirselo! ¿Sabe cuánto pagué por esa vaca?

—Eso no importa ahora. ¿Por dónde se fue?

—Me ha dicho mi mujer que se fue hacia Grampton... y hace unos diez minutos. Puse en marcha el motor.

—A lo mejor ha ido a recoger otras bestias... Me voy a buscarle.

Con los dientes apretados y los ojos muy abiertos salí rugiendo por la carretera de Grampton. La enormidad de esta última catástrofe era más de lo que yo podía asimilar. Un formulario equivocado ya era bastante malo, pero lo de la vaca equivocada resultaba inimaginable. Sin embargo, había sucedido. Charles acabaría conmigo esta vez. Era un buen tipo, pero no tendría alternativa porque los jefazos del Ministerio se enterarían de semejante pifia y aullarían pidiendo mi sangre.

Registré febrilmente, aunque en vano, todas las entradas de las granjas en el pueblo de Grampton mientras lo cruzaba como un rayo y, cuando me hallé de nuevo en campo abierto, la tensión se me hizo insoportable. Me decía que ya todo era inútil cuando, en la distancia, y sobre un grupo de árboles, divisé la parte superior de la camioneta de Mallock.

Era un vehículo muy alto, con tablones a los lados, y no podía equivocarme. Ahogando un grito de triunfo, clavé el pie en el acelerador y partí en aquella dirección con el celo fanático del cazador. Pero estaba muy lejos, y no había recorrido ni dos kilómetros cuando comprendí que lo había perdido y me invadió un pánico indescriptible.

A lo largo de estos años se me han quedado grabadas muchas cosas en la memoria, pero la persecución de la vaca no se me ha borrado nunca. Y el pánico que sentía aún perdura. De vez en cuando alcanzaba a divisar la camioneta entre la maraña de carreteras y caminos laterales, pero, cuando había llegado a aquel punto a través de los campos, mi presa había desaparecido tras la ladera de una colina, o se había hundido en uno de los muchos vallecitos de aquella extensa región. Lo que contribuía a desconcertarme era el hecho de que yo esperaba que volviera hacia Darrowby después de atravesar un pueblo, pero jamás lo hacía. Indudablemente tenía otros asuntos por el camino.

La persecución pareció durar una eternidad, y les aseguro que no me divirtió nada. Sólo me invadía un terror frío, y aquellos altibajos tan violentos —ya de esperanza, ya de desesperación— me estaban destrozando hasta el agotamiento total. Ya no sabía ni lo que hacía cuando al fin vi la camioneta avanzar bamboleándose por un tramo recto ante mí.

¡Ya lo tenía! Forzando el cochecito al límite, le adelanté tocando el claxon repetidamente, hasta que se detuvo. Frené sin aliento ante ella y bajé de un salto para empezar con las explicaciones. Pero, al mirar en la cabina del conductor, se me borró la sonrisa que va iniciaba. No era Jeff Mallock, en absoluto. Había estado siguiendo al hombre que no era.

Era el de «los desperdicios». Tenía el mismo tipo de camioneta que Mallock y recorría con regularidad un área muy amplia de Yorkshire recogiendo los restos más ínfimos de los animales muertos, que ni siquiera el «desguazador» podía aprovechar. Un trabajo muy extraño, y un hombre de aspecto extraño también. Los ojos penetrantes me contemplaban enigmáticos bajo un gorro viejo del ejército.

—¿Qué hay, jefe?

Se quitó el cigarrillo de la boca y escupió confianzudo en la carretera.

Yo tenía la garganta seca.

—Lo... lo siento. Creí que era Jeff Mallock.

Los ojos no cambiaron de expresión, pero alzó ligeramente las comisuras de la boca.

—Si busca a Jeff, supongo que ya habrá vuelto a casa. —Escupió de nuevo y volvió a colocarse el cigarrillo.

Asentí horrorizado. Jeff estaría allí, ya lo creo..., y desde hacía mucho tiempo. Yo llevaba más de una hora siguiendo a la camioneta que no era, y la vaca estaría ya muerta y colgando de los garfios. El matarife era rápido y diestro, y no perdía el tiempo cuando recogía a sus bestias.

—Bien, tengo que seguir —dijo el de los desperdicios—. Hasta la vista, jefe.

Me guiñó un ojo, puso el motor en marcha y el vehículo arrancó con esfuerzo.

Volví lentamente al coche. Ya no tenía prisa. Y, cosa extraña, ahora que todo estaba perdido, logré relajarme. En realidad, mientras conducía fue invadiéndome la serenidad y empecé a estudiar el futuro con fría objetividad. Me despedirían de mi

trabajo en el Ministerio, eso seguro. Incluso llegué a preguntarme si tendrían alguna ceremonia especial para la ocasión...; una retirada ritual de las listas oficiales o algo por el estilo.

Intenté rechazar la idea de si esta última hazaña interesaría a alguien más, aparte el Ministerio. ¿Y el Colegio Real de Veterinaria? ¿Serían capaces de despedirme por algo así? Bueno, era posible. Y ahora que mi mente estaba serena empecé a calcular las posibilidades de otro trabajo. Con frecuencia había pensado que me gustaría tener una librería de segunda mano y, ahora que empezaba a meditarlo en serio, me convencí de que eso tenía futuro en Darrowby. Y me sentía feliz al imaginarme sentado junto a los estantes de volúmenes cubiertos de polvo y tomando uno cuando me apeteciera, o contemplando sencillamente la calle y a través del escaparate de mi mundo, pequeño y seguro, en el que no habría formularios, teléfonos ni mensajes que dijeran: «Llame Min».

Ya en Darrowby, entré sin prisa alguna hasta el patio del matarife. Dejé el coche ante el edificio tristón de cuya chimenea se escapaba siempre un humo negruzco. Abrí las puertas corredizas y vi a Jeff sentado cómodamente en un montón de pellejos de vaca, sosteniendo una tarta de manzana con los dedos manchados de sangre. Y, claro, detrás de él colgaban dos enormes piezas de carne y, en el suelo, los pulmones, tripas y demás vísceras...; tristes restos de la vaca con *pedigree* del señor Moverley.

—Hola, Jeff.

—¡Vaya, señor Herriot! —Me lanzó la sonrisa beatífica que tan bien representaba su personalidad—. Precisamente estoy tomándome un tentempié. Me gusta dar un bocadito a esta hora.

Clavó los dientes en la tarta y masticó apreciativamente.

—Ya veo.

Miré con dolor el cadáver que colgaba de los ganchos. Sólo carne de perro, y ni siquiera mucha. Las ayrshire nunca eran muy gordas. Me estaba preguntando cómo le daría la noticia, cuando él habló de nuevo.

—Lamento que me haya pescado esta vez, señor Herriot —dijo, tomando un cubilete de té bastante grasiento.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, la verdad es que aún no tengo el animal preparado para usted, pero es que ha venido un poco pronto.

Le miré.

—Pero... pero... seguramente todo está aquí —e hice un gesto en torno.

—No, no..., ésa no es.

—¿Quieres decir... que ésa no es la vaca de Moverley?

—Claro que no. —Se tomó un buen sorbo del cubilete y se secó la boca con el dorso de la mano—. Tuve que hacer ésta primero. La de Moverley aún está en la camioneta, en la parte de atrás.

—¿Viva?

Pareció levemente sorprendido.

—Pues claro. Ni siquiera le he puesto un dedo encima. Y me parece demasiado buena para el matadero.

Creí que me desmayaba de alivio.

—No es para el matadero, Jeff. Esa que tienes ahí es la que no es.

—¿La que no es?

A aquel hombre nada parecía sorprenderle, pero era indudable que deseaba más información. Le conté toda la historia.

Cuando hube terminado, sus hombros empezaron a agitarse suavemente, y unos ojos claros y hermosos me guiñaron en aquel rostro sonrosado.

—¡Vaya, esta sí que es buena! —murmuró, y siguió riendo amablemente.

No había nada grosero en su risa; en realidad, nada de lo que le dijera le había turbado en lo más mínimo. El hecho de haber perdido todo un viaje, o de que el granjero pudiera haberse enojado, no tenía importancia para él.

También ahora, al mirar a Jeff Mallock, me convencí, como en tantas ocasiones anteriores, de que no había nada como trabajar entre cadáveres de animales enfermos y bacterias letales, para gozar de serenidad mental.

—¿Volverás, pues, a cambiar la vaca? —pregunté.

—Claro, en un par de minutos. No se ha perdido nada. Pero no me gusta comer con prisas. —Soltó un eructo de felicidad—. ¿Y usted, señor Herriot, no quiere reparar sus fuerzas?

Sacó otro cubilete y partió un trozo generoso de la tarta, que me ofreció.

—No... no... oh... no... gracias, Jeff. Muy amable de tu parte, pero no..., no ahora precisamente.

Se encogió de hombros, sonrió y alargó el brazo para tomar la pipa, en equilibrio en el cráneo de una oveja. Quitándole con indiferencia unos trocitos de tejido en la boquilla, aplicó una cerilla y se instaló cómodamente sobre los cueros.

—Entonces, hasta más tarde. Venga esta noche y todo estará listo para usted. —Cerró los ojos y de nuevo le temblaron los hombros—. ¡Y esta vez vale más que me traiga la que sí es!

Debe de hacer más de veinte años que no he retirado una vaca por la Regulación de T. B. porque esos casos clínicos son ahora muy raros. Las palabras «Llame Min» ya no tienen el poder de helarme la sangre, y los formularios terribles que me aterrorizaban yacen olvidados y amarillentos en el fondo del cajón.

Todo eso ha desaparecido de mi vida. Y Charles Harcourt también, pero le recuerdo cada día cuando contemplo el pequeño barómetro que sigue colgado en una pared de mi habitación.



9

—¡Oh, señor Herriot! —dijo la señora Ridge encantada—. ¡Alguien nos robó el coche anoche!

Y me miró con una sonrisa radiante.

Estaba tumbado en mi cama, en los barracones de la RAF en Winkfield escuchando a un locutor de radio que pedía a la gente que no gastara el coche en tiempo de guerra, cuando me vino a la memoria ese comentario tan extraño que escuchara de labios de una señora en mi época de veterinario.

Me había detenido en el umbral de su casa, y ahora le dije:

—Lo siento muchísimo, señora Ridge. ¿Cómo...?

—¡Sí, sí! ¡Y casi no puedo esperar a contárselo! —Su voz temblaba de excitación y gozo—. Sin duda vinieron algunos gamberros por aquí anoche, y yo soy tan tonta que me dejé el coche sin cerrar.

—Comprendo... Qué mala suerte...

—Pero ¡pase! —me invitó riendo—. Perdóneme que le retenga de pie en los escalones, pero ¡estoy trastornada!

Entré tras ella en la sala.

—Bueno, es comprensible. Sin duda debió sufrir un *shock*.

—¿Un *shock*? Veo que no comprende lo que quiero decir. ¡Si es maravilloso!

—¿Eh?

—Por supuesto. —Unió las manos y alzó los ojos al techo—. ¿Sabe lo que ocurrió?

—Bueno, sí; usted acaba de contármelo.

—No, no le he dicho ni la mitad.

—¿No?

—No, pero siéntese. Sé que le gustará oírlo todo.

Para explicar este diálogo debo retroceder diez días en mi relato y volver a la tarde en que la señora Ridge subió llorando los escalones de acceso a Skeldale House.

—¡Mi perrito ha tenido un accidente! —dijo sin aliento.

Miré a su alrededor.

—¿Dónde está?

—En el coche. No sabía si debía moverle.

Crucé la acera y abrí la puerta. *Joshua*, el pequeño terrier cairn, yacía muy quieto sobre una manta en el asiento posterior.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

Ella se llevó una mano a los ojos.

—¡Oh, fue terrible! Ya sabe que suele jugar en un campo de la granja que hay frente a nuestra casa... Bien, pues hace como media hora empezó a perseguir a un conejo, y se metió bajo las ruedas de un tractor.

Pasé la vista de su rostro al animalito inmóvil, y de nuevo a ella.

—¿Le pasaron las ruedas por encima?

Asintió mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

La tomé del brazo.

—Señora Ridge, esto es muy importante. ¿Está completamente segura de que la rueda le pasó por encima del cuerpo?

—Sí..., sí; completamente segura. Lo presencié todo. Casi no podía creer que estuviera vivo cuando corrí a levantarlo. —Inspiró profundamente—. Supongo que no podrá seguir viviendo después de eso, ¿verdad?

No quería deprimirla, pero juzgaba muy poco probable que un perrito tan pequeño sobreviviera tras ser aplastado por un peso tan grande. Era inevitable que sufriera daños internos, aparte los huesos rotos. Daba pena ver aquel cuerpecito inmóvil, color arena, cuando tan a menudo le había visto correr y saltar por los campos.

—Le echaremos una mirada —dije.

Monté en el coche y me senté a su lado. Con el mayor cuidado fui tanteando los miembros, esperando a cada instante oír el chasquido que me indicara una fractura. Lentamente le pasé la mano bajo el cuerpo, alzando su peso centímetro a centímetro. La única vez que *Joshua* dio señales de incomodidad fue cuando moví la zona de la pelvis.

Y había una buena señal en el tono rosado de las membranas mucosas de los ojos y la boca, así que me volví con bastante confianza a la señora Ridge.

—Parece un milagro, pero creo que no tiene hemorragia interna, ni tampoco huesos rotos. Estoy casi seguro de que hay una fractura de pelvis, pero eso no es muy grave.

Ella se pasó los dedos por las mejillas para borrar las huellas de lágrimas, y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cree que aún tiene alguna oportunidad?

—Bueno, no quiero que confíe demasiado, pero en este momento no encuentro señales de un daño grave.

—Pero ¡si parece imposible!

Me encogí de hombros.

—De acuerdo; así parece, pero si ha salido bien librado, supongo que sería porque estaba en terreno muy blando, y éste cedió cuando la rueda le pasó por encima. De todos modos, vamos a mirarle por rayos X para estar seguros.

En esa época, y como en la mayoría de las clínicas de animales grandes, no teníamos un aparato de rayos X, pero el hospital de la localidad nos permitía utilizarlo cuando lo necesitábamos. Me llevé allí a *Joshua* y la radiografía confirmó mi diagnóstico de fractura de pelvis.

—No hay mucho que pueda hacer —dije a su ama—. Este tipo de fractura suele curarse solo. Es probable que tenga alguna dificultad para estar de pie y sobre las patas traseras por algún tiempo, y pasarán unas semanas hasta que recobre toda la fuerza de los cuartos traseros, pero, con el descanso y el tiempo, creo que se recuperará.

—¡Oh, maravilloso! —Aguardó mirando cómo colocaba de nuevo al animalito en el asiento posterior del coche—. Entonces, ¿sólo es cuestión de esperar?

—En eso confío.

Mis temores de que *Joshua* sufriera algún daño interno se disiparon por completo cuando le vi dos días más tarde. Sus membranas eran de un tono completamente sano, y realizaba sin problemas sus funciones naturales.

Sin embargo, la señora Ridge seguía preocupada.

—Es un perrito tan triste ahora... Mírele..., no tiene vida.

—Verá, debe tener moraduras y roces después de aquel atropello. Y además se llevaría un susto tremendo. Habrá que tener paciencia con él.

Mientras hablaba, el perrito se incorporó, dio unos cuantos pasos por la alfombra y se dejó caer de nuevo. No demostraba interés alguno, ni por mí ni por cuanto le rodeaba.

Antes de irme le di a la señora Ridge unas tabletas de salicilato para *Joshua*.

—Eso le calmará los dolores. Ya me dirá cómo sigue.

Y me lo dijo... a las cuarenta y ocho horas.

—Le agradecería que viniese a ver a *Joshua* otra vez —me suplicó por teléfono—. No me gusta nada su aspecto.

El animalito estaba como antes. Le examiné mientras seguía indiferente a todo sobre la alfombra, la cabeza entre las patas delanteras y mirando a la chimenea.

—Vamos, *Joshua*, viejo; tienes que sentirte mejor ahora.

Me incliné y le pasé los dedos por el pelo tieso, pero ni mis palabras ni el gesto le impresionaron en absoluto. Como si yo no estuviera allí.

La señora Ridge se volvió a mí muy preocupada.

—Así se pasa la vida ahora. Y usted le conoce bien.

—Sí, siempre ha sido muy movido —y creí verle de nuevo saltando en torno de mis piernas y mirándome ansiosamente—. Es algo muy extraño.

—Y otra cosa —continuó ella—, jamás sale un sonido de su boca, ¿sabe? Eso me preocupa, sobre todo porque siempre ha sido un estupendo perro guardián. Le oíamos ladrar en cuanto venía el primer correo, y ladraba al lechero, al basurero, a todo el mundo. Jamás fue un animal gruñidor, pero siempre sabíamos por él que se acercaba alguien.

—Sí...

También eso lo recordaba: el escándalo que se armaba en el interior en cuanto yo pulsaba el timbre.

—Y ahora ese silencio terrible. La gente entra y sale, y él ni siquiera levanta la cabeza —agitó la suya lentamente—. ¡Oh, si le oyera ladrar! ¡Aunque sólo fuera una vez! Creo que significaría que estaba mejorando.

—Sí, es muy probable.

—¿Cree usted que puede tener algo más grave?

Lo pensé por unos instantes.

—No. Estoy convencido de que no hay nada. Al menos, no físicamente. Ha sufrido un susto terrible y se ha encerrado en sí mismo. Ya saldrá de él con el tiempo.

Cuando me fui tuve la impresión de que trataba de convencerme más a mí mismo que a la señora Ridge. Y como siguiera telefoneando a diario para darme malas noticias sobre el perrito, mi confianza empezó a vacilar.

Había pasado ya una semana después del accidente, cuando me rogó de nuevo que acudiera. *Joshua* no variaba. Apático, el rabo encogido, los ojos tristes... y ni un sonido todavía.

Indudablemente, su dueña vivía sometida a una gran tensión.

—Señor Herriot, ¿qué vamos a hacer? No puedo ni dormir pensando en él.

Saqué el estetoscopio y el termómetro y volví a examinar al animalejo. Y fui palpándole concienzudamente de la cabeza a la cola. Cuando terminé, me senté en la alfombra y alcé la vista hacia la señora Ridge.

—No encuentro nada. Habrá que tener paciencia.

—¡Pero es que eso ya me lo dijo antes, y no creo que pueda soportarlo mucho más tiempo!

—¿Sigue sin ladrar?

Me contestó con un gesto y añadió:

—Y eso es lo que estoy esperando. Come un poquito, camina un poquito, pero jamás deja escapar un sonido. Sé que no me preocuparía tanto si le oyera ladrar, aunque sólo fuera una vez, pero así tengo la horrible impresión de que va a morir...

Había confiado en hallarla más animada en mi siguiente visita, pero, aunque su alegría desbordante era un alivio, también me sorprendía un poco.

Me senté en uno de los cómodos sillones de su sala.

—Bien, espero que recupere pronto el coche.

Hizo un ademán de indiferencia.

—¡Oh, ya aparecerá por algún lado, estoy segura!

—Sin embargo..., debe estar preocupada.

—¿Preocupada? ¡En absoluto! ¡Estoy tan contenta!

—¿Contenta? ¿Por haberse quedado sin coche?

—No, no es por eso. Por *Joshua*.

—¿*Joshua*?

—Sí. —Se sentó en el sillón frente al mío y se inclinó hacia adelante—. ¿Sabe lo que hizo cuando esos hombres se me estaban llevando el coche?

—No. Dígamelo.

—¡Ladró, señor Herriot! ¡Joshua ladró!



10

La comida era tan buena en la escuela de vuelo de Winkfield, que se comentaba que los pilotos cuyos hogares estaban a una distancia bastante próxima como para ir allí de visita, no solían aprovechar esta ventaja por temor a perderse alguna especialidad culinaria. Tal vez resulte difícil de creer, pero yo estoy convencido de que pocos habitantes de Gran Bretaña comían tan bien en tiempo de guerra como el puñado de jóvenes reunidos en el grupo de barracones de madera sobre la hierba verde, cerca de Windsor.

Tampoco es que disfrutáramos de un chef francés, claro. Se encargaban de la cocina dos civiles, viejos y canosos, que llevaban gorras de paño, fumaban en pipa y se mostraban bastante taciturnos en su trabajo.

Decían que eran dos ex cocineros del ejército, de la Primera Guerra Mundial, pero fuera cual fuese su origen, eran unos artistas. En sus manos, cualquier guisado, cualquier tarta, cobraba un nuevo significado, e incluso se habría podido escribir un poema sobre su perfecto rebozado de las patatas.

Así que me sorprendió mucho un día, a la hora del almuerzo, que mi vecino de la izquierda arrojara la cuchara, rechazara el plato y ahogara un gemido. Comíamos en grandes mesas plegables, puestas unas junto a otras en filas muy largas, y yo estaba precisamente junto a aquel chico.

—¿Qué te pasa? —le pregunté—. Este budín de manzana está fabuloso.

—¡Si no es eso! —enterró el rostro entre sus manos por unos segundos y luego me miró con ojos torturados—. He estado haciendo circuitos y baches esta mañana con Routledge, y no ha parado un segundo de atacarme, hasta dejarme sin moral.

De pronto, la comida perdió su sabor. Comprendía muy bien sus palabras. El oficial de vuelo Woodman me hacía a mí lo mismo.

El joven volvió a mirarme con ojos desesperados y luego clavó la vista al frente.

—Lo que sí sé, Jim, es que nunca llegaré a ser piloto, maldita sea.

Estas palabras me dejaron helado. Porque parecían expresar la convicción que gradualmente había ido creciendo en mí. No creía hacer el menor progreso, todo me salía siempre mal y estaba perdiendo el ánimo. Como todos mis compañeros, confiaba en graduarme como piloto, pero, después de cada ocasión con el oficial de vuelo Woodham, la idea de volar solo alguna vez me parecía más y más ridícula. Y aquella misma tarde, a las dos, tenía otra cita con él.

Se mostró tan sereno y encantador como siempre cuando me reuní con él... hasta que subimos al cielo y empezó de nuevo con sus gritos: «¡Relájese! ¡Por el amor de Dios, relájese!» «¡Cuidado con la altura! ¿Dónde diablos se cree que va?» y «¿No le dije que centrara la palanca? ¿Es que está sordo o qué?» y finalmente, después del primer circuito y cuando nos detuvimos con un brusco tirón sobre la hierba: «¡Vaya una porquería de aterrizaje! ¡Arriba otra vez!».

En el segundo circuito cayó en un silencio extraño. Y, aunque debería haberme sentido aliviado, creí descubrir algo espantoso en aquella paz desacostumbrada. Sólo podía significar una cosa: estaba convencido de que yo no tenía remedio y abandonaba la lucha. Cuando aterrizamos me dijo que apagara el motor, y saltó del asiento trasero. Yo estaba a punto de soltarme las correas y seguirle, cuando me indicó con una seña que me quedara en el asiento.

—Quédese donde está. Y, ahora, arriba con él.

Le miré a través de las gafas.

—¿Cómo?

—Que puede volar.

—¿Quiere decir yo solo...? ¿Que voy a volar en solitario...?

—Sí, claro. Venga a reunirse conmigo en la barraca de vuelo cuando haya aterrizado y entregado el aparato.

Se volvió y se alejó sobre la hierba, sin volverse ni una vez.

Pocos minutos después se acercaba un mecánico hasta donde yo continuaba tembloroso en el asiento. Escupió sobre la hierba y luego me miró con patente disgusto.

—Bien, amigo —dijo—, ahí tiene un avión estupendo.

Asentí.

—Bien, pues no quiero verlo... hecho trizas. ¿Entendido?

—Entendido.

Me lanzó una mirada final de asco y se acercó a la hélice.

Aunque me vencía el pánico, no olvidé el ejercicio completo de cabina que me habían repetido tan a menudo. Nunca pensé que tendría que utilizarlo en una emergencia así, pero repasé automáticamente los controles, el timón, los alerones y el elevador. Luego el combustible, el motor cerrado, la válvula, el motor abierto y la válvula en el punto justo.

—¡Contacto! —grité.

El mecánico accionó la hélice y el motor empezó a rugir. Abrí del todo la válvula, y el Tigre Polilla avanzó a saltos sobre la hierba. Mientras iba cobrando velocidad, adelanté la palanca para alzar la cola; luego, al echarla atrás de nuevo, cesaron los saltos y me lancé con suavidad al aire, mientras desaparecía bajo mis pies el gran barracón-comedor al extremo del campo.

Me dominó una sensación de alegría, de triunfo. Lo imposible había sucedido. Estaba allí arriba solo, volando, volando al fin realmente. Había estado tan seguro del fracaso, que la impresión de alivio fue abrumadora. En realidad me emborrachó, de tal modo que durante mucho tiempo me limité a volar al azar, sonriendo estúpidamente.

Cuando al fin recobré el sentido, miré hacia abajo sobre la borda, tan contento. Ya debía de ser hora de volver, pero, al dirigir la vista hacia abajo, la fría realidad cayó bruscamente sobre mí. No reconocía nada en el gran mosaico verdoso que se extendía a mis pies. Todo parecía más pequeño que de costumbre. Con la boca seca miré el altímetro. Volaba a más de 600 metros.

Comprendí de pronto que los gritos del oficial Woodham sí tenían razón de ser; que siempre había hablado con mucho sentido común y dándome buenos consejos y que, en cuanto me había visto solo en el aire, yo los había ignorado todos. No me había preocupado de mantenerme a nivel de una nube, no había observado el horizonte artificial, no había vigilado cuidadosamente el altímetro. Y ahora, me había perdido.

Fue una impresión terrible (esa sensación de aislamiento completo) mientras registraba desesperadamente aquel paisaje de cuadros verdes buscando un objeto familiar. ¿Qué hacía uno en un caso así? ¿Seguir hacia el sur de Inglaterra hasta encontrar el campo de una granja lo bastante grande para aterrizar, y luego volver abatido a Winkfield? Claro que quedaría como un imbécil rematado y, además, había muchas probabilidades de que destrozara el aparato tan estimado por aquel mecánico... e incluso me hiciera trizas yo mismo.

No dudaba de que, hiciera lo que hiciese, mi nombre sería famoso. A algunos chicos les habían ocurrido cosas muy graciosas: se habían mareado y vomitado en la cabina; uno se metió por un seto; otro, y en su primer vuelo en solitario, estuvo dando vueltas y vueltas sobre el campo de aterrizaje —hasta siete veces— tratando de hallar el valor necesario para aterrizar mientras su instructor sudaba sangre y le maldecía desde tierra. Pero la verdad es que nadie se había perdido como yo. Nadie había subido al cielo y vuelto a pie y sin el aeroplano.

La visión de mi destino inmediato cobraba ya horribles proporciones, y el corazón se me había desbocado cuando, allá a lo lejos, a mi izquierda, divisé un grato punto familiar: la tribuna del hipódromo de Ascot. Casi llorando de gozo me dirigí hacia ella y a los pocos minutos la sobrevolaba, como hiciera tan a menudo.

Y luego, más abajo, y acercándose a una velocidad algo incómoda, tenía el cinturón de árboles que bordeaban el campo de aterrizaje. Más allá, los señalizadores de viento sobre la hierba. Pero aún estaba demasiado alto... No podría bajar a tiempo para caer en la pista de aterrizaje. Tendría que dar otra vuelta.

Me abrumó lo ignominioso de la situación. Todos estarían observándome desde tierra y algunos se partirían de risa a la vista de Herriot pasando sobre el campo a varios cientos de metros y elevándose de nuevo hacia las nubes. Pero ¿en qué estaba pensando? Había un modo de perder altura rápidamente y, gracias al oficial de vuelo Woodham, yo sabía hacerlo.

El timón y la palanca opuestos. Me había repetido cien veces cómo deslizarme hacia dentro en una curva, y ahora lo hice con todas mis fuerzas, obligando al aparato a bajar de lado y suavemente, como un animalito aerotransportado, hacia los árboles.

¡Y vaya si resultó! La mancha de verdor subió hacia mí y, casi sin darme cuenta, ya estaba rozando las ramas. Enderecé el aparato y me dirigí hacia la pista de hierba. A unos treinta metros me ceñí más y fui moviendo la palanca poco a poco hasta que, justamente al tomar tierra, me la clavé en el abdomen. El tren de aterrizaje estableció contacto con el suelo casi sin un temblor, y manejé el timón para continuar en línea recta hasta detenerme. Cerré el motor, bajé de la cabina y me dirigí al barracón de vuelo.

El oficial de vuelo Woodham estaba sentado a la mesa, con una taza en la mano y alzó la vista cuando entré. Se había quitado las ropas de vuelo y llevaba el uniforme de campaña con las alas, esas alas con las que todos soñábamos, y la cinta de D.F.C.
[2]

—¡Ah, Herriot! Estoy tomando café. ¿Quiere sentarse conmigo?

—Gracias, señor.

Me senté y él me acercó una taza.

—Vi su aterrizaje. Encantador, realmente encantador.

—Gracias, señor.

—Y ese deslizamiento... —las comisuras de sus labios se alzaron ligeramente— muy bueno en realidad, una obra maestra.

Tomó la cafetera y continuó:

—Lo ha hecho muy bien, Herriot. Sólo después de nueve horas de instrucción, ¿eh? Espléndido. Pero, claro, yo nunca tuve la menor duda sobre usted.

Inclinó la cafetera sobre mi taza.

—¿Cómo quiere el café..., solo o con leche?



11

Fui el tercero, de nuestra escuadrilla de cincuenta hombres, que voló en solitario, y me enorgullecí especialmente de ello porque la mayoría de mis camaradas tenían dieciocho y diecinueve años. Ellos no lo decían, pero con frecuencia me decía a mí mismo que sin duda pensarían que un anciano como yo, de más de veinte años, con una esposa y un hijo, no tenía derecho a estar allí, entrenándose en la aviación. Por muy generosos que quisieran ser, habrían de pensar que yo era demasiado viejo.

Por supuesto, muchas cosas les daban la razón. La nostalgia de lo que dejáramos atrás había de ser más fuerte en mí que en ellos. Cuando el sargento nos entregaba las cartas en la revista diaria, yo solía guardar en secreto la mía hasta disfrutar de unos momentos de soledad para leer lo muy aprisa que crecía el pequeño Jimmy, cuánto pesaba, y las señales infalibles de inteligencia notable, de genio incluso, que Helen conseguía ya discernir en él.

Estaba perdiéndome la infancia de mi hijo, y eso me entristecía. Y aún lo lamento profundamente, porque sólo tiene lugar una vez y desaparece muy deprisa. Pero todavía conservo la colección de cartas que me escribía su madre orgullosa para ponerme al tanto de cada fascinante etapa, y cuando las leo ahora casi me parece que estuve allí para verlo.

En aquella época las cartas me hacían recordar penosamente las comodidades de la casa. Pero, por otra parte, hubo ocasiones en que mi vida en Darrowby no era tan cómoda...

Creo que lo peor eran las primeras llamadas intempestivas en las mañanas de invierno. Para mí ya constituía una experiencia rutinaria entrar como un sonámbulo

en un establo de vacas y para un parto a las seis de la mañana, pero en la granja del señor Blackburn había una diferencia. Varias diferencias, para ser más exactos.

En primer lugar, siempre solía recibirme un granjero de rostro ansioso que me acogía explicándome cómo venía el ternero y cuándo había empezado el parto, pero aquí me sentía un desconocido y un intruso. En segundo lugar me había acostumbrado a la vista de unas cuantas vacas en un establo empedrado, con divisiones de madera y una lámpara de aceite, y ahora contemplaba una larga avenida de cemento, bajo brillantes luces eléctricas, con una sucesión al parecer interminable de traseros bovinos sobresaliendo de unas divisiones muy elegantes hechas con tubos metálicos. En tercer lugar, y en vez del silencio típico de las madrugadas, se escuchaba el estruendo de los cubos, el latir rítmico de la máquina de ordeñar y la música escandalosa de un aparato de radio. También pasaban junto a mí muchos hombres con chaqueta y gorro blanco, pero ninguno de ellos me hacía el menor caso.

Aquella era una de las granjas lecheras más modernas y mayores. En vez de una figura solitaria sentada en el taburete de ordeñar, con la cabeza clavada en el costado de la vaca, y sacándole la leche con un suave *hiss-hiss*, sólo veía aquí un derroche de actividad impersonal.

Me detuve al cruzar la puerta mientras en el exterior caía la nieve, más helada que nunca, de un cielo muy negro. Había dejado una cama muy cómoda y una esposa cariñosa para llegar hasta allí, y alguien debería saludarme, por lo menos. Entonces vi al propietario que pasaba a mi lado con un cubo en la mano, y con la misma prisa que cualquiera de sus hombres.

—¡Hola, señor Blackburn! —grité—. Me ha llamado... ¿Tiene una vaca de parto?

Se detuvo y me miró por un momento sin comprender.

—¡Ah, sí... sí...! Está allá abajo, a la derecha. Señalaba una res de color roano claro, hacia la mitad del establo. Era fácil reconocerla...; la única que estaba echada.

—¿Cuánto tiempo lleva? —le pregunté, pero cuando me volví hacia él, el señor Blackburn ya se había ido.

Salí corriendo, le acorralé en la lechería y repetí la pregunta:

—¡Oh, debía haber parido anoche! Algo debe andar mal.

Empezó a volcar el cubo de leche en la batidora.

—¿La ha tanteado por dentro?

—No, no he tenido tiempo —me miró con unos ojos agotados—. Vamos un poco retrasados con el ordeño esta mañana, y no podemos hacer esperar al lechero.

Sabía lo que quería decir. Los camioneros que recogían la leche para las grandes compañías lecheras eran un ejército de hombres muy fieros. Probablemente maridos y padres encantadores en su vida normal, pero muy propensos a salvajes estallidos de rabia si tenían que esperar aunque sólo fuera un instante. No podía culparles, ya que tenían mucho territorio que cubrir y muchas granjas que visitar, pero yo había presenciado su reacción si se les provocaba, y era algo terrible de ver.

—Muy bien —dije—. ¿Puede darme agua caliente, jabón y una toalla, por favor?

El señor Blackburn hizo un gesto hacia un rincón de la lechería.

—Habrà que buscárselo usted mismo. Todo està ahì. Yo debo continuar.

Y se largó de nuevo a paso rápido. Indudablemente, le tenía más miedo al del camión de la leche que a mí.

Encontré un cubo y un pedazo de jabón, y me eché una toalla sobre el hombro. Cuando llegué hasta donde estaba mi paciente, busqué en vano su nombre. En aquellos tiempos casi todas las vacas tenían escrito su nombre en la pared, sobre su sitio habitual, pero allí no había ninguna *Marigold*, ni *Alice*, ni *Gota de Nieve*; sólo números.

Antes de quitarme la chaqueta le examiné con indiferencia la oreja, donde las marcas tatuadas destacaban claramente sobre la superficie blanca y cremosa. Era la número ochenta y siete.

También me vi en apuros cuando me quité la chaqueta y la camisa. En un establo moderno como aquel no había clavos en las paredes que me sirvieran de colgador. Tuve que enrollar mis ropas en un lio y llevarlas hasta la lechería. Allí encontré un saco que me até a la cintura con un cordel.

Sin que nadie me hiciera caso todavía, volví a mi puesto, me lavé el brazo y lo inserté en la vaca. Tuve que recorrer un largo camino para llegar al ternero, cosa extraña si tenemos en cuenta que el parto debía haber terminado la noche anterior. Lo primero que toqué fue la cabecita de la criatura; el morro estaba doblado hacia abajo, en lugar de adelantarse hacia la vagina y el mundo exterior, y las patas encogidas del mismo modo bajo el cuerpo.

Y noté algo más. La entrada de mi brazo no había provocado un esfuerzo de respuesta por parte de la vaca, ni había tratado de ponerse de pie. Algo molestaba a la Número Ochenta y Siete.

Echado boca abajo sobre el cemento, y enterrado hasta el hombro en la vaca, alcé la cabeza y miré a lo largo de su lomo cubierto de pelo rojizo y manchas blancas y, cuando llegué al cuello, comprendí que ya no había de buscar más. La inclinación lateral era patente. La Número Ochenta y Siete, tendida sobre el pecho, miraba cansadamente y sin interés el muro ante ella, pero la suave curvatura de su cuello fue lo que me lo reveló todo.

Me puse de pie, me lavé y sequé el brazo, y fui en busca del señor Blackburn. Le encontré inclinado junto a una vaca muy gruesa de color oscuro retirando la máquina de ordeñar de sus ubres. Le di un golpecito en el hombro.

—Tiene fiebre láctea —dije.

—Oh, sí —contestó.

Luego alzó el cubo, pasó junto a mí y siguió establo abajo.

Yo me mantuve a su lado.

—Por eso no puede hacer fuerza. El útero ha perdido vigor. No parirá hasta que le dé un poco de calcio.

—De acuerdo —seguía sin mirarme—. Entonces se lo dará, ¿no?

—Sí —respondí, pero ya le hablaba a una espalda en retirada.

La nieve seguía mirando en la oscuridad exterior y luché con la tentación de vestirme. Pero sólo tendría que desnudarme otra vez, así que decidí salir a toda prisa. Una vez abierto el maletero del coche me pareció que transcurría una eternidad mientras sacaba las botellas y válvula de inyección, y los copos caían pesadamente sobre mi carne desnuda.

De vuelta en el establo busqué a alguien que estuviese libre para que me ayudara, pero la febril actividad no había disminuido. Tendría que tumbar de costado a la vaca e inyectarle en la vena sin ayuda de nadie. Todo dependía de lo comatosa que estuviera.

Y debía estar medio muerta porque, cuando apoyé los pies contra el tubo de acero y la empujé por la espalda con ambas manos, se tumbó sin resistencia. Para mantenerla en esa posición me eché sobre ella mientras le clavaba la aguja y le metía el calcio en la vena.

La pega era que, en esta posición, me hallaba exactamente debajo de la vaca vecina, a la derecha, una especie de animal caprichoso que se resentía de que mis piernas, enfundadas en botas de goma, tropezaran con sus patas traseras. Expresó su desaprobación pateándome dolorosamente en los tobillos y dándome unas cuantas coces en el muslo, pero no me atreví a moverme porque el calcio seguía entrando estupendamente.

Una vez la botella estuvo vacía volví a poner a mi paciente sobre su pecho y le metí otra botella de magnesio de calcio y fósforo bajo la piel. Para cuando hube terminado con la frotación del líquido subcutáneo, la Número Ochenta y Siete parecía muchísimo más feliz.

No me apresuré en limpiar y retirar todo el equipo de inyección y enjabonarme de nuevo el brazo, porque sabía que cada minuto que pasara devolvería las fuerzas a mi paciente.

La respuesta ligera al calcio intravenoso siempre me ha producido placer y, cuando metí el brazo en su interior, la diferencia fue notable. Aquel útero antes flácido me apresó ahora la mano y, al hacer la vaca un poderoso esfuerzo expulsor, volvió la cabeza, me miró y abrió la boca en un gemido ahogado. Pero no era un sonido de dolor; más bien como si dijera:

—Ahora sí estoy dispuesta.

—De acuerdo, muchacha —le contesté—, me quedaré contigo hasta que acabe todo.

En otra ocasión tal vez me hubiera avergonzado que me oyesen conversando con una vaca, pero con el estruendo de los cubos y el escándalo constante de la radio, no había peligro.

Sabía que habría de ir guiando al ternero hacia la posición correcta y que eso llevaría tiempo, pero también me sentía extrañamente identificado con este animal

porque al parecer ninguno de los dos teníamos la menor importancia en el marco que nos rodeaba. Mientras seguía tumbado boca abajo sobre el cemento —más duro a cada minuto que pasaba— y los obreros tropezaban con mi cuerpo postrado, me sentí muy solo. Como si allí no estuviéramos más que la Número Ochenta y Siete y yo.

Otra cosa que eché de menos fue el revuelo que solía acompañar a la ocasión. En los partos difíciles era una compensación el saber que se estaba representando un pequeño drama: el granjero preocupado, los hombres atentos, el peligro de perder al ternero o incluso a la madre... constituía un espectáculo fascinante, y sin duda el veterinario era el protagonista. Tal vez fuera el villano, pero siempre el número uno. Y ahora aquí estaba yo, un don nadie tirado por los suelos, y sin una mención en el reparto. Así serían las cosas en el futuro.

Y sin embargo..., sin embargo..., el trabajo era el mismo y exigía mi atención. Levanté la mandíbula inferior del ternero y, cuando la vaca dio un empujón, logré pasarlo por el borde de la pelvis. Luego agarré las patitas y las enderecé cuando otro esfuerzo de expulsión lanzó a la criaturita hacia mí. Ahora ya estaba definitivamente en camino.

No apresuré las cosas... Permanecí tumbado y dejé que continuara la vaca. El peor momento fue cuando uno de los hombres vino a colocarle la máquina de ordeñar a aquel animal temperamental a mi derecha. Al tratar de pasar junto a ella, la vaca dio la vuelta, alzó el rabo y me envió una cascada de heces sobre la espalda.

El hombre volvió a ponerla en su lugar, le encajó las copas en las ubres y luego tomó la manguera que estaba dispuesta para lavar todo el establo. Un momento después sentí que una ducha helada me cubría desde los hombros a las caderas, y aquel hombre generoso, incluso me secó vigorosamente con un saco.

—Muchas gracias —dije, sin aliento.

Y la verdad es que estaba agradecido. Era la única atención que había recibido en toda la mañana.

A la media hora aparecieron los pies en la vulva, seguidos de un morrito húmedo cuyas aletas temblaban, para tranquilidad mía. Pero eran unas patas muy grandes... Sería un ternero, y tal vez resultara difícil su entrada en el mundo.

Ahora me incorporé hasta quedar sentado y cogí una pezuña resbalosa y hendida en cada mano. Echándome atrás, los pies contra el canal de la porquería, me dirigí de nuevo a la Número Ochenta y Siete:

—Vamos, guapa; un par de esfuerzos más y ya lo tenemos.

Ella respondió con una poderosa inflación del abdomen, y el ternero cayó hacia mí mientras yo tiraba, dejándome ver un testuz muy amplio y un par de ojos ligeramente desconcertados. Por un instante pensé que las orejas iban a salir también, pero en ese momento se relajó la vaca y la cabeza volvió a desaparecer en el interior.

—Otra vez, muchacha —le rogué, y por lo visto se decidió a dejar de jugar y a acabar con la tarea. Hizo un esfuerzo prolongado, salieron la cabeza y las patitas y, mientras yo tiraba del ternero, sólo tuve ese pánico momentáneo que siempre sentía

de que las caderas se encajaran en la pelvis. Pero no hubo atasco, y el recién nacido resbaló maravillosamente hasta mi regazo.

Jadeando un poco, me puse de pie y separé las patas traseras. Comprobé el pequeño escroto: era un macho magnífico. Tomé un poco de heno del pesebre y empecé a secarlo. A los pocos minutos ya se levantaba resollando y olisqueando para mirar en torno con interés.

No era la única parte interesada. Su madre, tratando de torcer el cuello a pesar de la cadena, miró fascinada al recién nacido y soltó un mugido ensordecedor. Agarré al ternero de nuevo por las patas delanteras y lo arrastré hasta el fondo de la división, donde la vaca, tras un breve examen, empezó a lamerle de la cabeza a la cola. Y luego, mientras yo la observaba encantado, de pronto se puso de pie para mejor alcanzar las partes más inaccesibles del cuerpo de la criatura.

Sonreí para mí. Todo había salido bien. Se había repuesto de la fiebre láctea y además tenía un ternero vivo. Ya no había problemas con la Número Ochenta y Siete.

El señor Blackburn vino ahora a detenerse a mi lado, y me dio cuenta de que todo el estruendo reinante en el establo había llegado a su fin. El ordeño había terminado por hoy.

El granjero se quitó la gorra blanca y se secó el sudor de la frente.

—¡Señor, qué ajetreo el de hoy! Íbamos escasos de gente esta mañana y estaba convencido de que nos retrasaríamos en la entrega al camionero. Y es un ogro... No quiere esperar ni un minuto, y más de una vez he tenido que salir tras él en el tractor con los recipientes de la leche.

Mientras hablaba, una gallina saltó del pesebre con un cacareo. El señor Blackburn adelantó la mano y tomó un huevo calentito y recién puesto en el heno.

Lo examinó por un instante y se volvió hacia mí.

—¿Ya ha tomado el desayuno?

—No, claro que no.

—Pues dígle a su señora que le eche esto en la sartén —dijo, entregándome el huevo.

—¡Oh, muchas gracias, señor Blackburn! Esto sí que me encanta.

Asintió y siguió allí de pie, contemplando a la vaca y el ternero. Una granja lechera es un medio de vida de los más duros, y toda aquella complicación y prisas antes del amanecer era la rutina diaria de su existencia. Pero comprendí que estaba satisfecho con mis esfuerzos porque, de pronto, me miró a los ojos y sus rasgos agotados se abrieron en una alegre sonrisa. Sin previo aviso, me dio un puñetazo amistoso en el pecho.

—¡El buen viejo Jim! —exclamó, y un instante después se alejaba ya.

Me vestí, monté en el coche y coloqué con todo cuidado aquel huevo en el tablero; luego traté de hallar una postura soportable en el asiento, porque la manguera me había arrojado unos cuantos litros de agua sucia hasta el interior de los calzoncillos, y no había modo de sentirse cómodo.

Al alejarme, la oscuridad se iba transformando en el amanecer gris de un nuevo día, y en torno a mí empezaban a surgir las moles de las montañas, enormes, suaves, increíblemente heladas.

Miré el huevo que se bamboleaba suavemente sobre el tablero y sonreí. Seguía viendo la sonrisa amable y repentina del señor Blackburn cuando me dio un puñetazo en el pecho, y ahora me inundó una sensación de confianza.

Tal vez el sistema estuviera cambiando, pero las vacas, los terneros y los granjeros de Yorkshire seguían siendo los mismos.



12

Con mi sueldo de siete chelines y tres peniques al día, de los cuales se deducía la manutención de mi esposa e hijo, no podía permitirme una buena vida aun de haberlo deseado, pero una tarde que estaba en Windsor, decidí darme el lujo de tomar una vaso de cerveza. Al abrir de un empujón la puerta de la taberna, lo primero que vi fue un hombre sentado en una esquina del bar con un perrito bajo la silla.

Detalles como aquel me devolvían inconscientemente a mi vida anterior, y creí oír de nuevo a George Wilks, el subastador, en las Armas de Drovers de Darrowby.

—Creo que él es el mejor terrier de taberna que he visto en la vida.

Se inclinó desde el bar y acarició la cabecita lanuda de *Teo*, que sobresalía bajo el taburete de su amo.

No era una mala definición esa de «terrier de taberna». *Teo* era pequeño y su pelaje, muy blanco, a excepción de unas manchitas negras en los flancos, y lucía en el morro una especie de flequillo peludo que le hacía muy atractivo, si bien resultaba algo misterioso.

He de aprobar calurosamente a un colega escocés que, cuando una señora le apremió hace poco para que le declarara la raza y linaje de su perrito, contestó:

—Señora, creo que lo mejor sería llamarle un mamoncete marrón.

Del mismo modo podría designarse a *Teo* como «un mamoncete blanco», pero la expresión «terrier de taberna» resultaba mucho más comprensible para los de Yorkshire.

Su amo, Paul Cotterell, le miró desde lo alto del taburete.

—¿Qué dicen de ti, viejo? —murmuró en tono lánguido.

Al sonido de aquella voz, el animalito salió de su escondite saltando nerviosamente y agitando la cola.

Teo pasaba gran parte de su vida entre las cuatro patas metálicas de aquel taburete, mientras su amo lo ocupaba. Yo solía meditar acerca de cómo perdían los dos el tiempo. Porque también yo llevaba a mi perro *Sam* a las tabernas, y él se metía bajo mi asiento, pero en mi caso sólo era algo ocasional —tal vez una o dos veces a la semana—, mientras que en el de Paul Cotterell era un ritual invariable: todas las noches a partir de las ocho se le podía encontrar sentado al final de la barra de las Armas de Drovers, con la jarra de medio litro ante él y la pipa curva entre los dientes.

Para un hombre tan joven —era soltero y aún no tendría cuarenta años— y con su cultura e inteligencia, me parecía una existencia estéril.

Se volvió hacia mí cuando me acerqué al mostrador.

—Hola Jim, permíteme que te invite.

—Muy amable de tu parte, Paul —contesté—. Tomaré una jarra.

—Espléndido —se volvió a la camarera con toda cortesía—: ¿Puedes atenderme, Moyra?

Bebimos la cerveza y charlamos. Hablamos primero sobre el festival de música de Brawton, y luego pasamos a la música en general. Como ocurría con cualquier otro tema que surgiera en nuestra conversación, Paul parecía saber mucho al respecto.

—¿De modo que no te gusta demasiado Bach? —preguntó perezosamente.

—Pues no. Me gusta parte de su música, claro, pero en conjunto prefiero algo más emocional: Elgar, Beethoven, Mozart, incluso Tchaikovsky... Supongo que vosotros, los entendidos, lo despreciaréis un poquito.

Se encogió de hombros, aspiró el humo de la pipa y me miró con una sonrisita, alzando una ceja. Lo hacía a menudo, y yo llegué a pensar que debería llevar monóculo. Pero no siguió hablando de Bach, aunque fuera, al parecer, su compositor preferido. Jamás se entusiasmaba por nada, y se limitó a escucharme con expresión divertida mientras yo seguía hablando líricamente del concierto para violín de Elgar.

Paul Cotterell provenía del sur de Inglaterra, pero los de la localidad se lo habían perdonado hacía tiempo porque era un hombre agradable, divertido y siempre dispuesto a invitar a cualquiera a una copa desde su lugar habitual en las Armas de Drovers. Para mí tenía ese encanto tan típico del inglés: natural, indiferente. Nunca se excitaba; siempre se mostraba cortés y controlado.

—Ya que estás aquí, Jim —dijo—, ¿querrías echarle una miradita al pie de *Teo*?

—Pues claro —uno de los riesgos de la profesión veterinaria es que, cuando uno toma parte en la vida social, todos dan por sentado que nada le gusta más que escuchar síntomas o dar diagnósticos—. A ver, que suba aquí.

—Vamos, chico, arriba.

Paul se dio un golpecito en las rodillas y el perrito saltó y se sentó en ellas, los ojos brillantes de placer. Como siempre, pensé que *Teo* debería dedicarse al cine. Era el perrito perfecto para una película, con su carita risueña y extraordinariamente peluda. La gente pagaba buen dinero para ver otros como él en los cines del mundo entero.

—Muy bien, *Teo* —dije, alzándolo de las rodillas de su dueño—. ¿Dónde te duele?

Paul indicó el pie derecho con el extremo de la pipa.

—Es ése. Ha estado cojeando un poco durante los últimos días.

—Ya veo —coloqué al animalito boca arriba sobre mis rodillas y luego me eché a reír—. ¡Oh, sólo se trata de una uña rota! Aún lleva un pedacito colgando. Debió tropezar con una piedra. Espera un minuto.

Me metí la mano en el bolsillo, buscando las tijeras que siempre llevaba allí. Un corte rápido y el trabajo quedó terminado.

—¿Eso es todo? —preguntó Paul.

—Sí, ya está.

Alzó de nuevo la ceja en gesto burlón mientras miraba a *Teo*.

—¿Y sólo por eso andabas haciendo tanto teatro, bobo? —chasqueó los dedos—. Abajo otra vez.

Obediente, el perrito saltó a la alfombra y desapareció en su refugio bajo el taburete. Y en aquel momento creí tener un chispazo de intuición acerca de Paul y a propósito de su encanto, que tan a menudo había admirado y envidiado. A él no le importaba en realidad. Le tenía cariño a su perro, claro. Le llevaba a todas partes con él, lo sacaba a hacer ejercicio con regularidad junto al río, pero no había en Paul nada de la ansiedad, de la preocupación casi desesperada que viera a menudo en los ojos de mis clientes, aunque se tratara de la dolencia más insignificante. Ellos se preocupaban demasiado... como me ha pasado siempre a mí con mis propios animales.

Y, por supuesto, Paul actuaba con mayor lógica. Era un modo más fácil y cómodo de vivir. La ansiedad excesiva le hace a uno vulnerable, mientras que Paul siempre podría vivir tranquilo. Aquella indiferencia tan atractiva, sus buenos modales serenos, la imperturbabilidad..., todo obedecía al hecho de que nada le emocionaba profundamente.

Y, a pesar de este diagnóstico algo negativo sobre su carácter, seguía envidiándole. A mí me han destrozado a veces mis emociones; sería encantador parecerse a Paul. Y, cuanto más pensaba en ello, con mayor claridad lo comprendía todo. Jamás se había entusiasmado lo suficiente para casarse. Incluso Bach, con su música matemática, encajaba en el cuadro.

—Creo que esa operación tan importante se merece otra jarra, Jim —sonrió, y su sonrisa me pareció algo cínica—. A menos, claro, que exijas mejores honorarios.

Me eché a reír. Siempre me gustaría Paul. Los hombres no somos iguales, y hemos de actuar según nuestro carácter, pero, mientras me tomaba la segunda jarra, pensé de nuevo en su vida, libre de cuidados. Tenía un buen empleo en las oficinas del gobierno en Brawton, carecía de responsabilidades familiares, y todas las noches podía sentarse en el mismo taburete a tomarse su cerveza con el perro a los pies. No tenía preocupación alguna en este mundo.

Y además formaba parte de Darrowby, parte de la escena que a mí me gustaba, y como por lo general odio los cambios, en cierto modo resultaba tranquilizador saber que, fuera cual fuese la noche en que uno entrara en las Armas, siempre se encontraría a Paul Cotterell en la esquina con el morro peludo de *Teo* atisbando a sus pies.

En eso pensaba una noche en la que entré casi a la hora de cerrar.

—¿Crees que puede tener lombrices?

La pregunta sonaba indiferente, como era costumbre en él.

—No lo sé, Paul. ¿Por qué me lo preguntas?

Se sacó la pipa de la boca.

—¡Oh! Me da la impresión de que está un poco delgado últimamente. ¡Arriba, *Teo*!

Sobre las rodillas de su amo el perrito parecía tan alegre como siempre, y cuando tomé y lo levanté en alto, me lamió la mano. Pero sí sobresalían bastante las costillas.

—Mmm... Sí —dije—. Tal vez haya perdido algo de peso. ¿Has observado si expulsa lombrices?

—En realidad, no.

—¿Ni siquiera trochos..., como unos segmentos blancos que se le quedan pegados al ano?

—No, Jim —agitó la cabeza y sonrió—. Pero, claro, no le he examinado tan de cerca, viejo.

—Claro. Por si acaso, le purgaremos. Te traeré unas tabletas mañana por la noche. ¿Estarás aquí...?

Alzó la ceja.

—Me parece lo más probable.

Teo se tomó obedientemente sus tabletas para las lombrices, y luego transcurrieron varias semanas en que viví demasiado ocupado para acudir a las Armas de Drovers. Cuando volví al fin, era un sábado por la noche, y el baile del Club de Atletismo estaba en su apogeo. Un estruendo rítmico nos llegaba del salón de baile, el pequeño bar estaba abarrotado, y los jugadores de dominó se sentían muy disgustados, pues habían tenido que retirarse a un rincón debido al alud de trajes de etiqueta y vestidos de noche.

Entre el ruido y el calor me abrí camino hacia la barra, diciéndome que aquel lugar estaba irreconocible. Pero sí había un rasgo inmutable: Paul Cotterell en su taburete, en el extremo más lejano del mostrador.

Logré llegar a su lado y vi que llevaba la misma chaqueta de *tweed* de costumbre.

—¿No bailas, Paul?

Entrecerró los ojos,agitó la cabeza lentamente y me sonrió, sin dejar de morder la pipa.

—Eso no es para mí, muchacho —murmuró—. Demasiado esfuerzo.

Miré hacia abajo y vi algo más, también inmutable. *Teo* estaba bajo el taburete procurando resguardar su hocico de aquel lío de piernas. Pedí dos cervezas e intentamos conversar, pero era difícil entenderse con aquella babel de voces. Una y otra vez nos separaban brazos ansiosos que se tendían hacia el mostrador, y unos rostros enrojecidos nos gritaban un saludo al tropezar con nosotros. La mayor parte del tiempo nos limitamos a mirar en torno.

Luego se inclinó Paul y me habló al oído:

—Le di esas tabletas a *Teo*, pero sigue adelgazando.

—¿Sí? —le grité en respuesta—. Pues es raro.

—Sí... ¿querrías echarle una mirada?

Asentí, él chasqueó los dedos y el perrito estuvo sobre sus rodillas al instante. Estiré la mano y lo coloqué sobre las mías, e inmediatamente advertí cuánto más ligero era ahora.

—Tienes razón —dije—. Está perdiendo peso.

Colocándomelo en el regazo le bajé un párpado y vi que la conjuntiva estaba pálida.

Grité de nuevo:

—Está anémico.

Y proseguí el examen del rostro. Tras el ángulo de la mandíbula descubrí que las glándulas linfáticas posfaríngeas estaban muy abultadas. Esto era extraño. ¿Tendría alguna infección en la boca o en la garganta? Miré impotente en torno, mientras maldecía de esa costumbre que tenía Paul de consultarme sobre su perro en una taberna. Quería examinar al animal, pero no iba a colocarlo, por supuesto, entre los vasos y sobre el bar.

Estaba intentando sujetarle de modo más conveniente a fin de examinarle la garganta cuando mi mano se deslizó tras la pata anterior y se me fue el alma a los pies al tropezar con la glándula axilar. Porque también ésta estaba muy abultada. Pasé los dedos a su entrepierna y allí estaba la glándula inguinal, tan prominente como un huevo. Y la preescapular también. Mientras continuaba examinándole febrilmente, comprendí que todas las glándulas linfáticas superficiales habían aumentado varias veces su tamaño normal.

La enfermedad de Hodgkin. Por unos momentos dejé de oír los gritos y las risas, y el estruendo ahogado de la música. Luego alcé los ojos hacia Paul, que me miraba con toda serenidad, sin dejar de fumar. ¿Cómo decírselo en aquel ambiente? Me preguntaría qué era la enfermedad de Hodgkin, y tendría que explicarle que se trataba de cáncer del sistema linfático y que era casi seguro que el perrito moriría.

Mientras trataba de pensar a toda prisa, acariciaba la cabeza de *Teo*, y éste volvió hacia mí su rostro, tan cómico con sus patillas. La gente seguía apretujándonos, brazos desconocidos nos pasaban vasos de whisky y cerveza ante el rostro, y un hombre gordo incluso me pasó el brazo por el cuello.

Me incliné hacia mi amigo.

—Paul —dije.

—¿Qué hay, Jim?

—¿Quieres... quieres llevar a *Teo* a la clínica, mañana por la mañana? Es a las diez, los domingos.

Por una vez la ceja se alzó bruscamente; luego asintió.

—De acuerdo, amigo.

No me molesté en terminar la copa. Empecé a abrirme camino hacia la puerta y, cuando el gentío volvía a cerrarse a mis espaldas, eché un vistazo. El rabo del perrito desaparecía en aquel instante bajo el taburete.

La mañana siguiente fue una de esas en las que me despertaba temprano, empezaba a dar vueltas en la cama a las seis en punto y terminaba mirando al techo.

Aun después de haberme levantado y haberle servido a Helen una taza de té, la espera se me hizo interminable hasta que llegó el momento que tanto temía... Paul frente a mí, al otro lado la mesa de la clínica y *Teo* sobre ella entre los dos.

Se lo dije claramente. No se me ocurría ningún subterfugio.

Su expresión no se alteró, pero se sacó la pipa de la boca y me miró con firmeza; luego a su perro; luego a mí otra vez.

—¡Oh! —dijo al fin—. Comprendo.

Guardé silencio y él pasó lentamente la mano sobre el lomo del animalito.

—¿Estás seguro, Jim?

—Por completo. Y lo siento muchísimo.

—¿No hay tratamiento?

—Hay varios paliativos, Paul, pero jamás he visto que sirvieran de nada. El resultado final siempre es el mismo.

—Ya... —asintió lentamente—. Pero no parece estar tan mal. ¿Qué ocurrirá si no hacemos nada?

Hubo una pausa.

—Bien —dije al fin—, según aumenten de tamaño las glándulas internas ocurrirán varias cosas. La ascitis, la hidropesía, se le desarrollará en el abdomen. En realidad, puedes ver que ya lo tiene un poco hinchado.

—Sí..., lo veo, ahora que lo dices. ¿Algo más?

—Y al crecer las glándulas torácicas respirará con dificultad.

—Eso ya lo he notado. Se queda sin aliento tras un breve paseo.

—Y cada vez estará más delgado, y más y más débil.

Paul se miró los pies por unos momentos; luego se enfrentó conmigo.

—Luego todo se resume en que va a sufrir mucho lo que le queda de vida —tragó saliva—. ¿Cuánto durará?

—Unas semanas. Varía según el caso. Tal vez hasta tres meses.

—Bien, Jim —le acariciaba el pelo al perro—. No puedo permitir que eso ocurra. Es responsabilidad mía. Debes hacerle dormir ahora, antes de que empiece realmente a sufrir. ¿No estás de acuerdo?

—Sí, Paul. Es lo más amable que se puede hacer.

—¿Quieres hacerlo inmediatamente..., en cuanto yo atraviere esa puerta?

—Lo haré —contesté—, y te prometo que no se enterará de nada.

El rostro de Paul tenía una expresión extraña, helada en exceso. Volvió a colocarse la pipa entre los dientes pero se le había apagado, de modo que la guardó en el bolsillo. Entonces se inclinó y acarició suavemente la cabeza del perrito. El rostro peludo, con aquel absurdo flequillo sobre el morro, se volvió hacia él y, por unos momentos, los dos se miraron.

Luego Paul murmuró:

—Adiós, amigo.

Y salió rápidamente de la habitación. Yo mantuve mi promesa.

—Mi buen *Teo*... —murmuré pasándole la mano por la cara y las orejas, y una y otra vez mientras la criaturita se moría pacíficamente.

Como todos los veterinarios, odiaba hacer aquello, aunque fuera una solución indolora, pero para mí siempre ha sido un consuelo saber que lo último que advierten esos animalitos impotentes es el sonido de una voz amistosa y el contacto de una mano amable.

Sentimental tal vez. No como Paul. Él había sido práctico, y su modo de actuar, totalmente lógico. Claro que había podido actuar con lógica porque no estaba a merced de sus emociones.

Más tarde, durante el almuerzo dominical del que no conseguí disfrutar como de costumbre, le hablé a Helen de *Teo*.

Tenía que decirle algo porque me había servido un magnífico guiso preparado en nuestro hornillito de gas, único medio del que disponíamos, y no podía hacer justicia a sus artes culinarias.

Sentado en el taburete la miré. Hoy me tocaba a mí comer a esa altura.

—¿Sabes, Helen? —dije—. Ha sido una lección de objetividad para mí. Me refiero al modo en que Paul actuó. Si yo hubiera estado en su lugar me habría mostrado vacilante... habría tratado de retrasar lo inevitable.

Ella pensó por un momento.

—Bueno, es lo que haría la mayoría de la gente.

—Sí, pero no él —dejé el cuchillo y el tenedor y miré la pared—. Él se comportó con una madurez extraordinaria. Supongo que Paul tiene una de esas personalidades sobre las que lees en los libros. Muy bien ajustado, perfectamente controlado.

—Vamos, Jim, sigue comiendo. Comprendo que fue triste, pero había de hacerse, y no debes empezar a criticarte a ti mismo. Paul es Paul, y tú eres tú.

Tomé de nuevo un trozo de carne, pero no pude evitar la impresión creciente de mi propia falta de adecuación. Luego miré de reojo y vi que mi esposa me sonreía.

Y aquello me serenó de pronto. Por lo menos a ella no parecía importarle que yo fuera yo.

Eso fue el domingo, y el martes por la mañana, en la clínica, entregué un frasco de loción para las verrugas al señor Sangster, que tenía unas cuantas vacas lecheras junto a la estación.

—Póngasela en la ubre por la noche, y por la mañana después del ordeño —dije—, y verá cómo empiezan a desaparecer las verrugas en una semana o dos.

—Gracias.

Me dio media corona y estaba ya metiéndola en el cajón de la mesa cuando habló de nuevo:

—Mala suerte lo de Paul Cotterell, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—Creí que ya lo sabía usted —dijo—. Ha muerto.

—¡Muerto! —le miré desconcertado—. ¿Cómo...?

—Le encontraron esta mañana. Se había quitado de en medio.

Me apoyé con ambas manos en la mesa.

—¿Pretende decir... que se suicidó?

—Sí, eso es lo que cuentan. Por lo visto tomó demasiadas pastillas. Toda la ciudad habla de lo mismo.

Me incliné sobre el libro Diario, repasando sin ver la lista de llamadas, mientras la voz del granjero parecía llegarme de muy lejos.

—Algo horrible, por supuesto. Era un tipo agradable. Supongo que todos le apreciaban.

Más tarde, ese mismo día, y al pasar ante la casa donde se alojaba Paul vi a su patrona, la señora Clayton, en la puerta. Me detuve y bajé del coche.

—Señora Clayton —dije—, aún no puedo creerlo.

—Ni yo tampoco, señor Herriot. Es terrible —estaba muy pálida y con los ojos enrojecidos—. Llevaba seis años viviendo aquí, ¿sabe? Era como un hijo para mí.

—Pero ¿por qué diablos...?

—¡Oh! Fue la pérdida de su perro. No pudo soportarlo.

Una oleada de tristeza pareció engullirme, y ella me puso la mano en el brazo.

—No lo tome así, señor Herriot. No fue culpa suya. Paul me lo contó todo, y nadie podría haber salvado a Teo. La gente también muere de eso, además de los perros.

Asentí sin hablar, y ella continuó:

—Pero le diré algo en confianza, señor Herriot. Paul no podía soportar algunas cosas como usted y como yo. Era su modo de ser... Verá, él sufría de depresión.

—¡De depresión! ¿Paul...?

—¡Oh, sí! Había estado mucho tiempo en tratamiento médico, y tenía que seguir tomando sus tabletas. Se esforzaba en actuar con valentía y naturalidad, pero llevaba muchos años con problemas de nervios.

—Problemas de nervios... Jamás habría imaginado...

—Ni usted ni nadie, pero así era. Tuvo una infancia muy desgraciada, por cuanto he oído. Tal vez por eso le tuviera tanto cariño a su perro. Estaba demasiado unido a él, en realidad.

—Sí..., sí...

La señora Clayton sacó un pañuelito muy arrugado y se sonó.

—Como le dije, el pobre lo había pasado muy mal en esta vida, pero era un chico valiente.

Ya no había nada más que decir. Me alejé de la ciudad en el coche, y las serenas colinas verdes fueron el contraste que necesitaba para calmar aquel torbellino que era mi mente. «Para que te creas un buen juez de caracteres, Herriot», me dije. No podía haber estado más equivocado; sin embargo, Paul libró su batalla con un valor que consiguió engañar a todo el mundo.

Reflexioné acerca de la lección de objetividad que creí haber recibido de él. Paul sí me había dado una lección, en realidad; una lección de otra clase y que yo no he olvidado nunca: existen muchas personas como Paul, que no son lo que parecen.



13

La impresión de la muerte de Paul Cotterell perduró en mí mucho tiempo y creo que jamás me he recuperado del todo de ella, porque incluso ahora, cuando tanto ha cambiado la clientela del bar de las Armas de Drovers y yo soy uno de los pocos que quedan de los viejos tiempos, de hace treinta y cinco años, aún me parece ver la figura serena allá en el taburete de la esquina y el morrito peludo asomándose bajo sus piernas.

Un tipo de experiencia que no deseaba se repitiera en mi vida; sin embargo, por extraño que parezca, tropecé con algo semejante muy poco después.

Apenas había pasado una semana tras el funeral de Paul, cuando Andrew Vine me llevó su fox-terrier a la clínica.

Puse el perrito sobre la mesa y le examiné los ojos con todo cuidado.

—Me temo que está empeorando —dije.

Sin previo aviso, el hombre se derrumbó sobre la mesa y enterró el rostro entre sus manos.

Le puse una mano en el hombro.

—¿Qué ocurre, Andrew? ¿Qué diablos le pasa?

Al principio no contestó. Se limitó a seguir encogido grotescamente junto a su perro mientras los sollozos le sacudían el cuerpo.

Cuando al fin habló, lo hizo sin alzar el rostro, con voz ronca y desesperada.

—¡No puedo soportarlo! Si *Excavador* se queda ciego, ¡me mataré!

Contemplé aquella cabeza inclinada con horror e incredulidad. ¡No podía suceder algo así! No tan pronto, después de Paul. Sin embargo, había muchos puntos en común. Andrew era otro soltero de más de treinta años, y el terrier, su compañero

constante. También vivía en una pensión y no parecía tener problemas, aunque era un hombre tímido y encogido, de aspecto frágil, con los hombros inclinados y el rostro pálido.

Me había consultado por primera vez a propósito de *Excavador* varios meses antes.

—Le llamo así porque siempre está haciendo agujeros en el jardín, desde que era un cachorrillo —dijo con una sonrisa tímida, sus grandes ojos oscuros mirándome casi con temor.

Me eché a reír.

—Espero que no me lo haya traído para que le cure de eso, ya que nunca he leído remedio alguno en los libros.

—No, no, es por algo más...: sus ojos. También desde que era un cachorro ha tenido problemas con la vista.

—Ah, ¿sí? Cuénteme.

—Bien; cuando lo compré tenía algo de pus en los ojos, pero el que me lo vendió me dijo que tal vez fuera un poco de irritación, y que pronto le desaparecería. Así fue en realidad. Pero nunca ha estado del todo bien. Siempre parece que le molesta algo en los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Se frota el rostro contra la alfombra, y parpadea cuando la luz es muy brillante.

—Comprendo.

Acerqué mi rostro al animal y le examiné intensamente los párpados. Había estado discurrendo a toda prisa mientras él hablaba, y estaba casi seguro de encontrar un caso de entropión (inversión de los párpados) o de distiquiasis (una fila extra de pestañas que rozara contra el globo del ojo), pero no había señal de ninguna de ambas dolencias. La superficie de la córnea parecía además perfecta, a no ser tal vez que la estructura más profunda del iris y el cristalino no podía definirse como normal.

Me acerqué al armarito y tomé el oftalmoscopio.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Un año, poco más o menos.

—O sea que padece de esto desde hace unos diez meses.

—Sí, algo así. Pero varía mucho. Por lo general actúa de modo normal; luego hay días en que se echa en el cesto con los ojos medio cerrados y resulta fácil adivinar que se encuentra mal. No es que sufra realmente; más bien se trata de una incomodidad, como le dije.

Asentí con la esperanza de no parecer demasiado tonto, pero aquello no me decía nada. Encendí la lucecita del oftalmoscopio y examiné el fondo del ojo, el más mágico y delicado de todos los órganos, a través del cristalino y el brillante mosaico de la retina, con las papilas ópticas y las distintas venillas. No conseguía ver nada malo.

—¿Sigue cavando hoyos? —pregunté.

Cuando estoy desconcertado tengo que agarrarme a lo que sea, y me pregunté si el perro sufriría alguna irritación por culpa de la tierra.

Andrew agitó la cabeza.

—No, ahora los hace muy pocas veces y, de todas maneras, sus días malos no están relacionados con los juegos en el jardín.

—Ah, ¿no? —Me froté la barbilla. Indudablemente él iba por delante de mí en sus pensamientos, y tuve una impresión algo incómoda de desconcierto. La gente me traía a sus perros con «los ojos malos», y yo siempre podía ver algo y encontrar una causa—. ¿Diría que hoy es uno de sus días malos?

—Bueno, así lo creí esta mañana, pero ahora parece un poco mejor. Sin embargo, está algo cegato..., ¿no cree?

—Sí..., tal vez.

Excavador no parecía muy dispuesto a abrir los ojos del todo a la luz del sol que penetraba por la ventana de la clínica. Y de vez en cuando los cerraba apretadamente unos segundos, como si no se sintiera muy feliz. Pero ¡maldita sea!, no conseguía encontrar una pista.

No le dije al propietario que no tenía la menor idea de lo que le pasaba al perro. Tales observaciones no inspiran confianza. En cambio, me refugié en la actividad.

—Voy a darle esta loción —dije en tono animado—. Póngale unas gotas en los ojos tres veces al día. Y dígame cómo le va. Es posible que tenga ahí una infección desde hace tiempo.

Le entregué una botella de solución de ácido bórico al 2 % y acaricié la cabeza de *Excavador*.

—Espero que esto te lo resuelva todo, chico —le dije y, en respuesta, el rabo azotó la mesa con entusiasmo.

Era un animalito de aspecto inteligente, atractivo y de buen carácter, y un magnífico ejemplar de esa raza de piel suave, la cabeza y el cuello alargado, el morro puntiagudo y los miembros notablemente rectos.

Se bajó de la mesa y saltó excitado en torno de las piernas de su amo.

Me eché a reír.

—Está ansioso por irse, como la mayoría de mis pacientes —me incliné y le di una palmadita en el lomo—. ¡Por Dios, que está en una forma excelente!

—Sí lo está —Andrew sonreía orgulloso—. En realidad, me digo con frecuencia que, aparte los ojos, es como una maquinita perfecta. Tendría que verle por los campos... Es capaz de correr como un lebre.

—Estoy seguro de ello. Téngame al corriente, ¿eh?

Les despedí desde la puerta y volví a mi trabajo, por fortuna sin saber aún que me había embarcado en uno de los casos más traumáticos y llenos de frustraciones de mi carrera.

Después de esa primera visita comencé a fijarme especialmente en *Excavador* y su propietario. Andrew, un hombre agradable y sensible, era representante de una

firma de productos químicos para la agricultura y, como me ocurría a mí, se pasaba casi todo el tiempo viajando en coche por el distrito de Darrowby. El perro le acompañaba siempre y en ocasiones me había reído al ver al animalito mirando por el parabrisas, las patas sobre el tablero o incluso en equilibrio sobre la mano de su dueño mientras éste movía la palanca de las marchas.

Pero ahora que estaba personalmente interesado, me resultaba fácil apreciar todo el placer que obtenía el animal al contemplar cuanto le rodeaba. No se perdía nada en sus viajes diarios. La carretera que se extendía ante él, las casas y las personas, los árboles y campos que pasaban ante las ventanillas...; todo eso era su mundo.

Me los encontré un día en que había llevado a Sam para que hiciera ejercicio en los altos páramos que coronan las cumbres de los montes. Estábamos en mayo, el aire era suave, y una semana de sol había secado los senderos verdes que se abrían entre los brezos. Vi a *Excavador* que corría como un rayo sobre la hierba lustrosa, y, en cuanto divisó a Sam, se lanzó contra él en broma por un segundo; luego volvió hasta Andrew, que estaba de pie en un calvero circular entre las matas oscuras.

Los arbustos de aulaga brillaban en todo su esplendor dorado y el perrito corría en torno de aquel claro, gozando de su buena salud y velocidad.

—Eso es lo que yo llamo puro gozo de vivir —dije.

Andrew sonrió tímidamente.

—Sí, ¿no es algo hermoso? —murmuró.

—¿Qué tal los ojos?

Se encogió de hombros.

—Bien a veces, y a veces no tan bien. Pero más o menos como antes. Aunque he de confesar que parece más cómodo en cuanto le pongo las gotas.

—Pero ¿aún hay días en que parece tristón?

—Sí..., también eso he de confesarlo. Algunos días le molestan mucho.

De nuevo me venció la frustración.

—Volvamos al coche —dije—; la verdad es que podría echarle una mirada, ya que estamos aquí.

Alcé a *Excavador* sobre el motor y le examiné de nuevo. No había una sola anomalía en los párpados —me había estado preguntando si no se me habría pasado algo por alto la última vez—, pero, al darle en los ojos la luz del sol, discerní una leve nube en la córnea. Había una ligera queratitis que antes no era visible. Pero ¿por qué...? ¿Por qué?

—Será mejor que le dé una loción más fuerte —dije, registrando en el maletero—. Tengo algo aquí. Probaremos nitrato de plata esta vez.

Andrew me llevó el perro una semana más tarde. La decoloración corneal había desaparecido —probablemente debido al nitrato de plata—, pero la dolencia latente no había mejorado. Allí había algo muy grave. Algo que yo no sabía diagnosticar.

Entonces empecé a sentirme realmente preocupado. Durante las semanas que siguieron, bombardeé aquellos ojos con todo lo que me ofrecían los libros: óxido de

mercurio, quinosol, sulfato de cinc, ictiol y un montón de remedios que ya son cosa del pasado.

Carecía de las modernas aplicaciones de antibióticos y esteroides; pero, aun de tenerlas, no habría supuesto la menor diferencia. Ahora lo sé bien.

La auténtica pesadilla comenzó cuando vi la primera de las células pigmentarias que invadían la córnea. Manchas marrones y siniestras que se reunían en los bordes y avanzaban en oscuros tentáculos sobre la suave membrana que constituía la ventana al mundo de *Excavador*. Había visto esas células con anterioridad. Cuando se iniciaban, ya no desaparecían. Y eran opacas.

Durante los meses siguientes luché contra ellas con mis patéticos remedios, pero seguían avanzando lenta e inexorablemente, oscureciendo y estrechando el campo de visión de *Excavador*. Andrew las veía también, y el día en que me lo llevó de nuevo a la clínica, abría y cerraba las manos ansiosamente.

—Verá, es que cada día ve menos, señor Herriot. Eso lo sé. Todavía sigue mirando por las ventanillas del coche, pero antes solía ladrar a todo aquello que no le gustaba (otros perros, por ejemplo) y ahora ni los mira. Él... está perdiendo la vista.

Sentí deseos de chillar y de golpear la mesa, pero como eso no habría ayudado en nada me limité a mirarle.

—Son esas manchas marrones, ¿no es cierto? —continuó—. ¿Qué es?

—Se llama queratitis pigmentaria, Andrew. Tiene lugar a veces cuando la córnea, la parte anterior del globo del ojo, ha estado inflamada durante mucho tiempo, y es muy difícil de tratar. Haré todo lo posible.

Pero eso no bastaba. Aquella marea lenta y constante era implacable, y cuando las células pigmentarias fueron haciéndose más y más espesas, la capa resultante era casi negra y tendía una cortina tupida entre *Excavador* y todas las cosas que él miraba siempre ansiosamente.

Mientras tanto, me agobiaba la preocupación creciente y la dolorosa impotencia al pensar en lo inevitable.

Cuando le examinaba los ojos, cinco meses después de mirárselos por primera vez, Andrew se me derrumbó. Apenas podía verse nada de la estructura corneal original; sólo una opacidad marrón oscuro que apenas dejaba unas ranuritas para una visión escasa. La ceguera no estaba lejos.

De nuevo le di unos golpecitos en el hombro.

—Vamos, Andrew. Venga y siéntese.

Le acerqué la única silla de madera del consultorio.

Cruzó vacilante la sala y casi se derrumbó en el asiento. Quedó inmóvil con la cabeza entre las manos por algún tiempo, y luego alzó hacia mí el rostro cubierto de lágrimas. Su expresión era tensa.

—No puedo soportar esa idea —dijo gimiendo—. Un perrito tan amistoso como *Excavador*... Él quiere a todo el mundo. ¿Qué ha hecho el pobre para merecer esto?

—Nada, Andrew. Sólo es una de esas cosas tristes que pasan. Lo lamento muchísimo.

Giraba la cabeza de un lado a otro.

—¡Oh, Señor! Pero es que es peor para él. Ya le ha visto en el coche... ¡Le interesa tanto todo! Para él la vida no tendría valor si perdiera la vista. ¡Y tampoco yo deseo seguir viviendo!

—No debe hablar así, Andrew —le advertí—. Eso es ir demasiado lejos —vacilé—. Por favor, no se ofenda, pero creo que usted también debería ir a ver a su doctor.

—Oh, siempre estoy en el médico —contestó con voz apagada—. No paro de tomar píldoras. Dice el médico que tengo una depresión.

La palabra sonó como un toque de difuntos. Al escucharle tan poco tiempo después de lo de Paul, me venció el pánico.

—¿Cuánto tiempo lleva usted así?

—Unas semanas. Y por lo visto estoy empeorando.

—¿Lo había sufrido antes?

—No, jamás —se estrujaba las manos y miraba el suelo—. El doctor dice que si sigo tomando las pastillas me recuperaré, pero ya no tengo ánimos para nada.

—Sin embargo, el doctor tiene razón. Ha de seguir tomándolas, hasta sentirse como nuevo.

—No lo creo —murmuró—. Cada día me parece un año. Ya no disfruto con nada. Por las mañanas, al despertar, me aterra la idea de enfrentarme al mundo otra vez.

No sabía qué decirle, ni cómo ayudarle.

—¿Quiere un vaso de agua?

—No..., no, gracias.

Volvió de nuevo su rostro mortalmente pálido hacia mí, y en los ojos oscuros vi una sombra terrible.

—¿De qué sirve seguir adelante? Sé que voy a ser un desgraciado el resto de mi vida.

No soy psiquiatra, pero sabía que era inútil decirle a Andrew que tratara de animarse. Entonces tuve una intuición repentina.

—De acuerdo. Sea un desgraciado por el resto de su vida, pero, mientras medita en eso, ha de seguir cuidando a su perro.

—¿Cuidar de él? ¿Y qué puedo hacer? Se está quedando ciego. No hay nada que pueda hacer por él.

—Se equivoca, Andrew. Ahora precisamente es cuando ha de empezar a hacer algo por él. Va a estar perdido sin su ayuda.

—¿Qué pretende decirme?

—Bueno, ya sabe, todos esos paseos a los que le lleva... Ha de hacer que se acostumbre a los mismos senderos y caminos, para que pueda trotar por terreno familiar y sin temor. Manténgale alejado de los agujeros y las zanjass.

Su rostro se crispó.

—Sí, pero ya no disfrutará de esos paseos.

—Ya lo creo que sí —afirmé—. Verá la sorpresa que se lleva.

—Pero...

—Y ese jardín tan lindo, en la parte posterior de su casa, donde él corre. Tendrá que vigilar de continuo por si hay cosas tiradas por la hierba con las que pueda tropezar. Y las gotas de los ojos... Me ha dicho que con ellas se siente más cómodo. ¿Quién va a ponérselas, si no lo hace usted?

—Pero, señor Herriot..., usted ha visto cómo mira siempre curioseando al exterior cuando va en el coche conmigo...

—Puede seguir mirando.

—¿Aunque no vea?

—Sí —le puse la mano en el brazo—. Ha de comprender, Andrew, que cuando un animal pierde la vista, no entiende realmente lo que le ha ocurrido. Es algo terrible, lo sé, pero no sufre la agonía mental de un ser humano.

Se puso de pie y dejó escapar el aliento en un largo suspiro tembloroso.

—Pero esa agonía la voy a sufrir yo. Hace mucho tiempo que temía que ocurriera esto. No puedo dormir pensando en ello. Me parece tan cruel e injusto que la ceguera ataque a un animal impotente, una criaturita que jamás ha hecho daño a nadie...

Empezó a estrujarse de nuevo las manos y a recorrer la habitación.

—¡Está torturándose a sí mismo! —le dije bruscamente—. Y eso es parte de su problema. Utiliza a *Excavador* para torturarse a sí mismo en vez de hacer algo útil.

—Pero ¿qué puedo hacer yo para ayudarle, en realidad? Todas esas cosas de que habló... no pueden darle una vida feliz.

—Ya lo creo que sí. *Excavador* será feliz años y años si usted intenta ayudarle. Depende de usted.

Se inclinó como un sonámbulo, tomó al perro en brazos y salió arrastrando los pies por el corredor hacia la puerta principal. Cuando ya bajaba los escalones a la calle volví a hablarle.

—Póngase en contacto con su médico, Andrew. Tómese las pastillas con regularidad... y recuerde... —alcé mi voz en un grito—: ¡Recuerde que tiene mucho que hacer con ese perro!

Después de lo de Paul yo vivía atemorizado, pero esta vez no me abrumó ninguna mala noticia. En cambio, seguí viendo con frecuencia a Andrew Vine, a veces en la ciudad, con *Excavador* al extremo de la correa; ocasionalmente en el coche, la cabecita del perro siempre enmarcada en el parabrisas; sobre todo en los campos junto al río donde, al parecer, siguiendo mi consejo, lo llevaba una y otra vez por los buenos senderos tranquilos.

Allí junto al río le detuve un día.

—¿Cómo van las cosas, Andrew?

Me miró sin sonreír.

—Bueno, no tiene demasiados problemas para encontrar el camino. Yo sigo vigilándole. Siempre evito ese campo de allí... Hay muchos lugares cenagosos en él.

—Bien, esa es la idea. ¿Y qué tal le va a usted?

—¿De verdad desea saberlo?

—Pues claro.

Intentó sonreír.

—Hoy es uno de mis días buenos. Tan sólo me siento tenso y terriblemente desgraciado. En días malos estoy aterrado, desesperado, totalmente desolado.

—Lo lamento, Andrew.

Se encogió de hombros.

—No crea que me entrego con gusto a la autocompasión. Usted me lo preguntó. De todos modos, tengo un sistema. Cada mañana me miro al espejo y me digo: «De acuerdo, Vine, empieza otra asqueroso día, pero vas a cumplir con tu deber y vas a cuidar de tu perro».

—Magnífico, Andrew. Y eso pasará. Todo acabará y se sentirá bien algún día.

—Eso es lo que dice el médico —me miró de reojo—. Pero mientras tanto... Vamos, *Excavador* —volviéndose a su perro.

Dio la vuelta y se alejó bruscamente, el perrito trotando tras él, y en aquellos hombros un poco más erguidos, y en la inclinación de la cabeza, había algo que me dio esperanzas. Era la viva imagen de la decisión.

Mis esperanzas se cumplieron. Tanto Andrew como *Excavador* lo superaron. Me enteré al cabo de unos meses, pero lo que se me quedó grabado en la memoria fue un encuentro con los dos un par de años más tarde, en el mismo páramo allá en las alturas sobre Darrowby donde viera por primera vez a *Excavador* saltando alegremente entre los brezos.

No lo hacía nada mal ahora, corriendo en libertad sobre la suave superficie verde, olfateando entre los arbustos, alzando una pata de vez en cuando con profundo contento contra el muro de piedra que subía por la colina.

Andrew se rió al verme. Había ganado peso, y parecía un hombre distinto.

—*Excavador* conoce esa pared piedra a piedra —dijo—. Creo que es su lugar favorito... Ya ve cómo se divierte.

Asentí.

—Desde luego parece un perrito feliz.

—Sí, sí que lo es. Disfruta de una buena vida y, sinceramente, con frecuencia me olvido de que no ve —hizo una mueca—. Usted tenía razón aquel día en su clínica. Me dijo que ocurriría esto.

—Bien; es magnífico, Andrew. Y usted también es feliz, ¿no es cierto?

—Lo soy, señor Herriot. Gracias a Dios, lo soy —una sombra cubrió su rostro—. Cuando recuerdo lo que me ocurría entonces no puedo creer en mi suerte. Era como estar en un valle oscuro, pero, poco a poco, conseguí subir hacia la luz.

—Ya lo veo. Está usted como nuevo.

Sonrió.

—Mejor que eso..., mucho mejor que antes. Aquella experiencia tan terrible me hizo bien. ¿Se acuerda de cuando dijo que yo me estaba torturando? Comprendí que eso había hecho toda mi vida. Solía echar mano de cualquier contratiempo para golpearme la cabeza con él.

—No tiene que decírmelo, Andrew —confesé tristemente—. También yo he caído muchas veces en eso.

—Sí, supongo que como la mayoría de nosotros. Pero me convertí en todo un experto, y vea dónde me llevó. Claro que tener que cuidar de *Excavador* me ha ayudado mucho —se le iluminó el rostro y señaló hacia la hierba—. ¡Mire! ¡Mire eso!

El perrito había estado inspeccionando una antigua valla, unas cuantas planchas medio podridas que probablemente serían parte de un viejo redil de ovejas y, mientras le observábamos, saltó sin dificultad entre los barrotes hasta el otro lado.

—¡Maravilloso! —exclamé encantado—. Cualquiera diría que no le ocurre nada. Andrew se volvió hacia mí.

—Señor Herriot, cuando le veo hacer algo así me pregunto...: ¿es posible que lo haga un perro ciego? ¿Cree usted... cree que hay alguna probabilidad de que vea, siquiera un poco?

Vacilé.

—Tal vez distinga algo a través del pigmento, pero no será mucho...; un poco de contraste de luz y sombras, quizá. Realmente no lo sé, pero, en cualquier caso, se ha familiarizado tanto con su ambiente habitual que no supone mucha diferencia.

—Sí... sí... —sonrió filosóficamente—. Bueno, hemos de seguir nuestro camino. Vamos, *Excavador*.

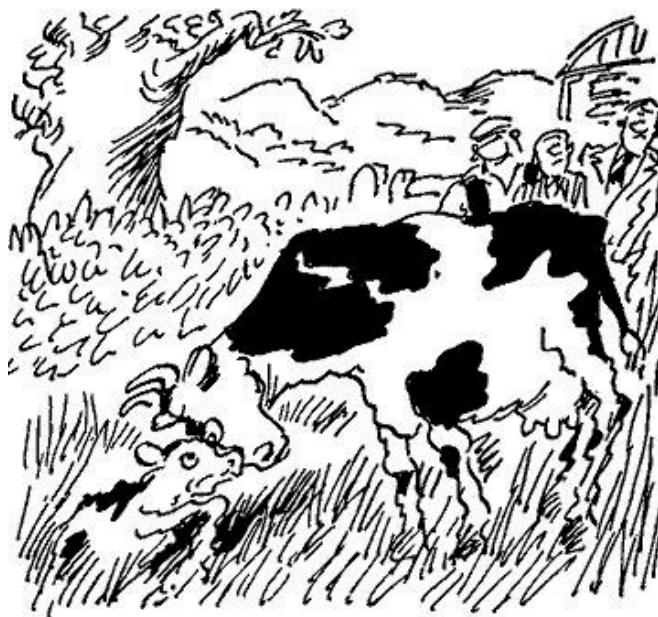
Chasqueó los dedos y partió por un sendero que se abría como una cinta verde entre los arbustos, limpia y sin obstáculos bajo el cielo soleado. El perro corría ante él, y no sólo al trote sino al galope.

Nunca he ocultado el hecho de que no averiguara. No hay muchos capaces de llevar a cabo lo que él está a la luz de los avances modernos de la cirugía ocular, creo que era una enfermedad llamada «queratitis sicca». Lo cual, sencillamente, no era conocido en aquellos días, y de todas maneras, aun de haberla conocido, poco podría haber hecho al respecto. El nombre significa «sequedad de la córnea», y tiene lugar cuando el perro no produce suficientes lágrimas. En la actualidad se trata instilando lágrimas artificiales, o mediante una operación complicada, transfiriendo los conductos salivares a los ojos. Pero incluso ahora, y a pesar del remedio, he podido comprobar que esa pigmentación terrible vence al final.

Cuando recuerdo todo el episodio, sólo puedo sentir gratitud. Hay muchas cosas que ayudan al hombre a vencer una depresión, sobre todo su familia —la conciencia

de que la esposa y los hijos dependen de él—, e incluso una causa por la que trabajar; pero en el caso de Andrew Vine fue un perro.

A menudo pienso en el valle oscuro que en aquella época se cerraba a su alrededor, y estoy convencido de que salió de él al extremo de la correa de *Excavador*.



14

Ahora que había hecho mi primer vuelo en solitario empezaba a apreciar las cualidades de mi instructor. No cabía la menor duda de que el oficial de vuelo Woodham era un profesor estupendo.

Había una guerra en marcha, y no teníamos tiempo que perder. Él debía lograr que sus alumnos volaran pronto en solitario, y en mi caso lo consiguió.

También yo solía imaginarme como profesor cuando algunos muchachos acudían a hacer prácticas a Darrowby. Y ahora creí verme de nuevo sonriendo con indulgencia a uno de mis alumnos.

—Este tipo de cosas no se ve en la práctica rural, David —dije.

Era uno de los jóvenes que de vez en cuando me acompañaban en mis rondas. Tendría unos quince años y, como los demás, confiaba en llegar a ser cirujano veterinario. Pero de momento parecía algo desconcertado.

Realmente no le culpaba. Era su primera visita y había contado con pasarse el día conmigo entregados a cuidar animales grandes en los valles de Yorkshire, y aquí teníamos a aquella señora con su perrita de lanas y con Emmelina. El avance de la señora por el corredor hacia el consultorio estuvo puntuado por una serie de chillidos que emitía una muñeca de goma que apretaba de vez en cuando. A cada gritito, *Lucy* avanzaba de mala gana unos cuantos pasos, hasta que un apretoncito final la llevó a la mesa. Allí quedó temblando y mirando tristemente en torno.

—No quiere ir a ningún lado sin Emmelina —explicó la señora.

—¿Emmelina?

—La muñeca —levantaba el juguete de goma—. Desde que empezaron sus problemas, *Lucy* se aficionó a ella.

—Comprendo. Y ¿cuál es el problema?

—Verá, empezó hace unas cuatro semanas. Está muy extraña, indiferente a todo y apenas come.

Tomé el termómetro del carrito situado a mis espaldas.

—De acuerdo; le echaremos una mirada. Algo anda mal cuando un perro no quiere comer.

La temperatura era normal. Le examiné cuidadosamente el pecho con el estetoscopio sin escuchar ningún sonido extraño. El corazón me parecía sanísimo. La palpación del abdomen no reveló nada anormal.

La señora acariciaba el pelo rizado de *Lucy* y la perrita la miraba con unos ojos líquidos llenos de sufrimiento.

—Realmente estoy muy preocupada por ella. No quiere ir de paseo. No puedo ni sacarla de casa sin Emmelina.

—¿Cómo?

—Quiero decir que no da ni un paso fuera a menos que haga chillar a Emmelina, y entonces se van juntas. Incluso entonces camina como un animal viejo, y sólo tiene tres años. Además, usted sabe lo vivaz que es normalmente.

Asentí. Lo sabía. La perrita de lanas era un manojo de nervios. La había visto correr por los campos que bajaban al río dando saltos enormes al perseguir una pelota. Debía sufrir algo muy grave, pero de momento yo estaba desconcertado.

Me hubiera gustado que la señora dejara de hablar de Emmelina y sus chilliditos. Eché una mirada de reojo a David. Había estado dándole toda una conferencia, insistiendo en que la nuestra era una profesión científica y que habría de estudiar a fondo física, química y biología, para poder ingresar en una escuela de veterinaria, y esto no encajaba con mis palabras.

Tal vez pudiera llevar la conversación por otras vías más clínicas.

—¿Algún síntoma más? —pregunté—. ¿Tos, estreñimiento, diarrea? ¿Llora de dolor alguna vez?

La señora agitó la cabeza.

—No, nada de eso. Sólo va de un lado a otro muy triste, mirándonos con expresión lastimera y buscando a Emmelina.

¡Señor, ya estaba otra vez! Me aclaré la garganta.

—¿No vomita nunca? ¿Especialmente después de las comidas?

—Nunca. Cuando come un poquito, se va en seguida a buscar a Emmelina y se la lleva a su cesta.

—¿Sí? Pues no veo que eso tenga nada que ver con lo que le pasa. ¿Está bien segura de que no cojea a veces?

La señora no parecía escucharme.

—Y cuando deja a Emmelina en el cesto, describe unos círculos a su alrededor arañando la manta, como si estuviera haciendo la cama para su muñequita.

Rechiné los dientes. ¿Es que no acabaría nunca? De pronto, tuve una inspiración.

—Espere un minuto. ¿Como si hiciera una cama?

—Sí, va colocando bien la mantita y luego deja en ella a Emmelina.

—Sí, sí —la pregunta siguiente me lo descubriría—. ¿Cuándo estuvo por última vez en celo?

La señora se llevó un dedo a la mejilla.

—Déjeme recordar. Fue a mediados de mayo... Hará como unas nueve semanas.

Ya no había misterio.

—Tiéndala en la mesa, por favor.

Con *Lucy* allí sobre el lomo, los ojos mirando emocionados el techo de la clínica, pasé los dedos por las glándulas mamarias. Estaban turgentes e hinchadas. Apreté suavemente una de las tetas y salió una gotita de leche.

—Tiene un falso embarazo.

—¿Qué demonios es eso?

La señora me miraba con los ojos de par en par.

—Es muy corriente en las perras. Se les mete en la cabeza que van a tener crías y, hacia el final del período de gestación, se ponen así de raras. Lo de hacer una cama para los cachorros ya es típico, pero es que algunas llegan a tener el abdomen hinchado. Hacen toda clase de cosas extrañas.

—¡Santo cielo, qué extraordinario! —la señora soltó una carcajada—. *Lucy*, so tonta, preocupándonos por nada... —me miró desde el otro lado de la mesa—. ¿Y cuánto va a durar esto?

Abrí el grifo del agua caliente y empecé a lavarme las manos.

—No mucho. Le daré unas tabletas para *Lucy*. Si no está mejor en una semana, vuelva por más. Pero no se preocupe...; aunque le cueste algo más de tiempo, al final volverá a ser la de siempre.

Me fui al dispensario, puse las tabletas en una caja y se las entregué. La señora me dio las gracias, luego se volvió a su perrita, sentada en el suelo y mirando soñadora al espacio.

—Vamos, *Lucy* —dijo, pero ella no le hizo caso—. *Lucy*, ¿me oyes? Que nos vamos —inició la marcha hacia el corredor, pero el animalito se limitó a echar la cabeza a un lado como si escuchara una música interior. Un segundo después, reaparecía su dueña y la miraba con cierta exasperación—. ¡Oh, vaya que eres mala! Supongo que sólo hay un medio.

Abrió el bolso y sacó el juguete de goma.

—*Quick, quick* —chilló Emmelina, y la perrita alzó la cabeza con adoración—. *Quick, quick*.

El sonido fue alejándose por el corredor, y *Lucy* lo siguió emocionada hasta desaparecer por una esquina.

Me volví a David con una sonrisa de disculpa.

—Bueno. Vámonos ya. Sé que deseas asistir a las visitas a las granjas, y te aseguro que será muy distinto de lo que has visto aquí.

Sentados ya en el coche, continué:

—Pero no me interpretes mal. No es que yo desprecie el trabajo con los animales pequeños. En realidad, debo admitir que es la rama más complicada de la profesión, y personalmente creo que la cirugía de animales pequeños exige una gran preparación. No lo juzgues todo por Emmelina. De todos modos, hemos de ver a otro perro antes de salir al campo.

—¿De qué se trata? —me preguntó el muchacho.

—Bueno, recibí una llamada de un tal señor Rington, que dice que su perra dálmata ha cambiado por completo su modo de ser. En realidad, actúa de modo tan extraño que no desea traerla a la clínica.

—Y usted ¿qué opina?

Pensé en ello por un momento.

—Tal vez sea tonto, pero en lo primero que he pensado es en la rabia. La enfermedad canina más horrible de todas, aunque, gracias a Dios, hemos logrado mantenerla hasta ahora fuera del país debido a las regulaciones estrictas de la cuarentena. Sin embargo, en el colegio nos insistieron tanto en ella, que siempre es lo primero que se me ocurre, aun cuando no espero tropezar con la rabia en realidad. Pero este caso de la dálmata podría ser cualquier cosa. Espero que no se haya vuelto salvaje, porque eso es precisamente lo que me obliga a matar a un perro, algo que odio hacer.

Las primeras palabras del señor Rington no me animaron.

—*Tessa* se ha vuelto realmente fiera en los últimos tiempos, señor Herriot. Empezó a mostrarse taciturna y a gruñir hace unos días y, francamente, ahora ya no me fío de ella cuando hay extraños. Esta mañana le clavó las uñas al cartero en el tobillo. Lo que fue muy violento para mí.

Todavía me sentí más oprimido.

—Conque en realidad ya ha mordido a alguien... Parece increíble..., una perra tan cariñosa. Siempre he podido hacer lo que quería con ella.

—Lo sé, lo sé —murmuró su dueño—. Y también es estupenda con los niños. No consigo entenderlo. Pero venga a verla.

La dálmata estaba sentada en un rincón de la sala y nos miró melancólica cuando entramos. Era uno de mis pacientes favoritos y me acerqué a ella con toda confianza.

—Hola, *Tessa* —dije, y extendí la mano.

El animal, que generalmente me recibía con grandes lametones y mucho agitar el rabo, se quedó helado e inmóvil y retiró ligeramente los labios sobre los dientes. No era una sonrisa normal...; más bien como si unas cuerdas tiraran de aquel labio superior en un gesto amenazador.

—¿Qué te pasa, muchacha? —pregunté, y de nuevo quedaron al aire, sin un sonido, los incisivos brillantes.

Mientras la miraba sin comprender, advertí que sus ojos me vigilaban con un odio primitivo y salvaje. *Tessa* resultaba irreconocible.

—Señor Herriot —me advirtió su dueño—, yo no me acercaría, si fuera usted.

Di un paso atrás.

—Sí, también yo opino lo mismo. No creo que coopere, si trato de examinarla. Pero no importa; hableme de ella.

—Bueno, realmente no hay más que contar —dijo el señor Rington impotente—. Sólo que parece... distinta.

—De apetito ¿bien?

—Sí, estupendamente, Se come todo cuanto le pongo delante.

—¿No hay síntomas raros?

—Nada, aparte ese cambio en su temperamento. La familia no tiene problemas con ella pero, francamente, creo que mordería a cualquier extraño que se le acercara demasiado.

Me pasé los dedos por el pelo.

—¿Ha habido cambios en la situación familiar? ¿Un nuevo bebé? ¿Una criada distinta? ¿Ha ido gente nueva a su casa?

—No, nada de eso. No ha habido cambio alguno desde hace muchísimo tiempo.

—Se lo pregunto porque a veces los animales actúan así sólo por celos o desaprobación.

—Lo siento —el señor Rington se encogió de hombros—. Todo sigue como siempre. Aunque esta mañana mi esposa se preguntaba si *Tessa* aún seguiría enfadada con nosotros porque no la dejamos salir de casa durante tres semanas, mientras estaba en celo. Pero de eso hace ya tiempo... como unos dos meses.

Giré en redondo y le miré.

—¿Dos meses?

—Sí, poco más o menos.

—Pero ¡no puede ser lo mismo! —hice un gesto al dueño—. ¿Quiere alzarla y ponerla de pie sobre las patas traseras?

—¿Así?

—Le pasó los brazos en torno, agarrándola por el pecho, y la levantó hasta que quedó de pie con el abdomen hacia mí.

Y, claro, era lo que yo había supuesto; por eso no sentí la menor sorpresa al ver la doble fila de tetas engrosadas. Aunque no era necesario me adelanté, tomé un pezón y lancé un chorrito de leche.

—Está rebosante de leche —dije.

—¿Leche?

—Sí, tiene un falso embarazo. Éste es uno de los efectos secundarios más extraordinarios, pero le daré unas tabletas y pronto será de nuevo la dócil *Tessa* de siempre.

Al volver al coche, bien podía imaginar lo que mi futuro colega estaría pensando. Se preguntaría dónde entraban la química, la física y la biología.

—Lo lamento, David. Te he estado hablando de la variedad constante de la vida de un veterinario, y los dos primeros casos que ves son iguales. Sin embargo, ahora nos vamos a las granjas y, como ya te dije, verás que aquello es muy distinto. Me refiero a que estos dos casos han sido realmente algo psicológico. Eso no se ve en la práctica rural. Es bastante dura, pero auténtica y bien sólida.

Al entrar en el patio de la granja vi que el dueño arrastraba un saco de pienso sobre las piedras.

Bajé del coche con David.

—¿Tiene un cerdo enfermo, señor Fisher?

—Sí, una cerda muy grande. Está ahí.

Me dirigió a una zahúrda e indicó una cerda enorme y blanca tumbada de costado.

—Lleva enferma unos cuantos días. Apenas come...; sólo revuelve la comida. Y está echada ahí todo el tiempo. No creo que tenga fuerzas para ponerse de pie.

Ya había metido el termómetro en el recto del animal mientras hablaba, y ahora lo saqué y leí la temperatura: 37,5; completamente normal. Le ausculté el pecho y palpé el abdomen con desconcierto creciente. Todo bien. Miré la gamella a mis pies. Estaba llena hasta el borde de comida fresca y agua... sin tocar. Y a los cerdos les encanta la comida.

Le golpeé en el muslo con el puño.

—Vamos, guapa, levántate —y agregué una buena palmada en el lomo.

Cualquier cerdo sano se habría puesto en pie de un salto, pero aquélla ni se movió.

Traté de no rascarme la cabeza. Pero ahí había algo muy raro.

—¿Ha estado enferma alguna vez, señor Fisher?

—No, jamás ha tenido nada, y siempre ha sido una cerda llena de vida. No recuerdo que haya estado enferma.

Ni yo tampoco.

—Lo que me desconcierta es que no parece un animal enfermo. No tiembla ni está nerviosa; sólo sigue tumbada como si no tuviera nada que hacer en el mundo.

—Sí, tiene razón, señor Herriot. Parece contenta, pero ni se mueve ni come. Muy extraño, ¿verdad?

¡Y tan extraño! Me senté en cuclillas para observar el enorme animal. La cerda adelantó la cabeza y empujó suavemente con el morro la paja que le servía de almohada. Los cerdos enfermos jamás hacen tal cosa. Era un gesto de bienestar. Y los gruñiditos que surgían de lo profundo de su pecho revelaban gran contento; pero había algo familiar en el sonido..., algo que latía en el fondo de mi mente pero que no lograba salir al exterior. Y también en el modo en que la cerda se tumbaba aún más de costado, adelantando el grueso abdomen, como si lo ofreciera.

Había visto y oído lo mismo muchas veces...: esos sonidos de felicidad, esos movimientos cuidadosos. Entonces lo recordé. ¡Claro! Era como una cerda recién parida con su lechigada; sólo que aquí no había lechigada.

Una oleada de incredulidad me inundó. ¡Oh, no, por favor otra vez no! La zahúrda estaba bastante oscura y no distinguía bien las glándulas mamarias.

Me volví al granjero.

—Por favor, abra un poco la puerta.

En cuanto entró la luz del sol, todo quedó claro. Ya fue cosa de rutina el tomar la ubre, larga y turgente, y lanzar la leche contra la pared.

Me enderecé cansadamente y, estaba a punto de pronunciar mi diagnóstico, ya tan vulgar, cuando David lo hizo por mí:

—Falso embarazo.

Asentí en silencio.

—¿Qué es eso? —preguntó el señor Fisher.

—Bueno, a la cerda se le ha metido en la cabeza que está embarazada —expliqué—, y no sólo eso, sino que cree que ha parido a sus crías y ahora está dando de mamar a esos lechoncillos imaginarios. Puede verlo, ¿no?

El granjero lanzó un largo silbido.

—Sí..., sí..., tiene razón. Eso es lo que hace..., y además está disfrutando. —Se quitó la gorra, se rascó la parte superior del cráneo y volvió a ponerse la gorra—. Eso es algo nuevo, ¿no?

No era nuevo para David, por supuesto. Seguía siendo lo de siempre, y no quise aburrirle con una larga disertación.

—No hay por qué preocuparse, señor Fisher —dije a toda prisa—. Venga a la clínica y le daré unas tabletas para que se las mezcle en la comida. Pronto habrá vuelto a la normalidad.

Al salir de la zahúrda, la cerda lanzó un profundo suspiro de felicidad y cambió cuidadosamente de posición para no dañar a una lechigada fantasma. Me volví a mirarla y casi creí ver la larga fila de marranitos mamando ansiosamente. Agité la cabeza para despejar esa visión y me fui al coche.

Abría ya la portezuela cuando la esposa del granjero vino corriendo hacia mí.

—Acaban de llamar de la clínica, señor Herriot. Dicen que vaya a ver al señor Rogers, en East Farm. Hay una vaca de parto.

Una emergencia así en plena ronda resultaba por lo general muy molesta, pero aquel día me supuso un gran alivio, porque le había prometido un poco de práctica rural genuina a aquel muchacho y ya empezaba a sentirme molesto.

—Bien, David —dije con una risita cuando nos alejábamos—. Sin duda estás diciéndote que todos mis pacientes son neuróticos. Pero ahora vas a ver algo real..., no hay nada imaginario en el parto de una vaca. Ese es el trabajo más duro de nuestra profesión. Porque suele ser terrible luchar contra una vaca enorme que está haciendo esfuerzos. Recuerda que el veterinario sólo ve los casos difíciles, cuando el ternero viene mal colocado.

La situación de la granja parecía dar peso a mis palabras. Subíamos a trompicones por el sendero de la montaña, un sendero que jamás fuera planeado para los coches, y

yo gemía cada vez que el tubo de escape rozaba contra las rocas puntiagudas.

Los edificios se alzaban casi al borde de la cumbre de la colina y, tras ellos, los campos abiertos robados a los páramos se extendían hasta el horizonte. Los muros de piedra en ruinas y las tejas rotas de la techumbre daban testimonio de la antigüedad de aquella casa gris.

Indiqué unas cifras apenas visibles sobre el amplio dintel de piedra de la puerta principal.

—¿Qué significa esa fecha para ti, David?

—Mil seiscientos dieciséis, el gran incendio de Londres —contestó rápidamente.

—Muy bien. Es curioso pensar que estaban construyendo este lugar el mismo año en que el viejo Londres se derrumbaba en cenizas.

Apareció el señor Rogers cargado con un cubo de comida humeante y una toalla.

—Está en ese campo, señor Herriot, pero es una vaca mansa y fácil de agarrar.

—De acuerdo —y crucé la puerta tras él.

Era una molestia que el granjero no tuviese la vaca en el establo y dispuesta para mí, pero pensé de nuevo que si David quería ser veterinario, debía saber que gran parte de nuestro trabajo se llevaba a cabo en el exterior, y a menudo soportando el frío y la lluvia.

Incluso ahora, en esta mañana de julio, una fresca brisa me azotaba el pecho y la espalda cuando me quité la chaqueta. Nunca hacía demasiado calor en las partes altas de los Valles, aunque yo me sentía muy a gusto. Con una vaca esperando pacientemente mientras el granjero la sostenía por el ronzal, un cubo colocado sobre las hojas finas de hierba y apenas unos árboles torcidos por el viento que rompieran la amplia extensión de verdor, ese muchacho iba a verme al fin en mi elemento.

Me enjaboné los brazos hasta los hombros.

—Sostén el rabo, ¿quieres, David? Ahora es cuando voy a averiguar el tipo de trabajo que nos espera.

Al deslizar la mano en el interior de la vaca se me ocurrió que no vendría mal que fuera un parto difícil. Si el estudiante me veía sudar un poco, tendría una imagen más real de la vida con la que soñaba.

—A veces estos partos duran una hora o más, pero tienes la recompensa de traer al mundo a una criatura viva. Ver a un ternero luchando en el suelo por levantarse es una de las emociones más satisfactorias de nuestra profesión.

Adelanté la mano, mi mente hirviendo de probabilidades. ¿Posterior? ¿La cabeza atrás? ¿De nalgas? Pero al avanzar por la cerviz abierta hasta el útero, me dominó un asombro creciente. Allí no había nada.

Retiré el brazo y me apoyé un instante sobre el lomo peludo. Los sucesos del día iban adquiriendo una cualidad de ciencia-ficción. Entonces miré al granjero.

—Esta vaca no lleva ningún ternero, señor Rogers.

—¿Qué?

—Que está vacía. Que ha parido ya.

El granjero miró en torno, escrutando la hierba.

—Pero ¿dónde diablos se encuentra el ternero? La vaca estaba muy agitada anoche, y pensé que iba a parir, pero esta mañana no había nada que ver.

De pronto, reclamó su atención un grito que venía por la derecha.

—¡Eh, Willie! ¡Un minuto, Willie!

Era Bob Sellers, de la granja vecina. Estaba apoyado en el muro de piedra, a unos veinte metros.

—¿Qué ocurre, Bob?

—Me ha parecido que debía decírtelo. Vi a esa vaca esconder su ternero esta mañana.

—¿Escond...? ¿De qué hablas?

—No creas que es una broma, ni que me burlo de ti, Willie. Lo escondió en una acequia por ahí, y cada vez que el ternero intentaba salir le obligaba a retroceder otra vez.

—Pero... no, no, eso no me lo creo. Jamás he oído hablar de algo semejante. ¿Y usted, señor Herriot?

Agité la cabeza, pero todo parecía encajar con la cualidad fantástica que cobraba aquella jornada de trabajo.

Bob Sellers comenzó a saltar la pared.

—Bueno, si no quieres creerme, te lo demostraré.

Nos precedió hacia el extremo más lejano del campo, donde discurría un arroyo seco junto a la base del muro.

—Ahí está —dijo triunfante.

Y allí estaba en realidad. Un ternerito rojo y blanco, medio oculto por los arbustos. Estaba enroscado cómodamente en el lecho de hierba, el morro apoyado entre las patas delanteras.

Cuando la criaturita vio a su madre intentó ponerse de pie y subió temblorosa por el borde de la zanja, pero apenas había llegado al nivel del campo cuando la enorme vaca, suelta ahora del ronzal, inclinó la cabeza y le empujó de nuevo suavemente hacia allí.

Bob hizo un gesto amplio con el brazo.

—Ahí lo ves. Lo tenía escondido, ¿no?

El señor Rogers no dijo nada, y yo me limité a encogerme de hombros, pero por dos veces más consiguió salir el ternero de la zanja, y en otras dos ocasiones le envió allí de vuelta su madre de un topetazo.

—Bueno, hay que verlo para creerlo —murmuró el granjero para sí—. Ha tenido cinco terneros antes de éste, y se lo hemos retirado en seguida, como siempre. ¿Será que quiere conservarlo? No sé..., no sé... —Su voz iba apagándose.

Más tarde, cuando bajábamos por el sendero pedregoso, David se volvió hacia mí.

—¿Cree usted que la vaca ocultó realmente al ternero... para quedarse con él?

Miré impotente por el cristal del parabrisas.

—Cualquiera te diría que eso es imposible, pero ya has visto lo que sucedió. Te diré como el señor Rogers: sencillamente, no lo sé —hice una pausa mientras el coche se metía en un profundo bache que nos lanzó hasta el techo—. Pero creo que has visto unas cuantas cosas curiosas de nuestro trabajo.

El colegial asintió pensativamente.

—Sí, en conjunto yo diría que su vida es muy curiosa.



15

—¿Le gustaría venir a jugarse la vida?

El teniente de vuelo Cramond me miró, sus rasgos traviesos fruncidos en una sonrisa maliciosa. Yo estaba sentado ante una mesa, ya con el traje de vuelo y esperando a que me llamaran para un examen, y me puse de pie apresuradamente.

—¿Pretende decir... a volar con usted, señor?

—Sí, eso es.

—Bueno, es que estoy esperando...

—Oh, eso ya lo sé —hizo un gesto de indiferencia con la mano—. Pero no hay prisa. Tiene tiempo para divertirse un poco primero.

—Como diga, señor.

Le seguí al exterior de la barraca. Nadie estaba completamente seguro de la posición que ocupaba el teniente de vuelo Cramond en nuestra escuela. Bastante mayor que el resto de los instructores habituales, sus compañeros oficiales le trataban con un respeto indudable, y él adoptaba un aire independiente.

De vez en cuando, caía sobre un muchacho inocente de los que se entrenaban para piloto con su pregunta ya familiar: «¿Le gustaría venir a jugarse la vida?», y a eso seguía siempre un vuelo fabuloso por las alturas, una exhibición sorprendente de acrobacias que parecían maravillosas desde tierra, pero que resultaban impresionantes en el aire.

Yo había visto bajar a algunos del Tigre Polilla con la cara verde y las piernas temblorosas después de esas sesiones, y no encontraba ninguna razón en particular para que aquel hombre actuara así. Pero lo que sí era seguro es que se trataba de un piloto brillante. Se rumoreaba que había sido acróbata en el famoso circo del aire de

Alan Cobhan, pero corrían tantos rumores en la RAF —como el del bromuro en el té — que nunca llegué a estar totalmente seguro al respecto.

Sin embargo, subí al aparato con una grata impresión de anticipación. Pasara lo que pasase yo no me marearía, pues la naturaleza me había dotado de un estómago al que jamás alteraba movimiento alguno. Los excesos en la comida y la bebida sí pueden tener efectos desastrosos en mi aparato digestivo; aparte eso, soy inmune. He estado en pequeños barcos de ganado con una galerna de fuerza nueve que hacía gemir a la propia tripulación en sus literas, y Herriot, el marinero de agua dulce, seguía disfrutando de sus cuatro comidas al día. Lo mismo me ocurría en el aire.

Pronto tuve ocasión de dar gracias al cielo por esa suerte, ya que el teniente de vuelo Cramond lanzó el pequeño avión hacia las alturas de modo alarmante, subiendo sin parar y luego lanzándose a tierra como una hoja de otoño al caer, con rizos y deslizamientos repetidos. Pero yo disfrutaba con ello, porque él era un hombre muy agradable y sus ojos, por el retrovisor, me miraban con buen humor y amistosos.

Y seguía haciendo comentarios mientras exhibía todo su repertorio.

—Ésta es la famosa cura de Cramond para la resaca —anunció antes de lanzarse a una violenta maniobra que nos hizo volar mucho tiempo cabeza abajo.

Para un novato como yo era una sensación extraña estar colgando de las correas y viendo las granjas allá arriba mientras quedaba abajo el cielo, cubierto de nubes.

Ése fue el único momento en que no me sentí demasiado feliz, porque aquellas correas de lona estaban unidas a los lados de la cabina por medio de unos alambres bastante desgastados que se tensaban con un ruidito muy sospechoso mientras yo colgaba de ellos. Estábamos muy lejos de tierra, así que me agarré a la hebilla del paracaídas, por si acaso.

Me preguntaba cuánto tiempo seguiríamos en esa posición cuando dio la vuelta y se lanzó en picado. Caíamos, caíamos rugiendo de cabeza contra la extensión tranquila de terreno lleno de granjas y, cuando ya me convencía de que nos estrellábamos sin remedio, niveló el avión y pasamos sobre un largo campo de trigo con las ruedas rozando las doradas espigas.

—Estupendo, ¿no? —murmuró el teniente Cramond.

Sí, lo era, desde luego. En aquellos tiempos no se rociaban las cosechas con fertilizantes químicos, y el aroma de las florecillas silvestres que crecían entre el trigo llenaba la cabina abierta. Aquella intensa fragancia me hizo recordar por un instante un día de jira con Helen.

Pero debo contar antes las circunstancias que llevaron a la jira. Todo empezó cuando pesqué a Helen en la despensa comiéndose a hurtadillas los copos de avena con los que se hace el *porridge*^[3]. Estaba de pie con el paquete en la mano, metiéndose el contenido en la boca a cucharadas, y adoptó una expresión de culpabilidad al verme.

—¡Ya empezamos con eso otra vez! —exclamé, arrebatándole el paquete—. ¡Y está casi vacío! ¿Cuántos te has comido en una semana?

Me miró con el rostro tenso, y agitó la cabeza.

—No lo sé.

—Pero Helen... ¡Copos de avena crudos! Sabes que no deben comerse así. Y, de todas maneras, no un paquete cada vez. Vas a pillar una indigestión.

—De momento estoy muy bien.

Agitó la cuchara y comprendí que quería más.

—Pero ¿por qué no los cueces y haces un *porridge* normal...? Así te sentaría bien.

Estalló.

—¡No quiero un *porridge* normal!

La miré exasperado, pero la dejé que continuara. No tenía experiencia con las embarazadas, pero había oído hablar de esos antojos, y sin duda debía respetarlos. En el caso de Helen se había iniciado con naranjas —naranjas por la mañana, a mediodía y por la noche— y eso me complacía, ya que pensaba que tantas vitaminas serían buenas para ella. Pero no pasó mucho tiempo sin que se olvidara de las naranjas para aficionarse a los copos de avena crudos. Y yo empecé a preocuparme.

Sin embargo, todo era inútil. Al cabo de una o dos semanas, los copos de avena perdieron su atractivo y Helen se lanzó a comer natillas. Natillas bien cocidas, un alimento completo, con mucha leche, y aunque se las tomaba a litros y no a platos, supuse que le sería beneficioso.

Esta fase de las natillas duró algún tiempo. Siempre que subía por cualquier razón a nuestra salita-dormitorio me encontraba a Helen encogida sobre su cuenco de natillas, tragándoselo sin el menor esfuerzo cucharada a cucharada, y mirándome con ojos ausentes. Si estaba solo y trabajando en el jardín, no tenía más que alzar los ojos hasta la ventanita sobre las tejas para ver su rostro que me miraba extático y la cuchara subiendo y bajando desde el cuenco de natillas.

Aquel plato tan alimenticio, pensé, sólo podía beneficiar a mi esposa y a nuestro primer hijo, pero, antes de que acabara esa fase, se presentó el problema de los olores.

Aquello fue totalmente inesperado. Ambos habíamos aceptado el hecho de que el mobiliario de que disponíamos para las comidas era algo primitivo: una mesa desnuda, un banco de madera contra el muro y un hornillito de gas era todo lo que teníamos. Pero también era cuanto deseábamos, así que tuve una impresión muy desagradable cuando Helen se quejó.

Fue un día, a la hora del almuerzo. Miró en torno, olfateando con aire suspicaz.

—Hay un olor raro aquí —dijo.

—¿Un olor raro? ¿Qué quieres decir?

Yo estaba totalmente desconcertado porque casi lo único que me enojaba de mi esposa era su manía de estar siempre limpiando y fregoteando nuestro pequeño hogar. No podía haber olor alguno.

Pero eso empezó a ocurrir a diario. A la hora de la comida, y en cuanto subíamos los largos tramos de escalera hasta nuestra cocina, el rostro de Helen empezaba a

crisparse nada más cerrar la puerta a sus espaldas. Y llegó al colmo a finales de aquella misma semana.

—Jim —dijo con aire abrumado—, me es imposible seguir comiendo aquí con este olor.

El problema revestía cierta gravedad, pues el almuerzo era nuestra comida principal, y Helen casi no desayunaba. Había menguado también el consumo de natillas, que a mí me tranquilizara tanto. De seguir así, sufriría de desnutrición. Entonces tuve una idea, lo que en mí no es frecuente.

—Vamos a almorzar fuera —propuse.

—¿Dónde?

—Al Café Lilac. Dicen que es muy bueno.

Asintió con cierta vacilación.

—De acuerdo, lo intentaremos. De todos modos, aquí no puedo comer.

Durante un par de semanas, estuve seguro de haber resuelto el problema. La comida en el Lilac era excelente y no disminuía en exceso nuestros recursos financieros, tan limitados. Podía tomarse sopa, carne, patatas y dos clases de verdura, tarta de manzana y leche, café y galletas, por un chelín y seis peniques. Helen disfrutaba con ello, y yo me sentía triunfante.

Sólo en los días de mercado se llenaba el café de granjeros con sus esposas, que abarrotaban el lugar, y uno de esos días de mercado cayó la bomba. Estaba tomando café y dando conversación a dos señoras gruesas de la mesa de al lado cuando Helen me propinó un codazo.

—Jim —susurró, y sentí una premonición al ver la expresión de angustia en su rostro—. Aquí huele raro.

La miré.

—¿Qué clase de olor...? ¿El mismo de casa?

—No —agitó la cabeza tristemente—, pero es raro.

—Helen, ¡eso es pura imaginación! —alcé la cabeza y olfateé con ostentación—. No huele a nada.

Pero ella salía ya a la calle y comprendí, con impresión de pérdida, que aquello era el final del Lilac.

Durante unos días probamos el café de la calle Dickon. Era mucho más pequeño, y la comida definitivamente mala, pero Helen parecía contenta, así que yo sólo podía dar gracias. Después de todo, me dije masticando un pedazo bastante duro de cadera de vaca, ella va a tener el niño, y es lo más natural que yo trate de darle gusto en todo. Estaba pensando que aún podrían ir peor las cosas cuando Helen se inclinó sobre la mesa.

—¿Es que no lo hueles? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Sentí que me invadía la desesperación.

—Oler ¿qué?

—Ese olor tan raro. Seguramente tienes que...

Me miraba suplicante.

—No, no lo huelo, pero tanto da. Probaremos otro sitio mañana.

Darrowby no tenía demasiados cafés, y sólo nos quedaba uno. Le llamaban simplemente «la casa de la señora Ackerley», y consistía en una diminuta habitación en la casa de esa señora, en una calle lateral. La cocina era íntima sin paliativos, y ni siquiera la señora Ackerley tenía demasiado confianza en sí misma porque invariablemente añadía un «tal vez no» a cada sugerencia.

—¿Quiere tomar hígado... o tal vez no? ¿Un salteado de setas... o tal vez no? — luego, al llegar al postre, ocurría lo mismo—. ¿Qué tal ciruelas y budín de arroz... o tal vez no?

Todo estaba mal guisado; sin embargo, me fascinaba comprobar que tenía su clientela fija: un viejo que trabajaba en la zapatería, una maestra solterona de mediana edad, y un joven pálido y de aspecto dispéptico al que reconocí como empleado del banco. Iban todos los días, y comprendí que estaba explorando un estrato de la sociedad de Darrowby que hasta entonces me era desconocido.

Hellen parecía hallar cierto humor en la situación.

—Vayamos a «Tal vez no» —decía a diario, y yo confiaba en que eso fuera buena señal.

Pero una voz interior me decía que «la casa de la señora Ackerley» no podía durar.

Estaba repartiendo desganadamente por el plato un poco de col con muy mal aspecto, cuando oí que Helen retenía bruscamente el aliento. Se había enderezado en la silla y olfateaba el aire como un perro tras la presa.

—Jim —murmuró con urgencia—. Hay un...

Levanté la mano.

—De acuerdo, de acuerdo, no tienes que decírmelo. Vámonos.

Nuestra situación era crítica. Se nos habían acabado los cafés, pero no podíamos vivir sin comer. La misma Helen encontró la respuesta.

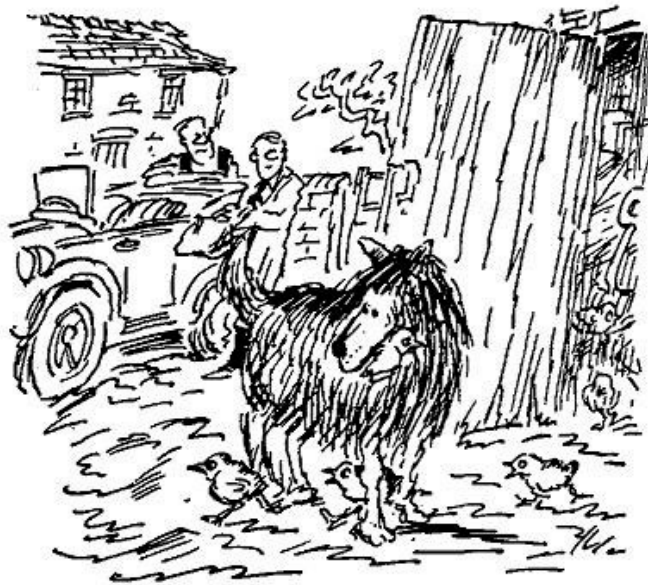
—Hace un tiempo estupendo —dijo, tomándome del brazo—. Vamos de jira mañana.

Lo bueno de vivir en Darrowby es que no hay que alejarse mucho en automóvil para dejar la ciudad atrás. Al día siguiente nos sentamos en un ribazo cubierto de hierba y, en el momento en que abríamos el paquete de los bocadillos, se despejó el cielo y nos envolvió el suave sol de septiembre, caldeando las piedras grises del muro a nuestras espaldas y lanzando destellos desde las aguas rápidas del río, allá abajo.

Detrás del muro de piedra se extendía un campo de trigo, de deslumbrante belleza dorada, y la ligera brisa agitaba las espigas maduras en un susurro largo y lento que venía a traernos el aroma dulzón de las mil cosas que crecían más allá.

Helen partió un tomate, le puso un poquito de sal y lanzó un largo suspiro de contento.

—¡Qué bien huele aquí! —dijo.



16

El doctor guardó la carpeta que contenía mi historial y me lanzó una sonrisa amistosa desde el otro lado de la mesa.

—Lo siento, Herriot, pero habrá de someterse a una operación.

Sus palabras, aunque amables, fueron como un bofetón en el rostro. Al salir de la escuela de vuelo nos habían enviado a Heaton Park, Manchester, y a los dos días me enteraba de que me habían dado el título de piloto. Al fin todo parecía ir sobre ruedas.

—Una operación... ¿Está seguro?

—Me temo que sí lo estoy, y bien seguro —respondió, y desde luego no podía dudarse de su competencia.

Era un comandante de vuelo, aunque especialista en la vida civil, y a consecuencia de una revisión médica me habían hecho presentarme a él.

—Esta cicatriz quirúrgica que se menciona en su expediente... Porque ya le han operado ahí, ¿verdad?

—Sí, hace unos años.

—Bien, pues me temo que se está abriendo de nuevo, y que necesita cuidados.

Por un instante me quedé sin palabras y sólo pude pensar en una:

—¿Cuándo?

—Inmediatamente. Es decir, dentro de muy pocos días.

Le miré atónito.

—¡Pero mi escuadrilla se va a ultramar este fin de semana!

—Ah, bueno, es una lástima —extendió las manos y sonrió de nuevo—, pero se irán sin usted. Habrá que quedarse en el hospital.

Sentí una impresión repentina de pérdida, de privación total, y esa impresión perduró en mí aun después de salir del despacho del comandante. Comprendí con

cierto dolor que los cincuenta hombres con los que había compartido penosamente tantas experiencias nuevas habían llegado a ser mis amigos. La toma de contacto con la vida militar en St. John's Wood, Londres; la dureza de los ejercicios en la Unidad de Adiestramiento Intensivo en Scarborough; el «curso de endurecimiento» en Shropshire y las instrucciones finales de vuelo en Winkfield...; experiencias todas que habían llegado a unirnos hasta lograr que yo no me viera como un individuo, sino como parte de un grupo. Mi mente apenas podía aceptar el hecho de que ahora iba a quedarme solo.

Los demás lo sintieron también, y mis camaradas más íntimos parecían muy decepcionados, pero todos estaban demasiado ocupados para hacerme mucho caso. Las órdenes les hacían ir rápidamente de un sitio a otro, a recibir sus despachos y el equipo para el puesto al que los enviaban, y eran unos días de agitación intensa para toda la escuadrilla... excepto para mí. Yo seguía sentado en la cama, en uno de los barracones prefabricados, mientras el bullicio y la agitación se desarrollaban a mi alrededor.

Creí que mi marcha pasaría inadvertida, pero cuando me fueron a buscar y me dispuse a salir, encontré metido en la mochila un sobre lleno de los preciosos cupones con los que obteníamos nuestra ración de cigarrillos en aquellos días. Al parecer casi todo el mundo había contribuido, y aquel último gesto de mis compañeros me puso un nudo en la garganta al salir en solitario del campamento.

El hospital estaba en Creden Hill, junto a Hereford, y supongo que una de las ventajas del servicio militar es que uno no se siente solo demasiado tiempo. En aquella sala alargada había muchas camas ocupadas por hombres como yo, separados de sus camaradas y bien dispuestos a establecer amistades.

En los escasos días anteriores a mi operación, llegamos a conocernos bastante bien. El joven de la cama a mi izquierda se pasaba el tiempo escribiendo poemas para su novia, e insistía en leérmelos, estrofa por estrofa. El de la derecha parecía un tipo pensativo. Todo el mundo se dirigía a él llamándole «Sammy», aunque únicamente obtenían un gruñido en respuesta.

Cuando averiguó que yo era veterinario, se inclinó desde su cama y me hizo una seña.

—Estoy harto de que esos tipos me llamen Sammy —murmuró con un fuerte acento de Birmingham—, porque yo no me llamo Sammy, sino Desmond.

—Ah, ¿sí? Y entonces ¿por qué te llaman de ese modo?

Se inclinó un poco más hacia mí.

—De eso quería hablarte. Ya que eres veterinario..., tú sabrás de estas cosas. Es por lo que me pasa..., la razón por la que estoy aquí.

—Bueno, ¿y por qué estás aquí? ¿Qué te pasa?

Miró a su alrededor y luego habló en un susurro confidencial:

—Tengo una pelota muy grande.

—¿Una qué?

—Una pelota grande. Una de mis pelotas es un auténtico balón.

—¡Ah, entiendo! Sin embargo, no veo...

—Pues mira —continuó—, es que estos chicos de la sala han empezado a decir que el doctor va a cortármela... y que entonces seré como Sammy Hall.

Asentí comprensivamente, recordando mis días en la facultad. Había sido una cancioncita muy popular en las fiestas: «Yo me llamo Sammy Hall, y sólo tengo una pelota...»^[4].

—¡Oh, qué bobada! Te están tomando el pelo —dije—. Un testículo desarrollado en exceso puede ser debido a muchas cosas. ¿Recuerdas lo que te dijo el médico?

Arrugó el rostro.

—Fue un nombre muy raro. Algo así como «ve a cocerle».

—¿No será «varicocele»?

—¡Eso es! —chasqueó los dedos—. ¡Ésa es la palabra exacta!

—Bueno, pues ya puedes dejar de preocuparte. Es una operación muy sencilla. Una bobada, en realidad.

—¿Estás seguro de que no me la cortarán?

—Pues claro que no. Sólo quitarán unos cuantos vasos sanguíneos que sobran; es todo. No hay problema.

Se echó atrás sobre la almohada, miró en éxtasis al techo y suspiró.

—Gracias, amigo. Me has hecho el favor más grande de mi vida. Me operan mañana, y tenía auténtico terror.

Fue una persona diferente a lo largo de ese día, riendo y bromeando con todo el mundo, y a la mañana siguiente, cuando la enfermera acudió a darle la inyección previa a la operación, se volvió con una última mirada suplicante:

—Tú no me engañarías, ¿verdad, amigo? ¿No irán a...?

Alcé la mano.

—Te aseguro, Sammy... Quiero decir, Desmond, que no tienes por qué preocuparte. Te doy mi palabra.

De nuevo cubrió su rostro una sonrisa beatífica que ya no le abandonó ni cuando se presentó a recogerlo el «carro de la sangre», la camilla del quirófano empujada por un enfermero ya viejo.

El «carro de la sangre» estaba en movimiento constante por las mañanas, y la costumbre era soltar un aplauso general cuando se llevaban a alguien. La mayoría de las víctimas respondían con un gesto algo adormilado antes de que las puertas se cerraran tras ellas, pero al ver a Desmond sonriendo con alegría y haciendo la típica señal del pulgar hacia arriba me convencí de que realmente había hecho algo por él.

A la mañana siguiente me tocó el turno. Me dieron la inyección hacia las ocho y, para cuando apareció el carrito, estaba ya bastante mareado. Me quitaron el pijama y me pusieron una especie de camisón con cintas en el cuello, y unos calcetines de lana. Cuando se me llevaba el enfermero, los compañeros de la sala estallaron en un grito de ánimo, y aún conseguí saludarles con el brazo y con el floreo habitual.

Fue un viaje muy deprimente por los corredores de baldosas blancas hasta llegar a la sala de anestesia. Cuando entré se abrieron las puertas al otro extremo, y un médico vino hacia mí con la jeringuilla en la mano. Logré echar una miradita, nada grata, al quirófano situado más allá, las luces potentes sobre la mesa de operaciones y los cirujanos con la mascarilla puesta y aguardándome.

El doctor me levantó la manga y me frotó el antebrazo con alcohol. Decidí que ya había visto bastante y cerré los ojos, pero una exclamación junto al rostro me obligó a abrirlos.

—¡Santo cielo, si es Jim Herriot!

Alcé la vista hacia el de la jeringuilla. Era Teddy McQueen. Había estado en mi clase, en el colegio, y no había vuelto a verle desde que saliéramos de allí.

Tenía la garganta seca a causa de la inyección, pero comprendí que debía decir algo.

—Hola, Teddy —conseguí graznar. Él abrió los ojos de par en par.

—¿Qué diablos haces aquí?

—¿A ti qué diablos te parece? —gruñí enojado—. Voy a entrar ahí para que me operen.

—¡Oh, eso ya lo sé...! Soy el anestesista. Pero recuerdo que en el colegio solías decirme que querías ser veterinario.

—Y así es. Soy veterinario.

—¿De verdad? —su rostro era la viva imagen del asombro—. Pero ¿qué demonios hace un veterinario en la RAF?

Era una buena pregunta.

—La verdad es que no mucho, Teddy —contesté.

Se echó a reír. Era indudable que la situación le resultaba desconcertante.

—Pero, Jim, ¡es que aún no puedo creerlo! —se inclinaba sobre mí riendo sin control—. ¡Figúrate, encontrarnos aquí después de todos estos años! ¡Si parece cosa de guasa!

Le temblaba todo el cuerpo y tuvo que secarse unas lágrimas.

Yo, que estaba acostado en el «carro de la sangre», en camisón y calcetines de lana, no encontraba la situación tan divertida, y mi cerebro algo atontado buscaba ya la respuesta más aguda cuando una voz ladró desde el quirófano:

—¿Por qué se entretiene tanto, McQueen? ¡No podemos esperar toda la mañana!

Teddy dejó de reír.

—Lo siento, Jim, viejo, pero solicitan tu presencia ahí dentro.

Me metió la aguja en la vena y lo último que recuerdo de cuando me llevaron es su sonrisa burlona y prolongada.

Estuve tres semanas en Creden Hill y, hacia el final de la estancia, nos dieron permiso a cuantos estábamos casi recuperados, para que visitáramos la ciudad cercana de Hereford. Era un poco violento porque todos íbamos vestidos con el traje

del hospital, azul con camisa blanca y corbata roja, y por las miradas respetuosas que nos dirigían era obvio que todos pensaban que habíamos sido heridos en acción.

Cuando un veterano de la Primera Guerra Mundial se me acercó y me preguntó: «¿Dónde te hirieron, camarada?», dejé de ir por allí.

Salí del hospital de la RAF rebosante de gratitud..., en especial hacia las enfermeras, tan alegres y trabajadoras. Por supuesto que nos dieron más de una buena regañina por hablar después de apagar las luces, por fumar bajo las sábanas y por ensuciar la cama, pero su dedicación me maravillaba constantemente.

Solía echarme en la cama y preguntarme qué movía en realidad a una chica a decidirse por la vida tan dura de la enfermera. ¿La preocupación por el bienestar de los demás? ¿El instinto natural por cuidar a otros? Fuera lo que fuese, esas chicas habían de nacer con ello.

También ese rasgo forma parte de la personalidad de algunos animales, y como buen ejemplo tenemos a *Judy*, la perra de Eric Abbot.

Conocí a *Judy* cuando fui a ver el buey de Eric, que sufría de «lengua de madera». Ese buey era muy joven, y el granjero admitió de mala gana que debía haberse descuidado, ya que ahora era casi un esqueleto ambulante.

—¡Maldición! —gruñó Eric—. Ha estado mucho tiempo por ahí con ese grupo, en los campos más lejanos, y sin duda se me ha pasado. No creí que se encontrara en este estado.

Cuando la actinobacilosis afecta a la lengua es preciso aplicar el tratamiento desde el mismo principio, en cuanto aparecen los primeros síntomas de salivación e hinchazón bajo la mandíbula. De otro modo, la lengua se hace más y más dura, hasta que al fin asoma por la boca tan tiesa como la madera, que ha dado su nombre a esta enfermedad hace mucho tiempo.

Aquel pobre animalito enflaquecido se hallaba ya en ese estado, de modo que no sólo resultaba patético sino también un poco cómico, como si se estuviera burlando de mí. Pero con una lengua así le era absolutamente imposible comer, y se moría de hambre. Estaba echado y muy quieto, como si ya nada le importara.

—Hay una ventaja, Eric. No me supondrá problema alguno darle una inyección intravenosa. No tiene fuerzas para resistirse.

El tratamiento más moderno en aquella época consistía en inyectar yoduro sódico en la vena, algo nuevo y espectacular. Con anterioridad los granjeros solían pintar la lengua con tintura de yodo, procedimiento tedioso que en unos casos daba resultado y en otros no. El yoduro sódico era una mejora mágica, y los resultados se veían a los pocos días.

Inserté la aguja en la yugular y alcé la botella de aquel fluido claro. Solía utilizar dos octavos de onza de yoduro en ocho onzas de agua destilada, y la mezcla entraba con toda facilidad. En realidad, la botella estaba casi vacía cuando observé a *Judy*.

Había advertido vagamente que tenía a mi lado un animal bastante grande, pero, así como iba llegando al final de la inyección, un morro negro se aproximaba más y más hasta casi tocar la aguja. Siguió después por el tubo de goma hasta la botella, y volvió a bajar olfateando con una concentración total. Al retirar yo la aguja, el morro inició una inspección cuidadosa del punto de la inyección. Luego apareció una lengua que empezó a lamer metódicamente el cuello del pequeño buey.

Me senté en cuclillas a observarlo. Esto era algo más que simple curiosidad; en la actitud de la perra todo sugería gran interés y preocupación.

—¿Sabes, Eric? Me da la impresión de que este animal no se limita a observarme. Creo que está supervisando mi trabajo.

El granjero se echó a reír.

—En eso tienes razón. Es una perra muy graciosa esta *Judy*..., una especie de enfermera. Si algo va mal, allí está ella de servicio. No hay forma de echarla.

Judy alzó la vista rápidamente al escuchar su nombre. Era un animal precioso, no del color habitual en un perro pastor, sino con un pelo jaspeado, marrón y gris mezclados con el blanco y negro habitual en el perro de granja. Tal vez hubiera habido algún cruce, pero el resultado era muy atractivo y el efecto se acrecentaba gracias a su carácter amistoso, los ojos brillantes y la boca siempre sonriente.

Me incliné a acariciarla detrás de las orejas y ella agitó el rabo encantada... Y no sólo el rabo, sino los cuartos traseros.

—Supongo que es una perra de muy buen temperamento.

—Sí, lo es —dijo el granjero—, pero no se trata sólo de eso. Tal vez le parezca raro, pero yo creo que *Judy* se siente responsable, en cierto modo, de todo el ganado de la granja.

—Le creo —asentí—. De todos modos, pongamos a este animal sobre el pecho.

Nos inclinamos sobre la paja y, metiendo las manos bajo la columna vertebral, incorporamos al buey hasta que quedó sobre el esternón. Luego lo equilibramos con unas balas de paja a cada lado y le cubrimos con una manta de caballo.

En aquella posición no parecía tan moribundo como antes, pero la cabeza tan flaca con la lengua fuera se agitaba débilmente sobre sus hombros, y la saliva caía sin control hasta la paja. Me pregunté si volvería a verle vivo.

Sin embargo, *Judy* no parecía compartir mi pesimismo. Después de examinar a fondo la manta y las balas, se trasladó a la parte delantera empezó a lamer con entusiasmo la temblorosa frente, y se instaló en una postura cómoda frente al animal, como una enfermera de noche que debe vigilar a su paciente.

—¿Va a quedarse ahí? —pregunté al cerrar la media puerta y echar una última mirada al interior.

—Sí, nada conseguirá moverla de su puesta hasta que el buey haya muerto o esté mejor —contestó Eric—. Ahora se encuentra en su elemento.

—Bueno, nunca se sabe; tal vez le proporcione cierto interés por la vida el mero hecho de estar sentada ahí. Desde luego, necesita ayuda. Hay que mantenerle vivo

con leche o gachas hasta que la inyección empiece a producir efecto. Si se la bebe, le hará mucho bien; de lo contrario, habrá que dársela con biberón. Pero cuidado..., que así puede ahogarse a un animal.

Este caso resultaba un poco más fascinante para mí porque estaba utilizando un agente terapéutico que de veras funcionaba..., lo cual no sucedía con demasiada frecuencia en aquella época. De modo que sentía un deseo intenso de volver y comprobar si había rescatado al animal del borde mismo de la muerte. Pero me constaba que había de dar una oportunidad a la droga, de modo que me mantuve alejado durante cinco días.

Cuando crucé el patio hacia el establo, sabía que ya no habría duda. O estaría muerto o en vías de recuperación.

El sonido de mis pasos sobre las piedras no pasó inadvertido. La cabeza de *Judy*, con las orejas tiesas, apareció sobre la media puerta. La impresión del triunfo me inundó. Si la enfermera seguía de servicio, entonces el paciente debía estar vivo. Tuve una mayor certeza cuando el gran animal desapareció por un segundo y luego saltó sin esfuerzo por encima de la puerta hasta caer sobre mí agitando los cuartos traseros en convulsiones de gozo. Hacía todo lo posible para decirme que las cosas marchaban bien.

Dentro de la casilla, el buey seguía acostado, pero se volvió a mirarme, y observé que le colgaba un poco de heno de la boca. Y ya no se le veía la lengua entre los labios.

—Bien, bien; vamos ganando, ¿no? —preguntó Eric Abbot, que entraba del patio.

—Sin la menor duda —respondí—. La lengua está mucho más suave, e incluso intenta comer heno.

—Sí, todavía no puede arreglárselas muy bien, pero se toma la leche y las gachas como un buen chico. Se ha levantado un par de veces, pero tiene las patas muy débiles.

Saqué otra botella de yoduro sódico y repetí la inyección, de nuevo con el morro de *Judy* casi rozando la aguja y olfateando ávidamente. Enfocaba los ojos con gran concentración en el punto en que yo inyectaba, y tan interesada estaba por no perderse nada, que de vez en cuando resoplaba y lanzaba bruscamente el aire por las aletas de la nariz, con un chasquido antes de recomenzar la inspección.

Cuando hube terminado, ocupó de nuevo su posición junto a la cabeza del animal y, al salir, observé que agitaba casi voluptuosamente las caderas sobre la paja. Me quedé algo desconcertado hasta comprender que sólo trataba de agitar la cola sin moverse de allí.

—Bien, *Judy* está satisfecha de cómo van las cosas —dije.

El granjero asintió.

—Ya lo creo. Le gusta ocuparse de todo, ¿sabe? Es la que se encarga de dar un buen lametón por todo el cuerpo a los recién nacidos en cuanto vienen al mundo, incluso a los gatitos.

—Como si fuera una comadrona, ¿no?

—Eso podría decirse. Y otra cosa graciosa...: vive con el ganado, en las cuadras. Tiene una perrera muy cómoda y abrigada, pero no se molesta en ir a ella...; duerme con las bestias, y sobre la paja, todas las noches.

Volví a visitar al buey una semana más tarde, y esta vez echó a galopar por el establo como un caballo de carreras en cuanto me acerqué a él. Cuando al fin conseguí atraparlo en un rincón y le aterré el morro, me sentía falto de aliento, pero feliz. Le metí los dedos en la boca: la lengua estaba flexible y casi normal.

—Una inyección más, Eric —dije—. La «lengua de madera» es difícil de curar si no se la limpia a fondo —empecé a desenrollar el tubo de goma—. A propósito, no veo por aquí a *Judy*.

—¡Oh! Supongo que se ha convencido de que este animal ya está curado y, de todas maneras, esta mañana tiene algo más en que ocuparse. ¿No la ve por ahí?

Miré por la puerta. *Judy* cruzaba el patio con aire solemne. Llevaba algo en la boca. Un objeto amarillo y suave.

Torcí el cuello para seguir mirándola.

—Pero ¿qué lleva?

—Un pollito.

—¿Un pollito?

—Sí, tenemos una gran nidada. Sólo tienen un mes, y la perra opina por lo visto que están mucho mejor en el establo. Ahí les preparó la cama, y sigue tratando de retenerlos enroscándose en torno de ellos. Pero los pequeñines se le escapan.

Observé a *Judy*, que desaparecía en el establo. Pronto salió de nuevo trotando tras un grupo de diminutos polluelos que andaban picoteando tan felices entre las losas y, con todo cuidado, tomó a uno en la boca. Volvió afanosa al establo, pero, en cuanto ella entró, el pollito anterior reapareció en la puerta y corrió a reunirse con sus compañeros.

Judy se sentiría frustrada, pero yo estaba convencido de que no dejaría de intentarlo porque ése era su modo de ser.

Judy, la perra enfermera, seguía de servicio.



17

Mi experiencia en el hospital de la RAF me hizo pensar. Como cirujano veterinario me había acostumbrado a estar en el otro extremo del bisturí, y la verdad es que lo prefería de ese modo.

Recordaba lo muy feliz que me sentía aquella mañana, un par de años antes, mientras colocaba el bisturí en posición sobre una oreja muy hinchada. Tristán, el codo apoyado cansadamente sobre la mesa, sostenía la mascarilla de la anestesia sobre el morro del perro, que ya dormía cuando Siegfried entró en la habitación.

Echó una breve mirada al paciente.

—¡Ah, sí! Ese hematoma del que me hablaste, James —luego miró a su hermano, al otro lado de la mesa—. ¡Santo cielo, estás hecho una visión esta mañana! ¿A qué hora volviste anoche?

Tristán alzó el rostro, muy pálido. Los ojos eran dos simples ranuras inyectadas en sangre entre los párpados hinchados.

—Oh, no lo sé exactamente del todo. Bastante tarde, diría yo.

—¡Bastante tarde! Cuando yo volví a las cuatro de la madrugada del parto de una cerda, tú no habías llegado. Y además, ¿dónde diablos estuviste?

—En el Baile de los Hosteleros con Licencia. Muy bueno, en realidad.

—¡Apuesto a que sí! —gruñó Siegfried—. No te pierdes nada, ¿verdad? La Cena del Equipo de Dardos, la Excursión de los Campaneros, el Baile del Club de los Pichones, y ahora el Baile de los Hosteleros con Licencia. Si se organiza una borrachera siempre has de figurar en ella.

Cuando se veía atacado, Tristán sabía conservar la dignidad, y ahora se envolvió en su orgullo ofendido como en una capa.

—En realidad —dijo—, muchos de los Hosteleros son amigos míos.

Su hermano enrojeció.

—Te creo. Yo diría que eres el cliente más condenadamente adicto que han tenido en la vida.

Tristán nada dijo en respuesta, y se limitó a comprobar cuidadosamente el fluir del oxígeno en la botella de éter.

—Y otra cosa —continuó Siegfried—. No dejas de andar por ahí con una docena poco más o menos de mujeres distintas. Y se supone que estás preparando un examen.

—Eso es una exageración —el joven le miraba apenado—. Admito que de vez en cuando disfruto de la compañía de una chica..., lo mismo que tú.

Tristán creía en el ataque como la mejor forma de defensa, y su flecha dio en el blanco porque una corriente ininterrumpida de muchachas atractivas ponían sitio a Siegfried en Skeldale House.

Pero su hermano mayor apenas advirtió aquella ventaja temporal de Tristán.

—¡Ahora no se trata de mí! —gritó—. Yo ya he aprobado todos los exámenes. ¡Estamos hablando de ti! ¿No te vi la otra noche con la nueva camarera de las Armas de Drovers? Te escurriste a toda prisa en un portal, pero estoy condenadamente seguro de que eras tú.

Tristán se aclaró la garganta.

—Es muy probable, sí. Recientemente he hecho gran amistad con Lydia..., una chica muy agradable.

—No digo lo contrario. Lo que sí digo es que quiero verte en casa por la noche y con los libros, en vez de andar emborrachándote y persiguiendo a las mujeres. ¿Está claro?

—Clarísimo.

El joven inclinó la cabeza graciosamente y cerró la espita de la máquina de anestesia.

Su hermano le miró amenazador por unos segundos, inspirando profundamente. Aquellos enfrentamientos siempre le hacían perder el control. Luego dio la vuelta en redondo y se largó a toda prisa.

La máscara de dignidad de Tristán se derrumbó en cuanto se hubo cerrado la puerta.

—Vigila la anestesia por un minuto, Jim —gimió.

Se inclinó sobre el lavabo, en el ángulo de la habitación, llenó una probeta de agua fría y se la bebió de un trago. Luego empapó un algodón bajo el grifo y se lo llevó a la frente.

—Ojalá no hubiera entrado en este preciso momento. No estoy de humor para gritos y palabrotas —tomó un frasco grande de aspirinas y se tragó unas cuantas, con otro buen sorbo—. De acuerdo, Jim —murmuró al volver a la mesa y agarrar de nuevo la mascarilla—. Adelante.

Yo volví a inclinarme sobre el perro dormido. Era un escocés llamado *Hamish*, y la señorita Westerman, su dueña, le había traído dos días antes.

Era una maestra retirada, y yo siempre solía pensar al verla que no habría tenido problemas para mantener el orden de la clase. Aquellos ojos pálidos y helados que se clavaban fijamente en los míos me recordaban que era tan alta como yo, y la mandíbula cuadrada entre los hombros musculosos acrecentaba lo imponente de su presencia.

—Señor Herriot —su voz era un ladrido—, quiero que le eche una mirada a *Hamish*. Espero que no sea nada grave, pero se le ha ido hinchando la oreja y le duele muchísimo. Ahí no suele darse el... carácter, ¿verdad?

Por un momento vaciló aquella mirada tan firme.

—¡Oh, eso es prácticamente imposible!

Alcé la barbilla del animalito y le examiné la oreja izquierda, que le pendía a un lado de la cara. En realidad, tenía ahora toda la cabeza torcida, como si el dolor le impidiera enderezarla.

Levanté cuidadosamente la oreja y palpé la tensa hinchazón con el dedo. *Hamish* se dio la vuelta para mirarme y gimió.

—Sí, lo sé, amiguito. Duele, ¿verdad?

Al volverme hacia la señorita Westerman casi tropecé con su cabeza de rizos grises, muy próxima al perrito.

—Tiene un hematoma aural.

—¿Qué demonios es eso?

—Es algo que ocurre cuando se rompen los pequeños vasos sanguíneos entre la piel y el cartílago de la oreja, con lo que fluye la sangre y origina esta distensión aguda.

Ella acariciaba la cabecita temblorosa.

—Pero ¿qué motiva esta dolencia?

—Generalmente, una pequeña úlcera. ¿Se ha dado cuenta de si últimamente agitaba mucho la cabeza?

—Pues, ahora que usted lo dice, sí. Como si tuviera algo en el oído e intentara sacárselo.

—Bueno, eso es lo que vino a romper los vasos sanguíneos. Veo que tiene una ligera úlcera ahí, aunque no es corriente en su raza.

Ella asintió.

—Comprendo. ¿Y cómo va a curarlo?

—Me temo que es preciso operar.

—¡Oh, Señor! —y se llevó la mano a la boca—. Eso no me gusta demasiado.

—No tiene por qué preocuparse. No hay más que sacar la sangre acumulada ahí y coser las capas de la oreja. Si no lo hacemos pronto, sufrirá dolores agudos y acabará con una oreja de coliflor, y eso no le gustaría, ¿verdad?, porque es un perrito precioso.

Y lo decía en serio. *Hamish* era un animal muy lindo y de aire orgulloso. El terrier escocés es una criatura atractiva, y en estos días lamento con frecuencia que queden tan pocos por ahí.

Aunque dio muestras de vacilación, la señorita Westerman accedió al fin y fijamos la fecha: dos días más tarde. Cuando lo trajo para la operación, depositó a *Hamish* en mis brazos, le acarició de nuevo la cabeza y luego miró a Tristán, a mí, y a Tristán otra vez.

—Ustedes le cuidarán bien, ¿no? —dijo, avanzando la mandíbula y atravesándonos con sus ojos azul pálido.

Por un momento me sentí como un colegial sorprendido en falta, y supongo que mi colega experimentaría lo mismo, porque dejó escapar lentamente el aire entre sus labios en cuanto la señorita se hubo marchado.

—Caray, Jim, ¡vaya un carácter! —murmuró—. No me gustaría tener un enfrentamiento con ella.

Asentí con un gesto.

—Y sólo piensa en su perrito, de modo que hay que hacer un buen trabajo.

En cuanto hubo salido Siegfried, aferró la oreja, que ahora era un cono turgente, e hice una incisión a lo largo de la piel por la parte interior. Recogí en una bandejita toda la sangre allí retenida e incluso apreté hasta librarle de unos cuantos coágulos.

—No me extraña que sufriera tanto el pobrecillo —dije suavemente—. Se sentirá mucho mejor cuando despierte.

Llené la cavidad entre la piel y el cartílago con sulfanilamida y empecé a coser las dos capas juntas utilizando una larga fila de grapas. Era preciso hacer algo así, o se llenaría de nuevo de sangre a los pocos días. En las primeras operaciones de hematoma aural que practiqué, rellenaba el interior con gasa y vendaba la oreja pegada a la cabeza. Los dueños de los animales solían, incluso, hacerles una especie de gorrito para mantener el vendaje en su sitio, pero a un perro vivaz no le resultaba difícil librarse de él en seguida.

Las grapas eran una idea mucho mejor, pues mantenían las capas en íntimo contacto y evitaban la posibilidad de una distorsión.

Para la hora del almuerzo, *Hamish* había vuelto en sí de la anestesia y, aunque algo drogado, ya experimentaba cierto alivio al haber desaparecido la hinchazón. La señorita Westerman se había ido a pasar el día fuera y lo recogería al anochecer. Mientras tanto, el perrito, enroscado en la cesta, aguardaba filosóficamente.

A la hora del té, Siegfried miró a su hermano al otro lado de la mesa.

—Me voy a Brawton por unas horas, Tristán, y quiero que te quedes en casa para entregarle su perrito a la señorita Westerman cuando regrese, aunque no sé exactamente cuándo vendrá —se sirvió una buena cucharada de mermelada—.

Puedes vigilar al paciente y, de paso, estudiar un poco. Ya es hora de que te quedes una tarde en casa.

Tristán asintió.

—Por supuesto, así lo haré.

Pero bien se veía que no estaba muy entusiasmado.

Cuando Siegfried se largó en el coche, Tristán se frotó la barbilla y miró reflexivamente por el ventanal practicable que daba al jardín, ya en sombras.

—Esto me resulta un poco violento, Jim.

—¿Por qué?

—Verás, Lydia tiene la noche libre y prometí ir a verla —silbó algo desafinado entre dientes—. Es una lástima perder esta oportunidad cuando las cosas van tan bien. Tengo la impresión de que a esa chica le gusta bastante. En realidad, casi está comiendo en mi mano.

Le miré con asombro.

—¡Santo cielo! Cualquiera pensaría que deseabas un poco de paz y tranquilidad. Aparte acostarte pronto, después de lo de ayer.

—Yo no. Estoy deseando entrar en acción otra vez.

Y en realidad sí parecía fresco y pimpante, los ojos relucientes, las mejillas sonrosadas de nuevo.

—Mira, Jim —continuó—, supongo que no podrás quedarte tú con este perro...

Me encogí de hombros.

—Lo lamento, Triss. Tengo que volver a ver esa vaca de Ted Binns..., y en lo más alto de la montaña. Estaré fuera casi dos horas.

Por unos momentos guardó silencio, y luego alzó el índice.

—Creo que tengo la solución. Es muy sencilla; perfecta, en realidad. Traeré a Lydia aquí.

—¿Cómo? ¿Dentro de la casa?

—Sí, en esta misma habitación. Puedo colocar a *Hamish* en su cesto junto al fuego, y Lydia y yo dispondremos del sofá. ¡Maravilloso! ¿Qué mejor, en una noche fría de invierno? Ni más barato tampoco.

—¡Pero Triss! ¿Y el sermón de Siegfried de esta mañana? ¿Y si vuelve pronto a casa y os pesca a los dos aquí?

Tristán encendió un Woobdine y lanzó una nube de humo.

—Ni lo sueñes. Te preocupas por unas nimiedades, Jim... Siempre vuelve tarde cuando va a Brawton. No hay ningún problema.

—Bien, como tú quieras, pero creo que te la estás buscando. De todas maneras, ¿no deberías estudiar un poco de bacteriología? Se acercan los exámenes.

Sonrió seráficamente a través del humo.

—¡Oh, ya le echaré una miradita cuando llegue el momento!

Sobre eso no podía discutir con él. Yo siempre tenía que leerme lo que fuera unas seis veces antes de que se me quedara, pero a aquel cerebro tan rápido le bastaría sin

duda una breve lectura. Me fui a hacer la visita.

Volví hacia las ocho y, cuando abrí la puerta principal, mi mente estaba muy lejos de Tristán. La vaca de Ted Binns no respondía a mi tratamiento, y yo empezaba a preguntarme si iría por buen camino. Siempre que tenía dudas me gustaba consultar los libros, y éstos se hallaban en los estantes de la sala. Me apresuré por el corredor y abrí la puerta.

Por un momento quedé desconcertado, tratando de ordenar mis pensamientos. El sofá estaba corrido muy cerca del alegre fuego, y el ambiente, cargado de humo de cigarrillos y de perfume, pero no había nadie a la vista.

Lo más notable eran las cortinas que ocultaban el ventanal practicable. Se hinchaban lentamente hacia dentro, como si algo o alguien acabara de salir por allí con violencia, como huyendo a toda velocidad. Avancé sobre la alfombra y eché una miradita al jardín en sombras. En algún punto, en la oscuridad reinante, escuché un golpe y un grito ahogado, luego unos pies que corrían y un chillido estridente. Estuve escuchando algún tiempo; luego, cuando mis ojos se habituaron a la oscuridad, recorrí el sendero alargado junto al muro de ladrillo hasta el patio, al otro extremo. La puerta del patio estaba abierta, lo mismo que las grandes puertas dobles que daban a la calle posterior, pero no había señales de vida.

Regresé lentamente sobre mis pasos hacia el cuadro de luz en el piso inferior de la casa, alta y vieja. Estaba a punto de cerrar el ventanal cuando oí un movimiento sigiloso y un susurro urgente:

—¿Eres tú, Jim?

—¡Triss! ¿De dónde diablos sales?

El joven pasó junto a mí de puntillas, entró en la habitación y miró en torno ansiosamente.

—Entonces, ¿eres tú, y no Siegfried?

—Sí, yo acabo de entrar.

Se dejó caer desmayadamente en el sofá y hundió la cabeza entre las manos.

—¡Oh, maldición! Estaba echado aquí, hace unos minutos, con Lydia en mis brazos. En paz con el mundo. Todo era maravilloso. En eso oí que se abría la puerta de la fachada...

—Pero tú sabías que yo iba a volver...

—Sí, y te habría dado una voz, pero no sé por qué razón, se me ocurrió: «¡Dios nos ayude! ¡Es Siegfried!». Me parecieron sus pasos en el corredor.

—¿Y qué sucedió entonces?

Se mesaba los cabellos.

—Me dominó el pánico. Estaba susurrando palabras de amor al oído de Lydia, y un segundo después la agarraba violentamente, la levantaba del sofá y la tiraba por el ventanal.

—Oí un golpe...

—Sí; Lydia tropezó y cayó en el jardín.

—Y luego una especie de chillido agudo...

Suspiró y cerró los ojos.

—También era Lydia, entre los rosales. La pobre chica no conoce la topografía del jardín.

—¡Vaya, Triss! Lo lamento realmente. No debía haber entrado tan de sopetón. Estaba pensando en otra cosa.

Se levantó cansadamente y me puso la mano en el hombro.

—No es tuya la culpa, Jim; no es tuya. Tú sí que me avisaste de antemano —echó mano de los cigarrillos—. No sé cómo podré enfrentarme de nuevo a esa chica. La verdad es que la tiré violentamente al jardín, y le dije que se largara a casa a toda velocidad. Debe pensar que estoy como una cabra —concluyó, en un gemido.

Intenté animarle.

—Bueno, ya la conquistarás de nuevo. Más tarde os reiréis los dos de esto.

Pero no me escuchaba. Sus ojos, desorbitados de horror, miraban a mis espaldas. Alzó lentamente un dedo tembloroso y señaló la chimenea. Su garganta emitió unos sonidos extraños mucho antes de que consiguiera hablar.

—¡Dios mío, ha desaparecido! —dijo entrecortadamente.

Por un instante pensé que el *shock* le había trastornado.

—¿Desaparecido...? ¿Qué es lo que ha desaparecido?

—El maldito perro. Estaba ahí cuando salí corriendo. ¡Exactamente ahí!

Miré el cesto vacío, y una mano fría me oprimió el corazón.

—¡Oh, no! Debe de haberse ido también por el ventanal. Estamos en un lío muy gordo.

Corrimos al jardín y lo registramos en vano. Volvimos por linternas y registramos una vez más, andando a gatas por el patio abierto y gritando el nombre del perrito cada vez con menos esperanzas.

Diez minutos después, volvíamos tristemente a la sala, ahora muy iluminada, y nos mirábamos en silencio.

Tristán fue el primero en expresar en voz alta lo que ambos pensábamos.

—¿Qué le diremos a la señorita Westerman cuando venga?

Agité la cabeza. Mi mente rechazaba la idea de informar a aquella señorita de que su perro se había perdido.

En aquel preciso instante sonó la campanilla de la puerta, y Tristán casi dio un salto en el aire.

—¡Dios mío! —gimió—. Ahora será ella. Recíbela tú, Jim. Dile que fue culpa mía..., lo que quieras..., pero yo no me atrevo a enfrentarme a esa mujer.

Cuadré los hombros, recorrí con decisión el pasillo y abrí la puerta. No era la señorita Westerman, sino una rubia platino muy bien formada que me miró furiosa.

—¿Dónde está Tristán? —gruñó con una voz tal que comprendí que esa noche habíamos de enfrentarnos a más de una arpía.

—Bueno, él... él...

—¡Oh, sé que está ahí!

Y me dio un empujón para pasar. Observé que llevaba un poco de barro en la mejilla y que tenía todo el pelo revuelto. La seguí hasta la sala, donde ella cayó sobre mi amigo.

—¡Mira estas malditas medias! —estalló—. ¡Completamente destrozadas!

Tristán le miraba nerviosamente las piernas, muy hermosas, por cierto.

—Lo siento, Lydia; te compraré otro par. De verdad que lo haré, cariño.

—¡Será mejor que lo hagas, cabrón! ¡Y no me vengas ahora con «cariño»...! No me han insultado tanto en toda mi vida. ¿A qué creías estar jugando?

—Fue todo un mal entendido. Permíteme que te explique...

Tristán se le acercó con valentía y con una sonrisa cautivadora. Pero ella se echó atrás.

—Guarda las distancias —advirtió en tono helado—. Ya he tenido bastante de ti por una noche.

Se largó a toda prisa, y Tristán apoyó la cabeza en la repisa de la chimenea.

—El fin de una amistad deliciosa, Jim —luego trató de sobreponerse—. Pero hemos de encontrar a ese perro. Vamos.

Yo partí en una dirección y él en otra. Era una noche sin luna, de oscuridad impenetrable, y buscábamos un perrito negro. Creo que ambos sabíamos que era inútil, pero teníamos que intentarlo.

En un sitio pequeño como Darrowby uno se encuentra muy pronto en pleno campo, donde la luz es inexistente y, mientras iba forzando en vano la vista por aquellos senderos invisibles, la inutilidad de la empresa se hacía más y más patente.

De vez en cuando se cruzaban nuestras órbitas de acción y oía las desesperadas llamadas de Tristán, que despertaban ecos en el paisaje desierto:

—¡Haaamish! ¡Haaamish! ¡Haaamish!

Media hora después nos reunimos de nuevo en Skeldale House. Tristán me miró interrogante y, como yo agitara negativamente la cabeza, pareció hundirse de pronto. Su pecho luchaba por respirar. Indudablemente no había dejado de correr, aunque yo me había limitado a caminar, y supongo que era bastante natural. Ambos estábamos en una situación difícil, pero el golpe final y devastador caería inevitablemente sobre Tristán.

—Bien, será mejor que nos pongamos en marcha de nuevo —dijo con dificultad y, mientras hablaba, sonó de nuevo la campanilla.

El color desapareció bruscamente de su rostro y se aferró a mi brazo.

—Esta vez sí que ha de ser la señorita Westerman. ¡Dios Todopoderoso, que ya viene!

Unos pasos rápidos sonaron en el corredor, y de pronto se abrió la puerta de la sala. Pero no era la señorita Westerman, sino Lydia otra vez. Se dirigió al sofá, rebuscó bajo los almohadones y sacó su bolso. No dijo nada; sólo lanzó una mirada furiosa de reojo a su galán antes de marcharse definitivamente.

—¡Vaya noche! —gimió Tristán llevándose la mano a la frente—. No sé si voy a poder soportar mucho más.

Durante la hora siguiente salimos una y otra vez, pero no logramos encontrar a *Hamish*, y nadie parecía haberle visto. Volví al fin para hallar a Tristán tumbado en un sillón. Tenía la boca abierta de par en par, y manifestaba todos los síntomas del agotamiento total. Agité la cabeza, él agitó la suya y en aquel momento sonó el teléfono.

Levanté el auricular, escuché un minuto y me volví hacia el joven.

—Tengo que irme, Triss. El viejo pony del señor Drew está de cólico otra vez.

Alzó una mano desde las profundidades del sillón.

—No irás a dejarme, Jim...

—Lo siento, pero no tengo más remedio. Sin embargo, no tardaré mucho. Sólo está a un kilómetro y medio.

—Pero ¿y si viene la señorita Westerman?

Me encogí de hombros.

—Pues tendrás que disculparte. Ya aparecerá *Hamish*... tal vez por la mañana.

—Oyéndote parece fácil... —se pasó una mano por el cuello—. Y otra cosa...: ¿qué hay de Siegfried? ¿Y si llega y pregunta por el perro? ¿Qué le digo?

—¡Oh, yo no me preocuparía por eso! —contesté con ligereza—. Dile únicamente que estabas demasiado ocupado en el sofá con la camarera de las Armas de Drovers para molestarte por tales minucias. Él lo entenderá.

Pero mis intentos por tomarlo a broma no tuvieron éxito. El joven me miró heladamente y encendió un Woodbine con dedos temblorosos.

—Creo que ya te lo he dicho antes, Jim, pero hay en ti una veta de crueldad muy desagradable.

El pony del señor Drew casi se había recuperado cuando llegué, pero le inyecté un suave sedante antes de volver a casa. En el camino de regreso se me ocurrió una idea y seguí por un camino que rodeaba la ciudad hasta la hilera de modernos bungalows donde vivía la señorita Westerman. Aparqué el coche y subí por el sendero del número diez.

Y allí estaba *Hamish*, en el porche delantero, cómodamente enroscado sobre la estera, y mirándome con aire de sorpresa mientras le tomaba en brazos.

—Vamos, muchacho. Tienes más sentido común que nosotros. ¿Por qué no pensaríamos antes en esto?

Le deposité en el asiento junto al mío y, al emprender la marcha, colocó las patitas en el tablero y miró con interés el camino que se abría ante los faros. Un verdadero perrito flemático.

Al llegar a Skeldale House me lo puse bajo el brazo y, cuando estaba a punto de abrir la puerta principal, me detuve. Tristán me había gastado una larga sucesión de bromas pesadas con todo éxito —falsas llamadas telefónicas, el fantasma en mi dormitorio y otras muchas— y, en realidad, aunque éramos muy buenos amigos,

jamás perdía la oportunidad de tomarme el pelo. En aquella situación, y de habernos hallado en posiciones contrarias, Tristán habría sido implacable. Apoyé el dedo en el timbre y lo mantuve allí varios segundos.

Por algún tiempo no hubo el menor sonido ni movimiento en el interior, e imaginé una figura encogida haciendo acopio de todo su valor antes de marchar a su destino. Luego se encendió la luz en el corredor y, mientras yo trataba de ver a través del cristal, una nariz apareció por el extremo más lejano seguida poco a poco por un ojo temeroso. Lentamente, fue surgiendo todo el rostro a mi vista, y cuando Tristán reconoció mi sonrisa burlona, lanzó un grito de rabia y vino corriendo por el pasillo con los puños cerrados.

Creo que en aquel estado de cólera habría llegado a atacarme, pero la vista de *Hamish* borró todo lo demás. Agarró al peludo animalito y empezó a acariciarle.

—Perrito bueno, perrito lindo —canturreó corriendo hacia la sala de estar—, ¡qué precioso eres!

Lo depositó cariñosamente en el cesto, y *Hamish* dirigió una mirada en torno que parecía decir: «Bueno, ya estamos aquí otra vez». Se tumbó de lado y se durmió inmediatamente.

Tristán se dejó caer abrumado en el sillón y me miró con ojos vidriosos.

—Estamos salvados, Jim —susurró—, pero ya no volveré a ser el mismo después de esta noche. He corrido kilómetros y kilómetros, y casi he perdido la voz a fuerza de gritar. Te digo que estoy hecho trizas.

También yo me sentía enormemente aliviado, y comprendimos lo cerca que estuvimos de la catástrofe cuando la señorita Westerman llegó al cabo de diez minutos.

—¡Oh, cariñito! —gritó cuando *Hamish* saltó hacia ella con la boca abierta y agitando furiosamente el rabito—. ¡He estado todo el día tan preocupada por ti!

Miró con expresión dubitativa la oreja con su fila de grapas.

—Parece estar mucho mejor sin aquella horrible hinchazón... ¡Y qué trabajo tan aseadito han hecho! Gracias, señor Herriot, y gracias también a usted, joven.

Tristán, que se había puesto tímidamente de pie, se inclinó un poco mientras yo la acompañaba al exterior.

—Tráigamelo dentro de seis semanas para que le quite los puntos —le dije al despedirla.

Luego volví corriendo a la sala.

—¡Siegfried acaba de aparcar el coche! Vale más que parezca como si hubieras estado trabajando.

Tristán corrió a los estantes, agarró el tomo de *Bacteriología* de Gaiger y Davis y un cuaderno, y se lanzó al sillón. Cuando su hermano entró, se hallaba totalmente enfrascado.

Siegfried avanzó hacia el fuego para calentarse las manos. Tenía el rostro sonrosado, y muy feliz.

—Acabo de hablar con la señorita Westerman. Está realmente satisfecha. Muy bien hecho, los dos.

—Gracias —dije yo, pero Tristán estaba demasiado ocupado para responder, y pasaba nerviosamente las páginas del libro a la vez que tomaba notas en el cuaderno.

Siegfried avanzó hasta ponerse a su espalda y contempló el volumen abierto.

—¡Ah, sí! La séptica del *Clostridium* —murmuró sonriendo con indulgencia—. Me parece muy conveniente que la estudies. Siempre sale en los exámenes —apoyó brevemente la mano en el hombro de su hermano—. Me alegra verte trabajando. Has ido demasiado de juerga últimamente, y eso estaba acabando contigo. Una noche de trabajo con los libros te habrá sentado muy bien —bostezó, se desperezó y se dirigió a la puerta—. Me voy a la cama. Estoy muerto de sueño —hizo una pausa, con la mano en la puerta—. ¿Sabes, Tristán?, la verdad es que te envidio. No hay nada como una buena noche de descanso en casa.



18

Cuando me dieron de alta en el hospital, yo confiaba en que me enviaran inmediatamente a ultramar, e incluso me preguntaba si podría volver a estar en contacto con mis compañeros y amigos de la escuadrilla.

Sin embargo, y con gran sorpresa por mi parte, supe que debía pasar dos semanas en una residencia para convalecientes antes de que se tomara una decisión. Dicha residencia se hallaba situada en Puddlestone, cerca de Leominster..., una mansión impresionante rodeada de hermosos jardines. Al frente de todo había una directora, una dama encantadora con la que nosotros, los aviadores afortunados, jugábamos al croquet, en absoluto un deporte violento, o dábamos paseos por los bosques. Allí resultaba fácil olvidar que estábamos en guerra. Dos semanas de tratamiento me dejaron en plena forma. Y pensé que no tardaría mucho en verme de nuevo en acción.

Al dejar Puddlestone me ordenaron volver a Manchester, y de nuevo a Heaton Park, y esta vez me parecía extraño pensar que no contaba con un solo conocido entre los miles de hombres que llenaban los barracones.

A excepción, por supuesto, del comandante que me enviara al hospital. A mi llegada tuve una entrevista con él, y el hombre no se anduvo con rodeos.

—Herriot, me temo que ya no pueda volar más.

—Pero... ya me han operado..., estoy mucho mejor...

—Lo sé, pero ya no puede clasificársele como ciento por ciento en forma. Oficialmente se le ha rebajado de graduación y usted debe comprender que los pilotos han de ser de primera clase.

—Sí... claro...

Él examinaba el expediente que tenía en la mano.

—Veo que es cirujano veterinario. Mmm... Esto presenta un problema. Por lo general, y cuando un piloto no puede volar, se le enrola en el personal de tierra, pero el suyo es un trabajo de reserva. Realmente no se le puede utilizar en otra actividad, aparte la de piloto. Sí, sí... Habrá que pensar algo...

Todo era muy impersonal, muy oficial. Aquellas simples palabras, y pronunciadas por un hombre de su categoría, no dejaban lugar a la discusión y borraban de un plumazo todo cuanto yo hubiera podido imaginar alguna vez acerca de mi futuro en la RAF.

Me sentí bastante seguro de que, si habían terminado mis días de vuelo, me desmovilizarían y, al salir de la oficina del comandante y regresar lentamente a mi barracón, al otro extremo del parque, medité sobre mi contribución al esfuerzo de guerra.

No había disparado un solo tiro contra el enemigo. Había pelado montañas de patatas, lavado incontables platos, paleado carbón, cuidado cerdos, recorrido kilómetros haciendo marchas y ejercicios sin fin y, por último —y como por arte de magia—, había aprendido a volar. Y ahora todo había sido en vano. Pasé ante el gran comedor, y la marcha de la RAF que salía por los altavoces me atronó los oídos.

La música familiar me recordó tantas experiencias y a tantos amigos, que de pronto me sentí muy solo. Deseaba tener a alguien con quien hablar. Era una nueva sensación para mí, y allí mismo, en aquel ambiente tan improbable, empecé a darme cuenta de lo mucho que disfrutaba charlando con los granjeros durante mis visitas de veterinario.

Es una de las cosas más agradables de la práctica rural, pero hay que procurar tener a la vez la mente muy atenta al trabajo entre manos, o puedes meterte en un buen lío. Y casi me veo en el mayor problema de mi vida por culpa de lo ocurrido en casa del señor Duggleby. Era éste un pequeño propietario que tenía unas cuantas cerdas, y cuidaba los lechoncillos, hasta que éstos alcanzaban su peso para la matanza, en unas zahúrdas muy rústicas tras la estación del ferrocarril, en las afueras de Darrowby.

También era un fanático del críquet, siempre rebotante de historias y anécdotas de ese deporte, y hablaba de él sin parar horas y horas, incansable.

Yo le escuchaba con mucho gusto porque también me ha fascinado siempre el críquet, aun cuando creciera en Escocia, donde apenas se juega. Al avanzar entre los lechones apenas les dedicaba una parte de mi atención..., ya que casi me creía presente en el gran campo de Headingley con los héroes de Yorkshire.

—¡Dios mío, tenía que haber visto a Len Hutton el sábado! —decía él en tono reverente—. Ciento ochenta, y sin darle la oportunidad a nadie. Era maravilloso verle —e hizo una buena imitación del golpe definitivo del gran hombre.

—Sí, me lo imagino —asentí sonriendo—. ¿Y decía usted que estos cerdos estaban cojos, señor Duggleby?

—Verá, esta mañana observé que algunos andaban a saltos y encogiendo una pata, ¿sabe? Maurice Leyland estuvo casi tan bien como Len. No tiene tanta clase como él, claro, pero ¡vaya si puede aplastarlo!

—Desde luego, ese Maurice es pequeño pero luchador —dije. Me incliné, agarré a un cerdito por la cola y le metí el termómetro en el recto—. ¿Se acuerda de él y Eddie Paynter en el partido de prueba contra Australia?

Me miró con una sonrisa soñadora.

—¿Que si lo recuerdo? ¡Por Dios, eso es algo que jamás olvidaré! ¡Vaya un día aquel!

Retiré el termómetro.

—Este animalito tiene una temperatura de cuarenta grados. Tal vez haya un poco de infección en alguna parte...; quizás en las articulaciones... —Fui palpando los miembros, pequeños y rosados—. Sin embargo, es curioso: las articulaciones no están hinchadas.

—Y me han dicho que Bill Bowes va a dejar sin bolas a Somerset cuando inicien los turnos hoy. Ésa es la meta que se propone.

—Sí, es un gran lanzador, ¿verdad? —comenté—. Me encanta ver a un buen lanzador rápido. Supongo que usted los habrá visto a todos: a Larwood, Voce, G. O. Allen y los demás.

—Pues claro que sí. Podría estarme todo el día mirándoles.

Tomé a otro de los cerditos cojos para examinarle.

—Esto es bastante raro, señor Duggleby. La mitad de los cerdos de esta zahúrda parecen cojos, pero no se ve nada.

—Sí, bueno, será eso que dice usted..., alguna enfermedad de las articulaciones. Tendrá una inyección para eso, ¿no? Y mientras se la pone le contaré que vi a Wilfred Rhodes llegar ocho veces a la meta en una sola tarde.

Llené la jeringuilla.

—De acuerdo; será mejor que les inyectemos a todos. ¿Tiene ahí un rotulador?

El granjero asintió y levantó a uno de los animalitos, que inmediatamente soltó un aullido de protesta.

—Jamás hubo otro como Wilfred —me gritó él por encima del estruendo—. Eran como las dos y media, y la meta estaba empapada de agua por la lluvia, cuando le lanzaron la pelota...

Sonreí y alcé la jeringuilla. ¡Qué bien se pasaba el tiempo escuchando esos recuerdos! Me disponía ya totalmente feliz a clavar la aguja en el muslito rosado cuando uno de los cerdos empezó a mordisquear la punta de mi bota. Bajé los ojos al círculo de criaturas que alzaban la cara para verme, alarmados por los agudos chillidos de su compañero.

Y todavía estaba pensando en Wilfred Rhodes cuando observé lo que parecía una ampollita blanca en uno de los morros levantados hacia mí. Y había otra en aquel...,

y otra... No les había visto la cara hasta ahora, porque todos habían tratado de huir corriendo de mí, pero una campanita de aviso sonó de pronto en mi mente.

Me incliné y agarré un cerdito, y al apretar aquella ampollita en el morro, un viento helado me bajó por la espalda alejando la visión grata del críquet, del sol y del césped verde. No era una ampollita; era una vesícula, una vejiga delicada que se rompió fácilmente bajo la presión de mis dedos.

Me temblaban los brazos cuando solté al cerdito y me puse a examinar a fondo las pezuñas diminutas y hendidas. Había más vejigas allí, más planas y difusas, pero todas revelaban el mismo horror.

Con la boca seca levanté otros dos animales. Todos estaban igual. Al volverme hacia el granjero me abrumó la impresión de piedad, y también de culpabilidad. Él seguía sonriendo amablemente, ansioso de continuar con su historia, y yo estaba a punto de darle la peor noticia que un veterinario puede dar a un ganadero.

—Señor Duggleby, me temo que tendré de telefonar al Ministerio de Agricultura.

—¿Al Ministerio...? ¿Para qué?

—Para decirles que tengo un caso prácticamente seguro de fiebre aftosa, de glosopeda.

—¿Glosopeda? ¡No puede ser!

—Sí, lo siento muchísimo.

—¿Está seguro?

—No me corresponde a mí mostrarme definitivo al respecto, señor Duggleby. De eso se encargará uno de los funcionarios del Ministerio... Debo telefonar inmediatamente.

No parecía el lugar más probable para encontrar un teléfono, pero el señor Duggleby era también el dueño de la carbonería vecina. Pronto estuve en comunicación con el Ministerio y hablé con Neville Craggs, uno de los funcionarios de servicio en ese momento.

—Por lo que me dices no puede ser otra cosa, por desgracia, Jim —se lamentó—. De todas maneras, quédate ahí hasta que yo llegue.

En la cocina de la granja, el señor Duggleby me miró inquisitivamente.

—Y ahora, ¿qué?

—Tendrá que aguantar mi presencia un ratito. No puedo irme hasta que sepamos el veredicto.

Guardó silencio un instante.

—¿Qué ocurrirá si es lo que usted cree?

—Me temo que habrá que sacrificar a sus animales.

—¿A todos?

—Esa es la ley... Lo siento. Pero recibirá una compensación.

Él se rascaba la cabeza.

—Sin embargo, podrían mejorar... ¿Por qué hay que matarlos a todos?

—Tiene razón —dije encogiéndome de hombros—. La mayoría de los animales se recuperan, pero la fiebre aftosa es terriblemente contagiosa. Mientras los estuviera tratando, la enfermedad se contagiaría a las granjas vecinas, y luego a toda la comarca.

—Sí, pero piense en los gastos. Esa matanza general debe costar miles de libras.

—De acuerdo, pero lo otro sería mucho más caro. Aparte los animales que murieran, piense en la pérdida de leche y de carne en vacas, cerdos y ovejas. Serían millones al año. Por suerte, Gran Bretaña es una isla.

—Supongo que tiene razón —buscó la pipa—. ¿Y está bien seguro de que eso es lo que hay aquí?

—Sí.

—Ah, bien —murmuró—. Son cosas que pasan.

Las palabras eternas de Yorkshire. Las había oído muy a menudo y en circunstancias que haría que mucha gente de ciudad, incluido yo mismo, se dieran de cabezazos contra la pared... La pequeña propiedad del señor Duggleby sería pronto un lugar silencioso y de muerte, pero él se limitaba a tomar la pipa y decir: «Son cosas que pasan...».

Al Ministerio no le costó mucho decidirse. El motivo de la infección, casi con seguridad, había sido una carne importada que el señor Duggleby no hirviera a fondo con la comida de los cerdos. Se confirmó la glosopeda y se dio el alto en todas las actividades en un radio de veinticinco kilómetros. Yo me desinfecté, desinfecté también el coche y volví a casa. Me desnudé, se llevaron mis ropas para fumigarlas y me metí en un baño caliente con antiséptico.

Echado en la bañera, me preguntaba qué podría haber ocurrido. Si se me hubiera pasado por alto la enfermedad, habría seguido alegremente mi ronda, llevando por todas partes la destrucción y el caos. Siempre me lavaba las botas antes de salir de una granja, pero ¿y el borde de mi chaqueta larga que mordisqueaban los cerditos, y la jeringuilla, incluso el termómetro? A continuación, tenía que haber ido a ver el rebaño de vacas lecheras con pedigrí de Terence Bailey...: doscientas vacas impecables, una raza mejorada a lo largo de varias generaciones. Venían extranjeros de todo el mundo a comprarlas, y yo podía haber sido la causa de su aniquilamiento.

Y el mismo señor Duggleby. Me lo imaginaba recorriendo las granjas con el carro del carbón. También él habría ido extendiendo el contagio. Lo más probable es que hubiese vendido unos cuantos cerdos en la subasta de esta semana, llevando la enfermedad mortal por todo Yorkshire, y más allá. Bien claro se veía que podíamos haber iniciado una catástrofe de gran magnitud..., un desastre de importancia nacional que hubiese supuesto millones de pérdidas.

De no ser por el hecho de que ya estaba sudando, habría roto a sudar ahora sólo de pensarlo. Porque me habría unido al desgraciado grupo de veterinarios que habían pasado por alto una enfermedad como la glosopeda.

Conocía a algunos, y mi corazón sangraba al pensar en ellos. ¡Podía suceder con tanta facilidad! Hombres muy ocupados que tratan de examinar a los animales que luchan y cocean en edificios oscuros, pensando a la vez en la lista de visitas que les esperan. Y otros albures: lo inesperado de la situación, un caso que no resulta típico o una distracción. Mi distracción había sido el criquet, y casi había originado mi caída. Pero logré evitarla y, hundiéndome más aún en el agua caliente, recé una plegaria silenciosa de gratitud.

Más tarde, tras el cambio completo de ropas e instrumentos, continué mi ronda y, al entrar en el gran establo de Terence Bailey, comprendí de nuevo mi buena suerte. Las filas de animales hermosos, meticulosamente limpios, las ubres firmes y elevadas colgando entre las corvas, las cabezas delicadas, las patas finas hundidas en la paja... eran la viva imagen de la perfección bovina y, además, totalmente irreemplazables.

Una vez se confirma la fiebre aftosa en un distrito, sobreviene un período tenso de espera. Los granjeros, los cirujanos veterinarios y, sobre todo, los funcionarios del Ministerio, están a la expectativa preguntándose si habrá habido algún contagio antes del diagnóstico, preparándose para el aviso telefónico que anuncia la temida catástrofe que puede destrozar sus vidas.

Para los habitantes de la ciudad, una epidemia de fiebre aftosa o glosopeda es algo remoto que leen en la prensa. Para la gente del campo significa la transformación de las granjas y campos tranquilos en hornos crematorios y piras funerarias. Significa el sufrimiento y la ruina.

Seguíamos esperando en Darrowby. A medida que iban pasando los días sin que el teléfono nos diera noticias de animales cojos o que insalivaban en exceso, llegamos a creer que el episodio de Duggleby era lo que habíamos esperado: un caso aislado originado por unos cuantos trocitos de carne importada.

Yo casi me bañaba en desinfectante en todas las granjas, lanzando una fuerte solución de Lysol sobre mis botas y ropas protectoras, de modo que el coche apestaba y todos arrugaban la nariz en cuanto yo entraba en una tienda, en correos o en el banco.

Al cabo de casi dos semanas había empezado a sentirme razonablemente seguro, pero cuando recibí una llamada de la famosa granja Bailey, sentí una premonición de temor.

Era el mismo Terence Bailey en persona.

—¿Quiere venir a ver una de mis vacas, señor Herriot? Tiene ampollas en una de las ubres.

—¿Ampollas? —casi se me paró el corazón—. ¿Está babeando? ¿Cojea?

—No, no; sólo son esas asquerosas ampollas. Parecen llenas de líquido.

No podía hablar cuando dejé el teléfono. Una «asquerosa ampolla» bastaría. A veces empezaba así en las vacas. Salí corriendo hacia el coche, y durante el viaje mi

mente seguía revolviéndose como un pájaro atrapado.

La de Bailey era la granja que visitara directamente después de la de Duggleby. ¿Sería posible que hubiera llevado el contagio yo mismo? Pero el cambio de ropa, el baño, el termómetro y los instrumentos desinfectados... ¿Qué más podía haber hecho? ¿Y las ruedas del coche? Bueno, también las había desinfectado. Era imposible que yo tuviera la culpa, y sin embargo..., sin embargo...

Me recibió la esposa del señor Bailey.

—Me fijé en esa vaca cuando la estaba ordeñando esta mañana, señor Herriot.

El rebaño todavía se ordeñaba a mano, y según la tradición de una buena familia de trabajadores, la señora Bailey compartía la tarea por la noche y por la mañana con su marido y los empleados de la granja.

—En cuanto le agarré las ubres comprendí que la vaca estaba inquieta —continuó—. Entonces vi que tenía muchas ampollas pequeñas y una grande. Conseguí ordeñarla y la mayoría de las ampollas se reventaron; pero la grande aún sigue allí.

Me incliné a examinar ansiosamente la ubre. Tal y como decía..., muchas ampollitas rotas y una grande, intacta y oscilante. Todo resultaba horriblemente evocador, de modo que, sin decir nada, pasé junto a la vaca, la agarré por el morro y le hice volver la cabeza. Le abrí la boca y examiné desesperadamente los labios, las mejillas, las encías. Creo que me habría desmayado de encontrar algo, pero todo estaba limpio y normal.

Le levanté las dos patas delanteras por turno, fregoteándole las pezuñas con agua y jabón... Nada. Até una cuerda a una de las patas traseras, la pasé sobre una viga y, con ayuda de uno de los hombres, alcé la pata. Más fregoteo..., más examen... Nada. Lo mismo ocurrió con la otra pata trasera. Cuando terminé sudaba a chorros, pero no había adelantado nada.

Le tomé la temperatura y la encontré un poco alta. Luego empecé a caminar de un lado a otro por el establo.

—¿Algún problema con las demás vacas? —pregunté.

La señora Bailey agitó la cabeza.

—No, sólo con ésta —era una mujer hermosa, de unos treinta años, con el rostro colorado y curtido de los que trabajan al aire libre—. ¿Qué opina usted?

No me atrevía a decírselo. Tenía una vaca con ampollas en las ubres en el mismo centro de un distrito sometido a vigilancia por temor al contagio de la glosopeda. Yo no podía correr riesgos. Había de llamar al Ministerio.

Pero ni aun entonces fui capaz de pronunciar las palabras terribles. Lo único que conseguí decir fue:

—¿Puedo usar el teléfono, por favor?

Pareció sorprendida, pero luego me sonrió.

—Sí, claro. Pase a la casa.

Mientras recorría el establo contemplé de nuevo las hermosas vacas y, más allá del patio, los corrales donde se hallaban las novillas y los terneros en sus casillas.

Todos ellos con la sangre de Bailey, lograda y perfeccionada a lo largo de varias generaciones de cuidadosa selección y cría. Pero los matarifes profesionales no respetan tales cosas y, si mis temores se realizaban, una rápida serie de *bang-bangs* acabaría con todos ellos en un par de horas.

Entramos en la cocina de la granja y la señora Bailey me indicó la puerta al otro extremo.

—Ahí encontrará el teléfono, en la habitación delantera.

Me quité las botas de goma y estaba cruzando la cocina, los pies sólo cubiertos por los calcetines, cuando casi fui a caer sobre Giles, el precioso bebé de la familia, un crío de un año que se me metió entre las piernas. Me incliné a retirarle de en medio y él alzó la carita y me sonrió con una sonrisa amplia y desdentada.

Su madre se echó a reír.

—Mírelo. Es un diablillo, y eso que el brazo le duele bastante desde que le vacunaron contra la viruela.

—Pobrecillo —dije distraído, acariciándole la cabecita al abrir la puerta, pensando ya en la conversación que iba a seguir. Había dado unos cuantos pasos sobre la alfombra, más allá del umbral, cuando me detuve en seco. Di la vuelta y entré de nuevo en la cocina—. ¿Dijo usted que le han vacunado contra la viruela?

—Sí. Hemos vacunado a todos nuestros hijos en cuanto cumplían su edad, pero los otros jamás reaccionaron así. Tengo que cambiarle las vendas todos los días.

—Que le cambia las vendas... y ¿fue usted la que ordeñó a esa vaca?

—Sí, claro.

Un rayo de luz brilló de pronto inundando de sol mi mundo oscuro y turbado. Volví a la cocina, cerrando la puerta a mis espaldas.

La señora Bailey me miró un instante en silencio, y luego habló en tono vacilante:

—¿No quería llamar por teléfono?

—No... no... —contesté—. He cambiado de opinión.

—Ya —alzó las cejas y pareció desconcertada. Pero sonrió de nuevo y tomó la tetera—. Bueno, entonces tal vez quiera beberse una taza de té.

—Gracias, será estupendo —dije, y me dejé caer muy dichoso en una de las sillas duras de madera.

La señora Bailey puso el agua al fuego y entonces se volvió.

—A propósito, todavía no me ha dicho qué le pasa a esa vaca.

—Sí, claro, lo siento —dije en tono ligero, como si se me hubiera olvidado mencionarlo—. Sólo tiene una erupción pustulosa. Y la verdad es que usted fue quien se la contagió.

—¿Que yo...? ¿Qué quiere decir?

—Verá, la vacuna que usan para los niños se hace con el virus de la vaca. Y usted la transportó en sus propias manos, desde el niño hasta el animal.

Y sonreí, disfrutando de aquel gran momento. Abrió la boca y luego se echó a reír.

—¡Oh, Señor! No sé qué va a decir mi marido. Jamás había oído algo semejante —se miraba los dedos poniéndolos ante los ojos—. Y además, ¡con lo cuidadosa que soy siempre! Pero he estado un poco atareada, con lo del brazo del bebé.

—Bueno, no tiene importancia. Llevo en el coche un ungüento que se lo curará casi en seguida.

Tomé el té observando las actividades de Giles. En unos minutos había originado el mayor caos en la cocina, y en este instante se hallaba felizmente ocupado en vaciar todo el contenido del armario del rincón. Doblando en dos, el pequeño traserito apuntando al aire, arrojaba cazuelas, tapaderas y cepillos a sus espaldas con intensa concentración, hasta que el armario estuvo vacío. Entonces, al mirar en torno en busca de más diversión, se vino directamente hacia mí sobre unas piernecitas vacilantes.

Los dedos de mis pies, sólo cubiertos con los calcetines, parecían fascinarle, y cuando los agité ante sus ojos, trató de agarrarlos con sus manitas gordezuelas. Cuando al fin consiguió atrapar el dedo gordo, levantó de nuevo la vista hacia mí con otra sonrisa muy amplia, en la que brillaban cuatro dientecitos.

Le devolví la sonrisa con sincero afecto mientras me invadía el alivio. Y no porque me sintiera agradecido...; es que realmente apreciaba al crío. Y aún sigo apreciando a Giles. Es uno de mis clientes, un granjero corpulento, ya casado y con hijos, que siente un gran afecto y conoce muy bien a las vacas de pedigri, y que conserva la misma sonrisa amplia, sólo que ahora hay unos cuantos dientes más en su boca.

Pero nunca sabrá que por culpa de su vacuna de la viruela casi me dio a mí un ataque al corazón.



19

Miré a mi alrededor el montón de botas, las pilas de camisas, las hileras de estantes y casillas vacías. Estaba empleado en los almacenes de Heaton Park, prueba viviente de que a la RAF se le había presentado un buen problema.

La gran máquina de guerra seguía funcionando con bastante suavidad para este momento, enviando en corriente constante aviadores, pilotos y técnicos de navegación, o dedicándoles a trabajos distintos si no conseguían el título. Y sonaba como una maquinita bien engrasada, mientras nada turbara su ritmo.

Pero yo era como un granito de arena entre las ruedas, y a lo largo de varias entrevistas deduje que estaba originando cierto grado de desconcierto a la administración. No es que vaya a creer que el señor Churchill perdiera el sueño por mí, pero, como no se me permitía volar y no podían destinarme al personal de oficinas, indudablemente les suponía una molestia. Nadie parecía haber tropezado antes con un veterinario en tierra.

Por supuesto era inevitable que me enviaran de regreso a mi práctica rural, pero yo suponía que a la RAF le costaría algún tiempo devolverme a la vida civil. Por lo visto había que seguir todos los trámites y pasos, aunque algunos de ellos me parecieran carentes de significado.

Una de esas entrevistas tuvo lugar con tres oficiales. Fueron muy amables y se sentaron ante una mesa, sonrientes, amistosos, deseosos de tranquilizarme. Creo que su tarea consistía en descubrir qué empleo en tierra sería el más adecuado para mí. Supongo que probablemente serían psicólogos, y me hicieron todo tipo de preguntas, asintiendo y sonriendo amablemente a cada respuesta.

—Bueno, Herriot —dijo el oficial del centro—, vamos a hacerle pasar por una serie de tests de aptitud. Durará dos días, a partir de mañana, y creo que a su término

sabremos todo lo referente a usted —se echó a reír—. No hay por qué preocuparse. A lo mejor incluso disfruta con ello.

En realidad, sí que disfruté. Llené largos formularios con mis respuestas, dibujé diagramas, coloqué absurdas piezas de madera en sus respectivos agujeros. Fue divertido.

Hube de esperar otros dos días antes de que me llamaran de nuevo ante el tribunal. Los tres se mostraron un poco más encantadores aún, y esta vez me pareció advertir en ellos un aire de excitación reprimida. Todos sonreían ampliamente cuando habló el del centro.

—Herriot, hemos descubierto algo acerca de usted.

—Ah, ¿sí?

—Sí, ya lo creo. Hemos descubierto que tiene una notable aptitud para la mecánica.

Le miré fijamente. Aquello era ridículo porque si alguna vez ha existido un completo idiota para la mecánica, ese es J. Herriot. Siento un odio feroz por las máquinas, ruedas, pistones, cilindros y tuercas. No sé arreglar nada, y si algún mecánico de garaje ha intentado darme alguna explicación, les aseguro que no la he comprendido.

Se lo dije así a los oficiales, y las tres sonrisas quedaron estereotipadas en sus rostros.

—Pero, con seguridad —dijo el de la izquierda—, ha de conducir un coche en el curso de su trabajo profesional.

—Sí, señor. He conducido uno durante años, pero sigo sin saber cómo funciona, y si se me para tengo que gritar hasta que acuden a ayudarme.

—Comprendo, comprendo.

Las sonrisas eran débiles ahora, y las tres cabezas se unieron para una consulta en susurros.

Finalmente, el del medio se inclinó sobre la mesa.

—Mire, voy a decirle algo, Herriot. ¿Qué le parecería si le nombráramos meteorólogo?

—Estupendo —contesté.

Simpatizaba con ellos, ya que indudablemente eran muy amables, pero desde entonces jamás he tenido fe en los tests de aptitud.

Por supuesto, no tenía la menor oportunidad de llegar a ser meteorólogo, y supongo que así fui a parar a los almacenes, donde transcurrió uno de los períodos más pintorescos de mi vida; por suerte, breve, aunque muy agitado. Me habían dicho que me presentara al cabo Weekes en los almacenes, y allá me dirigí por el laberinto de caminos de Heaton Park, lleno ahora de gentes extrañas.

El cabo Weekes era gordo y me lanzó una rápida mirada de arriba abajo con ojos calculadores.

—Herriot, ¿eh? Bueno, creo que podrá ser útil por aquí. Realmente no hay mucho que hacer. Éste no es uno de los departamentos principales... Nos dedicamos más que nada a la lavandería y las reparaciones de botas.

Mientras hablaba, entró un joven rubio y se presentó:

—Soy el cabo Morgan. Vengo a buscar mis botas. Necesitaban medias suelas.

Weekes hizo un gesto con la cabeza y así le eché la primera ojeada al montón de botas.

—Ahí están. Tendrán su etiqueta.

El joven se quedó algo sorprendido, pero pasó tras el mostrador y empezó a registrar entre los centenares de objetos negros e idénticos. Le llevó casi una hora encontrar sus botas, mientras el cabo seguía fumando sin demostrar el menor interés. Cuando al fin logró desenterrarlas, Weekes tachó su nombre de una lista muy larga sin pronunciar una palabra.

—Esto es precisamente lo que va a hacer usted —me dijo luego—. Nada de importancia.

Y no exageraba. No había vida en aquel departamento. Sólo necesité un par de días para percatarme de la existencia tan cómoda que se había organizado Weekes. La administración de un almacén es un trabajo honorable, pero no como lo hacía él. Los innumerables compartimientos, nichos y casillas que cubrían los muros del barracón estaban marcados con letras o números, e indudablemente las botas y camisas que ingresaban allí debían almacenarse en orden para una entrega más fácil y rápida. Pero eso hubiera implicado trabajo, y sin duda el cabo sentía aversión por esa palabra.

Cuando llegaban las botas ya reparadas se amontonaban en el centro de la barraca, y los paquetes de ropa limpia, atados con un cordel, iban poniéndose en pilas —siempre la camisa encima— hasta que formaban un túmulo azul que casi llegaba al techo.

Al cabo de tres días ya no pude soportarlo más.

—Mire —le dije—, se me haría más corto el tiempo si tuviera algo en que ocuparme. ¿Le importa que empiece a colocar todas esas cosas en los estantes? La entrega sería luego mucho más fácil.

Weekes siguió con la vista clavada en la revista que leía —era un lector ávido— y al principio creí que no me había oído. Luego se pasó el cigarrillo a la comisura con un movimiento de la lengua y me miró a través del humo.

—A ver si se le mete esto en la cabeza, amigo —gruñó—. Si yo quisiera que... se hiciera algo... ya se lo diría. Yo soy el jefe aquí, y yo daré las... órdenes, ¿de acuerdo? —y siguió leyendo la revista.

Volví a dejarme caer en la silla. No cabía duda de que había ofendido a mi vigilante, y que habría de dejar las cosas como estaban.

Pero «vigilante» no es el nombre adecuado para Weekes porque al día siguiente, después de un último lavado de cerebro en el que dejó bien claro de que el procedimiento no debía alterarse en absoluto, desapareció y, a excepción de unos minutos cada mañana, ya no volví a verle por allí. Yo no tenía otra cosa que hacer que sentarme tras el mostrador de madera y apuntar las entradas y salidas de botas y camisas, por lo que llegué a tener la impresión de que era una de tantas personas desplazadas que había ido a caer bajo sus garras.

Me resultaba muy violento ver a los muchachos registrando en busca de sus pertenencias y me convencí para siempre de la infinita tolerancia de la raza británica. Puesto que yo estaba al frente del departamento, sin duda me juzgaban responsable de su organización, pero, aunque mi rango fuera inferior al suyo, nadie me atacó físicamente. La mayoría de los chicos murmuraban y gruñían mientras registraban en los montones, y un hombretón se acercó un día al mostrador y dijo: «Asqueroso vago, ¡ya podías haber ordenado todas estas botas en vez de estar ahí sentado sobre el trasero!», pero ni siquiera me dio un puñetazo en la nariz, cosa que me dejó maravillado.

Sin embargo, la idea de que gran número de jóvenes decentes compartían su opinión me resultaba incómoda, y descubrí que estaba desarrollando la costumbre de sonreír constantemente a fin de congraciarme con ellos.

La única ocasión en que casi me lincharon fue una tarde en la que se presentó allí una verdadera multitud. Se había concedido inesperadamente un permiso general, y cientos de hombres se reunieron en el espacio cubierto de cemento y césped que se extendía ante el barracón. Querían su ropa limpia... y a toda prisa, porque habían de tomar los trenes respectivos.

Por un momento me dominó el pánico. No podía permitir que entraran todos a la vez a buscar su camisa. Entonces tuve una inspiración. Agarré un puñado de paquetes de la mesa y grité el nombre que se leía en la etiqueta:

—¡Walters!

Y de algún punto entre el montón de cabezas respondió una voz ansiosa:

—¡Aquí!

Localicé el lugar del grito, levanté el paquete entre el pulgar y el índice y, con un fuerte giro de la muñeca, lo envié volando sobre la multitud.

—¡Reilly!

—¡Aquí!

—¡McDonald!

—¡Aquí!

—¡Gibson!

—¡Aquí!

Ya iba adquiriendo práctica y lanzaba los paquetes azules sin el menor error hacia sus propietarios, pero era un método de distribución muy lento. Y de vez en cuando ocurría un desastre, cuando los cordeles se soltaban en el aire enviando un montón de

cuellos sobre los rostros alzados. A veces incluso se escapaban las camisas del paquete y caían a tierra.

No pasó mucho tiempo sin que las voces dejaran de ser simplemente ansiosas para tornarse coléricas. Mientras mis proyectiles planeaban y caían, ellos me lanzaban insultos a su vez.

—¡Me has hecho perder el tren, imbécil!

—¡Maldito cabrón, habría que encerrarte!

Y cosas aún más fuertes, que no me atrevo a repetir aquí, pero recuerdo especialmente a un joven que, tras recoger su ropa limpia de aquel suelo asqueroso, se acercó a mí con paso rápido. Su rostro estaba a muy pocos centímetros del mío. A pesar de la rabia que le desfiguraba, comprobé que era un rostro amable y bondadoso. Parecía un muchacho bien educado, de los que no sueltan palabrotas siquiera, pero al clavar los ojos en mí le temblaban los labios y se le contraían las mejillas.

—Esto es... —tartamudeó— esto es un... ¡sistema de *bastardos*!

Escupió las palabras y se alejó.

Por supuesto, yo estaba completamente de acuerdo con él, pero seguí lanzando tercamente los paquetes mientras, allá en el fondo de mi cerebro, una voccecita se preguntaba cómo James Herriot, miembro del Colegio Real de Veterinaria y piloto adiestrado, había llegado a meterse en aquel lío.

Al cabo de una hora, apenas se veía una reducción apreciable en aquella muchedumbre, y tuve conciencia de la creciente inquietud que se reflejaba en la confusa masa de rostros expectantes.

De pronto, como si todos se hubieran puesto de acuerdo, la muchedumbre cayó sobre mí en una oleada. Me eché atrás agarrando un puñado de camisas, convencido de que había llegado la hora del linchamiento; pero mis temores carecían de base. Lo único que deseaban era un reparto más rápido; de modo que una docena de chicos saltaron el mostrador, se pusieron junto a mí y empezaron a seguir mi ejemplo.

Si los proyectiles habían volado antes de uno en uno sobre sus cabezas, ahora se oscurecía el cielo con los objetos volantes. Las colisiones en el aire eran frecuentes. Caían los cuellos, volaban los pañuelos, y los calzoncillos se posaban con delicadeza. Por fin, tras un período de caos que pareció una eternidad, el último piloto recogió su ropa limpia y tirada por allí, y se marchó tras lanzarme una mirada de odio.

Me quedé solo en la barraca con el triste convencimiento de que mi prestigio estaba por los suelos, y la no menos triste convicción de que la RAF seguía sin saber qué hacer conmigo.



20

De vez en cuando se aliviaba mi estancia en aquel limbo cuando tenía permiso para salir del campamento e ir a la ciudad de Manchester. Y supongo que el hecho de ser un padre novato era lo que me hacía observar los cochecitos de niño que circulaban por las calles. Casi siempre era una mujer la que empujaba el cochecito, pero en ocasiones también veía hacerlo a un hombre.

Imagino que no es demasiado raro ver a un hombre empujando a un cochecito de niño por la ciudad, pero, en un camino solitario de los páramos, la cosa despierta cierta curiosidad. En especial si lo que va en el cochecito es un perro grande.

Eso fue lo que vi una mañana en las colinas sobre Darrowby, por lo que mengüé la marcha al pasar a su lado. Ya había observado antes aquella extraña combinación —en varias ocasiones y durante las últimas semanas—, y era indudable que el hombre y el perro se habían trasladado hacía poco al distrito.

Cuando pasé lentamente junto a él en el coche, el hombre se volvió, sonrió y me saludó con la mano. Era una sonrisa de dulzura extraña en un rostro muy moreno. «Un hombre de unos cuarenta años», pensé; la piel del cuello muy curtida, con una camisa rayada algo desvaída, sin cuello ni corbata, abierta sobre un pecho desnudo a pesar del día tan frío.

No pude por menos de preguntarme quién o qué sería. Su vestimenta —una chaqueta deportiva muy vieja, pantalones de pana y botas fuertes— no me daba ninguna pista. Tal vez algunos le habrían calificado de vagabundo vulgar, pero ponía un aire enérgico y decidido que no encajaba en ese término.

Bajé la ventanilla y el viento helado de un marzo de Yorkshire me mordió las mejillas.

—Hace fresco esta mañana —comenté.

El hombre pareció sorprendido.

—Sí —contestó al cabo de un instante—, supongo que corta un poco.

Miré el cochecito viejo y manchado de herrumbre y al animal sentado en su interior; era un perro de caza, con mezcla de galgo, que me devolvió la mirada con gran dignidad.

—Un perro estupendo —dije.

—Sí, es *Jake* —el hombre sonrió de nuevo, mostrando unos dientes impecables— y es magnífico.

Hice un gesto de despedida y continué. Por el retrovisor seguí viendo la figura gruesa que marchaba briosamente, la cabeza muy alta, los hombros cuadrados y, como una estatua en el centro del cochecito, el pelaje moteado de *Jake*.

No tuve que esperar mucho para tropezar de nuevo con aquella pareja tan extraña. Estaba examinando los dientes de un caballo de tiro en el patio de una granja cuando, en la colina más allá del establo, vi una figura arrodillada junto a un muro de piedra. Y a su lado el cochecito y el perrazo, sentado esta vez pacientemente en la hierba.

—¡Eh, un momento! —y señalé la colina—. ¿Quién es ése?

El granjero se echó a reír.

—Es Roddy Travers. ¿Le conoce?

—No, no. Crucé unas palabras con él en el camino el otro día; eso es todo.

—Claro, en el camino —asintió con aire comprensivo—. Ahí es donde puede encontrar siempre a Roddy, desde luego.

—Pero ¿quién es en realidad? ¿Y de dónde proviene?

—Pues es de algún lugar de Yorkshire, pero no sé exactamente de dónde, ni creo que lo sepa nadie. Sin embargo, le diré una cosa...: es un tipo muy mañoso y capaz de arreglar lo que sea.

—Sí —asentí observando cómo iba disponiendo las piedras aplanadas para reparar un hueco en el muro—. No hay muchos capaces de llevar a cabo lo que él está haciendo ahora.

—Es cierto. Reparar esos muros de piedra es un trabajo de artesanos, y agotador, pero Roddy es muy diestro. Y capaz de hacerlo todo: cuidar los setos, cavar, ocuparse del ganado...; lo que sea.

Alcé el raspador de dientes y empecé a frotar unos cuantos ángulos, salientes en exceso, de los molares del caballo.

—¿Y cuánto tiempo se quedará aquí?

—¡Oh! Cuando haya terminado ese muro se largará. Me gustaría que me ayudara por algún tiempo, pero jamás se queda demasiado en el mismo sitio.

—¿No tiene un hogar en alguna parte?

—No, no —el granjero se rió de nuevo—. Roddy no tiene nada. Todo lo que posee es ese cochecito.

Durante las semanas siguientes, cuando la primavera empezaba a suavizarse y el sol abría grandes manchas de primulas brillantes en las riberas cubiertas de hierba, vi a Roddy con bastante frecuencia, en ocasiones en los caminos, de vez en cuando trabajando con una azada en las zanjas que bordeaban los campos, *Jake* siempre estaba con él, saltando a su lado u observándole trabajar. Pero no volvimos a hablar de nuevo hasta el día en que empecé a inyectar a las ovejas del señor Pawson contra una grave infección de los riñones.

Había trescientos animales que tratar, y me los iban entrando en grupos en un redil pequeño donde Roddy los agarraba y mantenía sujetos de uno en uno. Comprobé que también era experto en esa tarea. Las ovejas salvajes de las colinas cruzaban junto a él con la velocidad del rayo, pero Roddy las agarraba sin esfuerzo por el vellón, a veces en el aire, y les levantaba la pata delantera para exponer el área limpia de piel tras el codillo que la naturaleza parece haber dispuesto para la aguja del cirujano veterinario.

Fuera de las laderas barridas por el viento, el perrazo estaba sentado muy tieso en su postura típica, mirando con leve interés a los perros de la granja que andaban merodeando en torno de los rediles, pero sin interferir en sus actividades en absoluto.

—Lo tiene muy entrenado —le dije.

—Sí —respondió Roddy sonriendo—. Nunca verá a *Jake* entre las piernas ni molestando a la gente. Sabe que tiene que sentarse ahí hasta que yo termine, y ahí se está.

—Y por su aspecto yo diría que muy satisfecho —miré de nuevo al perro, la viva imagen de la felicidad—. Debe de llevar una vida maravillosa, viajando a todas partes con usted.

—En eso tiene mucha razón —intervino el señor Pawson al meter otro montón de ovejas en el redil—. No tiene ni una preocupación en el mundo. Como su dueño.

Roddy nada dijo, pero mientras las ovejas entraban en tropel, se incorporó e inspiró profundamente. Había estado trabajando sin parar, y el sudor le caía a chorros desde la frente. Sin embargo, al mirar la amplia extensión de páramos y valles, la serenidad se reflejó en su rostro. Al cabo de unos instantes habló:

—Supongo que eso es cierto. *Jake* y yo no tenemos ninguna preocupación.

El señor Pawson sonrió maliciosamente.

—En la vida has dicho nada más cierto, Roddy. Ni esposa, ni hijos, ni seguros de vida, ni problemas con el banco... Pienso que debes llevar una existencia muy pacífica.

—Supongo que sí —admitió Roddy—. Pero tampoco tengo dinero.

El granjero le lanzó una mirada escrutadora.

—¡Ah! ¿Qué te parece eso, entonces? ¿No te sentirías un poco más seguro si, por ejemplo, tuvieras algo de dinerito ahorrado?

—No, no. Uno no puede llevarlo siempre encima por los caminos, y mientras un hombre pueda ir por ahí pagando lo que necesita, ya tiene bastante.

No había nada original en las palabras, pero se me han quedado grabadas toda la vida porque sus labios las pronunciaron con una seguridad absoluta.

Cuando hube terminado con las inyecciones, y de nuevo enviamos a las ovejas a trotar felizmente por los campos abiertos, me volví a Roddy.

—Bien, muchas gracias. Mi trabajo es mucho más fácil y rápido si tengo a alguien que me las agarre tan bien como usted —saqué un paquete de Gold Flake—. ¿Quiere un cigarrillo?

—No, gracias, señor Herriot. No fumo.

—Ah, ¿no?

—No... y tampoco bebo.

Me ofreció su amable sonrisa y de nuevo tuve la impresión de una gran pureza física y mental. Nada de alcohol ni tabaco, una vida de movimiento constante al aire libre, ninguna posesión material, ni ambiciones...; todo se leía en aquellos ojos limpios, en la piel sana y el cuerpo duro y musculoso. No era muy corpulento, pero parecía indestructible.

—Vamos, Jake, es hora de comer —dijo, y el gran perro de caza se levantó de un salto, encantado.

Me incliné a hablarle y *Jake* respondió agitando no sólo el rabo sino todo el cuerpo, su rostro muy amistoso al mirarme.

Acaricié la larga cabeza puntiaguda y le rasqué en las orejas.

—Es precioso, Roddy..., un perro magnífico, como usted dijo.

Fui a la casa a lavarme las manos y, antes de entrar, me volví a mirarlos. Estaban los dos sentados al abrigo de la pared, y Roddy sacaba un termo y un paquete de comida mientras *Jake* le observaba intensamente. La fuerte luz del sol caía ahora sobre ellos y el muro les resguardaba del viento. Parecían muy cómodos y en paz.

—Es independiente, ¿sabe? —dijo la esposa del granjero mientras me acercaba a la pila de la cocina—. A nosotros nos gustaría que entrara a comer aquí, pero él prefiere quedarse fuera con el perro.

Asentí.

—¿Y dónde duerme cuando va así, de granja en granja?

—¡Oh, en cualquier lado! En los graneros, a veces al aire libre, pero cuando está con nosotros se instala ahí arriba, en uno de los cuartos. Y sé muy bien que cualquiera de los granjeros estaría dispuesto a dejarle dormir en la casa, porque siempre se mantiene muy limpio.

—Comprendo —comenté, echando mano de la toalla que colgaba tras la puerta—. Es todo un personaje, ¿no?

Sonrió pensativamente.

—Desde luego. ¡Siempre solo con su perro! —alzó del fogón un plato fragante de jamón cocido y lo dejó sobre la mesa—. Pero voy a decirle una cosa: es un gran

hombre. Todo el mundo apreciaba a Roddy Travers..., un hombre tan bueno...

Se quedó por el distrito de Darrowby todo el verano y me habitué a verlo en las granjas o empujando su cochecito por los caminos. Cuando llovía se ponía una vieja gabardina muy larga, pero en otras ocasiones siempre vestía la chaqueta de golf y los pantalones de pana. No sé cómo habría ido reuniendo aquel guardarropa. Lo más seguro es que no hubiera estado en un campo de golf en la vida, y ese era otro de los pequeños misterios de aquel hombre.

Le vi una mañana temprano por un sendero de las colinas, a primeros de octubre. Durante la noche había helado, y los pastos abundantes tras los muros estaban cubiertos por un manto blanco e impecable, todas las hojitas de hierba tiesas y duras por la escarcha.

Yo iba abrigado hasta las cejas y había tenido que golpearme las manos contra las rodillas para desentumecerlas, pero cuando bajé la ventanilla, lo primero que vi fue el pecho desnudo bajo aquella camisa desabrochada y sin cuello.

—Buenos días, señor Herriot, me alegro de verle —se detuvo y me dedicó una sonrisa serena—. Aún tengo trabajo para un par de semanas al otro lado de la carretera, y luego me iré.

—Comprendo —le conocía ahora lo suficiente para no preguntarle a dónde se iría. En cambio, miré a *Jake*, que olisqueaba la hierba—. Veo que hoy se ha decidido a caminar.

Roddy se echó a reír.

—Sí, a veces le gusta caminar y otras prefiere ir en el coche. Hace lo que quiere.

—De acuerdo, Roddy. Sin duda nos veremos de nuevo. Buena suerte.

Hizo un ademán de despedida y se largó a toda prisa sobre el camino helado, mientras yo sentía que con aquel hombre se iba algo importante de mi vida.

Pero me equivocaba. Aquella misma noche, hacia las ocho, sonó el timbre de mi puerta. Fui a abrir y encontré a Roddy en los escalones de la entrada. Tras él, apenas visible en la helada oscuridad, estaba el ubicuo cochecito.

—Quiero que vea a mi perro, señor Herriot —dijo.

—Pues, ¿qué le ocurre?

—No lo sé exactamente. Tiene como ataques... y se desmaya.

—¿Que se desmaya? Eso no me parece propio de *Jake*. De todas maneras, ¿dónde está?

Señaló a sus espaldas.

—Muy bien —abrí del todo la puerta—. Éntrelo.

Roddy consiguió subir con destreza el viejo vehículo herrumboso por los escalones y lo empujó, crujiendo y rechinando a lo largo del corredor, hasta el consultorio. Allí, bajo las luces brillantes, quitó la cubierta y retiró las mantas con que viera a *Jake* tendido en el coche.

Apoyaba la cabeza en la gabardina ya familiar, y en torno de él se hallaban las posesiones de su amo: un lío de ropa atado con un cordel en el que iba otra camisa y

calcetines; un paquete de té; un termo; un cuchillo y una cuchara; y una vieja mochila del ejército.

El gran animal alzó hacia mí unos ojos asustados y, cuando le acaricié, sentí que todo su cuerpo temblaba.

—Deje que siga descansando ahí un momento, Roddy, y cuénteme con exactitud lo que ha visto. —Se frotó las manos pensativamente, y sus dedos temblaban.

—Bueno, todo empezó esta tarde. Estaba tan pimpante como siempre, saltando por la hierba, cuando le dio una especie de ataque.

—¿Qué quiere decir?

—De pronto dio un salto muy brusco y cayó de lado. Se quedó así un momento, jadeando y temblando. Le digo que creí que iba a morir.

Sus ojos se agrandaban y la boca le temblaba al recordarlo.

—¿Cuánto duró eso?

—Sólo unos segundos. Luego se incorporó, y se diría que no le había pasado nada.

—Pero ¿volvió a ocurrir?

—Sí, una y otra vez. Casi me volvió loco. Pero en los intermedios estaba normal. ¡Normal, señor Herriot!

Aquello, por desgracia, me parecía el principio de una epilepsia.

—¿Cuántos años tiene? —le pregunté.

—Cumplió cinco el febrero pasado.

Entonces, era un poco viejo para eso. Tomé el estetoscopio y le ausculté el corazón. Escuché con gran intensidad, pero sólo oí el latir furioso de un animal asustado. No había nada anormal. Y el termómetro no demostraba una subida de temperatura.

—Vamos a ponerlo en la mesa, Roddy. Sosténgale usted por la parte trasera.

El perrazo estaba como muerto en nuestros brazos cuando lo depositamos en la superficie pulida de la mesa, pero, al cabo de unos segundos, miró tímidamente en torno y se incorporó con un movimiento cuidadoso. Mientras le observábamos, acercó el rostro al de su amo y se lamió el rabo, agitando entre sus patas.

—¡Mírelo! —exclamó el hombre—. Ya está bien de nuevo. Se diría que no le duele nada.

Y en realidad *Jake* recobraba la confianza rápidamente. Miró dubitativamente al suelo unas cuantas veces y de pronto saltó, trotó hacia su amo y le puso las patas en el pecho.

Yo observaba al perro ahora de pie y agitando furiosamente la cola.

—Bueno, en cualquier caso es un alivio. No me gustaba su aspecto hace un instante, pero, fuera lo que fuese que le molestaba, parece que se ha arreglado solo. Yo diría...

Mis comentarios optimistas se cortaron en seco. Miré al perro. Sus patas anteriores estaban de nuevo en el suelo y abría la boca como si luchara por respirar.

Jadeaba frenéticamente y sufría arcadas; luego dio unas vueltas, tropezó con las ruedas del cochecito y cayó de lado.

—¡Qué diablos...! ¡Rápido, súbalo aquí de nuevo!

Agarré al animal por la cintura y lo pusimos en la mesa.

Observé con incredulidad la forma tendida allí. Ahora no luchaba por el aire... porque ya no respiraba. Estaba inconsciente. Le toqué en el interior del muslo y sentí el pulso. Era rápido y débil, pero el perro no respiraba.

Podía morir en cualquier momento, mientras le observaba impotente. Toda mi formación científica resultaba inútil. Al fin estalló mi frustración y golpeé al perro en las costillas con la palma de la mano.

—¡*Jake*! —grité—. ¡*Jake*! ¿Qué te ocurre?

Como en respuesta, el perro comenzó de inmediato a respirar ansiosamente, parpadeó varias veces, recuperó la conciencia y se puso a mirar en torno. Pero aún seguía mortalmente asustado y no osaba moverse mientras yo le acariciaba con suavidad la cabeza.

Hubo un largo silencio y el terror del animal fue calmándose poco a poco; luego se incorporó en la mesa y nos miró con serenidad.

—Ahí lo tiene —dijo Roddy en voz baja—. Otra vez lo mismo. No sé qué ocurre, y eso que creía saber algo de perros.

Yo nada dije. Tampoco yo reconocía la dolencia, pese a mi condición de veterinario.

Al fin hablé:

—Roddy, eso no ha sido un ataque. Se estaba ahogando. Algo interfiere el paso del aire. —Saqué la linterna de mano del bolsillo de mi chaqueta—. Voy a echarle un vistazo a la garganta.

Abrí del todo las mandíbulas de *Jake*, le bajé la lengua con el índice y lancé la luz hacia el fondo. Era el tipo de perro de buen carácter que no ofrece resistencia mientras le examinan, pero, a pesar de que veía perfectamente la faringe, no podía encontrar nada. Había confiado con todas mis fuerzas en tropezar con un trozo de hueso clavado en algún punto, pero examiné febrilmente la lengua rosada, las amígdalas sanas, los brillantes molares, sin éxito. Todo parecía perfecto.

Le echaba la cabeza hacia atrás cuando sentí que se ponía rígido y oí el grito de Roddy:

—¡Ya le sucede otra vez!

Y así era en realidad. Miré con horror cómo se deslizaba el cuerpo rígido de mis manos y caía una vez más postrado sobre la mesa. De nuevo abrió la boca de par en par y surgió la espuma en torno de los labios. Y, como antes, la respiración se interrumpió y no se movían las costillas. Mientras pasaban veloces los segundos, le di en el pecho con la mano, pero esta vez no sirvió de nada. Bajé el párpado inferior dejando el globo ocular a la vista: la conjuntiva estaba azulada. *Jake* no viviría mucho

tiempo. Me abrumó la tragedia. No era sólo un perro; era toda la familia de aquel hombre y yo le estaba viendo morir.

En ese momento oí un sonido, un ruidito muy débil, una tosecilla ahogada que apenas agitaba los labios del perro.

—¡Maldita sea! —grité—. ¡*Ya lo creo* que se está ahogando! Tiene que haber algo ahí.

Le agarré otra vez la cabeza y le metí la linterna en la boca. Siempre me sentiré agradecido, porque en ese mismo instante el perro tosiera de nuevo, abriendo los cartílagos de la laringe y permitiéndome echar una ojeada a la razón de todo el problema. Al fondo, más allá de la epiglotis bajada, alcancé a ver por un segundo un objeto suave y redondeado, no mayor que un guisante.

—Creo que es una piedrecita —dije jadeante— en el interior de la laringe.

—¿Quiere decir en la nuez?

—Eso es, y está actuando como la válvula de un flotador, bloqueando la salida del aire de vez en cuando —agité la cabeza del perro—. Verá, mírelo ahora que lo he desplazado del sitio, de momento. Ya vuelve en sí.

De nuevo revivía *Jake*, y respiraba fácilmente.

Roddy le pasaba la mano por la cabeza, por el lomo y también por grandes músculos de los miembros posteriores.

—Pero... pero... ocurrirá de nuevo, ¿no?

Asentí.

—Eso me temo.

—¿Y una de las veces no se moverá, y eso será el fin del perro?

Se había puesto muy pálido.

—Exacto, Roddy. Por eso he de sacar esa piedrecita.

—Pero ¿cómo?

—Cortándole la laringe. E inmediatamente... Es el único modo.

—De acuerdo —tragó saliva—. Adelante. No creo que pudiera resistirlo si se desmayara otra vez.

Comprendí lo que quería decir. Me habían empezado a temblar las rodillas y estaba seguro de que si *Jake* se desmayaba de nuevo, yo caería también.

Con unas tijeras corté el pelo de la superficie de la laringe. No me atreví a utilizar anestesia general e infiltré el área con anestesia local antes de frotarla con antiséptico. Afortunadamente, había un juego de instrumentos recién hervidos en el esterilizador, así que puse la bandeja en el carrito al lado de la mesa.

—Sosténgale la cabeza firmemente —dije con voz ronca, y tomé el escalpelo.

Corté la piel, la aponeurosis y la fina capa de los músculos externo-hioideo y omo-hioideo, hasta que quedó al aire la superficie ventral de la laringe. Esto era algo que jamás había hecho con un perro vivo, pero la desesperación borró todas las dudas que pudiera tener, y sólo me llevó unos segundos practicar la incisión en la fina membrana y mirar en el interior.

Y allí estaba. Una piedrecita, desde luego...: gris, brillante y diminuta, pero lo bastante grande para matar.

Tenía que pescarla a toda prisa y limpiamente, sin impulsarla hacia la tráquea. Me volví y rebusqué en la bandeja hasta encontrar unos fórceps de hoja ancha, que luego dispuse sobre la herida. Estoy seguro de que jamás las manos de los grandes cirujanos temblaron como las mías en aquella ocasión, y de que esos hombres jamás sudaron como yo. Pero apreté los dientes, introduje los fórceps y, como por arte de magia, mis manos dejaron de temblar cuando coloqué el instrumento sobre la piedrecita.

Y además deje de sudar. En realidad, no respiré en absoluto hasta sacar aquel pequeño cuerpo extraño lenta y tiernamente por la herida abierta, y dejarlo caer con un leve *rat-tat-tat* sobre la mesa.

—¿Ya está? —preguntó Roddy, casi en un susurro.

—Ya está —busqué la aguja y el hilo de sutura—. Todo irá bien ahora.

Tardé en coser la herida unos minutos tan sólo y, hacia el final, *Jake* ya estaba alerta y con los ojos brillantes, moviendo inquieto las patas y dispuesto a todo. Parecía saber que sus problemas habían terminado.

Roddy lo trajo a los diez días para que le quitara los puntos. En realidad, era la misma mañana en que iba a marcharse del distrito de Darrowby y, tras haber retirado los pocos puntos de seda de aquella herida ya completamente curada, le acompañé hasta la puerta principal mientras *Jake* daba vueltas en torno de nuestras piernas.

En la acera, ante Skeldale House, el viejo cochecito se ofreció a mi vista, con su solera y dignidad. Roddy retiró la cubierta.

—Arriba, chico —murmuró, y el gran perro saltó sin esfuerzo a su lugar acostumbrado.

Roddy empuñó el manillar con ambas manos, y el sol de otoño que se abrió paso repentinamente entre las nubes iluminó una imagen que ya era familiar para mí y formaba parte de la escena diaria. La chaqueta de golf, la camisa abierta y el pecho moreno, y el hermoso animal incorporado y mirando en torno con gracia natural.

—Bien, hasta la vista, Roddy. Supongo que volverá por aquí.

Me miró y de nuevo pude apreciar su sonrisa.

—Sí, supongo que volveré.

Dio impulso y partieron, el vehículo rechinando, *Jake* agitándose suavemente mientras bajaban la calle. Me vino a la memoria lo que alcanzara a ver bajo la manta aquella noche en la clínica: una mochila en la que llevaría la navaja de afeitar, jabón, una toalla y algunos otros efectos. El paquete de té y el termo. Y algo más...: un collar de perro. ¿Habría pertenecido a *Jake* cuando éste era un cachorro, o a otro animal que él amara? Eso añadía un poco más de misterio a aquel hombre... y explicaba algunas cosas también. El granjero tenía razón...: todo lo que Roddy poseía iba en aquel cochecito.

Y por lo visto era también todo cuanto deseaba porque, cuando volvió la esquina y desapareció de mi vista, aún le oí silbar tan feliz.



21

Me habían enviado a Eastchurch, en la isla de Sheppey, y comprendí que era la última parada.

Al ver aquellas filas desordenadas de hombres supe que ya no tomaría parte en muchas más revistas de tropas. Y sentí un dolor profundo al pensar que, según las normas del Ala de Adiestramiento Inicial de Scarborough, aquello no habría podido definirse jamás como una revista. Yo recordaba las filas azules ante el Gran Hotel, tan rectas como las de los granaderos, todos los hombres rígidamente erguidos, sin mirar a derecha ni izquierda. Nuestras botas brillaban, los botones relucían como el oro y no se advertía movimiento alguno mientras el sargento de vuelo acompañaba al oficial en la inspección de la mañana.

Yo había protestado como el que más ante la rígida disciplina, el «mandón», el fregoteo y la limpieza, las marchas y ejercicios; pero ahora que todo había terminado lo veía perfecto y significativo, y lo echaba de menos.

Aquí las filas de pilotos se colocaban como querían, charlaban entre ellos y, de vez en cuando, echaban disimuladamente una chupadita al cigarrillo mientras el sargento, allá delante, leía los nombres en una lista y nos daba nuestras instrucciones, nada difíciles, para la jornada.

Aquella mañana en particular se retrasaba bastante, consultando unas hojas de papel y tomando complicadas notas a lápiz. Un corpulento irlandés a mi derecha se iba poniendo más y más nervioso, y al fin gritó:

—¡Por todos los..., sargento! Sáquenlos de esta... plaza. Mis... pies me están matando.

El sargento ni siquiera alzó la vista.

—Cierra el pico, Grady —contestó—. Saldrás de la plaza cuando yo te lo diga, y no antes.

Esto era lo normal en Eastchurch, el gran tanque filtro de la RAF donde se iban distribuyendo finalmente aquellos a quienes se clasificaba como «los tipos sobrantes». Era un campamento muy grande y lleno de una amplia variedad de pilotos que tenían una cosa en común: todos estaban esperando. Unos que les dieran de baja, la mayoría que los desmovilizaran.

Había un aire de resignación en todo el lugar, una aceptación del hecho de que no hacíamos nada, aparte dejar pasar el tiempo. Claro que había cierta disciplina, pero del tipo más benigno y, como dije, todos estábamos esperando..., esperando...

El pequeño Ned Finch, en su remoto rincón de las tierras altas de los valles de Yorkshire, también parecía estar siempre esperando algo, en mi opinión. Aún recordaba cómo le chillaba su jefe:

—¡Por el amor de Dios, ponte a trabajar! ¡No haces nada!

El señor Daggett agarró de un salto a un ternero que pasaba a su lado y le miró furioso y muy exasperado.

Ned le devolvió la mirada, impasible. Su rostro no reflejaba ninguna emoción en particular, pero en los pálidos ojos azules leí una expresión siempre latente..., como si aguardara que sucediese algo, pero sin demasiadas esperanzas. Hizo una leve tentativa por asir al ternero, pero se vio rechazado; luego pasó los brazos en torno del cuello de un animal de tres meses, rebosante de vitalidad, y se vio arrastrado unos cuantos metros antes de caer de espaldas sobre la paja.

—¡Oh, maldita sea, haga este señor Herriot! —ladró el señor Daggett acercándose un cuello peludo—. ¡Por lo visto habré de agarrarlos a todos yo solo!

Inyecté al animal. Estaba inoculando a unos veinte terneros con una vacuna contra la neumonía, y Ned sufría a mi lado. Con su corta estatura y sus miembros delgados y de huesos pequeños, siempre me había parecido el hombre menos adecuado para aquel trabajo, pero había sido peón de granja toda su vida. Ahora tenía más de sesenta años, y era un hombre de pelo gris, bastante calvo y ligeramente cargado de hombros, que seguía luchando.

El señor Daggett extendió el brazo, y cuando una de las peludas criaturas pasó corriendo a su lado, le agarró la cabeza con una de sus manazas y le sujetó por la oreja con la otra. El animalito comprendió que era inútil luchar y estuvo quieto y sin resistirse mientras yo le clavaba la aguja. Al otro lado, Ned clavó la rodilla en el trasero del animal y lo retuvo en silencio contra la pared. No hacía demasiado, y su jefe le lanzó una mirada furibunda.

Terminamos con casi todos sin ayuda alguna del hombrecillo, y al dejar el establo y salir al patio, el señor Daggett se secó la frente. Era un día frío de noviembre, pero

sudaba profusamente y por un instante apoyó su corpachón de más de dos metros contra el muro, mientras el viento de los páramos desnudos caía sobre él.

—¡Vaya si es inútil ese cabrón! —gruñó—. No sé por qué le aguanto —murmuró para sí por unos momentos. Luego chilló de nuevo—: ¡Eh, Ned!

El hombrecillo, que había estado paseando sin rumbo por las losas del patio, se volvió ahora a mirarle con los ojos sumisos, pero extrañamente expectantes.

—¡Mete todos estos sacos de trigo en el granero! —le ordenó su jefe.

Sin una palabra, Ned se dirigió a un carro y, con gran esfuerzo, se cargó al hombro un saco de trigo. Cuando subía penosamente los escalones de piedra hasta el granero, le temblaban las piernas frágiles y se doblaba bajo el peso.

El señor Daggett agitó la cabeza y se volvió a mí. En los rasgos de su rostro alargado y cadavérico se reflejaba la melancolía habitual.

—¿Sabe lo que hay de malo en Ned? —murmuró en tono confidencial.

—¿A qué se refiere?

—Bien, ¿sabe por qué no puede agarrar esos terneros?

En mi opinión, Ned no era bastante fuerte ni bastante grande, y además ineficaz por naturaleza, pero agité la cabeza.

—No —respondí—. ¿Por qué?

—Pues yo se lo diré —el señor Daggett miró furtivamente en torno y se cubrió la boca con la mano para que nadie le oyera—. Es demasiado aficionado a las luces brillantes.

—¿Cómo?

—Le digo que está loco por esas luces brillantes.

—¿Brillantes...? ¿Qué...? ¿Dónde...?

Todavía se aproximó más a mí.

—Ned se va a Briston todas las noches.

—¿Briston...? —Miré desde aquella granja aislada el pueblecito situado a cinco kilómetros, al otro lado del valle. Era el único punto habitado en aquel amplio panorama; un conjunto de casas viejas, oscuras y silenciosas, contra la ladera verde del monte. Recordé que, de noche, las lámparas de aceite lanzaban destellos de luz amarillenta en las ventanas, pero no eran muy brillantes—. No le comprendo.

—Pues... que se mete en la taberna.

—¡Ah, la taberna!

El señor Daggett asintió lenta y pomposamente, pero yo seguía desconcertado. Las Armas de Hulton no era, en realidad, más que la cocina de una casa de pueblo donde se podía beber cerveza, y en la que unos cuantos viejos jugaban al dominó al anochecer. En absoluto la idea que yo tenía de un antro del vicio.

—¿Y se emborracha allí? —pregunté.

—No, no —el granjero agitaba la cabeza—. No es eso. Son las horas que pierde.

—Vuelve tarde, ¿eh?

—Sí, ya lo creo —los ojos se agrandaban en las órbitas cadavéricas—. ¡A veces no vuelve hasta las nueve y media o las diez!

—Caray, ¿tan tarde?

—Tan seguro como que estoy aquí. Y otra cosa más: al día siguiente no puede levantarse de la cama. Yo ya he hecho la mitad de la faena para cuando él empiece —hizo una pausa y miró de nuevo al otro lado del patio—. Puede creerlo o no, como quiera, pero a veces no empieza a trabajar ¡hasta las siete de la mañana!

—¡Santo cielo!

Se encogió cansadamente de hombros.

—Bueno, ya ve lo que ocurre. Entre en la casa, que querrá lavarse las manos.

En la gran cocina de losas me incliné sobre la pila de arcilla oscura. La granja Scar tenía más de cuatrocientos años, y los diversos propietarios no la habían alterado demasiado desde los días de Enrique VIII: vigas nudosas, muros encalados y sillas duras de madera. Pero la comodidad jamás había tenido importancia para el señor Daggett ni para su esposa, que ahora me traía agua caliente en el primitivo puchero colocado siempre junto al fuego, y la echaba en la pila.

Iba por allí en zapatillas, el pelo muy retirado del rostro curtido en un moñete, y un delantal de tela de saco en torno de la cintura. No tenía hijos, pero su vida era una actividad constante. Dentro o fuera de la casa nunca dejaba de trabajar.

A un extremo de la cocina unos escalones de madera subían por un agujero en el techo hasta el desván, donde dormía Ned. Ese había sido el dormitorio del hombrecillo durante casi cincuenta años, desde que empezara a trabajar para el padre del señor Daggett siendo un niño recién salido de la escuela. Y en todo ese tiempo jamás había viajado más allá de Darrowby, jamás había hecho nada fuera de la rutina diaria. Sin esposa, sin amigos, seguía adelante, trabajando sin parar, ordeñando, dando de comer a los animales, limpiando su porquería y esperando —supongo que cada vez menos— que ocurriera algo.

Con la mano ya en la portezuela del coche, miré de nuevo la granja Scar, el tejado remendado una y otra vez, el gran dintel de piedra sobre la puerta. Todo reflejaba la dureza de la vida de cuantos moraban allí. El pequeño Ned no era gran ayuda como trabajador, y la exasperación de su jefe resultaba comprensible. El señor Daggett no era cruel ni injusto. Él y su esposa se habían endurecido y agostado simplemente por la austeridad implacable de su existencia en aquel rincón solitario de los altos Peninos.

No había allí suavidad ni delicadezas. Los muros de piedra, la hierba escasa y los árboles canijos, el camino estrecho con sus boñigas de vaca. Todo se limitaba a lo fundamental, y para mí era un milagro que la mayoría de los hombres de los Valles no fueran como los Daggett, sino más bien alegres y con sentido del humor.

Pero, a medida que el coche avanzaba, me fue abrumando la belleza sombría del lugar. Las suaves laderas parecían cobrar vida cuando un rayo de sol se abría paso entre las nubes, bañando aquellos flancos desnudos con oro cálido. De pronto, me di

cuenta de los matices delicados de verdor, el bronce brillante de los helechos muertos que bajaban de las elevadas cumbres, y la majestuosidad serena de mi mundo de trabajo diario.

No era mucha la distancia hasta la visita siguiente —como kilómetro y medio—, pero la atmósfera cambiaba por completo. La señorita Tremayne, una dama adinerada del Sur, había comprado una mansión casi en ruinas y se había gastado muchos miles de libras para convertirla en un hogar lujoso. Mientras caminaba por la gravilla del sendero, alcé la vista hacia los miradores de cristales emplomados y las piedras de la fachada, suaves y recién pulidas.

Elsie me abrió la puerta. Era la cocinera y ama de llaves de la señorita Tremayne, y uno de mis personajes favoritos. De unos cincuenta años, apenas de metro y medio de estatura y tan redonda como una pelota, sus piernas cortas y rollizas sobresalían bajo un vestido algo estrecho para ella.

—Buenos días, Elsie —le dije, y ella estalló en carcajadas.

Aparte su aspecto físico, tan notable, aquello era lo que me encantaba de ella. Se reía ruidosamente a cada frase y ocurrencia; en realidad, incluso se reía de lo que decía ella misma.

—Entre, señor Herriot, ¡ja, ja ja! Hoy hace un poco de fresco, ¡je, je!, pero creo que se arreglará esta tarde, ¡jo, jo, jo!

Tanta alegría tal vez pareciera innecesaria, y en realidad sus palabras eran difíciles de entender con la risa constante, pero el efecto general resultaba vivificador. Me hizo pasar a la sala, y su señora se levantó con cierta dificultad del sillón.

La señorita Tremayne era muy vieja y estaba medio inválida por la artritis, pero llevaba su enfermedad sin la menor queja.

—¡Ah, señor Herriot! ¡Cuánto le agradezco que haya venido!

Con la cabeza inclinada a un lado me sonreía benévola, como si yo fuera lo más encantador que viera en mucho tiempo.

También ella tenía un carácter feliz y animado, y como poseía tres perros, dos gatos y un burro viejo, había llegado a conocerla muy bien en los seis meses que llevaba residiendo en los Valles.

Hoy había ido a arreglarle las pezuñas algo crecidas del burro, y llevaba en la mano un par de tijeras de trasquilar y un cuchillo de herrero.

—¡Oh, quite de mi vista esos instrumentos horribles! —dijo la anciana—. Elsie nos traerá el té... Estoy segura de que tendrá tiempo de tomarse una taza.

Me senté muy a gusto en uno de los sillones de tapicería estampada, y estaba mirando aquella habitación tan cómoda cuando apareció Elsie, deslizándose sobre la alfombra como si llevara patines. Depositó la bandeja en la mesita a mi lado.

—Aquí tiene el té —dijo, y le dominó un paroxismo de risa tan contagioso, que hubo de apoyarse en el respaldo de mi sillón.

Casi no se le veía el cuello, y las risotadas hacían temblar todo su cuerpo grueso y pequeño.

Cuando se hubo recuperado volvió corriendo a la cocina y la oí remover los pucheros. A pesar de sus peculiaridades, era una cocinera excelente, y muy diestra en todo cuanto hacía.

Pasé unos diez minutos muy agradables con la señorita Tremayne y tomando el té; luego salí y me ocupé del burro. Cuando hube terminado regresé por la parte posterior de la casa y, al pasar ante la cocina, vi a Elsie en la ventana abierta.

—Muchas gracias por el té, Elsie —le dije.

La mujercita se apoyó en la pila para no caerse.

—¡Ja, ja, ja, no tiene importancia! De verdad, ¡je, je! Si eso no fue nada, ¡jo, jo, jo!

Subí asombrado al coche y, al marcharme, se me ocurrió una idea turbadora: a lo mejor un día le decía algo realmente ingenioso y la pobre llegaría, incluso, a hacerse daño.

Volvieron a llamarme a la granja del señor Daggett poco después para que viera a una vaca que no quería levantarse. El granjero pensaba que estaba paralítica.

Me dirigí hacia allí bajo una débil llovizna, y ya moría la luz diurna cuando llegué a la granja hacia las cuatro de la tarde.

Al examinar a la vaca comprendí que sólo se había colocado en una posición violenta en el suelo, con las patas encajadas bajo las maderas que formaban la partición.

—Me parece que sólo está malhumorada, señor Dagget. Ha intentado levantarse unas cuantas veces y, como no lo ha logrado, ha decidido no moverse más. Algunas vacas son así.

—Tal vez tenga razón. Siempre ha sido una vaca muy idiota.

—Y muy grande también. Necesitaré ayuda —agarré una cuerda del muro del establo y se la até a las patas—. Yo empujaré por las pezuñas mientras usted y Ned le quitan de ahí las patas.

—¿Quitárselas? —el señor Dagget miró amargamente al hombrecillo—. Ése no podría quitar ni la corteza de un budín de arroz.

Ned no dijo nada, y se limitó a mirar con melancolía al frente, los brazos colgando a los lados. Parecía que no le importaba nada, que ni siquiera estaba allí con nosotros. Su mente, desde luego, estaba en otro sitio, si es que sus pensamientos se reflejaban en los ojos... vacíos, sin vida pero, como siempre, expectantes.

Pasé detrás de la partición y empujé las pezuñas mientras los hombres tiraban. Por lo menos el señor Dagget sí tiraba, con la boca abierta y respirando en la cuerda.

Centímetro a centímetro fue girando el gran animal hasta que quedó tumbado casi en el centro de la casilla, pero cuando iba a gritarles que se detuvieran, la cuerda se rompió y el señor Dagget cayó violentamente hacia atrás sobre las duras piedras. Ned

no se cayó, por supuesto, ya que no había estado tirando, y su jefe, tumbado en el suelo, le miró con rabia y frustración.

—¡Maldito cabrón, que me dejas hacerlo todo solo! ¡No sé por qué me molesto contigo, que eres un condenado inútil!

En ese momento, la vaca, tal y como yo había esperado, se puso de pie y el granjero empezó a gesticular.

—¡Venga, maldita sea, toma paja y frótale las piernas! Las tendrá entumecidas.

Ned agarró con desgana un puñado de paja y empezó a darle masaje. El señor Dagget se puso rígidamente de pie, se tanteó con cuidado la espalda y luego pasó junto a la vaca para asegurarse de que la cadena no le oprimía demasiado el cuello. Salía ya de allí cuando el animal giró de pronto en redondo y dejó caer la pata con toda su fuerza sobre el pie del granjero.

Si éste hubiera llevado botas pesadas de faena no habría sido tan malo, pero sólo calzaba unas botas de goma viejas y bastante rotas, que no le ofrecían la menor protección.

—¡Ay, ay, ay! —aulló el señor Daggett, dándole a la vaca en el lomo con los puños—. ¡Fuera, maldita perra! —jadeó, empujó y se retorció, pero los diez quintales seguían pisándole inexorablemente.

Sólo quedó libre cuando la vaca resbaló sobre el pie, y sé por experiencia que ese resbalón es el más doloroso.

El señor Dagget empezó a dar saltos sobre la otra pierna, acariciándose la extremidad dañada con las manos.

—¡Condenación! —gruñía—. ¡Oh, condenación! Dio la casualidad que en ese instante miré hacia Ned y me sorprendió ver aquel rostro, siempre apático, crispase repentinamente en una amplia sonrisa de gozo malicioso. No recordaba haberle visto sonreír jamás, y sin duda mi rostro reveló el asombro que sentía porque su jefe dio la vuelta de pronto y le miró. Como por arte de magia, la máscara de tristeza había vuelto a su lugar, y él seguía frotando las patas.

El señor Dagget me acompañó cojeando hasta el coche, y cuando estaba a punto de irme, me dio un codazo.

—Mírele —susurró.

Ned, con el cubo de leche en la mano, trabajaba en el establo con una energía extraordinaria. Su jefe sonrió con amargura.

—El único momento del día en que le veo apresurarse. Está impaciente por irse a la taberna.

—Bueno. Usted dice que no se emborracha. No puede haber mucho daño en ello. Los ojos hundidos se clavaron en los míos.

—No lo crea. Acabará muy mal si sigue actuando así.

—Pero seguramente un vaso de cerveza de vez en cuando...

—¡Ah, pero es que hay algo más! —miró furtivamente en torno—. ¡Están las mujeres! —añadió.

Le miré incrédulo.

—¡Oh, vamos, señor Dagget! ¿Qué mujeres?

—Allá en la taberna —susurró—. Las chicas de Bradley.

—¿Las hijas del propietario? Realmente no puedo creerlo...

—Muy bien, usted diga lo que quiera. Ned está obsesionado con ellas. Lo sé... Sólo he estado una vez en esa taberna, pero lo he visto con mis propios ojos.

No sabía qué decir pero, en cualquier caso, no tuve oportunidad, ya que el hombre dio la vuelta y se metió en la casa.

Solo en la oscuridad helada contemplé la imponente silueta de la vieja granja que se alzaba ante mí. A la luz moribunda de un día de noviembre, la lluvia caía sobre las piedras toscas y el viento arrastraba el suave hilo de humo de la chimenea, llevándolo de un lado a otro con la palidez azulada del cielo de Occidente. Y la montaña lo dominaba todo, una mole enorme e informe, opresiva y amenazadora.

A través de la ventana de la cocina veía la lámpara de aceite que lanzaba su luz débil sobre la mesa desnuda, y la tristona chimenea, con unas pocas brasas. En las sombras, allá en el extremo más lejano, se veían las escaleras hacia el desván de Ned, y ya me imaginaba al hombrecillo subiéndolas a toda prisa para cambiarse y escapar a Briston.

Al otro lado del valle, la única calle del pueblo era una línea gris en la oscuridad, pero en las ventanas de las casitas, las lámparas parpadeaban débilmente. Esas eran las luces brillantes de Ned Finch, y bien comprendía yo lo que sentía. Después de la granja Scar, Briston tenía que parecerle Montecarlo.

La imagen se grabó de tal modo en mi mente que, después de otras dos visitas, aquella tarde decidí desviarme unos cuantos kilómetros de mi camino al volver a casa. Atravesé el valle, y serían las ocho y media cuando llegué a Briston. Resultaba difícil encontrar las Armas de Hulton porque no había una entrada iluminada, ni el menor anuncio de su existencia, pero perseveraré, pues quería descubrir lo que había tras la historia de corrupción del señor Daggett.

Al fin localicé el establecimiento. Parecía la puerta de una casa corriente, con un anuncio de madera algo borroso colgando sobre ella. En el interior se hallaba en marcha la habitual partida de dominó, y había unos cuantos granjeros sentados y charlando tranquilamente. Y las «chicas de Bradley», sencillas, pero de rostro agradable, de unos cuarenta años, estaban sentadas a ambos lados de la chimenea. Y, por supuesto, Ned, con una jarra de cerveza ante él.

Me senté a su lado.

—Hola, Ned.

—Hola, señor Herriot —murmuró distraído, mirándome con sus ojos extraños y expectantes.

Una de las chicas Bradley dejó la labor de punto y se acercó.

—Una jarra de cerveza, por favor —dije—. ¿Qué quieres tomar, Ned?

—Nada, gracias, señor Herriot. Esta me basta. Es la segunda, y no soy un gran bebedor, como sabe.

La señorita Bradley se rió.

—Sí, él sólo toma sus dos jarras por noche, pero se divierte, ¿verdad, Ned?

—Es cierto, ya lo creo.

Ned alzó la vista, y ella le sonrió amablemente antes de ir a buscar mi cerveza. Ahora bebió otro sorbo.

—La verdad es que vengo a buscar compañía, señor Herriot.

—Sí, claro.

Comprendí lo que quería decir. Probablemente se sentaba a solas la mayor parte del tiempo, pero a su alrededor había un ambiente cómodo y amistoso. Un gran leño enviaba las llamas chispeantes chimenea arriba; había luz eléctrica, y espejos brillantes con anuncios de whisky pintados en la superficie. No se parecía en nada a la granja.

El hombrecillo habló muy poco. Siguió tomándose la bebida durante una hora más, mirando a su alrededor, mientras se escuchaba el chasquido de las fichas de dominó, y yo me bebí otra cerveza con él. Las chicas Bradley hacían punto y se preparaban el té en una tetera enorme junto al fuego. Cuando tenían que levantarse para servir a sus clientes, en ocasiones pasaban junto a Ned y le daban un golpecito cariñoso en la mejilla.

Para cuando acabó el último trago y se dispuso a salir, ya eran las diez menos cuarto y aún tenía que ir en bicicleta hasta el otro lado del valle. Una noche más en que llegaría tarde.

Era un martes a la hora del almuerzo, a principios de la primavera. Helen preparaba pastel de carne y riñones todos los martes, y yo solía pensar en él durante mis rondas de la mañana. Y esa mañana en particular me había resultado especialmente evocadora, ya que estábamos metidos de lleno en el nacimiento de los corderitos y me había pasado casi todo el tiempo en mangas de camisa bajo el viento helado, con lo que el hambre aumentaba por instantes.

Helen partió aquella obra de arte y empezó a amontonar el fragante contenido en mi plato.

—Esta mañana me encontré con la señorita Tremayne en el mercado, Jim.

—Ah, ¿sí?

Casi canturreaba mientras mi esposa acababa de amontonar mi porción, añadía unas patatas, cocidas con la piel, y depositaba unas pellas de mantequilla sobre su superficie, tan brillante ahora.

—Sí, quiere que vayas allí esta tarde y le pongas unas gotas a *Wilberforce* en las orejas, si tienes tiempo.

—Tengo tiempo para él.

Wilberforce era el viejo gato de la señorita Tremayne, y precisamente la clase de trabajo que me apetecía después del dolor de brazos de toda la mañana.

Estaba llevándome a la boca un tenedor lleno y muy apetitoso cuando Helen habló de nuevo:

—¡Ah!, y además me dio una noticia interesantísima.

—¿De verdad?

Pero ya había empezado a masticar y apenas le prestaba atención.

—Se trata de esa mujercita que trabaja para ella..., Elsie. ¿La conoces?

Asentí y me llené de nuevo la boca.

—Por supuesto, por supuesto.

—Bueno, supongo que resulta bastante inesperado, pero la cuestión es que se casa.

Por poco me ahogo con el bocado.

—¡Qué!

—Es cierto. Y a lo mejor conoces al novio.

—Dime quién es.

—Trabaja en una de las granjas vecinas. Se llama Ned Finch.

Esta vez se me cortó por completo la respiración y Helen tuvo que darme unos golpecitos en la espalda mientras yo farfullaba entre toses. Sólo cuando logré quitarme un fragmento de piel de patata que se me había ido por la nariz, pude gemir débilmente:

—¿Ned Finch?

—Eso me dijo ella.

Acabé de almorzar como en sueños, pero al terminar la comida ya había aceptado aquel hecho extraordinario. Helen y la señorita Tremayne eran dos personas sensatas..., luego no podía haber error. Y sin embargo... Cuando detuve el coche ante la vieja mansión, aún persistía en mí una impresión de irrealidad.

Elsie me abrió la puerta como de costumbre. La miré por un instante.

—¿Qué es lo que me han dicho, Elsie?

Inició una risita nerviosa que rápidamente fue extendiéndose por aquel cuerpo esférico.

Yo le puse la mano en el hombro.

—¿Es cierto?

La risita se convirtió en una carcajada estruendosa y, de no ser porque aún estaba agarrada a la manilla de la puerta, creo que se habría caído.

—Pues sí, es cierto —dijo jadeante—. ¡Al fin he encontrado un hombre y voy a casarme! —y se apoyó sin fuerzas en la puerta.

—Bueno, pues celebro saberlo, Elsie. Y espero que sea muy feliz.

No tenía fuerzas para hablar, así que se limitó a asentir, aún apoyada en la puerta. Luego me condujo a la sala.

—Pase —dijo con una risita— y le traeré el té.

La señorita Tremayne se puso de pie para saludarme con los labios entreabiertos y los ojos brillantes.

—¡Oh, señor Herriot! ¿Se ha enterado?

—Sí, pero ¿cómo...?

—Todo empezó cuando le pedí al señor Daggett unos huevos frescos. Envió a Ned en su bicicleta con los huevos y... como si fuera el destino.

—Pues ¡qué maravilloso!

—Sí, en realidad pude presenciarlo. Ned entró por aquella puerta con el cesto, Elsie estaba aquí quitando la mesa y señor Herriot... —unió las manos bajo la barbilla, sonrió en éxtasis y alzó los ojos al cielo—. ¡Oh, señor Herriot! Fue amor a primera vista.

—Sí... sí, claro. Maravilloso.

—Y desde aquel día Ned no ha dejado de visitarnos y ahora viene todas las noches y se sienta con Elsie en la cocina. ¿No le parece romántico?

—Desde luego que sí. ¿Y cuándo decidieron casarse?

—¡Oh! Él se le declaró al cabo de un mes. Me siento muy feliz por Elsie, ya que Ned es un hombre encantador, ¿no cree?

—Sí, lo es —afirmé—. Es un hombre muy agradable.

Elsie entró vacilante con el té, luego se cubrió el rostro con las manos y huyó muy confusa. Cuando la señorita Tremayne empezaba a servirme, me dejé caer en uno de los sillones y coloqué a *Wilberforce* en mi regazo.

El enorme gato ronroneaba mientras yo le echaba unas cuantas gotas de loción en el oído. Tenía una úlcera crónica, no muy grave, pero sí dolorosa de vez en cuando, y necesitaba tratamiento. Como a la señorita Tremayne no le gustaba aplicarle la loción, siempre me pedía que le hiciera ese servicio.

Al volverle la oreja y darle un masaje suave para que el líquido penetrara en las profundidades, *Wilberforce* gruñó suavemente de placer y se frotó la mejilla contra mi mano. Le gustaba que le cuidaran aquel área de dolor que quedaba fuera de su alcance y, cuando hube terminado, se enroscó inmediatamente en mis rodillas.

Yo me eché atrás cómodamente y tomé el té. En ese momento, con la espalda y los hombros doloridos, las manos rojas y cortadas por los innumerables lavados en las laderas abiertas, aquella me parecía la mejor forma de la práctica veterinaria.

Miss Tremayne continuó:

—Celebraremos una pequeña recepción después de la boda, y luego la feliz pareja ocupará aquí su residencia.

—¿Quiere decir en esta casa?

—Sí, claro. Hay muchísimas habitaciones en este sitio tan grande y antiguo, y les he amueblado dos en el ala Este. Estoy segura de que se encontrarán muy cómodos. ¡Oh, me siento tan emocionada!

Volvió a llenarme la taza.

—Antes de irse dígle a Elsie que le enseñe dónde van a vivir.

Cuando ya me iba, aquella mujercita me llevó al extremo más alejado de la casa.

—Aquí, ¡je, je, je!, es donde nos sentaremos por la noche y éste, ¡ja, ja, jo, jo oh señor! es nuestro dormitorio.

Vaciló momentáneamente sobre sus pies, se secó los ojos y se volvió, aguardando oír mi opinión.

—Es realmente precioso, Elsie.

Había alfombras alegres, sillones con fundas floreadas y un hermoso lecho de caoba. Lo más opuesto a un desván.

Mientras miraba a Elsie, comprendí lo que Ned vería en su novia: risa, calor, vivacidad y —no me cabía la menor duda— belleza y encanto.

Tenía que recorrer todas las granjas en aquella época del nacimiento de los corderos y, a su debido tiempo, llegué a la del señor Daggett. Allí ayudé a nacer unos gemelos preciosos, pero ni siquiera eso pareció alegrarle en absoluto. Alzando la toalla de la hierba, me la entregó.

—Bien, ¿qué le dije de Ned, eh? Se enredó con una mujer, tal como le dije —aspiró el aire con desaprobación—. Todas esas visitas, y tanto ir detrás de ellas... Sabía que se metería en un lío al final.

Retrocedí sobre los campos bañados por el sol hasta la granja y, cuando pasaba junto a la puerta del establo, salía Ned empujando una carretilla.

—Buenos días, Ned.

Alzó la vista con su mismo estilo vago de siempre.

—¿Qué tal, señor Herriot?

Pero había algo distinto en él, y me costó unos minutos discernir lo que era: sus ojos habían perdido la mirada expectante que tanto tiempo viera en ellos; después de todo, era perfectamente natural.

Porque al fin Ned había encontrado aquello con lo que soñara.



22

A pesar de los muchos hombres que llenaban Eastchurch, me sentía aislado y aparte. Eso me hizo recordar al viejo señor Potts, de mis días de veterinario. También él debía haberse sentido así.

—¿Cómo está usted, señor Herriot?

Palabras vulgares, pero la ansiedad, casi la desesperación que latía en la voz del viejo, las hacía urgentes y las llenaba de significado.

Yo le veía casi a diario. En mi vida tan impredecible, era difícil hacer algo con regularidad, pero me gustaba dar un paseo junto al río, y lo mismo a *Sam*, mi sabueso. Allí era donde nos encontrábamos al señor Potts y a *Nip*, su viejo perro pastor, que parecían tener la misma costumbre que nosotros. La parte posterior de su casa daba a los campos y junto al río, y él se pasaba mucho tiempo paseando por allí con su perro.

La mayoría de los granjeros retirados conservaban un poco de tierra y de ganado para estar ocupados, llenar la imaginación y facilitar la transición de una existencia muy ardua al ocio perpetuo. Pero el señor Potts había comprado un chalecito con un diminuto jardín, y era indudable que le pesaba el tiempo.

Probablemente se había visto obligado a actuar así por razones de salud. Mientras me hablaba, se apoyaba en el bastón, y las mejillas azuladas se le agitaban al respirar. Un verdadero caso del corazón, si es que he visto alguno en la vida.

—Estoy muy bien, señor Potts —contesté—. Y a usted ¿cómo le van las cosas?

—Sólo regularcillo, muchacho. Siempre estoy sin aliento —tosió un par de veces y luego hizo la pregunta inevitable—. ¿Y qué ha estado haciendo esta mañana?

Como siempre, sus ojos me miraron con intensidad, muy abiertos. Porque realmente deseaba saberlo. Pensé por un instante.

—Bueno, veamos —siempre intentaba darle una respuesta detallada porque sabía lo mucho que significaba para él, ya que le volvía a la vida que tanto echaba de menos—. He hecho un par de limpiezas, he visto un toro cojo, he tratado dos vacas de mastitis y otra con fiebre láctea.

Asentía ansiosamente a cada palabra.

—¡Caray! —exclamó—. Es una maldición eso de la fiebre láctea. Cuando yo era un chiquillo, vi morir como moscas a algunas vacas magníficas. Todas buenas lecheras, después del tercer o cuarto ternero. No podían ponerse de pie, y solíamos tratarlas con muchísimas cosas, pero todas se morían, todas.

—Sí. Debía ser descorazonador en aquella época.

—Pero, claro —sonrió encantado y me clavó el índice en el pecho—, entonces empezábamos a inflarles las ubres con los bombines de las bicicletas y, ¿sabe?, se ponían en pie de un salto y salían caminando. Era como magia —y sus ojos brillaban al recordar.

—Lo sé, señor Potts. También yo he inflado unas cuantas, sólo que no utilizaba un bombín de bicicleta...; tenía un aparatito especial.

La caja negra, con su filtro y sus cilindros brillantes, figura ahora en mi museo personal, y es el mejor lugar para ella. Me ha sacado de algunas situaciones difíciles pero, en el fondo, siempre experimentaba el horrible temor de transmitir la tuberculosis. Yo sabía que así había sucedido en ocasiones, y me alegré cuando llegó el calcio borogluconado.

Mientras hablábamos, *Sam* y *Nip* jugaban en la hierba junto a nosotros. Observaba a mi perro, lleno de vida, que daba vueltas en torno del viejo animal mientras *Nip* le echaba la zarpa con cierta rigidez, agitando la cola de placer. Se veía que disfrutaba con estas reuniones tanto como su amo, y por unos momentos se olvidaba de sus años mientras rodaba de espaldas, *Sam* encima de él, mordisqueándole suavemente el pecho.

Paseé con el granjero viejo hasta el puentecito de madera; luego tuve que volver a casa. Aún les observé cruzar lentamente la plancha estrecha de madera hasta el otro lado del río. *Sam* y yo teníamos nuestro trabajo, que nos marcaba un horario, pero ellos ya no tenían nada que hacer.

Solía ver también al señor Potts en otras ocasiones. Caminando sin propósito entre los puestos el día de mercado, o de pie al borde del grupo de granjeros que siempre se reunían ante las Armas de Drovers para hablar con los tratantes del ganado, los distribuidores de alimento para las vacas, o sólo para comentarse sus negocios.

O bien se le veía en la subasta, apoyado en el bastón y escuchando las cifras que salían a borbotones de boca del subastador, sin perder detalle de las bestias que se compraban y vendían. Bien me daba cuenta de que él debía de sentir un gran vacío

porque no había ganado suyo en los puestos, ni estaban sus ovejas en las largas filas de casillas. Ya no formaba parte de ello; estaba acabado.

Le vi la víspera de su muerte. Estaba en su lugar habitual, y yo de pie, al borde del río, miraba cómo se alzaba una garza desde una islita bordeada de juncos y volaba perezosamente sobre los campos.

El viejo se detuvo al llegar a mi lado, y los perros iniciaron su pelea amistosa.

—Bien, bien, señor Herriot —hizo una pausa e inclinó la cabeza sobre el bastón que hundiera en la hierba de su granja durante medio siglo—. ¿Qué ha estado haciendo hoy?

Tal vez sus mejillas estuvieran algo más afiladas, y la respiración silbara un poco más entre sus dientes, pero no recuerdo haberle visto peor de lo habitual.

—Le diré, señor Potts —respondí—, que hoy me siento algo cansado. Esta mañana tropecé con un parto infernal..., un potrillo muy grande. Me costó más de dos horas, y me duele todo el cuerpo.

—Un parto de yegua, ¿eh? El pobre vendría mal colocado, supongo.

—Sí, venía cruzado y hube de pelear para darle la vuelta.

—Vaya, sí que es ésa una faena muy dura —sonrió con aire soñador—. ¿Se acuerda de aquella yegua de Clydesdale a la que asistió en mi granja? Debió de haber sido uno de sus primeros trabajos, cuando vino a Darrowby.

—Claro que sí —contesté. Ciertamente lo recordaba, y también lo amable que había sido el viejo. Viendo que yo era muy joven, y un novato inseguro de sí mismo, se había empeñado con sencillez en tranquilizarme y devolverme la confianza en mí mismo—. Sí, —continué—, fue una noche de domingo y tuvimos bastantes problemas. Estábamos los dos solos, pero conseguimos arreglárnoslas, ¿verdad?

Cuadró los hombros y, por un momento, sus ojos miraron más allá de mí a algo que yo no podía ver en absoluto.

—Sí, es cierto. Hicimos un buen trabajo usted y yo. Entonces aún podía empujar y tirar un poco.

—Ya lo creo que podía. No hay duda de eso.

Aspiró el aire con dificultad y lo expelió de nuevo con aquel furioso apretar los labios. Luego se volvió a mí con una dignidad extraña.

—Eran tiempos muy buenos, señor Herriot, ¿no es cierto?

—Lo eran, señor Potts; lo eran en verdad.

—Sí, sí —asintió lentamente—. He tenido muchos días buenos. Duros, pero buenos —miró a su perro—. Y el viejo *Nip* los ha compartido conmigo, ¿verdad, muchacho?

Sus palabras me hicieron recordar la primera vez que viera el señor Potts. Estaba sentado en un taburete ordeñando a una de sus pocas vacas; la cabeza cubierta con una gorra clavada en el flanco peludo y, mientras tiraba de las ubres, el viejo *Nip* dejó caer una piedra sobre la puntera de una de sus botas. El viejo se inclinó, tomó la piedra entre los dedos y la lanzó por la puerta abierta al patio. *Nip* corrió encantado

tras ella y estuvo de vuelta a los pocos segundos, repitiendo su juego de dejar caer la piedra sobre la bota y respirando agitado pero satisfecho.

No quedó desilusionado. Su amo repitió el lanzamiento automáticamente, como si ya fuera la costumbre y, mientras le observaba una y otra vez, comprendí que se trataba de un ritual diario entre los dos. Tuve una impresión notable de paciencia y devoción infinitas.

—Bueno, señor Herriot, nos tenemos que ir —dijo el señor Potts volviéndome de pronto al presente—. Vamos, *Nip*.

Alzó el bastón y seguí mirándole hasta que la rama de un sauce bajo ocultó al perro y al hombre de mi vista.

Esa fue la última vez que le vi. Al día siguiente, el de la gasolinera me dijo como de pasada:

—Por lo visto el señor Potts llegó a su fin, ¿eh?

Y eso fue todo. No hubo excitación, y sólo un puñado de viejos amigos aparecieron en el funeral.

A mí me causó un auténtico dolor. Otro rostro familiar que desaparecía. Le echaría de menos, aunque mi vida tan llena siguiera adelante. Sabía que nuestras charlitas diarias le habían alegrado, y pensé con amargura que ya nada podía hacer yo por el señor Potts.

Unos quince días más tarde, al abrir la verja para que *Sam* saliera a los campos junto al río, miré el reloj. Las doce y media... Disponía de un buen rato para el paseo antes del almuerzo, y la ribera cubierta de verdor estaba desierta. Entonces advertí un perro solo, allá a la izquierda. Era *Nip* y, mientras le miraba, se puso de pie, dio unos cuantos pasos sin rumbo sobre la hierba y luego volvió a sentarse a la puerta del jardín.

En vez de tomar mi ruta habitual, pasé por detrás de las casas hasta llegar junto al viejo animal. Había estado mirando en torno vagamente, pero cuando nos acercamos a él pareció cobrar nueva vida, olfateando a *Sam* y moviendo el rabo en mi dirección.

Al otro lado de la verja, la señora Potts arrancaba las malas hierbas, penosamente inclinada y con una azadita en la mano.

—¿Cómo está usted, señora Potts? —le pregunté.

Se enderezó con esfuerzo.

—Oh, no demasiado mal, gracias, señor Herriot —se acercó y se apoyó en la valla—. Veo que observa usted a mi perro. Le aseguro que echa de menos a su amo.

Nada dije, y ella continuó:

—Come bien, ya que puedo darle una buena comida; pero lo que no puedo hacer es llevarle de paseo —se frotó la espalda—. Me vence el reumatismo, señor Herriot, y necesito mucho tiempo para cuidar de la casa y el jardín.

—Comprendo; y él no quiere irse solo.

—No, no quiere. Ese es el sendero por el que iba todos los días —indicaba una tira de tierra pisoteada entre la hierba—, pero ahora apenas camina por él unos

metros.

—Bueno, claro, a los perros les gusta un poco de compañía, como a nosotros — me incliné y pasé la mano sobre la cabeza y las orejas del viejo animal—. ¿Qué te parecería venir con nosotros, *Nip*?

Eché a andar por el sendero y él me siguió sin vacilación, corriendo muy junto a *Sam* y agitando el rabo.

—¡Vaya, mire! —gritó la anciana—. ¿No da gusto verlo?

Seguí mi ruta habitual junto al río, donde el agua corría oscura y silenciosa bajo las ramas de los sauces entrelazados. Luego crucé el puente, y el río se ensanchó ante mis ojos en vados pedregosos, murmurando con suavidad entre las piedras.

Todo era paz allí, sin más que el rumor constante del agua, las llamadas de los pájaros en los oídos, y la espesa cortina de hojas que se abrían a intervalos para ofrecernos la vista de las laderas verdes de las montañas.

Observé que los dos perros seguían peleando delante de mí y tomé la decisión con la mayor naturalidad. Haría de aquello una costumbre. A partir de ese día alteré mi ruta y pasaba primero por detrás de las casas. *Nip* era feliz otra vez, a *Sam* le encantó la idea y yo experimenté un extraño consuelo al pensar que aún podía hacer algo por el señor Potts.



23

Tenía mucho tiempo libre en Eastchurch, mucho tiempo para pensar, y como la mayoría de mis compañeros, pensaba en casa. Sólo que mi casa ya no estaba allí.

Cuando dejé Darrowby, Helen volvió con su padre, y las habitacioncitas sobre las tejas de Skeldale House estarían ahora vacías y llenas de polvo. Pero vivían en mi mente, limpias, con todo detalle.

Veía la ventana enmarcada de hiedra que, por encima de los tejados, daba a las verdes colinas. Nuestros muebles escasos: el lecho, la mesita de noche y el viejo armario que sólo se quedaba cerrado si yo encajaba en la puerta uno de mis calcetines. Por extraño que parezca el recuerdo de aquel calcetín colgando era lo que me producía una mayor presión de nostalgia.

Y aunque todo hubiera desaparecido, aún creía oír la radio sonando junto a la cama, la voz de mi esposa al otro lado de la chimenea y, en aquel invierno, incluso los gritos de Tristán que subían desde el corredor, allá abajo:

—¡Jim! ¡Jim!

Salí y me asomé sobre la barandilla.

—¿Qué ocurre, Triss?

—Lamento molestarte, Jim, pero ¿puedes bajar un minuto?

El rostro alzado hacia mi parecía nervioso. Recorrí los largos tramos de escalones de dos en dos y, cuando llegué ligeramente falto de aliento al piso bajo, Tristán me hizo señas para que entrara en el consultorio, al fondo de la casa. Una niña estaba de pie junto a la mesa, sin soltar un lío de mantas manchadas de sangre.

—Es un gato —dijo Tristán.

Retiró un pliegue de la manta y vi un gato grande y de rayas muy gruesas. Al menos habría sido grande de tener algo de carne sobre los huesos, pero las costillas y la pelvis se marcaban penosamente a través de la piel, y cuando pasé la mano sobre el cuerpo inmóvil, sólo pude sentir la piel sobre los huesos.

Tristán se aclaró la garganta.

—Hay algo más, Jim.

Le miré curioso. Por una vez no parecía tener ganas de broma. Observé mientras alzaba suavemente una de las patas traseras del gato y dejaba el abdomen a la vista. Había un corte en la superficie ventral por el que los intestinos caían en grotesca confusión sobre la manta. Me quedé atontado y aún seguía mirándolo cuando habló la niña:

—Vi a este gato tumbado en la oscuridad en el patio de Brown. Pensé que parecía muy flaco, y demasiado tranquilo, y me incliné a acariciarle. Entonces vi que estaba muy mal herido, volví a casa por una manta y se lo traje.

—Eso fue muy amable de tu parte —dije—. ¿Tienes idea de quién es su dueño?

Agitó la cabeza.

—No, a mí me parece un gato perdido.

—Desde luego —aparté los ojos de la horrible herida—. Tú eres Marjorie Simpson, ¿no?

—Sí.

—Conozco muy bien a tu padre. Es nuestro cartero.

—Es cierto —me sonrió levemente, y luego le temblaron los labios—. Bien, supongo que será mejor que lo dejé con ustedes. Le librarán de su dolor, porque no se puede hacer nada..., ¿verdad?

Me encogí de hombros y agité la cabeza. Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas, luego extendió la mano, acarició al flaco animal y se volvió, cruzando rápidamente la puerta.

—Gracias de nuevo, Marjorie —grité a su espalda, que ya se retiraba—, y no te preocupes... Cuidaremos de él.

En el silencio que siguió, Tristán y yo examinamos al gato destrozado. Bajo la luz de la lámpara era demasiado fácil de ver. Casi estaba vacío por completo, y el montón de intestinos, cubierto de porquería.

—¿Qué crees que ocurrió? —preguntó Tristán al fin—. ¿Le habrán atropellado?

—Quizá. Podría ser cualquier cosa. El ataque de un perro grande, o alguien que le haya dado un puntapié.

Todo era posible en el caso de un gato, porque ciertas personas consideraran a esos animales una buena presa para cualquier tipo de crueldad.

Tristán asintió.

—De todas maneras, y aparte lo que le hayan hecho, debía estar a punto de morir de hambre. Es un puro esqueleto. Apuesto a que se halla a muchos kilómetros de su casa.

—Bien; sólo nos queda una cosa por hacer —concluí, suspirando—. Esas tripas están perforadas en varios puntos. No tiene remedio.

Tristán nada dijo, pero silbó entre dientes y pasó el dedo de nuevo por la mejilla peluda. Y, por increíble que parezca, de aquel pecho descarnado surgió un suave ronroneo.

El muchacho me miró con los ojos muy abiertos, como desorbitados.

—¡Dios mío! ¿Has oído?

—Sí..., y es sorprendente en su estado. Se trata de un gato de buen carácter.

Tristán, con la cabeza inclinada, seguía acariciándole. Yo sabía bien cómo se sentía porque, aunque siempre manifestaba cierta alegre indiferencia con respecto a nuestros pacientes, no podía engañarme en una cosa: tenía una debilidad especial por los gatos. Incluso ahora, cuando ambos andamos ya por los sesenta, y mientras nos tomamos una cerveza, suele hablarme del gato que tiene desde hace muchos años. Es una relación típica —ambos se gastan bromas sin compasión—, pero basada en un afecto auténtico.

—Es inútil, Triss —dije amablemente—. Hay que hacerlo.

Extendí la mano para alcanzar la jeringuilla, pero algo en mí se rebelaba ante la idea de clavar la aguja en aquel cuerpo mutilado. Le cubrí el rostro al animalito con un pliegue de la manta.

—Échale ahí un poco de éter —dije—. Así se dormirá, y se acabó.

Sin una palabra, Tristán desenroscó el tapón de la botella del éter y la dispuso sobre la cabeza. Y en ese instante, del montón informe bajo la manta, pudimos oír de nuevo el ronroneo profundo, que fue aumentando de volumen hasta resonar en nuestros oídos como una moto distante.

Tristán se quedó de piedra, la mano aferrada rígidamente a la botella, los ojos clavados en la manta de la que surgía el ronroneo en una oleada de sonido cálido y amistoso.

Al fin alzó los ojos hacia mí y balbuceó:

—No me apetece demasiado, Jim. ¿No podemos hacer algo?

—¿Quieres decir...?

—Sí.

—Pero las tripas están dañadas..., hay trozos que parecen un colador.

—Podríamos coserlas, ¿no?

Alcé la manta y miré de nuevo.

—Sinceramente, Triss, no sabría ni por dónde empezar. Y todo está asqueroso.

Nada dijo él, pero siguió mirándome con firmeza. Tampoco yo necesitaba demasiada persuasión. No deseaba más que él echar el éter sobre aquel ronroneo amistoso.

—Vamos entonces —dije—. Lo intentaremos.

Con el oxígeno burbujeando y la cabeza del gato cubierta con la mascarilla de la anestesia, lavamos todo el prolapso con una solución salina templada. Lo hicimos una

y otra vez, aunque era imposible librarlo de todos los fragmentos de porquería. Luego iniciamos el proceso, penosamente lento, de coser los muchos agujeros en los diminutos intestinos, y me alegré de contar con los dedos tan diestros y ligeros de Tristán, que parecían más capaces de manejar las agujas que los míos.

Dos horas más tarde, y después de emplear muchos metros de catgut, cubrimos la superficie peritoneal recosida con sulfonamida, y volvimos a meter toda la masa en el abdomen. Una vez cosidas las capas de músculos y piel, todo quedó muy aseado, pero tuve la impresión desagradable de que ambos tratábamos de ocultarnos la verdad. Tantas laceraciones graves, la contaminación...: era inevitable una peritonitis.

—Por lo menos está vivo, Triss —dije, cuando empezamos a lavar los instrumentos—. Lo trataremos con sulfapiridina y cruzaremos los dedos.

Aún no había antibióticos en aquella época, pero aquella nueva droga era un gran adelanto.

Se abrió la puerta y entró Helen.

—Llevas aquí muchísimo tiempo, Jim —se acercó a la mesa y contempló el gato dormido—. ¡Pobrecillo, qué flaquito está! Es todo huesos.

—Pues tenías que haberle visto cuando entró. —Tristán apagó el esterilizador y cerró la válvula de la máquina de la anestesia—. Ahora tiene mucho mejor aspecto.

Helen acarició un instante al animal.

—¿Está muy mal herido?

—Me temo que sí, Helen —respondí—. Hemos hecho por él todo lo posible pero, sinceramente, no creo que tenga muchas oportunidades.

—¡Qué pena! Y es muy lindo, además. Las patitas tan blancas y todos esos colores extraordinarios, tan hermosos...

Iba siguiendo con el dedo las rayas castañas y doradas entre el gris y el negro. Tristán se echó a reír.

—Sí, apuesto a que algún antepasado suyo fue un gato siamés.

También Helen sonrió, pero como distraída, y la observé muy meditabunda. De pronto, corrió al almacén y volvió con una caja vacía.

—Sí... sí... —dijo pensativamente—. Puedo prepararle una camita en esta caja y dormirá en nuestra habitación, Jim.

—Ah, ¿sí?

—Claro; ha de estar caliente, ¿no?

—Por supuesto.

Más tarde, en la oscuridad de nuestra salita-dormitorio, contemplé desde la almohada una escena muy hogareña: *Sam* en su cesto a un lado de la chimenea encendida, y el gato en su caja, entre almohadones y mantas, al otro.

Mientras me hundía en el sueño, me satisfacía saber que mi paciente estaba tan cómodo, pero me pregunté si aún viviría por la mañana...

A las siete y media supe que continuaba vivo porque mi esposa ya estaba de pie y charlando con él. Crucé la habitación en pijama, y el gato y yo nos miramos. Le froté bajo la barbilla y él abrió la boca con un débil «Miau». Pero no intentó moverse.

—Helen, este animal está todo cosido por dentro con catgut. Habrá de vivir de líquidos durante una semana, y ni siquiera así es seguro que se salve. Si se queda aquí tienes que darle leche a cucharaditas muchas veces al día.

—Muy bien, muy bien —respondió, adoptando su característico aire abstraído.

No fue sólo leche lo que le dio a cucharaditas durante los días siguientes, sino extracto de carne, caldo condensado y una sucesión de comidas infantiles, que pasaron por su garganta a intervalos regulares. Un día, a la hora del almuerzo, encontré a Helen de rodillas junto a la caja.

—Le llamaremos *Oscar* —dijo.

—¿Pretendes decir que vamos a quedarnos con él?

—Sí.

Me gustan los gatos, pero ya teníamos un perro en aquella vivienda tan abarrotada y preveía problemas. Sin embargo, pregunté:

—¿Por qué *Oscar*?

—No lo sé.

Helen le puso unas gotas de caldo de carne en la lengüecita roja y vigiló intensamente hasta que se lo tragó.

Una de las cualidades que me gustan de las mujeres es su misterio, lo impredecible de sus reacciones, y no traté de insistir en el asunto. Pero me sentía satisfecho de cómo iban las cosas. Le había estado dando sulfapiridina cada seis horas y tomándole la temperatura por la noche y por la mañana, a la espera de que en cualquier momento aparecieran la fiebre, los vómitos y el abdomen tenso característico de la peritonitis. Pero no ocurrió nada de eso.

Era como si el instinto animal de *Oscar* le dijera que debía moverse lo menos posible, porque yacía absolutamente quieto día tras día y no hacía más que mirarnos... y ronronear.

Su ronroneo se convirtió en parte de nuestra vida y, cuando al fin dejó el lecho y cruzó hasta la cocinita para probar la cena de *Sam* —carne y galleta—, fue un momento de triunfo. No lo estropeé preguntándome si estaría ya en condiciones de ingerir comida sólida. Comprendí que él lo sabía.

A partir de ese momento fue un puro gozo observar cómo se llenaba aquel peludo saco de huesos y cómo reponía fuerzas. Así como seguía comiendo más y más y la carne cubría sus huesos, se revelaba la belleza auténtica de su pelaje, castaño, negro y dorado. Teníamos un gato precioso en nuestras manos.

Una vez se hubo recuperado *Oscar*, Tristán se convirtió en un visitante habitual.

Probablemente comprendía, y con razón, que él más que yo había salvado en primer lugar la vida de *Oscar*, y solía jugar con él largo rato. Su treta favorita

consistía en poner la pierna alrededor de la pata de la mesa y retirarla a toda prisa una y otra vez en cuanto el gato trataba de arañarle.

Oscar se sentía justificadamente irritado por esta broma, pero demostró su carácter tumbándose a la espera de Tristán una noche y mordidiéndole limpiamente en los tobillos antes de que él pudiera empezar con sus trucos.

Desde mi punto de vista, *Oscar* añadía muchas cosas al ambiente de nuestro hogar. *Sam* estaba encantado con él, y pronto se hicieron grandes amigos; Helen le adoraba; y yo pensaba cada noche que un buen gato lavándose la carita junto a la chimenea da un aspecto muy hogareño a una habitación.

Llevaba ya varias semanas como un miembro más de la familia cuando una tarde, al regresar de mi ronda, encontré a Helen aguardándome con el rostro muy apenado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se trata de *Oscar*... Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Qué quieres decir?

—¡Oh, Jim, creo que ha huido!

Me quedé mirándola.

—Nunca haría tal cosa. Suele bajar al jardín por la noche. ¿Estás segura de que no se encuentra allí?

—Muy segura. He buscado hasta en el patio posterior. Incluso he dado una vuelta por la ciudad. Y, recuerda —le temblaba la barbilla—, él... él ya huyó de alguien antes.

Miré el reloj.

—Las diez en punto. Sí, es extraño. No debería estar fuera a esta hora.

Mientras hablaba sonó el timbre de la puerta. Bajé las escaleras al galope y, al dar la vuelta a la esquina del corredor, distinguí a la señora Heslington, la esposa del vicario, a través del cristal. Abrí la puerta de par en par. Traía a *Oscar* en brazos.

—Creo que éste es su gato, señor Herriot.

—Pues sí, señora Heslington. ¿Dónde lo encontró?

Sonrió.

—Bueno; fue algo extraño. Estábamos celebrando una reunión de la Unión de Madres en la vicaría, y observamos que el gato estaba sentado allí, en la sala.

—¿Sólo sentado?

—Sí, como si escuchara todo lo que decíamos y estuviera disfrutando mucho. Resultaba extraordinario. Cuando acabó la reunión pensé que lo mejor sería traérselo.

—Se lo agradezco muchísimo, señora Heslington —tomé a *Oscar* y me lo metí bajo el brazo—. Mi esposa estaba muy preocupada... Creía que ya lo habíamos perdido.

Aquello era un misterio. ¿Por qué había de largarse así, de pronto? Pero como no demostró el menor cambio en su conducta durante la semana siguiente, el episodio se nos borró de la memoria.

Y entonces vino un hombre una tarde para que inyectáramos a su perro contra el moquillo, y se dejó abierta la puerta principal. Cuando subí a nuestro apartamento, encontré que *Oscar* había desaparecido de nuevo. Esta vez Helen y yo registramos en vano la plaza del mercado y todas las callejuelas laterales, y cuando volvimos, a las nueve y media, ambos estábamos descorazonados. Eran casi las once, y ya pensábamos en acostarnos, cuando sonó de nuevo el timbre.

Era *Oscar* otra vez, esta vez reclinado en la barriga enorme de Jack Newbould. Éste se apoyaba en la puerta, y el aire fresco del campo que corría por la calle en sombras se mezclaba con las vaharadas de cerveza que salían de su boca.

Jack era jardinero de una de las mansiones más grandes. Soltó un hipido y me sonrió con benevolencia.

—Le traigo su gato, señor Herriot.

—¡Caray, gracias, Jack! —dije, agarrando muy satisfecho a *Oscar*—. ¿Dónde diablos lo encontraste?

—Bueno, en realidad podría decirse que él me encontró a mí.

—¿Cómo es eso?

Cerró los ojos unos instantes antes de articular cuidadosamente:

—Ésta es una noche importante, ¿sabe señor Herriot? El campeonato de dardos. Había muchos tipos en el Perro y el Fusil..., cantidades de ellos. Una gran reunión.

—¿Y allí estaba nuestro gato?

—Sí, ya lo creo. Sentado entre los chicos. Se pasó toda la velada con nosotros.

—¿Sentado allí, sin más?

—Eso es —Jack reía al recordarlo—. Le aseguro que se divirtió. Le di una gota de la mejor cerveza de mi propia jarra, y en una o dos ocasiones creí que incluso iba a probar a lanzar un dardo. ¡Vaya gato! —y se rió de nuevo.

Mientras subía las escaleras con *Oscar*, me hundí en mis pensamientos. ¿Qué ocurría? Aquellas deserciones repentinas trastornaban a Helen, e incluso a mí acabarían por ponerme nervioso.

No tuve que esperar mucho para la siguiente. Tres noches más tarde, faltaba otra vez. Pero Helen y yo no nos molestamos en buscarle..., y nos limitamos a esperar.

Estaba de vuelta antes que de costumbre. Oí el timbre de la puerta a las nueve. Era la anciana señorita Simpson, que trataba de ver a través del cristal. Y no llevaba en brazos a *Oscar*...: éste estaba ya en la escalerilla, esperando.

La señorita Simpson le observó con interés cuando el gato penetró lentamente en la casa y se dirigió a las escaleras.

—¡Ah, bien!; me alegro de que haya llegado a casa sano y salvo. Sabía que era su gato, y me ha intrigado mucho su conducta toda la tarde.

—¿Dónde...? Si puedo preguntarlo.

—¡Oh! en el Instituto Femenino. Llegó poco después de que empezáramos y se quedó hasta el final.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál era exactamente el programa, señorita Simpson?

—Bueno, primero hubo una reunión del comité, luego una breve conferencia con diapositivas a cargo del señor Walters, de la Compañía del Agua, y terminamos con un concurso de pasteles.

—Ya... ya... ¿Y qué hizo *Oscar*?

Se echó a reír.

—Se mezcló con nosotros; al parecer disfrutó de las diapositivas y demostró un gran interés por los pasteles.

—Comprendo. ¿Y usted me lo trajo a casa?

—No. Él solito se vino aquí. Como sabe, yo he de pasar por su casa para ir a la mía, así que me limité a tocar el timbre para asegurarme de que usted sabía que había llegado.

—Se lo agradezco mucho, señorita Simpson. Estábamos un poco preocupados.

Subí las escaleras en un tiempo récord. Helen ya estaba sentada, con el gato en las rodillas, y alzó la vista cuando entré.

—Ahora ya sé lo qué pasa con *Oscar* —dije.

—¿Qué sabes?

—El porqué de sus salidas nocturnas. No es que escape..., es que va de visita.

—¿De visita?

—Sí —continué—, ¿no lo comprendes? Le gusta ir por ahí, le encanta la gente, especialmente en grupos, y se interesa por lo que hace. Ama la vida social por naturaleza.

Helen miró el cuerpecito peludo y atractivo enroscado en su regazo.

—Claro..., es, es...; es un paseante en corte.

—Exactamente. Y con una vida social muy intensa.

—Sí, ¡un «gato de mundo»!

Eso nos hizo estallar en carcajadas inocentes, y *Oscar* se incorporó a mirarnos con placer evidente, añadiendo su ronroneo satisfecho a la alegría. Aparte las bromas, Helen y yo sentíamos un gran alivio. Desde que nuestro gato iniciara sus excursiones, siempre tuvimos miedo de perderlo, y ahora nos sentíamos seguros.

A partir de esa noche aumentó nuestro cariño por él. Era una delicia constante observar el desarrollo de esta faceta de su carácter. Procedía meticulosamente en su ronda social, tomando parte en la mayoría de las actividades de la ciudad. Se convirtió en una figura familiar en los campeonatos de whist, en las subastas de desechos, en los conciertos escolares y en las tómbolas de los boy-scouts. En casi todas partes fue bien acogido, pero en dos ocasiones lo arrojaron de las reuniones del Concejo del Distrito, ya que no apreciaban la idea de tener un gato sentado en medio de sus deliberaciones.

Al principio sentí ciertos temores sobre su marcha por las calles, pero le estuve siguiendo en un par de ocasiones y vi que miraba a ambos lados antes de lanzarse a cruzar la calzada. Indudablemente tenía buen sentido del tráfico, lo que me hizo pensar que el accidente original no había sido causado por un coche.

En conjunto, Helen y yo juzgábamos un toque de suerte lo que fuera que lo hubiese traído hasta nosotros. Era ya una parte muy querida de nuestra vida hogareña, que se añadía a nuestra felicidad.

Cuando cayó la bomba fue algo totalmente inesperado.

Estaba yo terminando mis visitas de la tarde. Abrí la puerta y vi a un hombre con dos niños.

—El siguiente, por favor.

El hombre se puso de pie. No llevaba ningún animal. Era de mediana edad, con el rostro rudo y curtido del trabajador de una granja. Daba vueltas nerviosamente a una gorra de paño entre las manos.

—¿Señor Herriot? —preguntó.

—Sí; ¿en qué puedo servirle?

Tragó saliva y me miró directamente a los ojos.

—Creo que usted tiene mi gato.

—¿Cómo?

—Que perdí a mi gato hace algún tiempo —se aclaró la garganta—. Antes vivíamos en Missdon, pero conseguí un empleo como labrador en la granja del señor Home, en Wederly. Y poco después de trasladarnos allí se perdió el gato. Supongo que intentaba hallar el camino a la antigua casa.

—¿Missdon? Pero eso está al otro lado de Brawton..., a más de cuarenta y cinco kilómetros.

—Sí, lo sé, pero los gatos son extraordinarios.

—¿Y qué le hace pensar que lo tengo yo?

Hizo girar de nuevo la gorra entre los dedos.

—Un primo mío vive en Darrowby y le he oído hablar de ese gato que va por ahí, a las reuniones. Tuve que venir. Le hemos estado buscando mucho tiempo por todas partes.

—Dígame —le pregunté—, ese gato que perdió... ¿qué aspecto tenía?

—Gris y negro con unas rayas rojizas. Muy hermoso, sí señor. Y siempre se estaba escapando para ir a las reuniones.

Una mano helada me oprimió el corazón.

—Será mejor que suba conmigo. Y traiga a los chicos también.

Helen estaba echando carbón en la chimenea de la salita-dormitorio.

—Helen —dije—, éste es el señor... lo siento, no sé su nombre.

—Gibbons. Sep Gibbons. Me llamaron Septimus porque fui el séptimo de la familia, y por lo visto voy a seguir el mismo camino porque ya tengo seis chicos. Éstos son los dos más pequeños.

Los chiquillos, gemelos sin duda y de unos ocho años, nos miraron solemnemente.

Deseé que el corazón no me latiera tan aprisa.

—El señor Gibbons cree que *Oscar* es suyo. Perdió a su gato hace algún tiempo.

Mi esposa dejó cuidadosamente la pala.

—¡Oh!... Oh..., comprendo —se quedó muy quieta un instante y luego sonrió débilmente—. Siéntese. *Oscar* está en la cocina. Lo traeré en seguida.

Salió y reapareció inmediatamente con el gato en brazos. No había cruzado aún la puerta cuando los chiquillos rompieron a gritar:

—¡*Tigre*! ¡Oh, *Tigre*, *Tigre*!

Fue como si el rostro de aquel hombre se iluminara desde el interior. Cruzó rápidamente la sala y pasó una mano, endurecida y callosa por la faena, por la suave piel.

—Hola, amigo —dijo, y se volvió a mí con una sonrisa radiante—. Es él, señor Herriot. Es él, desde luego, ¡y vaya si tiene buen aspecto!

—Le llaman *Tigre*, ¿eh?

—Sí —contestó feliz—, por esas rayas oscuras. Los niños le pusieron ese nombre. Se quedaron muy tristes cuando le perdimos.

Los dos niños rodaban por el suelo y nuestro *Oscar* con ellos, arañándoles juguetonamente y ronroneando de gozo.

Sep Gibbons se sentó de nuevo.

—Eso es lo que hacía siempre la familia, jugar con él horas y horas. ¡Por Dios, que le echábamos de menos! Era el favorito de todos.

Miré las uñas rotas en el borde de la gorra, el rostro que reflejaba la honradez y sinceridad proverbiales de Yorkshire, tan parecido a los otros muchos que había llegado a apreciar y respetar. Los trabajadores de granjas como él cobraban treinta chelines a la semana en aquellos días, y eso se reflejaba en la ropa remendada, las botas rotas y brillantes por el uso y las pobres ropitas de los niños.

Pero los tres iban muy limpios y aseados, el rostro del hombre relucía, las rodillas de los chiquillos estaban impecables y llevaban el pelo muy bien peinado sobre la frente. Los juzgué unas personas muy agradables. No sabía qué decir.

Helen lo dijo por mí, con una voz que tenía una animación extraña.

—Bien, señor Gibbons. Será mejor que se lo lleve.

El hombre vaciló.

—Pero ¿está usted segura, señora Herriot?

—Sí..., sí..., estoy segura. Era su gato, en primer lugar.

—Ah, pero algunos dirían que quien lo encuentra se lo queda o algo así. Yo no vine a reclamarlo ni nada parecido.

—Sé que no, señor Gibbons, pero usted le ha tenido todos estos años y le ha buscado con mucho interés. Jamás soñaríamos en impedirle que se lo llevara.

Asintió rápidamente.

—Bueno, es muy amable de su parte —se detuvo un momento con el rostro muy grave, luego se inclinó y levantó a *Oscar*—. Tendremos que irnos, si queremos alcanzar el autobús de las ocho.

Helen se adelantó, cogió la cabeza del gato entre sus manos y le miró con fijeza unos segundos. Luego acarició las cabecitas de los niños.

—Le cuidaréis bien, ¿verdad?

—Sí, señora, muchas gracias.

Los dos rostros la miraban sonriendo.

—Le acompañaré hasta la salida, señor Gibbons —dije.

Mientras bajábamos acaricié la mejilla peluda alzada hacia mí sobre el hombro de Gibbons y oí por última vez el profundo ronroneo. En los escalones de la entrada nos estrechamos la mano y ellos bajaron por la calle. Al dar la vuelta a la esquina de Trengate se detuvieron y me hicieron un ademán de despedida y yo les devolví el saludo; al hombre, a los dos niños y a la cabecita del gato que me miraba sobre su hombro.

En aquella época era mi costumbre subir las escaleras de dos en dos o de tres en tres; pero en esta ocasión subí lentamente como un viejo, algo falto de aliento, la garganta oprimida y un picor extraño en los ojos.

Me maldije por ser un idiota sentimental, pero, al llegar a la puerta, hallé cierto consuelo. Helen lo había tomado extraordinariamente bien. Había cuidado del gato y le había llegado a tomar mucho cariño, y yo habría supuesto que una calamidad tan imprevista podría trastornarla terriblemente. Pero no, se había conducido con toda serenidad, con toda lógica. Nunca se sabe con las mujeres, claro, pero yo daba las gracias por ello.

Ahora me tocaba a mí hacerlo tan bien como ella. Logré que mis rasgos se fruncieran en la semblanza de una sonrisa y entré en la sala.

Helen se había sentado en una silla a la mesa y ahora estaba derrumbada en ella, el rostro contra la madera, con un brazo ocultándole el rostro, y el otro tendido ante ella. Un llanto sincero e incontrolable agitaba su cuerpo.

Jamás la había visto así, y me quedé atónito. Intenté decir algo consolador, pero nada calmaba aquel alud de sollozos que partían el alma.

Sintiéndome impotente y vencido, me senté junto a ella y le acaricié la cabeza. Tal vez hubiera podido decirle algo, pero también yo me sentía muy mal.

Sin embargo, uno supera esas cosas con el tiempo. Después de todo, nos decíamos, no era como si *Oscar* hubiera muerto o se hubiera perdido otra vez...; había vuelto con una buena familia que cuidaría de él. En realidad, acababa de regresar a su casa.

Y, por supuesto, aún teníamos a nuestro muy querido *Sam*, aunque él no nos ayudó los primeros días porque siempre estaba olfateando con aire desolado el lugar donde estuviera la camita de *Oscar*, y luego se dejaba caer en la estera con un suspiro largo y lúgubre.

Había otra cosa, además. En mi mente se iba formando una idea, una idea que daría a conocer a Helen cuando llegara el momento oportuno. Un mes poco más o

menos después de aquella noche terrible, salíamos del cine en Brawton, al final de mi media jornada libre, cuando miré el reloj.

—Sólo son las ocho —dije—. ¿Qué te parece si vamos a ver a *Oscar*?

Helen me miró sorprendida.

—¿Pretendes decir... llegarnos hasta Wederly?

—Sí, no son más que unos ocho kilómetros.

Una sonrisa fue iluminando lentamente su rostro.

—Sería delicioso, pero... ¿no crees que a ellos les desagradaría?

—¿A los Gibbons? No, estoy seguro de que no. Vamos.

Wederly era un pueblo muy grande, y la casita del labrador estaba al otro extremo, unos metros detrás de la capilla metodista. Abrí la verja del jardín y subimos por el sendero.

Una mujercita de aire muy activo contestó a mi llamada. Se estaba secando las manos en una toalla a rayas.

—¿Señora Gibbons?

—Sí, yo soy.

—Soy James Herriot... y ésta es mi esposa.

Sus ojos se abrieron sin comprender. Indudablemente, el nombre no significaba nada para ella.

—Tuvimos su gato durante algún tiempo —añadí.

De pronto, sonrió y nos hizo un gesto amable con la toalla.

—¡Claro, ahora me acuerdo! Sep me habló de ustedes. Pasen, pasen.

La gran cocina-comedor daba a entender lo que era la vida con seis hijos y treinta chelines a la semana. Muebles muy destrozados, ropas lavadas y muy remendadas colgando de unas cuerdas, unos fogones de hierro y un aire general de caos.

Sep se levantó de su lugar junto al fuego, dejó el periódico, se quitó unas gafas de montura metálica y nos dio la mano.

Luego indicó a Helen que se sentara en un sillón bastante maltratado.

—¡Qué gusto me da verles! Le he hablado mucho de ustedes a mi mujer.

Ella colgó la toalla.

—Sí, y me alegro de conocerles. Les prepararé una taza de té en seguida.

Se echó a reír y retiró un cubo de agua sucia de un rincón.

—He estado lavando las camisetas de fútbol. Los chicos me las trajeron esta noche..., como si no tuviera nada más que hacer.

Mientras ponía agua a hervir miré disimuladamente en torno, y observé que Helen hacía lo mismo. Pero registrábamos en vano. No había señales del gato. ¿Se habría escapado de nuevo? Con una desilusión creciente comprendí que mi pequeño plan podía volverse contra nosotros y resultar devastador.

Sólo después que el té estuvo preparado y servido me atreví a sacar a relucir el tema.

—¿Cómo... —pregunté con cierta vacilación—, cómo está... el... *Tigre*?

—¡Oh, magnífico! —contestó aquella mujercita alegremente. Miró el reloj sobre la repisa de la chimenea—. Volverá en cualquier momento y podrán verle.

—Creo que ya le oigo.

Avanzó y abrió la puerta, y nuestro *Oscar* penetró en la sala con su antigua gracia y majestad. Apenas echó la vista a Helen se lanzó a su regazo. Con un grito de gozo mi esposa dejó la taza y acarició la hermosa piel, mientras el gato arqueaba el lomo contra su mano y el ronroneo familiar resonaba en la habitación.

—¡Me conoce! —murmuró Helen—. ¡Me conoce!

Sep asintió sonriendo.

—Ya lo creo. Ustedes fueron buenos con él. Nunca les olvidará, ni nosotros tampoco, ¿verdad, mamá?

—No lo olvidaremos, señora Herriot —dijo su esposa, que cubría de mantequilla una rebanada de pan de jengibre—. Fue muy amable lo que hicieron por nosotros, y espero que vengan a vernos siempre que lo deseen.

—Bueno, muchas gracias —dije yo—, nos encantará... Con frecuencia vamos a Brawton.

Me incliné a acariciar la barbilla de *Oscar*, y luego me volví de nuevo a la señora Gibbons.

—A propósito, ya son más de las nueve. ¿Dónde ha estado hasta ahora?

Ella dejó el cuchillo y miró al vacío.

—Vamos a ver... Es jueves, ¿no? ¡Claro! Esta es la noche de la clase de yoga.



24

Supe que había llegado al último capítulo cuando cerré la puerta del autobús a mis espaldas y me comprimí en el asiento entre una gruesa mujer del Cuerpo Auxiliar Femenino y un cabo que dormitaba.

Supongo que yo era el típico militar desmovilizado. Me habían quitado el uniforme azul para embutirme en un «traje de desmovilización», algo horrible, de sarga marrón y rígida, con rayas púrpura, que me hacía parecer un gángster de los tiempos de la Ley Seca; pero me habían permitido conservar la camisa y la corbata de la RAF y las botas brillantes que ya eran como unas viejas amigas para mí.

Mis escasas pertenencias, incluido el *Diccionario de veterinaria* de Black, iban en la rejilla del autobús, en una maletita de cartón de un tipo muy popular entre las escalas inferiores del ejército. Eso era todo cuanto poseía, y me habría venido muy bien un abrigo, ya que hacía frío en el tren y me esperaba un largo viaje entre Eastchurch y Darrowby.

Nos costó una eternidad llegar renqueando hasta Londres, y luego tuvimos una larga espera antes de abordar el tren para el Norte. Era como media noche cuando partimos, y durante siete horas estuve sentado en la helada oscuridad sin notar los pies y con los dientes castañeteándome.

El último tramo del viaje era en autobús, el mismo vehículo pequeño y asmático que me llevara a mi primer trabajo hacía unos años. El chófer era el mismo también, y los años transcurridos parecían diluirse a medida que iban surgiendo de nuevo los montes en la distancia azulada de la primera luz diurna y volvía a ver las granjas familiares, los muros de piedra que subían por las laderas cubiertas de hierba...

A media mañana entramos agotados en la plaza del mercado y leí «Sociedad Cooperativa de Darrowby» sobre la tienda, en el extremo más lejano. El sol, ya muy

alto, caldeaba la fila irregular de tejados con su fondo del verde brillante de las colinas. Bajé y el autobús siguió su camino, dejándome allí, de pie, con la maleta.

Todo seguía exactamente igual que antes. El aire dulce y fresco, el silencio, la plaza empedrada y desierta a excepción de los viejos sentados en torno de la torre del reloj. Uno de ellos me miró.

—Hola, señor Herriot —dijo tranquilamente, como si me hubiera visto ayer mismo.

Ante mí la calle Trengate se alejaba describiendo una curva hasta desaparecer tras de la esquina de la tienda de ultramarinos. La mayor parte de aquella calle tranquila, con la iglesia al extremo, quedaba fuera de mi vista, y hacía mucho tiempo que no había pasado por ella, pero aun con los ojos cerrados podía ver Skeldale House, la hiedra trepando sobre los viejos muros de ladrillo hasta las habitacioncitas bajo las tejas.

Allí tendría que empezar de nuevo, allí descubriría cuántos conocimientos había olvidado, y si estaba preparado para ser otra vez un médico de animales. Pero todavía no iría allí, todavía no...

Muchas cosas habían sucedido desde aquel primer día en que llegara a Darrowby en busca de un empleo, pero se me ocurrió de pronto que mis circunstancias no habían cambiado tanto. Todo cuanto poseyera entonces era una vieja maleta y el traje que llevaba; y ahora era poco más o menos lo mismo. A no ser por algo grande y maravilloso. Contaba con Helen y con Jimmy.

Lo cual suponía toda una diferencia. No tenía dinero, ni siquiera una casa que poder llamar mía, pero cualquier tejado que cubriera a mi esposa y a mi hijo era algo personal y especial. *Sam* estaría también con ellos, esperándome. Ahora vivían fuera de la ciudad, y era una buena caminata desde donde me encontraba, pero miré las puntas azuladas de mis botas que surgían bajo los pantalones a rayas púrpura. La RAF no sólo me había enseñado a volar; también me había enseñado a hacer marchas, y unos cuantos kilómetros más no me preocupaban.

Tomé con ansia la maleta de cartón, me dirigí hacia la salida de la plaza y partí, izquierda, derecha; izquierda, derecha; izquierda, derecha... camino de casa.



JAMES HERRIOT. El doctor Herriot, veterinario rural de Yorkshire, se volvió un personaje famoso merced a los múltiples y divertidos libros, la mayoría de los cuales transcurren en la ciudad ficticia llamada Darrowby o en sus alrededores. El afamado autor, nació en Glasgow y estudió en el Glasgow Veterinary College. Al finalizar sus estudios empezó su práctica profesional en el norte de Yorkshire. Vivió allí toda su vida excepto un corto lapso en que estuvo al servicio de la Real Fuerza Aérea británica durante la Segunda Guerra Mundial.

Entre las aficiones de James Herriot estaban, además de la lectura y la escritura, la música y el arte.

Desafortunadamente, el doctor Herriot murió en 1995, pero nos dejó el enorme legado de su obra, donde nos transmite un mensaje positivo y armónico ante la vida.

Notas

[1] Mount: en inglés, «monte». (N. de la T.) <<

[2] Distinguished Flying Cross, condecoración británica. (N. de la T.) <<

[3] Gachas que se hacen con copos de avena y leche, y que se suelen tomar en el desayuno. (N. de la T.) <<

[4] En inglés: «My name is Sammy Hall, and I've only got one ball...». <<